

4810

Oscar Etrén Reyes



VIDA DE

JUAN

MONTALVO

SEGUNDA EDICION

7. 15.00

1512

~~BIBLIOTECA~~



VIDA DE JUAN MONTALVO

4810

OSCAR EFREN REYES

928

VIDA DE
JUAN
MONTALVO

SEGUNDA EDICION

QUITO — ECUADOR

1943



JUAN MONTALVO

Fotografía de Van Bosch. París, 1883

815

VIDA DE

JUAN

MONTAÑO

PROLOGOS

TALLERES GRAFICOS DE EDUCACION

PROLOGO

DE LA PRIMERA EDICION

Toma relieve Juan Montalvo en la Historia de la literatura universal, como uno de los mejores y más grandes escritores castellanos del siglo XIX.

Para América es algo más todavía: uno de sus principales guías mentales; maestro de elevado idealismo político; luchador y sembrador, a la vez, cuya vida consagrara, por entero, a un constante y exasperado esfuerzo de tonificación republicana y democrática; tipo de apóstol liberal, en suma, que, colocado fatalmente entre muchedumbres fustigadas o burladas aunque resignadas,— y ásperos dictadores, tuvo que sostener cruda brega, no sólo contra los abusos o las incontinencias del poder, sino contra el servilismo, la incapacidad, la incomprensión o la perversión ética que aceptaban o daban fuerza a esos abusos. Era el acre combatiente del mal, se encontrara éste arriba o abajo; y, en todo caso, un austero y sugestionante ejemplo de virilidad cívica.

A veces, en el ímpetu del ataque, verdad que fuera excesivamente duro y cruel, y, por la violencia de pasión, frecuentemente inexacto en apreciaciones de política y de hombres contemporáneos.

Pero su posición capital era, en política, la del gran idealista o del censor implacable en nombre de una moral superior; y, en mayoría libros y folletos suyos tomaron el carácter no solo de "panfletos" y explosiones vengativas, sino también de correctivos enérgicos; pues que se trataba de una época singular, en que la turbulencia de los hombres y de las pasiones no podía ser contrarrestada sino con la protesta vehemente, de caracteres volcánicos. La fraseología de la polémica, tenía que corresponder, necesariamente, al estruendo ciclónico de esa política. Esto no justifica en todas sus partes, desde luego, la obra virulenta de Montalvo; pero sí explica lo más detonante que puede encontrarse en ella.

Montalvo, por sus campañas, fué tenazmente perseguido, desterrado y amenazado de muerte. Su vida se hizo azarosa y errabunda. Unas veces, en pueblos oscuros o en aldeas perdidas; otras, en grandes ciudades de Europa: nunca su espíritu, batallador y tormentoso, encontró el descanso.

Por cierto, lo que él decía de los "tiranos" del Ecuador; lo que él hablaba de los grandes destinos de América; lo que él pensaba de las excelencias de la libertad y de la democracia; lo que él enseñaba acerca de lo sagrado de la dignidad del hombre y de los pueblos: todo, en suma, cuanto él sabía y comprendía del movimiento mental del mundo, no habría llegado a conocer nadie fuera de las lindes de la tierra ecuatoriana, ni habría alcan-

zado ese enorme prestigio de perennidad que alcanzó, a no haber una maravillosa virtud de forma en sus escritos.

Montalvo, en efecto, para la exposición del pensamiento político, para la divagación filosófica, para la acusación o para el dicitario, contaba con una prosa castellana que echaba relámpagos. En esa prosa única, Montalvo vertía, en alternativa con el humorismo jovial, también pensamientos de substancia universalmente humana, sus indignaciones de apóstol incomprendido o sus desolaciones de enorme infortunado. Por las maravillas de estilo, todo era fascinante.

Contemporáneamente, tales excelencias cautivaron a los hablistas, a los literatos, a los oradores y publicistas más renombrados de América y Europa. Verdad que a los críticos de España, de Francia o de Italia no les importaba gran cosa la política del Ecuador. Tampoco les importaban sus hombres o sus lejanos temas de discusión. Pero les atraían y apasionaban sobre todo, la originalidad de este temperamento ardoroso y convulsionado y ese arte insuperable para la expresión de ideas o pasiones en la más pulcra y elegante lengua castellana del siglo.

En España se entusiasmaron con los libros de Montalvo, Emilio Castelar, Juan Valera, Gaspar Núñez de Arce, Emilia Pardo Bazán —que propusieron el ingreso de Montalvo en la Real Academia de la Lengua;— y elogiáronle Marcelino Menéndez

y Pelayo, José María Pereda y Antonio de Trueba, a pesar de la evidente divergencia en cuanto a opiniones políticas y religiosas. En Francia obtuvo expresiones de amistad de Alfonso de Lamartine y de Víctor Hugo. Y en Italia ensalzaron fervorosamente su obra escritores de renombre universal como César Cantú y Edmundo D' Amicis . . .

En la propia América española, idealista siempre y de pasiones tempestuosas, no fué solamente la juventud partidaria de Montalvo el sector en que mayores entusiasmos encendió. Montalvo produjo simpatía y admiración hasta en quienes debieron ser, políticamente, sus adversarios. Así, Rufino José Cuervo, Miguel Antonio Caro, políticos conservadores, pero eminentes hombres de letras, de Colombia, no vacilaron en alabar "El Cosmopolita".

Podían, así, la envidia literaria, la divergencia política o el encono personal agredirle o discutirle; pero ninguno le negó, aun contemporáneamente, sus dones de escritor genial. Podía también el acervo de su ideología política no corresponder a las imperiosas necesidades ni del tiempo ni de su país; pero generalmente alentaba en su obra un noble afán de perfección y de libertad del alma, de amor humanitario y patriotismo.

La notoriedad se impuso definitivamente cuando se supo que, al lado de la obra, exigente y luminosa, había también una vida originalísima y colmada de infortunios.

A la obra de simple carácter político unió también la artística y de fondo.

Así, en la soledad del ostracismo, y dando tregua a las tempestades de su espíritu, dió al "ensayo", a la producción fantástica y a la descripción, retoques y perfecciones inimitables.

Prosador clásico, pues, e insigne estilista; luchador de la democracia contra los regímenes oligárquicos o de violencia, toma en la historia intelectual de esta parte del mundo, relieves de una radiosa perennidad.



Este libro, no obstante, dista mucho de ser una apología continuada.

Aspira más bien a condensar y depurar una multitud de datos, sospechas e interpretaciones, no pocas veces arbitrarias, que circulan por el mundo sobre la vida de Juan Montalvo.

Ya el estudio de sus obras se ha hecho; aunque, a veces, críticos literarios o simples deificadores se han limitado a la documentación unilateral, sin tomar, de la personalidad o del medio, más que lo fabuloso o turiferario, o aquello que, adrede, convenía para satisfacción de simples pasiones políticas.

De igual manera que la depresiva letanía del insulto, es irritante también —por estéril para el examen científico— la letanía de las afirmaciones

inhistóricas o antinaturales, repetidas con finalidades apologéticas.

Se pretende, pues, en este libro, dar con la realidad de esa vida apasionada y procelosa. La vida de un grande hombre debe mostrarse toda; porque ella es, en concepto de críticos fundamentales —de Sainte-Beuve a Dilthey,— parte integrante de lo que dichos grandes hombres piensan, sienten o realizan.

Montalvo no es solamente una literatura brillante, sino también una gran vida digna de atención.

Y sin prescindir de su egolatría ni eludir los datos más alarmantes para los deificadores adocados, creemos cumplir con un gran deber, como ecuatorianos y como admiradores del escritor, al publicar este volumen, con todos los realismos inevitables.

Quito, Agosto de 1935.

ESTA SEGUNDA EDICION...

Uno de los más ilustres hombres de letras del Ecuador, Gonzalo Zaldumbide, que había dedicado una buena parte de su tiempo a estudiar a Montalvo y a cuantos habían escrito sobre Montalvo, escribió una vez: "Biografía de Montalvo, propiamente dicha, no la hay aún, digna de mención" . . .

Tiempos después, al aparecer la primera edición de este libro *VIDA DE JUAN MONTALVO*, Zaldumbide se dignó escribirme: "Ahora ya hay biografía" . . .

Luego se apresuró a tachar, de una nueva edición de su famoso estudio sobre Montalvo, aquella despejadora y terminante expresión con que había iniciado sus diferenciaciones entre lo que él, Zaldumbide, apreciaba como un gran estudio de la obra realizada, tal como el insuperable estudio de José Enrique Rodó, y lo que era, o debía ser, "una biografía propiamente dicha" . . . (1)

(1) Ver: GÓNZALO ZALDUMBIDE: *Montalvo*. Edición de Garnier Hnos. París, 1937.

Para halagar o exaltar mi vanidad literaria —si es que ella hubiera sido posible en mí,— habríanme bastado aquel juicio y aquel hecho, dignos de la probidad intelectual y de la exquisita caballerosidad de Gonzalo Zaldumbide.

* * *

Sin embargo, coetáneamente se produjeron otras apreciaciones más, consagradoras también, en el Continente, inclusive dentro del propio país ecuatoriano.

Aquí, los valores literarios más representativos (me limitaré a recordar a Nicolás Jiménez, a Augusto Arias, a Isaac J. Barrera, a Remigio Romero y Cordero, a Jorge A. Diez . . .), pertenecientes a diversos ángulos de posición política o de tendencias literarias, dedicaron al libro sus notas concienzudas y espontáneas, de aprobación o de elogio. Y el M. I. Ayuntamiento de Ambato, la ilustre ciudad del escritor, me envió un enorgullecedor Mensaje, con una Medalla de Oro, que significaba el reconocimiento de la cuna del grande hombre . . .

Toda la prensa del país —aun aquella que por diferencias políticas yo sospechara que era mi adversaria,— no escatimó, por su parte, alabanza alguna para el autor y para el libro.

Todo esto, pues, y lo que coincidentemente se publicaba en diversos centros capitales de América, creó en mí la convicción de que había realizado,

con este libro, no solamente una obra de montalvismo decidido, o sea de amor y conocimiento, dentro de los términos estrictamente literarios o científicos, sino también de exaltadora afirmación patriótica.

Para mí, ya en América— pues no era del caso referirse solamente al Ecuador,— se iba perdiendo la noción de Montalvo. Nuevas generaciones, con mentalidad revolucionaria, encontraban sus fuentes de inspiración más bien en vidas, hechos e ideas de Europa, que no en la historia de los grandes luchadores continentales. Pensé, entonces, que era la hora de volver a nuestras propias fuentes maternales, aun sin eludir, valientemente, los claroscurios o contraposiciones o sorprendentes paradojas que pudieran advertirse en ellas.

Lo que se escribió en la prensa continental a este propósito, vino a confirmar esos mis puntos de vista. Así, en una revista argentina de gran circulación —HECHOS E IDEAS, de Buenos Aires,— se consignó, explícitamente:

“No se habla de Montalvo entre nosotros. Casi no se le lee. Imposible atribuirlo sólo a ignorancia. Hay en eso un olvido que tiene algo de complot . . .

Oscar Efrén Reyes, historiador, ensayista y crítico, ha realizado un trabajo altamente meritorio en su “Vida de Juan Montalvo”. El autor de los “Siete Tratados” aparece en ella de tamaño natural: el biógrafo no se sintió obligado a endiosarlo para

destacar su grandeza; antes bien, prefirió presentarlo hasta con sus fallas y flaquezas, para que fuese cabalmente humano. Pero a la prolija información del erudito unió Reyes la simpatía y la cordialidad del admirador. Por eso es tan bella su obra, por eso es tan veraz e interesante" . . . (2)

* * *

Mas he aquí que, pasados algunos años, durante los cuales la envidia se había dormido, despertó de repente con una rencorosa animosidad para el autor y para el libro.

La culpa tuvo principalmente la fama que éste alcanzó hasta el punto de que casi no hubo país donde no se reprodujesen, nutridamente, capítulos enteros, o siquiera páginas. Así, por ejemplo, se reproducían en Buenos Aires, en Santiago de Chile, en Bogotá, en Centro América. Y hasta revistas de tanta selección y altura —como *REPERTORIO AMERICANO*, de San José de Costa Rica,— no dejaban de hacer transcripciones frecuentes, y en números seguidos, durante mucho tiempo, de diversas partes o de siquiera párrafos del libro.

Fué, pues, tanto ruido lo que levantó a la víbora. La primera mordedura provino a nombre de un su-

(2) *Hechos e Ideas*, de Buenos Aires.— Nº 24; Agosto de 1937; pág. 367.

jeto residente en el Perú, o a servicio del Perú, quien había escrito también, con alguna anterioridad, otro ensayo titulado *VIDA DE DON JUAN MONTALVO*. Un ejemplar de éste me vino con una dedicatoria estruendosa, en que se me llamaba "escritor de prestigios continentales" y otras maravillas. Como la obrita no traía nada de original, sino una simple adjetivorrea montalvina ya gastada, no me sirvió siquiera como algún punto de referencia. Y al hacer la bibliografía y consignar mis fuentes de consulta, olvidé o no pude hacer constar —en una lista de fuentes que yo debía respetar por serias,— aquel torpe ensayo, que no aportaba nada, ni siquiera como ingenuos entusiasmos montalvinos bien redactados . . .

Estudios críticos de la obra literaria y política de Juan Montalvo, han sido realizados magistralmente por altas mentalidades de América: por José Enrique Rodó, por Gonzalo Zaldumbide, por Francisco García Calderón, por Rufino Blanco-Fombona. Los han realizado mentalidades europeas, como las de Miguel de Unamuno y Maurice de Waleffe, aparte de los estimadores contemporáneos del propio escritor. Después de estos estudios notabilísimos, que enaltecen y prestigian, es muy difícil hacer cosa superior o siquiera nueva. Y si ello es difícil para un ensayista o crítico de primer orden, hay que aceptar que el mero amontonamiento de conceptos trillados de los gratómanos, resulta no solamente inútil sino terriblemente intolerable.

He aquí por qué no llegué a estimar el trabajo adocenado de aquel sujeto, que había publicado también en Lima, un VIDA DE DON JUAN MONTALVO.

* * *

La otra mercedura provino de otra prensa, que un obvio motivo de decoro intelectual no me permite nominar.

El título tenía una apariencia literaria: "Los riesgos de la biografía". Y como carecía de firma, se había puesto, en lugar bien visible, esta aclaración: "colaborado" . . . Con lo que pensaba, sin duda, poner a salvo su responsabilidad quien —un sexagenario corrompido, mendaz y cretino, capaz no sólo de vender su prensa y de traicionar y denunciar a sus propios redactores, en un momento dado, sino también hasta su misma Patria, por los 30 dineros de Judas,— había consentido en su diario semejante publicación.

Con repugnante cobardía, el autor de este anónimo se limitaba a transcribir las partes más injuriosas del artículo del periodista montalvino alquilado en el Perú, agregando, por su parte, otras injurias, calumnias y villanías más.

No había en todo ello un solo análisis del libro. Ninguna objeción concreta. Ninguna oposición, siquiera a base de dudas, a puntos de vista, afirmaciones, comprobaciones, arte o formas externas

del libro. Sólo había esto: insultos, a pretexto de que yo dizque había "agraviado a Montalvo".

¿Y cómo le había yo "agraviado" al grande hombre, al escribir su biografía?

Pues, de este modo: aludiendo a sus dramas íntimos; a sus desventuras económicas; a sus originales actitudes como político; a sus más originales actitudes todavía como amigo y protegido de Mecenaz de la época; a sus sorprendentes episodios como padre; a sus secretos de amor; a la veracidad de algunos hechos irrefutables —que venían a desvanecer en mucho ciertos mitos con que se pretendía dar caracteres definitivos, como de historia, a lo que, en realidad, no era más que simple torrente difamatorio o puro énfasis polémico.—

* * *

De todo ello lo que ha podido deducirse es que no todo montalvismo tiene en el Ecuador una base real de amor o de conocimiento.

Se le quiere y se le admira a Juan Montalvo, cuando se le estudia. Y se le comprende en su vida, aun con sus sorprendentes contradicciones y extraordinarios episodios y todo, cuando se la conoce.

Pero así como hay un montalvismo ferviente —originado en el conocimiento de la obra y de la vida del escritor,— hay también un montalvismo farsante, declamador o simplemente retórico, pro-

movido nada más que en la superstición o en la torpe y delictuosa tendencia a considerar en Montalvo, no un guía de austeridad política y de elevado idealismo político, propiamente, sino (interpretando a su gusto el simple aspecto corrosivo de la polémica personalista), más bien un exclusivo maestro de matonismo político.

Y he aquí a vulgares chantagistas de prensa, o a simples facinerosos armados de prensa, convertidos, de repente, en montalvistas feroces.

Pero la diferencia es evidente. Siempre tuvo caracteres huracanados la vida política ecuatoriana. Siempre hubo, en relación con ella, momentos culminantes de barbarie política en que la mera disidencia, expresada de palabra o por escrito, sufrió las más crueles e incomprensibles de las persecuciones. Sería inepto no justipreciar como bárbaro y atrozmente injusto el largo exilio de Juan Montalvo (más de seis años; entre toda clase de sufrimientos) durante todo el segundo régimen de García Moreno, sólo por la oposición periodística, sostenida en *EL COSMOPOLITA*, sin insultos personales aún. Sería, asimismo, inepto no estimar como excesivo y criminalmente inhumano el sorpresivo destierro de Montalvo, por su amigo Veintemilla, sólo porque el escritor publicara la hojita "El ejemplo es oro", en que, sin la más leve injuria para el Jefe Supremo, se limitaba a sugerir la composición de un triunvirato civil para el Gobierno que

debía reorganizar la República, a raíz del golpe de Estado del 8 de Septiembre de 1876.

Muchos abusos de éstos se han cometido con otros escritores también, resaltando la absoluta falta de relación entre la punición y la magnitud opositora.

Pero todo esto es solamente uno de los aspectos de la vida política ecuatoriana, en que el afán vindicativo ha tomado caracteres excepcionales.

Hay también el reverso de la medalla; y a éste me es preciso referir. Pues, si en el Ecuador no han faltado los grandes luchadores, y una vibrante prensa política, aun en los momentos más azarosos y de grandes peligros, forzoso es reconocer que no todos cuantos se han dedicado a luchas políticas y a prensa de ataque se han justificado por su noble idealismo o por haber asumido, responsablemente, una actitud de valiente e indeclinable desafío contra las fuerzas del mal.

Varios de éstos han luchado o atacado más bien por negocio. Han difamado por chantaje. Han hecho periodismo corrosivo y disolvente por inconformismo profesional. Han injuriado y calumniado por meros complejos morbosos. Han deprimido y ofendido sistemáticamente la vida nacional, por consignas traidoras, sobornados por partidos políticos extranjeros, o sobornados por el oro de las naciones adversarias. Han utilizado prensa política, en plena democracia convulsionada y de regímenes sin autoridad, como un simple medio más de pertur-

bación y de escándalo, para medrar con las pasiones más indignas del momento . . .

A esto es que se refería una vez Luis Araquistain, calificándolo como simple "matonismo periodístico".

El "matonismo periodístico" —común en pueblos o momentos de moral frágil,— prospera y se impone a la sombra de la complicidad de fuerzas sociales en decadencia, o a la sombra de gobiernos sin autoridad, espantados ante cualquier TABU político. Para él no existe poder público alguno. Ni instituciones respetables. Tampoco leyes represoras.

El matón periodístico, desde luego, invoca más bien y explota las garantías constitucionales de la democracia. Casi se considera sagrado. La cárcel no se hizo para esta laya de facineroso. Es, al contrario, quien más reclama las garantías ilimitadas; quien más insiste, diaria e incansablemente y venga o no a cuento, sobre la intocabilidad de la prensa. Porque le conviene. Por algo decía Goethe, que "nadie que no quiera mal usarla, grita inagotablemente por ilimitada libertad de prensa". Y como es en papel impreso que injuria y calumnia gratuitamente, o realiza sabotaje internacional con titulares, noticias o comentarios traicioneramente presentados, ya exige un respeto irrestricto de parte de todos. Respeto hasta para sus negociados delictuosos; respeto hasta para sus frecuentes "equivocaciones" criminales contra la seguridad del Estado y los intereses de la Patria . . .

El ex-Presidente del Ecuador, doctor J. M. Velasco Ibarra, debió de referirse a estos aspectos de la vida ecuatoriana, cuando consignó en su libro *CONCIENCIA O BARBARIE* estas observaciones suyas:

"El periodista ecuatoriano no es sino una expresión de la conciencia de los politicastos ecuatorianos. Ninguno de éstos se preocupa por entender los nobles anhelos del pueblo, las ansias de la nación, las exigencias del Continente. Adoración del éxito, búsqueda del dinero, ansia de satisfacciones vanidosas. Estos los móviles de los politicastos ecuatorianos. No saben qué es lo que quieren, y, cuando algo saben, no quieren lo que saben; porque carecen de voluntad: son cobardes, y la vida exige heroísmos.

En el Ecuador la prensa es irresponsable. Los Jurados de imprenta no son otra cosa que el reconocimiento práctico de la irresponsabilidad de la prensa. Juicios inacabables, para terminar por absoluciones o condenaciones caprichosas. Donde no hay conciencia moral no hay justicia" . . . (Ed. de Buenos Aires; 1938; pág. 111).

Una vez, en el Ecuador, cierta Dictadura —de las muchas en que se ha visto envuelto este país desde la iniciación de su vida republicana,— inició su malhadado régimen con los más increíbles adulos a esta chusma de chantagistas de prensa. A uno, le entregaba una Subsecretaría; a otro, una Dirección General de Educación; a otro, una Dirección Gene-

ral de Trabajo; al de aquí, le pagaba en plata y en bronce, según su gusto, todo el precio de sus venalidades, transfugios y pillerías, dándole con largueza inusitada situaciones que en un régimen más cuidadoso de su decoro no habría alcanzado nunca.

El público comenzó a llamar nefasto y ladrón a este Gobierno. Y a boicotearle y a socavarle. El Dictador, entonces, salió de la chusma mediante un barrido general.

Aquí fué, entonces, del clamor frenético por tan nunca visto atentado contra la libertad de pensamiento! Pues el "pensamiento" habían tenido estos cristianos en el estómago y en los bolsillos.

Y urdieron y propagaron, pretendiendo atenuar con ello las acusaciones de venalidad y de cobardía que les llovían de los de su misma cáfila, que seguramente algún enemigo suyo —algún enemigo de "la prensa", algún espía o censor de "la prensa",— influyó, sombríamente, para sus desdichas. Y lo que hasta hacía unos pocos minutos habían llamado, en alusiones esbirras, "dictablanda", ahora les pareció la más despreciable de las dictaduras. Y afirmaron que si antes no combatieron, virilmente, a tan nefasto y negro régimen con todo el ímpetu de su pluma montalvina no fué porque hubieran estado sobornados (bajo el régimen del CALLAO BOCA, se dice en el Ecuador), sino CENSURADOS!! Fué el censor quien les había impedido que abriesen la boca a los infelices . . . Y, cuando cayó "don Federico", el amo de la vispera, cu-

briéronle de ignominia. Le atribuyeron los más tremendos latrocinios y desvergüenzas en que ellos mismos habían sido cómplices. Y pidieron a gritos su persona para sepultarla en una mazmorra o para despedazarla . . .

La bajeza en la procacidad, la insistencia en el BLUFF ultrajante, de todos los días —cuando ya el ex-amigo íntimo estaba inerme, perseguido o camino del destierro,— revelaban, con singular elocuencia, la catadura moral de todos estos bribones.

Sin embargo, el hecho evidente fué que el país sí sabía muy bien en dónde estaban precisamente los desvergonzados y rateros que infamaron esa dictadura. A uno de éstos, por ejemplo, el propio "don Federico", casi en vispera de su caída, le había hecho VOMITAR, públicamente, las resmas de papel que se había sustraído de la Subsecretaría en que la DICTABLANDA le había metido . . . Ah! las viboras se sentirían infamadas si se las parangoneara con semejante ralea prostituída! . . .

Y eran de éstos los "montalvistas" que cayeron, voraces, sobre este libro, no para señalar inexactitudes o apuntar rectificaciones, sino para denigrarlo, desde sus posiciones anónimas, con su acostumbrada insolvencia . . . Como si con el nombre de Juan Montalvo, tomado como bandera, ya fuera suficiente para encubrir todo un mundo de infamias, felonías y delitos, transfugios y cobar-

días de cualquier prensa, por más vil que sea. Como si Juan Montalvo —político inmaculado y puro, escritor de gran elevación moral, y ecuatoriano de patriotismo imponderable, que prefería ponerse de parte de los brutales gobiernos que le perseguían, como el de Ignacio de Veintemilla, a permitir intervención extranjera alguna en los asuntos internos de su Patria, ni aunque fuera en favor del triunfo de las ideas políticas del propio Montalvo,— pudiese ser bandera de cualquier banda de pícaros que, a pretexto de combate político, explota con el chantaje, comercia con los intereses de la Patria, a la vez que busca acomodos burocráticos en las mismas administraciones que combate . . . Como si Juan Montalvo hubiese sido capaz de mandar a su mujer para que se emplee en el odiado régimen, a fin de poder vivir en la oposición con los recursos que ella gana . . . Como si Juan Montalvo hubiese sido un crapuloso, de arrastrada y servil existencia, como aquellos escritorzuelos precisamente que se llaman a sí mismos ALTIVOS, o elementos de PRENSA LIBRE, porque es prensa que goza de la manga ancha para todo, inclusive para azuzar sobre seguro, sin responsabilidad, todo crimen y todo escándalo: que invocan, a cada momento, dignidad, no habiendo tenido en su vida ninguna; que se permiten hablar de responsabilidades —y de responsabilidad de intelectuales!!, en el tránsito de las generaciones!!,— como si de tales cosas pudieran hablar precisamente los irresponsa-

bles o aquellos que nunca demostraron un adarme de responsabilidad en nada . . .

¡Ah, si Juan Montalvo pudiera resucitar y conocer, no en la cárcel como debiera ser, sino en redacciones de periódicos y ejerciendo libelismo político,— a tanto bandido o a tanto cretino!! . . .

* * *

Es así, pues, cómo no tengo de qué defender a mi libro.

El envidioso despecho de dos o tres bellacos, no ha logrado detener su prestigio.

Todos cuantos lo han leído en América —hombres de mentalidad muy clara y de exquisita sensibilidad muchos de ellos,— saben que no se trata de una apología sino de una biografía.

Ha sido escrito, no con los fines preconcebidos de la simulación, para canonizar a Montalvo, sino con la finalidad, exclusivamente científica, de encontrar explicaciones para el acontecimiento raro y el hombre excepcional, y de comprender las raíces de la pasión o del dolor, sorprendiéndolas en el gran drama de la historia de su tiempo, y en el drama, aún más trágico, de su mundo interior.

Hay una enorme equivocación popular, al imaginar que los grandes hombres lo son exclusivamente porque han nacido así, sin lucha con nadie, ni consigo mismos. Se pretende que el hombre de elección no tuvo que hacer esfuerzo alguno pre-

cisamente para serlo, en pugna abierta contra las influencias y naturales incitaciones del mal.

No obstante, la verdad es muy distinta, y una observación detenida, no despojada de amor ni de simpatía humana, ha llevado a la general conclusión de que los grandes tipos de genialidad infrecuente no se deben sólo a casualidades milagrosas sino a todo un proceso de formación y de superación, en que intervienen —además de factores externos de la época, de la historia y del mundo físico,— también los factores internos de energía reactiva, o sea de capacidad luchadora, con que se alienta el esfuerzo personal —a veces homérico y, por lo mismo, digno de mayor admiración,— para la autoformación moral y las rectificaciones de la conducta.

Esta convicción, que ya fué de críticos tan sagaces y penetrantes del pasado siglo, como Sainte-Beuve, Hipólito Taine y Guillermo Dilthey, es una de las justificaciones también de la nueva biografía, que yo he tratado de seguir.

* * *

Me crié leyendo y amando entrañablemente —tal como aman los fanáticos a sus ídolos,— la obra y los pensamientos de Montalvo, no sabiéndolo de oídas ni alabándolo por costumbre. Me crié también muy cerca de la naturaleza que contribuyó a plasmarlo y que él tanto amó— el aire lavado de

sus serranías, la voz rumorosa y omnipotente de sus ríos, que parece siempre una canción de profunda y gloriosa eternidad, y la imponentia de sus montes, que para Montalvo tuvo la fascinación ineludible del convite gigantesco para las actitudes inmortales.

Por eso pretendí que yo también estaba dentro de una propicia condición de cercanía mental para escribir, objetivamente, su vida. Esta vida que —mientras su obra adquiría relieves precisos e inobjetables,— parecía, hasta en su propio país, no bien comprendida ni discriminada.

Nunca, desde luego, tuve la menor idea de que iba a escribir la vida de un notable hombre común, sino (lo he dicho ya antes) más bien el drama de un hombre de excepción, descorrollado en el escenario convulso de un país excepcionalmente agitado, y dentro de un mundo complejo de batallas interiores.

Ha sido por ello, sin duda, en este libro, notable la parquedad de la acostumbrada y simple fraseología glorificadora, y preeminente, en cambio, el afán de verdad, que exige, además de amor conocimiento.

OSCAR EFREN REYES

Quito, 1º de Septiembre de 1943.

Parte Primera

LOS ELEMENTOS DE FORMACION

CAPITULO I

EL TIEMPO

Caracteres de la iniciación de la República.—Separación de Gran Colombia.—Civilismo nacionalista contra caudillaje militar.

En el Ecuador terminó la dominación colonial española el 24 de Mayo de 1822, día de la batalla final sobre el último Presidente de la Real Audiencia de Quito.

Las luchas del Ecuador por su independencia databan, sin embargo, de muy atrás, habiendo sido uno de los primeros países que, en pleno aislamiento colonial (desde su famosa *Revolución de las Alcabalas*, de 1592 a 1593), enunciara, con heroica audacia, la necesidad urgentísima de libertad política, que permita la organización de un gobierno propio, fuera absolutamente de toda ingerencia o tutelaje de Europa.

Pero las luchas cruentísimas y agotadoras que el país hubo de sostener contra fuerzas excepcionalmente superiores, de norte y sur, debilitaron sus condiciones combativas —a partir de las salvajes matanzas del 2 de Agosto de 1810 y de las derrotas militares de los patriotas de 1812.— Y fué así cómo para dicho año de 1822 su emancipación no pudo obtener sino con la cooperación continental de las huestes de Simón Bolívar y de José de San Martín, que triunfaron definitivamente en Riobamba y Pichincha.

Mas, de esta cooperación provino un hecho, imprevisto para los pueblos de Quito: la anexión a uno de los grandes Estados que en esos mismos instantes se organizaban en América del Sur —a la Gran Colombia, obra de Bolívar.

Pocas horas más tarde, pues, de la batalla de Pichincha, y una vez extirpado el poder español, tuvieron que declararse, según el texto del Acta de incorporación que firmaron varios de sus principales elementos representativos, "libres, felices y colombianos" ...

Los "colombianos" que trajo Bolívar, por su parte, se pusieron a gobernar el país en seguida.

De este modo, la antigua Presidencia de Quito llegó a estructurarse como simple *Distrito del Sur* de Colombia, subdividido en tres *Departamentos*: en Ecuador (con las Provincias de Pichincha, Imbabura y Chimborazo), Azuay (con las Provincias

de Cuenca, Jaén, Loja y Maynas), y *Guayaquil*, (con las Provincias de Guayaquil y Manabí).

Tal organización colombiana —con que se pretendía borrar todo rastro de las antiguas estructuras coloniales—, no pudo sostenerse, con todo, más que a regañadientes; y, aun así, gracias exclusivamente al respeto que inspiraba Simón Bolívar.

Ni los pueblos de la Capitanía General de Venezuela; ni los del Reino de Nueva Granada; ni los del antiguo Reino o Presidencia de Quito se manifestaron absolutamente conformes con esta subsistencia de Colombia a costa de sus respectivas autonomías.

Desde 1826 comenzó a resquebrajarse el gran Estado. En el año de 1830 se rompió definitivamente.

En seguida, Venezuela y Nueva Granada comenzaron a gobernarse con sus propios próceres —militares ilustres o eminentes patriotas.

Al Ecuador, en cambio, le tocó una suerte singular: volvía a sus antiguas aspiraciones autonomistas —sostenidas con heroísmo y con sangre desde hacía luegros años de la Colonia—; pero sin próceres propios, ni militares ni patriotas suyos ...

Volvía con el respaldo... de fuerzas armadas de ocupación, extrañas al país, por más que constasen como de las libertadoras.

El 13 de Mayo de 1830, en efecto, una Asamblea de connotados vecinos de Quito declaró, por su

parte, finaliza la anexión de estos pueblos a Colombia, y que pasaba a constituirse en "Estado libre e independiente", con un Gobierno propio "más análogo a sus costumbres, circunstancias y necesidades" ... ¡Pero encargaba, en seguida, el Mando Supremo, civil y militar, del nuevo Estado, al General Juan José Flores, héroe venezolano!

El 14 de Agosto del propio año se reunió en Riobamba la Asamblea Nacional Constituyente que debía dar al Ecuador su organización y Carta Fundamental correspondientes. Pero esta misma Asamblea Nacional —en que no eran pocos los ecuatorianos prominentes, capaces para asumir brillantemente las responsabilidades gubernativas de su Patria, por sí solos, —volvió a conceder el poder, y en esta vez ya con caracteres legales, al propio "Benemérito General Juan José Flores" ...

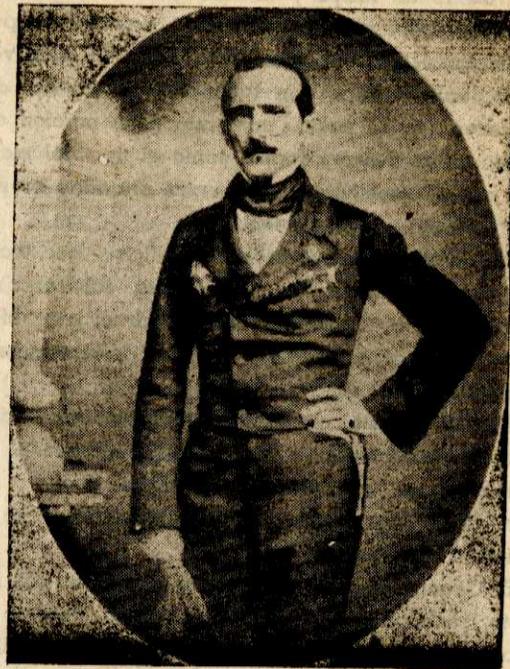
Floreanismo y caudillismo militar venían, pues, a significar, por entonces, una misma cosa.

Con la circunstancia singular de que no era solamente el caudillo militar Flores el extranjero, sino casi la totalidad de sus batallones y buena parte de sus colaboradores o compañeros civiles.

La Carta Fundamental de 1830 los había nacionalizado en masa.

El ideal autonomista, así, se consideró incompleto en su realización.

Verdad que el General Juan José Flores, de Venezuela, se había casado con ecuatoriana de familia rica, prestigiosa e influyente. Había prestado



GENERAL JUAN JOSE FLORES

también notables servicios como militar y como el más fuerte agente del orden en Quito. Y muchos ciudadanos del Ecuador simpatizaban con él —según ya lo demostraran las adhesiones de la Asamblea de 13 de Mayo y la elección constitucional subsiguiente—, por sus dones de singular simpatía personal, por su bolivarismo decidido y su valiente lealtad. Pero, con todo ello, no dejaba de aparecer, por lo menos ante una gran porción de ecuatorianos desengañados, como el tipo del mandón extraño, sostenido por fuerzas armadas de extraña procedencia también.

Los destinos de la nueva República —que teóricamente dependían de la voluntad soberana de su ciudadanía—, prácticamente estaban, para bien o para mal, a merced de aquellos todopoderosos elementos.

Aparte de esto, otros motivos de inconformidad vinieron a sumarse, a muy poco. Y era que el régimen de los "extranjeros" —según se decía, a pesar de la nacionalización constitucional—, ni siquiera resultaba eficiente.

El General Flores, gran militar y político por instinto, resultaba, en cambio, un administrador deplorables. No se organizaba la Hacienda Pública. No se controlaban los servicios del Estado. No se imponía un ética gubernativa. No se orientaba la vida nacional.

Se robaba públicamente al Erario. Se falsificaba moneda. Las numerosas tropas, hambrientas y abu-

sivas, hormigueaban por todo el país, saqueando y violando. Una miseria general que no se podía o que no se quería siquiera comprender, deprimía ferozmente la República...

Contra este estado de cosas tenía, naturalmente, que insurgir un descontento general también.

Y frente a la dominación —incompetente o nefasta— del caudillismo floreano, apareció iracundo el civilismo nacionalista.

La batalla entre estas dos fuerzas se inició y desarrolló sin cuartel. Se conspiraba. Se asesinaba. O se recurría al terror, por la matanza política.

Y fué así cómo, en estos tiempos, las luchas políticas dieron a la vida nacional ecuatoriana singulares aspectos de dolor y de drama.

Por extraña coincidencia, en tan ásperos y violentos años nacían, crecían o se formaban los más fuertes hombres destinados a actuar con notoriedad en la República, durante el siglo XIX.

CAPITULO II

LA SOCIEDAD

Nacimiento de Montalvo.—Los amigos de la casa.—Pasiones del tiempo y del ambiente.—Tierras del Tungurahua.

El día 13 de Abril de 1832 nace en Ambato Juan María Montalvo.

Su partida bautismal dice así:

"En 13 de Abril de Mil ochocientos treinta y dos, el Párroco Fr. Domingo Benítez bautizó solemnemente a Juan María, hijo legítimo del ciudadano Marcos Montalvo y de la ciudadana Josefa Fiallos; fué su padrino el señor Francisco Flor, a quien advertí su obligación.— Doy fe, Fr. Mariano Domingo Benítez" ... (1)

(1) Libro de nacimientos. Años de 1821-1834. Fol. 36. En el Archivo de la Iglesia Matriz, de Ambato.

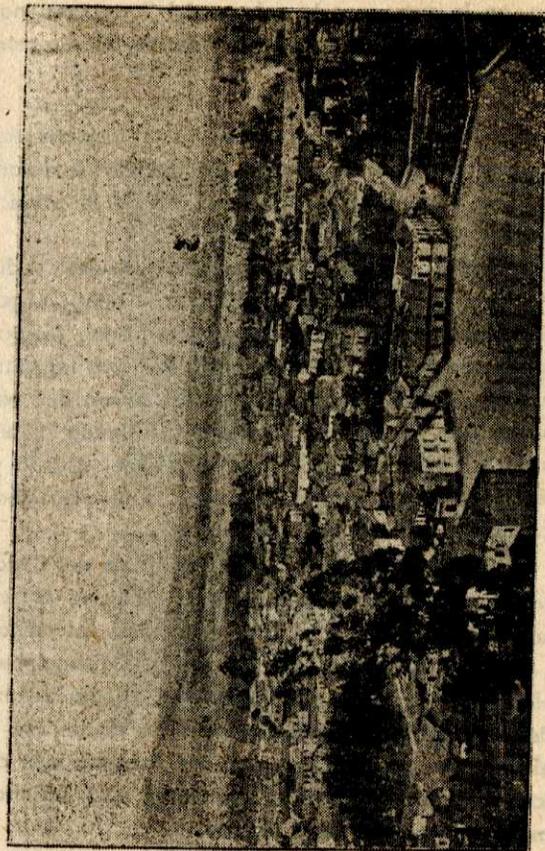
OSCAR EFREN REYES

El padrino a que se hace referencia en esta partida, don Francisco Flor, fué coronel de los ejércitos libertadores del Ecuador, en las memorables campañas que, con diversa fortuna, lucharon de 1811 a 1822. Contribuciones fuertes sacó de su personal peculio para la satisfacción de necesidades de la guerra. En la paz continuó espléndido y, en los grandes días de regocijo, prodigaba su fortuna en la ciudad.

Un vez agasajó al pueblo con 400 barriles de vino español. En otra ocasión obsequió a las muchedumbres, locamente entusiasmadas, con una porción de ejemplares de su rica ganadería —toros, mulas, caballos, vacas, etc.—, disparados en forma divertida, en un momento dado, desde la plaza principal, para que cualquiera los cogiese...

Nacionalista exaltado después, combatió —poniendo dinero y persona en la aventura,— contra las huestes extranjeras del General Juan José Flores, en "Pesillo" y en "Miñarica", lugares trágicos éstos para el civilismo de los primeros años de la República.

Hermano de este patriota, de tan original carácter, y amigo también del hogar de Montalvo, era don Vicente Flor, aquel otro gran civilista que brilló como diputado de oposición ardiente en los congresos del primer período floreano y que, para 1835, terriblemente dolorido por la desgracia nacional de "Miñarica" —en que más de 1.000 ecuatorianos fueron alanceados por los negros del



VISTA PANORÁMICA DE LA CIUDAD DE AMBATO

OSCAR EFREN REYES

militarismo dominante,— ofreció MIL ONZAS ORO a quien le entregase la cabeza del "gran asesino extranjero" según decía—, de "Flores, el director de la matanza".

Para la tierra en que ocurriera el nacimiento, viajeros de diversas partes del mundo tuvieron siempre conceptos admirativos. Desde la propia época colonial.

"El valle de Ambato, encajonado y risueño —dice el etnógrafo francés D' Orbigny,— tiene vergeles deliciosos"... "Ambato, de muy buen temperamento, sano, de buenos aires y la tierra tan pingüe en granos y frutos que, en un mismo día, están en ella sembrando, segando y trillando" —escribe, a fines del siglo XVIII, el coronel Alsedo y Bejarano, en su famoso "Diccionario histórico-geográfico de las Indias Occidentales".

En la geografía física de la República del Ecuador, en efecto, pocos lugares como éste, de estructura tan original. Entre altas montañas volcánicas —el Tungurahua, el Chimborazo, el Carihuairazo, el Sagatoa y el Quispicacha,— se asienta la ciudad. Extensas llanuras de arena la circundan; y elevaciones rocosas, que son las estribaciones de los volcanes y páramos yermos y casi infinitos marcan el confín del horizonte.

Así, mientras en el valle la vida puede correr deliciosamente, vigorizada por los encantos de una



EL TUNGURAHUA

S

OSCAR EFREN REYES

primavera perpetua, en las cercanías se torna esforzada y heroica.

Un río atraviesa el valle. La voluntad enérgica de los primeros pobladores de Ambato, sacó las aguas de aquel río y las regó por los campos áridos. Trajo también el agua de las altas montañas. Y gracias a estos esfuerzos, las vegas del río y las tierras vecinas se convirtieron, casi por igual, en el "vergel delicioso", que dice D' Orbigny.

Ambato tiene uno como complemento de sus sorpresas naturales en Baños, región excepcional, de piedra y de verdura, al pie del Tungurahua y rodeada de abismos y torrentes.

Entre Ambato y Baños florecen niñez y juventud de Montalvo.

OSCAR EFREN REYES

CAPITULO III

LOS PADRES

*La aventura de los "casca-
rilleros" del siglo XVIII.—José Santos Mon-
talvo, el inmigrante.*

Hacia fines del siglo XVIII, llegaban a la Presidencia de Quito numerosas partidas de "casca-
rilleros", de diversa procedencia. Generalmente se
las creía de neogranadinos, aunque era verdad
que entre éstos no faltaran españoles, venezolanos,
antillanos, etc.

En una de estas partidas vino José Santos Mon-
talvo, de origen peninsular, según suponíase, aun-
que ya con hondo arraigo en la vida colonial del
Virreinato de Nueva Granada, a donde había lle-
gado, tal vez, adolescente. Hizo el "casca-
rillero" algunas correrías por el oriente y por el sur, en bus-
ca de las anheladas quinas, primero ;luego fatigó-

Vida de Juan Montalvo --- 4

OSCAR EFREN REYES

se en el comercio de baratijas; hasta que se quedó, al fin, en Guano, pequeña población de la provincia de Chimborazo. Aquí se casó con una hija del lugar —la señorita Jacinta Oviedo,— heredera de fabricantes de paños, y abrió su almacén... (2)

El comerciante era de carácter incisivo, duro y seco. Pasaba también por muy soberbio. Ya viejo,

(2) Sin exhibir documentación comprobatoria, han afirmado algunos que José Santos Montalvo fué uno de los varios hermanos de este apellido que salieron, en cierto tiempo, de Andalucía, rumbo a América, impulsados por la fiebre de viajar o de aventura.

Según esa afirmación, al mismo tiempo que este Montalvo deambulaba por Nueva Granada, otros se habían quedado en la Capitanía General de Cuba.

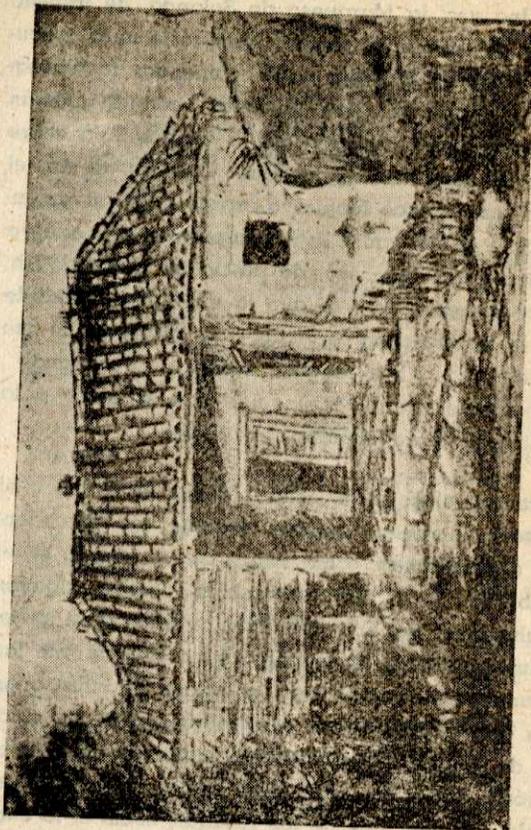
Sin embargo, hasta hoy no se ha encontrado el documento que la justifique.

José Santos Montalvo, a quien los vecinos de Guano apreciaban más bien como propiamente granadino—panameño o pastuso,—no tuvo tiempo ni oportunidad, acaso, para consignar, por su parte, el detalle de su procedencia en papel alguno.

Su partida matrimonial, de 1772, es simple y escueta:

"Joseph y Jasinta.—En diez y ocho de Mayo de mil setecientos setenta y dos años casé y velé el Orden de Nstra. Sta. Mdre. Iglesia a Dn. Joseph Santos Montalvo y Dña. Jasinta Dionisia de Oviedo. Fueron sus padrinos Dn. Bartolomé de Oviedo y Dña. Thomasa de Segura de que doy fe.—Fr. Xavier Ramos".

(En la Iglesia Matriz de Guano. Libro de Matrimonios 1772)..



CASA DE GUANO

fue origen de anécdotas que se repetían, en el ambiente supersticioso y humilde, con cierta sorpresa. Una vez, la Marquesa de Solanda, de tránsito a sus haciendas, entró para comprarle unos artículos. Ninguno le gustó e iba poniendo, fastidiosamente, muestras sobre muestras, con el ademán autoritario, naturalmente, de la gran señora sobre el triste vendedor de bayetas. Colérico, al fin, el viejo José Santos Montalvo, arrojó despectivamente sobre el mostrador la última pieza y dijo que ya no tenía más que eso, de precio terminante. "Ah, señor comerciante —le dijo la marquesa, ofendida por la actitud poco servicial,— ¿y el precio de ese orgullo?" ... "Ese orgullo, señora, no se vende", respondióle, dando enseguida las espaldas a la aristócrata para atender otro cliente.

Recoge el autor de estas páginas el cuento o el episodio histórico, porque, aunque sin procedencia documentada, como varios otros, persiste en el ambiente. Y lo recoge también porque algunos "pelucones" del Ecuador, muy orgullosos de su legítima ascendencia española y escépticos ante las afirmaciones montalvinas del origen andaluz, quieren aprovecharlo para comprobar con él, no el tipo de altivez y dignidad bien mantenida del "chapeón" auténtico, sino más bien la altanería del mulato proveniente de las Antillas, como si la simple procedencia peninsular —que, por otra parte, en América generalmente tuvo sello plebeyo,— ya

no explicase, precisamente por sí misma, en casos numerosísimos, un buen contingente de sangre de África... (3)

(3) Gracias a la persistencia de ciertos interesados, en América se mantienen extrañas equivocaciones.

Se pretende que un abuelo español ya purificó una centuria de raza mulata. Y se propaga, y se cree, que con ello queda justificada también cualquier pretensión nobiliaria. Así se cuentan nobles en el Ecuador por cientos.

Sin embargo, los datos de la historia enseñan otra cosa. Los encomenderos y traficantes españoles de la colonia—padres de nuestras aristocracias de sangre—fueron gentes de humildísima procedencia. Una vez instalados en ciudades o campos de América, verdad que se pusieron a procrear, pero no siempre con mujeres españolas, que eran rarisimas y que constituían un regalo como de privilegiados. Tuvieron sus hijos con indias, con zambas o con negras.

Es interesante el desenfado del primer Presidente de la Real Audiencia de Quito, al señalar las debilidades del encomendero de 1570: "..... el dicho capitán es hombre que siempre está amancebado, e de ordinario tiene cinco o seis mancebas indias y negras, paridas e preñadas, y algunas envía a parir en Otavalo"

Para Hernando de Santillán, lo escandaloso radicaba principalmente en el número de indias y negras "paridas e preñadas" gracias a la vigorosa actuación de un solo capitán. El amancebamiento con una sola negra o con una india solamente, pasaba como un hecho común.

Fray Antonio de Zúñiga, con referencia a la vida de Quito también, informa a Felipe II, por Junio de 1579, con la mayor naturalidad: "El español tiene por querida una mestiza o negra y ésta tiene por esclava una india".

Y no era solo esto. El mismo español ya venía mestizo

Los hijos de José Santos Montalvo fueron numerosos. Unos quedaron en Guano; otros fueron a Imbabura y algunos se diseminaron por el Azuay.

Don Marcos Montalvo Oviedo —uno de ellos,— traficante también, como su padre y sus hermanos, tocó varias veces en Ambato, hasta que se quedó ahí. En Ambato contrajo matrimonio con doña Josefa Fiallos, mujer de personalidad peculiar, laboriosa y amante de la suave vida campesina: poseían los padres de ella una buena extensión de tierras en la sección "Quinchicoto", y, según parece, ahí don Marcos prendió y alimentó su idilio...

De aquí nace el escritor don Juan Montalvo.

para las provincias de Indias; pues en España el cruzamiento con berberiscos y negros fué estupendo, durante varios siglos (V. RAFAEL ALTAMIRA: "Historia de España y de la civilización española", vol. I, págs. 117-249-250. GUSTAVO LEBON, "La civilización de los árabes", pág. 135.— L. VALLENILLA LANZ: "Cesarismo Democrático", y sus citas de I. Gounon Loubens y Fornerón, ed. de 1929, págs. 86-91. F. III, nota sobre Santillán pág. 47).

CAPITULO IV

MARCOS MONTALVO

Caracteres somáticos y morales.
—El traficante.—La inclinación política.—El hombre práctico.

Erase don Marcos varón de buena contextura, alto, crespito, blanco. Frecuentemente no se le veía sino con el ceño adusto. Esta severidad exterior correspondía a su carácter, levantado y viril y un poco agrio.

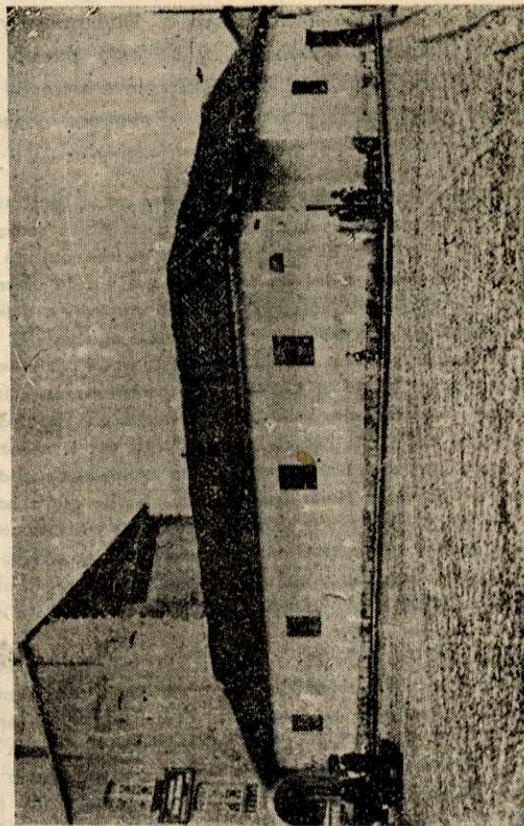
Al establecerse definitivamente en Ambato, no dejó el oficio aprendido: comerciaba y viajaba. Y como el transporte y la compra y la venta tenían que hacerse con intervención personal, él vivía así, en continuo tráfaigo, lejos de la ciudad, atravesando caminos fragosos, vadeando ríos, acampando a pleno aire violento de las serranías o enfrentándose con los bribones de los lugares desiertos.

OSCAR EFREN REYES

En todas estas aventuras demostró su temple acerado, su alma valerosa, de prontas decisiones, según su propio hijo don Juan se complace en recordar en amenas páginas... (4)

(4) "Por los años de 1840 un rico negociante del interior de la República, volvía de Guayaquil con un valioso cargamento. Su gran canoa de piezas remontaba pesadamente el Guayas a fuerza de remo, contra viento y marea, luchando con una como tempestad que se había declarado desde que perdieron de vista el puerto. Oscura era la noche, sembrada de truenos y relámpagos: los bosques gemían lúgubres, combatidos por los vientos; manadas de jabalíes arruaban temerosos en sus profundidades. El dueño de la canoa tomó aparte a un joven de su séquito y entrando juntos al depósito de armas, salieron luego, el uno con un trabuco formidable, el otro con un gentil machete que no le hubiera pedido favor a la cimitarra de Taric. ¡Plácido! gritó el principal: amárrame este zambo. Dos criados se echaron sobre el bandido, el cual no opuso resistencia, porque la boca del trabuco le estaba haciendo anillos en las sienes. Maniatado el zambo, y trincado contra un banco, el amo agregó: "A este otro! El otro fué igualmente aherrojado y puesto fuera de combate. ¡Barreto! dijo entonces el que daba órdenes; el piloto corre de cuenta de usted; a la menor señal de traición le vuelva la tapa de los sesos. Barreto, que no había estado en Ayacucho, temblaba de miedo; pero como el valor es comunicativo, prendió en su seno, y el hombre se puso a apuntar al piloto con su escopeta. Nada le importaba más en ese trance que el denuedo y la valentía.

Era el caso que el viajero, como quien había ejercitado la vista en las oscuridades de ese río, y el ánimo en esas ocurrencias, descubrió a la altura de Boca de Baba una lucecilla que venía adelantando en dirección a su canoa. Los pi-



EXTERIOR DE LA CASA DE MONTALVO EN AMBATO

Por entonces, los pueblos de la costa del Ecuador y los de la sierra no estaban unidos por ferrocarril y, de Ambato a Guaranda o Riobamba, y de estos lugares a Babahoyo, y de este puerto fluvial a Guayaquil, el tránsito ofrecíase siempre lleno de dificultades y peligros. Enemigos constan-

ratas, como los bandidos de tierra, tienen en la fisonomía y las acciones un sello especial que les denuncia en cualquier parte a la justicia: el navegante supo ya con quienes las había. En cuanto a los dos pasajeros que mandó amarrar, eran dos zambos de interesante aspecto criminal, a quienes el patíbulo hubiera recibido con los brazos abiertos. El uno tenía cruzado el rostro con un "persignun cruisis" de a jeme; el otro mostraba en el pescuezo una cuchillada de catorce puntos, como las que contenía el memorial de Monipodio. La canoa había sido fletada exclusivamente por el negociante; pero como esos hombres de bien se le llegaron a pedirle por los dolores de María Santísima que les llevase a bordo hasta Babahoyo, fueron recibidos por vía de comiseración. Eran, sin duda, cómplices de los piratas; mas el serrano tenía la letra menuda; y cuando los zambacos se regodeaban ya en la buena presa, viéronse allí tirados en los fondos cual tercios de mercancías.

Señor, ¿le mato? preguntó Barreto. No todavía, respondió el jefe. Los dos muchachos, lanza en ristre, esperaban a babor. El joven había dejado su alfanje por un soberbio trabuco naranjero. Los piratas venían cerca; la canoa de piezas adelantaba de mala gana; los zambos maniatados estaban bramando como toros. "Barreto! si el piloto hace una maniobra desfavorable, me paga usted con la vida". "Señor, dispare!" preguntó Barreto. "Y quién gobierna el timón? En el instante crítico envíele usted a los infiernos". Los piratas venían a treinta pasos de distancia, entonando uno de

tes y terribles del viajero eran los riscos de la Cordillera de los Andes, en continuo resquebrajamiento; los despoblados y yermos páramos, donde el frío y el viento son los mayores azotes de la vida; las pendientes y abismos innumerables en que terminan los montes o dan paso a los ríos que bajan de las altas cumbres nevadas; los malhechores de los "tambos" o de las "hondonadas"; y, en fin, en las tierras bajas del litoral, las vastas exten-

ellos una donosa cancioncilla, con ciertos quebros de voz que eran, de seguro, avisos a sus cómplices de a bordo.

Mi día e la noche oscura;

Música son eto trueno:

Yo bailo con la tormenta....

¿Qué tenemo, qué tenemo?

¡Ramón, fuego! gritó el viajero, cuando el enemigo bogaba a cuatro brazas. Un estallido estupendo rompió el silencio del río, y retumbando por las selvas de las orillas, fué a perderse a lo lejos en las entrañas de la noche. Apretaron el remo los piratas: enarbolados sus ganchos, agarrábanse ya a la canoa mercante: ¡Al abordaje! gritó el capitán. ¡Palomino, ahora! ¡Canilla, dónde estás? Otro tiro de trabuco resonó en este instante; y como los piratas rempujasen con más fuerza, Ramón, empuñado en su machete, partía cabezas a diestro y siniestro, a tiempo que su jefe le atravesaba la garganta al capitán de los malhechores con su espada que gemía en la oscuridad sedienta de sangre. Dos de éstos alhajas, los más listos y audaces, habían saltado de a bordo, cuando cayeron boca abajo sobre sus cómplices, pasados de parte a parte por las lanzas de Plácido

OSCAR EFREN REYES

siones cenagosas y palúdicas, los mosquitos y reptiles de la selva y, ya cerca de la ría o en ella, asesinos o piratas...

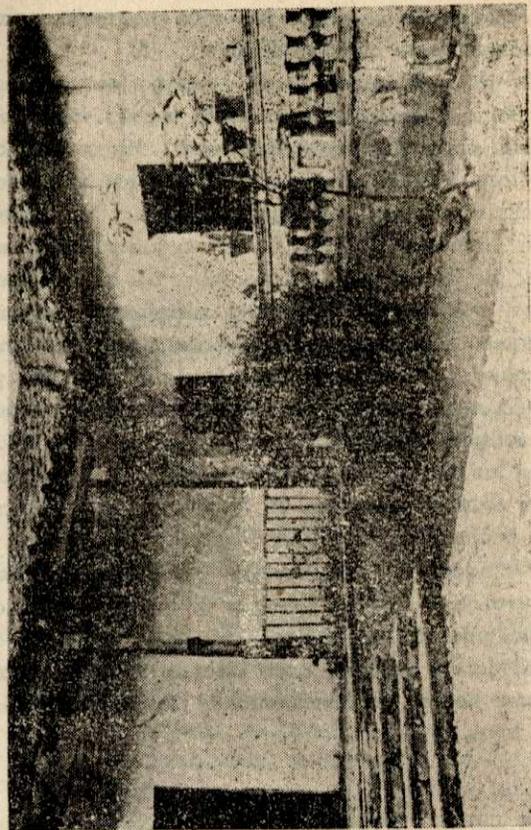
La vida de don Marcos, como la de la mayor parte de comerciantes de su tiempo, debió de depender, pues, de las ventajas de carácter físico y moral que podía oponer a tanto inconveniente de la naturaleza y de los hombres..

Para la época en que su hogar tomaba relieve y respetabilidad en la sociedad ambateña, ya su carácter austero y sus prestigios de padre de familia correcto, de hombre enérgico y de ciudadano patriota se habían impuesto..

Complicado en las gestiones revolucionarias que a partir del 9 de Octubre de 1820 se venían realizando también en los pueblos de la sierra contra el Gobierno español, tuvo que "emigrar" a Guayaquil, donde vivió algún tiempo, probablemente no quieto, dados sus antecedentes..

y el otro cholo. La canoa pirata empezó a quedar atrás: se apagó la lucecita; el combate estaba concluido. Echados los cadáveres al agua siguió adelante el viaje: al romper el día, consignaba en manos del alcalde de Babahoyo los dos cómplices de los piratas, y montaba en su mula para preparar el Chimborazo.

Ese hombre de barbas agrias era don Marcos Montalvo, padre del humilde cronista de estos hechos. (JUAN MONTALVO: "El Regenerador", núm. 3.—Ed. de Garnier Hnos., vol. I, pags. 132-135).



INTERIOR DE LA CASA DE MONTALVO EN AMBATO

En los primeros días de la anexión a Colombia sirvió con entereza a la República.. Y desde 1822 fué ya uno de los primeros y más progresistas cabildantes de su ciudad adoptiva... (5)

En tanto, su laboriosidad y energía, secundadas por la actividad previsora de la esposa vigilante, le han dado una modesta fortuna.. Ha comprado preciosos huertos en Ficoa —casi en las lindes de la ciudad— y una hacienda en donde todo es poesía: "Puntzang" de Baños, a las orillas del Ulba y al pie de los altos montes sobre los que se yergue —magnífico y argentado, rompiendo, maravillosamente, un espacio inmenso del cielo,— el Tunurahua.. A las orillas de este río, cristalino y raudo, vendrá su hijo don Juan, en peregrinación de solitario, a meditar en la fugacidad de la vida y en las ternezas de la adolescencia que se ha ido, y a escribir, pensando en la última mujer adorada, poemas de amor y de tristeza... (6)

Y ninguna de estas cosas —comercio, viajes, cultivo de la tierra, parentesis de quietud y hasta inquietudes de la política,— le han impedido a don Marcos realizar, con discreto cuidado, y al mismo tiempo, lo trascendental: la educación de los hijos.

(5) CELLANO MONGE: Adhesión de Ambato a la Junta Suprema de Quito de 1809. 2a. ed., de 1920, pág. 25.

(6) V. "La juventud se va", en "El Cosmopolita", núm. 3; ed. de 1923, vol. I, págs. 258-261.

CAPITULO V

LOS HERMANOS DE JUAN MONTALVO
Y EL AMBIENTE FAMILIAR

*Profesores, políticos y hombres de
letras.—Señores austeros.—Los so-
brinos entusiastas.*

Los hermanos de Juan Montalvo son varios: Francisco, Francisco Javier, Mariano, Carlos; Alegría, Rosa, Juana e Isabel..

Hay también algunos hijos naturales de don Marcos, entre ellos Carmen, que se casa con don José Santos Oviedo, realizando así la misma conjunción de los abuelos: Montalvo - Oviedo..

Francisco, el primogénito, se ha graduado, tras de lucidas pruebas, de doctor en Jurisprudencia en la Universidad de Santo Tomás. Es un notable hombre de letras. Alcanza lugares prominentes en la docencia universitaria y en la polí-

tica. Cuando es profesor de literatura en el Convictorio de San Fernando, de Quito, son sus alumnos hombres que llegarán a ligarse en la historia con la figura de su hermano Juan: los jóvenes Gabriel García Moreno, Miguel Riofrío, Antonio Borrero y Cortázar... Es el maestro querido y respetado de cuantos estudiantes se le acercan, y alguno de éstos, el poeta Miguel Riofrío, cuando Francisco Montalvo descienda a su sepulcro, le llorará, en nombre de la juventud que le quiso, en una tierna elegía... Primogénito que honra debidamente el hogar distante, será el protector y guía de sus hermanos menores en los primeros pasos de la vida. Lo que no le impedirá actuar virilmente en la política; pues como nacionalista y antifloreano decidido que es, sufrirá persecuciones y destierros. A la Convención de Cuenca, de 1845, asiste como Diputado y Secretario; en el gobierno de Vicente Ramón Roca desempeña, con todo acierto, el cargo de Director General de Crédito Público; en el gobierno de José María Urbina es Gobernador de Pichincha... Pero no es el simple ejercicio de estas funciones lo que le enaltece, sino cierta serenidad de sus pasiones aun en los momentos de mayor exaltación pública... (7)

(7) En 1845, los liberales pedían ya la supresión, en la Carta Fundamental, del artículo que fijaba la religión del Estado. El doctor Francisco Montalvo, figurando tam-

Francisco Javier, nacido unos 13 años antes que don Juan, se educa en el colegio de San Luis y en la Universidad. Como su hermano Francisco, es notable abogado. Pero descuella singularmente en la cátedra y en la política. En su

bién entre los más avanzados liberales de la época, se opuso, excepcionalmente, a la supresión. ¿Por qué? Por razones sociales y políticas —dijo— pues que la totalidad de ecuatorianos se componía de católicos, y la supresión del Art. constitucional que señalaba la religión católica como del Estado, resultaba no sólo estéril en cuanto a los efectos, sino contraproducente por lo que tenía de desafiante para las masas creyentes. El fanatismo religioso no podía ni debía combatirse con simples artículos legales, sino, previamente, con la mayor difusión de las luces...

En 1852 era Gobernador de Pichincha. Casi de modo simultáneo a la invasión de Flores para derrocar a Urbina de la Presidencia de la República, se tramó en Quito una conspiración, denominada de "El Placer", por ser este lugar —hoy Instituto Normal "Juan Montalvo"— donde se reunieran los principales de ella.

Hubo que sofocarla a balazos. La juventud universitaria, que había lanzado feroz protesta contra la reacción floreanista, quiso, febrilmente, alistarse en los batallones para combatir. Montalvo se resistió a aceptarlos, y no los aceptó en su totalidad, por lo menos, alegando esta bella razón: "Puede ser que muera alguno: la vida de los estudiantes es, en lo porvenir, la vida y la gloria de la patria!"

(Referencia del Dr. P. J. Cevallos Salvador, citada por Roberto Andrade: "Montalvo y García Moreno", vol. I, ed. de 1925, págs. 29, 32).

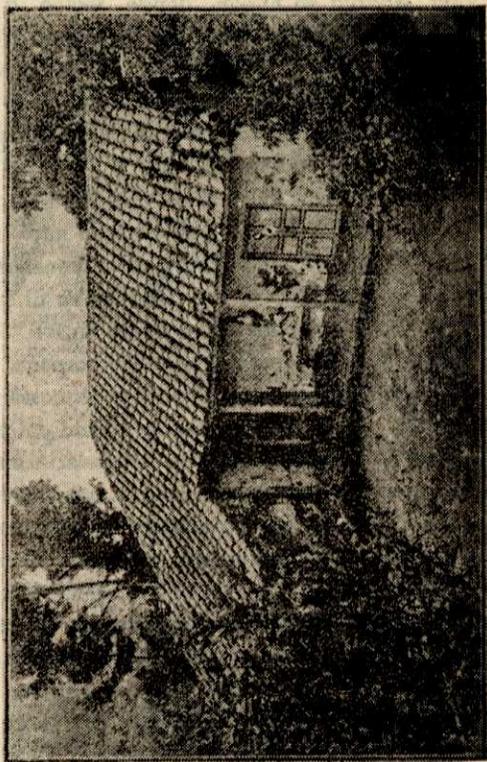
OSCAR EFREN REYES

vida profesoral desempeña siempre altos destinos: es Rector de la Universidad, Profesor y Rector del Colegio de San Fernando y, cuando vuelve a su ciudad, Rector del Colegio Nacional "Bolívar". Ya en su vejez, recordando las lecciones dadas a sus alumnos del San Fernando, de Quito, compone un texto: "Historia de la Literatura Universal". Actúa también en el periodismo y, con el poeta Miguel Riofrío, funda "La Razón". Después redacta, en compañía de otros brillantes jóvenes de su tiempo, "La Democracia", periódico en que se inicia, con los primeros artículos románticos, de adolescencia, Juan Montalvo.

Francisco Javier, que, como abogado, llega a ocupar un sillón de Ministro en la Corte Suprema de Justicia, como político tiene una actuación no menos espectante: es Ministro de Relaciones Exteriores; es un buen Diputado y Secretario de Congreso; sufre exilios y el Gobierno de Venezuela le concede con el Busto del Libertador . . .

Es notoria la influencia que, políticamente, en la apreciación de asuntos internos y de hombres del Ecuador, ejerce sobre su hermano Juan, cuando éste redacta "El Cosmopolita", "El Regenerador", "Las Catilinarías" . . .

Mariano, de genio inquieto y bravío, un poco extravagante, a la primera oportunidad que le depara un destierro de su hermano mayor Francisco, marchará lejos, al Perú, de donde no volverá nunca.



LA CASA DE FICOA ENTRE LOS ARBOLES

Los hermanos tampoco se interesarán, después, por su suerte.

Carlos Montalvo se concreta a la agricultura y a la vida sibarita en Baños, donde recibe a su hermano Juan, le lee y admira. A las breves preocupaciones del trabajo agrícola, agregará con preferencia, las del amor, de la sociabilidad y de la juerga intermitente con los vecinos. Versifica e improvisa con facilidad; es chistoso y no elude el trato con pelanduscas del pueblo, que le aligeran y endulzan la vida. Juan —que siempre miró con despectiva lástima la vida alegre, desaprensiva y juerguista,— le perdonará las debilidades al hermano y, al fin, le dedicará un recuerdo en los "Siete Tratados"; porque Carlos, bueno de corazón, en el fondo, pero falto de fe religiosa y anticlerical por excelencia, murió sin merecer la piedad del clérigo Vicente Viteri, que negóse a concederle auxilios en la agonía desesperada de que fué víctima: "Carlos Montalvo está en los quintos infiernos!", gritaba un día, a las puertas de la iglesia, el vengativo clérigo (8)

De las cuatro mujeres, la mayor, Alegría, se acerca más a la vida de Montalvo. A la muerte de los padres, llega a ser condueña, con Carlos, de la hacienda de "Puntzang", a donde don Juan se traslada por largas temporadas a vivir. Casada

(8) "Siete Tratados".—Ed. de 1882—Vol. I, págs. 341-343.

ya con don Gaspar González, y una vez muerto Carlos, se entrega casi por completo a los cuidados de su hogar, en Ambato o en Baños. Sus niños —Juan, Angela, Leopoldo, Arsenio y Gaspar González Montalvo,— alcanzan a tratar y atender al tío ilustre, tan amante de los paseos raros, por sitios peligrosos o profundamente solitarios.

Las otras hermanas se casan pronto —Juana, para la que don Juan tiene siempre expresiones de ternura hasta morir, con Gabriel Quirola; Rosa, con Daniel Flores,— y forman sus hogares aparte. La menor, Isabel, de arrebatado espíritu místico, por voluntad suya y de sus padres, ingresa, para siempre en el monasterio del Carmen Bajo, de Quito.

Fuera de los hijos de doña Alegría ya nombrados, son numerosos los sobrinos de don Juan Montalvo. Pero los que mayor contacto tienen con él, son los hijos del hermano mayor, Francisco, que, casi a edad madura, viene a casarse en Ambato con una hija del prócer don Tomás Sevilla. Ellos son Adriano y Teodoro Montalvo, inteligentísimos estudiantes universitarios cuando don Juan redacta "El Regenerador" en Quito.

César Montalvo, hijo del doctor Francisco Javier, el ex-Rector de la Universidad Central, goza también de la predilección de don Juan; pues descuellos como aficionado a las letras y es, con su hermana Lucila o con Ricardo Flores Montalvo, adolescente vivaz,— el íntimo y cariñoso compañero en

las horas de angustia por que pasa Montalvo durante el régimen de Veintemilla.

En el ambiente familiar de Montalvo, apenas se encuentran, sin embargo, matices de completa e irrestricta consagración. Lo propio acontece, como se verá oportunamente, en su vida de amor.

Juan es el hijo menor, inquieto e irreductible, primero, y el hombre sin ventura, desconfiado y triste, después.

El alma fuerte, combativa y un poco tempestuosa de don Marcos se refleja en casi toda la descendencia; pero en don Juan la insociabilidad se agudiza por la escasa aptitud para el ameno hablar y la alegría ruidosa.

La pasión por la soledad y los libros acaba por hacerlo incommunicativo en seguida.

CAPITULO VI

DE LA ESCUELA AL COLEGIO

*Caracteres de la función escolar en la iniciación de la República.—
La muerte de los padres de Montalvo.*

Los primeros años de Montalvo transcurrieron alegres, entre la quinta de Ficoa y la casa de Ambato.

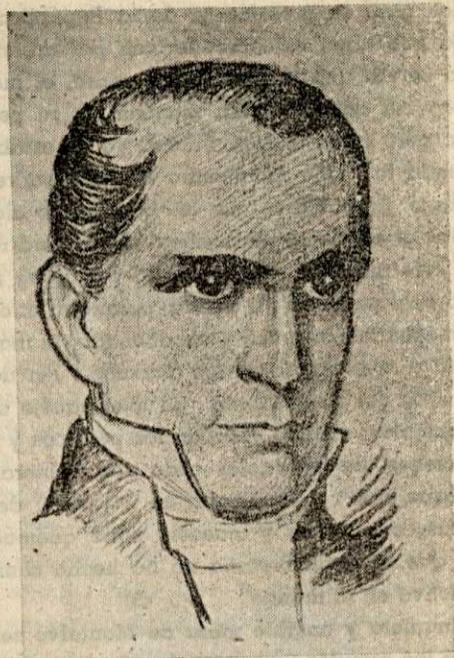
A los cuatro años de edad le asaltaron las viuelas, y éstas dejaron sus huellas en la cara del futuro grande hombre, como dejaron en la del poeta José Joaquín Cimedó y en la del conde de Mirabeau, según recuerda el propio Montalvo al indicar su caso personal.

Entre los seis y siete años, pasa a la escuela: una escuela como todas las de ese tiempo en el Ecuador: ruínosa, pobre, polvorienta y, moral, intelectual y materialmente mal dotada. Era un "tenduchó", congestionado de niños y de niñas de Amba-

OSCAR EFREN REYES

to, que aprendían a gritos el texto de la Cartilla Cristiana y a contar y deletrear. El sistema de la "coeducación", elevado a postulado por la pedagogía del siglo XX, se lo practicaba ya en el Ecuador hace cien años, aunque es verdad que él se ponía en vigor más bien por motivos económicos que por teoricismo científico.

Por 1839 visitó esta escuela don Vicente Rocafuerte, desde la puerta y sin entrar mucho, a su paso de Quito para Guayaquil, una vez finalizado su período presidencial. Al recordar tal visita, que significó un acontecimiento excepcional en la vida escolar de Ambato, Montalvo habla del pedagogo de entonces. "Siendo yo escolar en un tenducho de Ambato que parecía casa de hormigas —escribe,— se asomó un día a la puerta un vejete, no más alto que Monsiur Thiers, quien se dejó estar una buena pieza parado en el umbral sin determinarse a entrar y visitar despacio la escuela. ¡Qué había de visitar ese plantel de ratones! Desde el maestro para abajo todo era de menor cuantía. Dios sabe si le tengo presente al maestro Romero con su chaqueta blanca hasta las posas, su pantalón a media canilla, sus zapatos de siete zuelas y su látigo en la mano, que no lo hubiera aflojado si lo ahorcaran. El buen hombre abría siempre la sesión con azotar a tres o cuatro barragancitos de los más pillos, le den o no por qué; y para echarnos fuera, les tenía rara afición a las orejas de ciertos condiscípulos míos que hoy son jurisconsul-



VICENTE ROCAFUERTE

tos a lo Papiniano, coroneles a lo Cambronne, obispos a lo Dámaso, esto es, que pisan en la bota a sus enemigos, y aun candidatos de ellos mismos para la presidencia de la República. No pienso que haya sido predilección por mí, sino el miedo cerval que le tenía a mi padre, el maestro Romero me dejó salir sin mancha de su penitenciaría; pero como a decir verdad yo no estaba allí siguiendo la vida de nuestro seráfico padre San Francisco, probable es que le haya dado algunas rabieta al excelente pedagogo. Como para menos rigor, éste me tenía emplazado al pie de su mesa; con lo cual yo hacía mi agosto, porque al otro lado estaba igualmente presa y encadenada, la más turbulenta y revolvedora de las alumnas. Por debajo de la silla del maestro, era un teje maneje de los mil demonios: cuando cesaban los pellizcos y otras operaciones, de las cuales cada una hubiera sido un "casus belli", principiaba un ir y venir de pan y peras, colaciones y nueces, maíz quemado y pinol, que la Gran Bretaña no ha hecho comercio más activo en el mundo" (9)

La inquieta y amable niñez de Montalvo se deslizó sin los grandes reveses y duros sobresaltos que afligieron a los adultos de su tiempo.

No llegaba todavía a los tres años cuando ocurrieron las terribles escenas de sangre en los are-

(9) "El Regenerador", ed. de 1878, núm. 12, págs. 20-21.
—Ed. de Garnier Hnos., tom. II, págs. 231-233.

nales de Miñarica primero (18 de Enero de 1835), y en las calles de la ciudad, en seguida; o sea cuando acontecía el aniquilamiento de la aspiración nacionalista entre asesinatos, confiscaciones y vandalaje, y se ahogaban, en su misma cuna, sangrientamente, y con enorme hipocresía, a la vez, las instituciones democráticas y republicanas del Ecuador. Y recientemente estuviera entre los 11 y los 12 años de edad, cuando las grandes y apasionadas convulsiones populares de 1843, en contra de la "Carta de esclavitud" y del impuesto general de tres pesos y cuatro reales, y en contra, sobre todo, del Presidente Flores.

Acaso por este tiempo conoció Juan Montalvo al General Juan Otamendi, el principal soldado de Flores que, después de "Miñarica", mayor número de ciudadanos alanceó por las calles de Ambato.

Hombres y mujeres de esta ciudad temblaban de rabia o de miedo a la vista del negro; pero un día que éste llegó a casa de don Marcos Montalvo, el niño Juan, que le escudriñaba desde tras de una puerta, sintió por el venezolano una ingenua admiración —admiración que le durará toda la vida y hasta cuando puede él contar las cosas de la historia a su gusto(10)

(10) "Un día hubo gran movimiento en mi casa; movimiento inusitado y asustado: ¿qué iba a suceder? La gente iba y venía, el nombre de Otamendi sonaba a cada instan-

Pero un día vió pasar a su hermano mayor, Dr. Francisco Montalvo, entre un pelotón de soldados, que lo llevaban al destierro. Don Marcos, hombre bravo, no contrajo un músculo de la cara,

te, y todos, grandes y pequeños, sentíamos hormiguillo en el cuerpo, como si estuviéramos esperando la visita de un aparecido. El gravamen público de los alojamientos militares no existía ya; pero el "hotel", este francés cosmopolita, no había aún invadido esos países, y los forasteros se hospedaban en las casas particulares. A Otamendi le plugo elegir la de mi padre: llegó en efecto con un piquete de lanceros, negros formidables, de morrión abombado con fiador de cuero de oso. La banderilla roja de la lanza, pabellón de la muerte, estaba prometiendo sangre: ¿cuántos íbamos a quedar con vida en mi casa y en el pueblo? Echó pie a tierra el general, negrazo bien cortado, elegante, bello en su especie, y tomó posesión de su departamento. Mi padre pasó inmediatamente a hacerle la visita de etiqueta, que fue pagada como entre reyes, allí en seguida, sin más tiempo que hubo menester nuestro terrible huésped para deponer el vestido de viaje y vestirse de ciudad. Bien se me acuerda esa estampa, porque le estuve viendo tras una puerta: pantalón blanco, de paño; casaca azul, muy larga, de vueltas cruzadas y cuello alto, como son los retratos de los héroes de la independencia. Concluida su visita, mi padre se vino hacia la familia, y dijo: Qué negro tan fino y cortésano! Ese bebedor de sangre era hombre culto y fino; y de crímenes suyos, no tengo noticia, sino es el de Riobamba. Ahora ved si las circunstancias en que fué cometido no son de las que la ley llama atenuantes. Un magnate convida a las personas principales para un baile: Otamendi, que se halla de paso en esa ciudad, acepta y ofrece ir con su esposa, invitada también muy encarecida-

sin duda, ante el hecho corriente del despotismo; mas los hermanos menores del proscrito, los niños de la casa, con su madre, debieron de llorar mucho.....

mente. A hora fija, de brazo con élla, se presenta en la sala. Todos los asientos están ocupados: vuelve los ojos al rededor, y no ve en donde pueda colocar a su mujer: ni señoras, ni caballeros se ponen de pies, y está reinando un lóbrego silencio. La burla era pesada, la afrenta escandalosa. Con tamaña herida en el corazón, él, general, guerrero de los más afamados, cuyos servicios en la campaña de veinte años habían sido grandes, se retira sin proferir un término: aun quieren decir que al irse hizo una profunda reverencia a las señoras; pero hubo quien viese cruzar por su mirada una centella de muerte. Cuando salió el ofendido, fué ése un alzamiento de alegría cuyas carcajadas fueron a herirle alevosamente por la espalda. Oh, Dios!, gente imprudente, gente loca, ¿quién habéis hecho? "Otamendi!". Otamendi cae allí como un huracán, encendidos los ojos, desnudo el acero; pero no mata a ciegas, no degüella: busca al autor principal del insulto, le persigue por los jardines por donde huyen los hombres, le da alcance, le pasa de parte a parte con su espada. No le mató él en persona: lo hubiera tenido a menos, porque el negro era soberbio; a un paso estaba del orgullo, afecto ardiente que levanta y salva muchas veces: lo hizo alancear con uno de sus soldados. Esa fué la única muerte que hubo y ésta la "matanza horrible" de que da noticia el diplomático español. Lo peor es que ni siquiera se vengó Otamendi, porque se equivocó su venganza: la víctima fué uno de los convidados, quien se parecía, en hora menguada, al dueño de la casa. Lejos estoy de disculpar a Otamendi; pero yo le quisiera preguntar al más santo castellano lo que hubiera hecho él en caso semejante....—JUAN MONTALVO: "El Espectador", tom. III, ed. de París, 1888; págs. 186-191.

Hasta los accidentes y durezas del viaje, contribuían a agravar el dolor del hombre que marchaba al exilio. Caminos malísimos; descansos forzados y a la intemperie; compañía de jayanes armados, brutales y egoístas; largos días de cabalgadura aniquiladora; sed y hambres que no podían satisfacerse nunca sino a grandes etapas del camino; todo, todo le esperaba al viajero desterrado.

Por la imaginación de los parientes del Dr. Francisco debieron de pasar, en el acto, estas cosas.

Y es posible que de esta vez date la prevención de Montalvo contra la violencia política y los agobiadores e inhumanos abusos del poder. Murió don Marcos Montalvo sin alcanzar a ver el término de este sufrir político.

El 6 de Marzo de 1845, el pueblo de Guayaquil, presidido por un buen número de los próceres de su independencia, se declaraba en abierta rebelión contra el gobierno del "extranjero". Luego organizaba un gobierno provisional y llamaba a las armas a su juventud. Los proscritos de 1844 pudieron, entonces, volver a la patria; pero para empuñar el fusil libertador. Uno de ellos fué el doctor Francisco Montalvo, quien contribuyó al éxito de la campaña, asediando, con energía, las tropas florealistas en el Azuay.

Más de tres meses duró la campaña; pues sólo terminó por el "Tratado de La Virginia" —suscri-

to el 17 de Junio de 1845,— tratado por el cual se le reconocía al vencido General Flores multitud de prerrogativas y ventajas, tal como si hubiera sido el triunfador, inclusive el derecho a unos 20.000 pesos que debía recibir, previamente, para marcharse del país.....

Algunos de los pueblos de la sierra tardaron mucho en adherirse a la revolución marquista, y la propia guarnición de Quito sólo se pronunció el 21 de Junio. La pacificación total del país, pues, no se impuso sino hasta mediados de 1845.

Sin embargo, el Gobierno Provisional de Guayaquil no tardó en convocar la Convención Nacional —la cuarta en la historia republicana del país ecuatoriano,— y ella se reunió en Cuenca el día 3 de Octubre del mismo año.

Para esta convención fué elegido Diputado por Pichincha el Dr. Francisco Montalvo. Ahí actuó sagaz y brillantemente, poniéndose siempre de lado de los principios nacionalistas y democráticos.

La Convención eligió Presidente de la República a don Vicente Ramón Roca, por mayoría sobre José Joaquín Olmedo, candidato de "élites". Roca asumió el poder el 8 de Diciembre y nombró, en seguida, Ministro General a José María Urbina —ex-protégido de Flores, en cuyos últimos meses de gobierno fuera Gobernador de Manabí; pero que había contribuido, ya en plena revuelta, para la caída del venezolano, con 600 combatientes manabitas.....

Sea por la notoriedad dentro de la Convención que nombró a Roca Presidente, sea por el conocimiento y amistad que ya unían al General Urbina con el Dr. Francisco Montalvo, éste fué llamado al Gobierno con el carácter de Director General de Crédito Público. Tuvo que partir inmediatamente a Quito.

Al pasar, se detiene unos días en Ambato. Aquí advierte que su hermano menor Juan necesita un mejor ambiente escolar; pues, a pesar de su infancia, y ya huérfano, ha demostrado un gran poder de asimilación.

Su memoria es prodigiosa. Nada de lo que ha oído o visto en la escuela o leído en los textos queda olvidado.

El doctor Francisco, siente vivo entusiasmo por el precoz rapaz y, de acuerdo con el hermano Francisco Javier, promete llevarle a Quito, y le lleva, en efecto, a vuelta de unas pocas semanas.

Tanto los estudios, pues, como la estadía en Quito, comienzan bajo felices auspicios. El estudiante participa de los libros, de las experiencias y hasta de la consideración particular y de la influencia social y política de que gozan sus hermanos mayores.

Montalvo, sin los padres, pero con el cariño de los hermanos y los encantos de estudiar es, casi feliz.

Parte Segunda

EL ESTUDIANTE

Parte Segunda

EL ESTUDIANTE

OSCAR FERRE REYES

CAPITULO VII

DEL CONVICTORIO DE SAN FERNANDO AL SEMINARIO DE SAN LUIS

Lo que era el "Convictorio de San Fernando".—Caracteres de la enseñanza secundaria entre 1845 y 1853.—Los certificados de Montalvo.

Los estudios de Gramática latina, que seguían un curso paralelo a los de Gramática castellana, realizó Juan Montalvo en el Convictorio de San Fernando, entre los años de 1846 a 1848.

Terminados los estudios de latinidad en ese colegio, debía continuar los de filosofía en el mismo; pero el "San Fernando" pasaba por una era tan calamitosa, que el hermano de Montalvo —el doctor Francisco Javier,— decidió que, para esa ma-

teria, se matriculase más bien en el Colegio Seminario de San Luis..... (11)

Es decir, estudió Gramática latina y castellana durante los años más pobres, más descuidados y tristes de ese instituto.

El "San Fernando" era un colegio nacional. Fue fundado por frailes dominicos; pero Vicente Rocafuerte lo secularizara, en su gobierno, a guisa de reforma. Desde entonces enseñaban diversos

(11) Al terminar Gramática latina —que era la materia fundamental, previa a los estudios de los tres años de filosofía, según las exigencias escolares del tiempo,— Montalvo obtuvo el siguiente certificado: "Certifico con juramento: que el estudiante de Gramática Juan Montalvo ha asistido constantemente a la aula de mi cargo, y ha estudiado con aprovechamiento las cuatro partes de la Gramática Latina y Castellana; su conducta ha sido irreprochable y por esto se ha hecho acreedor al aprecio de sus superiores y condiscípulos. Quito 21 de junio de 1848.—(1) José María Salazar".

Y el Secretario del Convictorio testificaba, por su parte: "El infrascrito Secretario del Convictorio de San Fernando certifica con juramento que el señor Juan Montalvo ha salido plenamente aprobado en sus exámenes de Gramática Latina y Castellana, según consta a fojas 99 del libro de exámenes que se halla a mi cargo, y al que me remito en caso necesario.—Quito a 21 de junio de 1848.—(2) Pedro J. Huerta, Strio".

(Archivo de la Secretaría de la Universidad Central: "Libro de Grados de Maestros en Filosofía: 1848-1853").

profesores: frailes —mercedarios o dominicos;— burócratas o políticos

El segundo período del General Flores y, sobre todo, el período gubernativo de Vicente Ramón Roca —dentro del cual se desarrolló la vida estudiantil de Montalvo,— fueron, para la segunda enseñanza, no sólo de decadencia y dispersión, sino casi de muerte. Los jóvenes estudiosos de Quito y principales ciudades de la República, preferían, más bien, concentrarse en Latacunga, donde el Colegio "Vicente León", fundado y sostenido con los fondos que le fueran donados por el filántropo de ese nombre, cobraba enorme prestigio, por la eficacia de la enseñanza, por las materias inteligentemente seleccionadas y el crédito de su profesorado..... Ahí, aparte de las materias de rigor —la latinidad, la filosofía, la gramática, la literatura,— tomaban particular importancia las cátedras de química, de física, de ciencias naturales..... De las cátedras de Agricultura y de Botánica se encargaran maestros eminentes, como don Simón Rodríguez, que viviera en Latacunga durante algunos años de su incansable vejez....(12)

(12) El Colegio de "San Vicente", de Latacunga, fué fundado el 7 de mayo de 1840. Enseñaron en este plantel maestros tan visibles como don Simón Rodríguez, el célebre ayo del Libertador; y fué donde, por primera vez en el Ecuador, se comenzó a hablar de las novísimas doctrinas

OSCAR EFREN REYES

Lo que es la enseñanza oficial, a pesar de las rentas especiales asignadas a los colegios, no merecía, de los propios funcionarios del ramo, más que calificativos desdeñosos. Por 1849 decía el Ministro Manuel Gómez de la Torre que "el estéril y ruinoso sistema de nuestra educación pública... todo lo enseña y no enseña nada... y que no da más resultados a la sociedad que la confusión de ideas, la pedantería y la miseria"

No faltará lector de estas páginas que, en 1935, agregue: "como ahora" Pero es que el Colegio Nacional de San Fernando no sólo se desprestigiaba por la desorientación y pobreza de su enseñanza, sino hasta por la discontinuidad de su existencia. Había tiempos en que se clausuraba por consunción económica y docente, y había meses enteros en que funcionaba a medias..... Hasta el año de 1850 se habían eliminado de ese colegio las cátedras de literatura, francés, química, botánica, dibujo y otras materias con que se llenaban los horarios de la época.

Montalvo, pues, como los demás estudiantes capitalinos de su tiempo, salvó a grandes zancadas,

pedagógicas, aceptadas ya por la docencia universal, de Pestalozzi y Froebel.... (CELLANO MONGE: "Bagatelas literarias". Quito, 1899, págs. 53-57.—JULIO TOBAR DONOSO: "La Instrucción Pública en el Ecuador de 1830 a 1930, Quito, 1930, pág. 8).



DR. FRANCISCO JAVIER MONTALVO

y sin trabazón ni lógica alguna, esa etapa estudiantil, estéril y enteca.

Dejaba, con todo, un recuerdo entre profesores y condiscípulos: el prodigio de su memoria, que era, por otra parte, lo que más se cultivaba y estimaba por la pedagogía de ese tiempo. "Cuentan—dice su primer biógrafo don Agustín L. Yero-
vi,— que en una solemnidad del colegio de San Fernando..... uno de los pocos amigos de Montalvo pronunció un discurso muy aplaudido. Por la noche, en un círculo de estudiantes, recita Montalvo la producción literaria de su amigo. Los jóvenes se agitan, el autor palidece, alguien deja oír la palabra plagio. "No, dice Montalvo, el discurso de un amigo obliga toda mi atención: lo sé de memoria"..... (13)

Esa descolante aptitud para recordar, y siempre con maravillosa exactitud, será después visible también en sus libros, escritos en la soledad de villorrios o de campos.

En setiembre de 1848 se matriculó en el Seminario de San Luis.

En cada uno de los tres años de estudio obtuvo certificados de primer orden, en los que no faltaban las expresiones deferentes de sus profesores, que ya advertían en su discípulo el "talento poco

(13) AGUSTIN L. YEROVI: "Ensayo biográfico de Juan Montalvo"; y en la revista "Nariz del Diablo", N. 75, del 13 de Abril de 1932, pág. 6.

común", "la recomendable aplicación y el aprovechamiento raro".....

Maestros de Filosofía en el Seminario de San Luis fueron, por entonces, los señores Miguel Francisco Albornoz, Tomás H. Noboa y Miguel Egas.

En mayo de 1851 se graduó Montalvo de Maestro en Filosofía—título que daba remate a la enseñanza secundaria y concedía derecho para pasar a la Universidad. Las altas calificaciones del examen final, correspondieron al prestigio del estudiante, con ser que sus examinadores, en esta ocasión, ya no fueron sus profesores del San Luis..... (14)

(14) "El día veinte y ocho de Mayo de mil ochocientos cincuenta y uno, y presididos por el señor Rector, se reunieron los señores catedráticos que suscriben, con el objeto de examinar al señor Juan Montalvo en su tentativa previa al Grado de Maestro en Filosofía: principiado el acto repitió el examinando un cuarto de hora, después fué examinado por ambos catedráticos, hasta que concluido el acto procedieron a calificarlo por la votación secreta, de la que resultó aprobado por tres A. A. A.—Por cuyo motivo el señor Rector Antonio Gómez de la Torre confirió el Grado de Maestro en Filosofía al referido señor Juan Montalvo. Y para que consten firman esta acta el señor Rector y ambos catedráticos: lo certifico.—El Rector (hay una rúbrica).—(f.) Pablo Herrera.—(f.) Juan Aguirre y Montúfar.—(f.) Joaquín Enriquez, Secretario".—(Archivo de la Secretaría de la Universidad Central: Libro citado)..

común. En recomendable biblioteca y al que...

A. En el año de 1851 se graduó Montalvo de Ma...

1851: la libertad de enseñanza, concedida por el...

CAPITULO VIII

UNIVERSITARIO, EMPLEADO, MIEMBRO DE SOCIEDADES

Montalvo abandona la Universidad.—Montalvo Secretario del Convictorio de San Fernando.—Entusiasmos políticos iniciales.—Amistades literarias.

Terminados los estudios de Filosofía, y una vez graduado de Maestro en ella, se matricula, en septiembre de ese mismo año de 1851, en la Universidad.

Los estudios de Jurisprudencia, aconsejados por sus hermanos mayores, abogados también, sigue Juan Montalvo, aunque de mala gana, dentro de un período que no llega a dos años.

Más le apasionan los libros de literatura, de historia, de filosofía, de crítica.

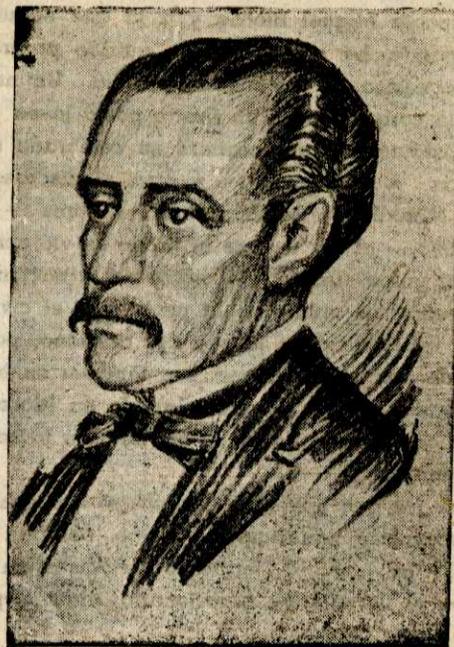
La revolución liberal del General José María Urbina trae una sorpresa para los estudiantes de

1852: la libertad de estudios, conceptuada por el reformador tan urgente, como la libertad de los negros. Colegios y Universidad se ven, así, en un pronto, casi desiertos: pues los alumnos se escurren, en el acto, a sus casas o a sus pueblos, para aprovechar a sus anchas de dicha libertad.

Uno de esos alumnos es, sin duda, Juan Montalvo. Pero la ocasión del triunfo liberal es propicia para el desempeño de un cargo. El hermano primogénito, doctor Francisco, amigo íntimo de Urbina y Gobernador de Pichincha, mueve resortes y consigue para don Juan la Secretaría del Convictorio Nacional de San Fernando, que acaban de dejar los jesuitas, encargados de su dirección apenas desde hacía unos meses.

Alterna ahora los trabajos de secretaría de ese instituto, con los "estudios libres" de derecho en su casa. Los alterna también con estudios literarios, con el cultivo de amistades seleccionadas, con paseos solitarios por los alrededores de la ciudad. Pertenece, además, a distinguidas agrupaciones de intelectuales; asiste a las sesiones y pronuncia discursos.

El 6 de Marzo de 1852 las sociedades "Miguel de Santiago", "Ilustración", "Filarmónica" y otras, de filiación liberal y democrática, celebran, ruidosamente, el aniversario de la caída del General Juan José Flores, "el genízaro". Con los entusiasmos por la ratificación de los ideales libertarios se manifiestan, naturalmente, los explosivos odios.



GENERAL JOSE MARIA URBINA

Los odios de 1845, que no han muerto aún. Montalvo, que a la sazón no cuenta los 20 años completos, siente los mismos arrebatos de la encrespada pasión ambiente. La sociedad "Ilustración", que dirige el poeta Miguel Riofrío y a la que Montalvo corresponde, ha arreglado un nutrido programa para la sesión de ese memorable día. Un número es la coronación de un ilustre poeta joven —de Julio Zaldumbide, que recitará su celebrada composición "A la música",— y otro, el discurso de Juan Montalvo. "Solemnizamos, señores —dice Montalvo,— el día en que el tirano se vió confundido al golpe eléctrico del brazo de la nación, solemnizamos el triunfo de la patria con el civismo de la inteligencia; y la voz del artesano, por la segunda vez en la tribuna, sea también en honra del pendón de la victoria, clavado en Marzo en los felices campos de la Elvira, tinto en la sangre del genízaro"..... (15)

Entre los que aplauden el discurso de Montalvo se encuentran condiscípulos suyos, del San Luis o de la Universidad; literatos y periodistas en pugna con el floreanismo reaccionario; artistas, pintores y hasta obreros.

(15) V. "Discurso de Montalvo". Reproducción de impreso antiguo en "Cultura", de Ambato, núm. 16, Dic. de 1927; págs. 467-468.

Hay una febril exaltación de los principios democráticos, y se patentiza una condenación ardorosa de toda dominación oligárquica, por ominosa. Sin embargo, la élite de los oradores de ese día, compañeros de Montalvo, lo que menos puede simbolizar es una expresión de valores democráticos natos. Conviene anotar algunos nombres: D. Francisco Gómez de la Torre, D. Julio Zaldumbide, D. Antonio Cárdenas, D. Pablo Bustamante, D. José Modesto Espinosa, D. Fernando Polanco, D. Javier Endara, etc., etc.

Muchos de ellos eran aristócratas, elementos de oligarquía o elementos incapaces para responder con la realidad lo que sostenían y gritaban, por simple ejercicio retórico o novelería política, en 1852.

El romanticismo literario y el romanticismo democrático convergían también en esa juventud; porque eran las corrientes espirituales de la hora —las que habían inspirado la emancipación de América, las que se invocaran en contra de los últimos despotismos,— que iban vitalizando las nuevas generaciones del mundo.....

Algunos de esos amigos y camaradas intelectuales de Juan Montalvo, transcurridos esos felices años y una vez colocados por los convencionalismos tradicionales en sus planos respectivos, verdad que se declararían sus adversarios —como aquel don Tomeso Pisenaso, por ejemplo, censor acre de "El Cosmopolita", satírico regocijado y

OSCAR EFREN REYES

fanático defensor de las posiciones, ideas, intereses y prejuicios reaccionarios..... (16)

Pero, por el momento, la discrepancia y el choque no se advierten; porque la juventud de Montalvo se mueve a compás con las pasiones, con las tendencias, con los ímpetus dominantes en las mayorías de su tiempo.

Es cierto también que no todo es urbinismo triunfante en el ambiente político; pero cuando él no prepondera en unos, es el odio al florecimiento persistente, la idealidad juvenil o las afinidades artísticas lo que, de sectores aún más heterogéneos y aún más disidentes —moral, social y económicamente,— atrae y agrupa a otros.

(16) V. JOSE MODESTO ESPINOSA: Obras completas, ed. de Friburgo, 1899; vol. II, págs. 94-108.

CAPITULO IX

LA CASA DE JULIO ZALDUMBIDE

La juventud estudiosa de 1852.—
Las reuniones en casa de Julio
Zaldumbide.—Cambios profundos.

La casa de Julio Zaldumbide se llena, por entonces, de gente estudiosa. Acude a ella Juan Montalvo, y cultiva con el poeta una de las amistades más amables y persistentes de su juventud. Aun transcurrida la era de sociabilidad inevitable, y muertas o enfiadas las otras relaciones, Montalvo seguirá, ya huraño y todo, visitando y amando la casa del poeta. "Mi padre, en sus mocedades —cuenta el hijo de Julio Zaldumbide,— fué de los pocos amigos predilectos de Montalvo.

Siempre que iba a Quito el Cosmopolita, y aun antes de serlo por antonomasia, al hacer sus pri-

Vida de Juan Montalvo — 7

meras armas, solía concurrir, aunque parco de palabras y de entusiasmos repentinos, a la tertulia de la casa de los Zaldumbide, la antiquísima casa de San Agustín que aun se conserva en la familia.—Eran reuniones vespertinas; se comía entonces temprano y a las cinco acudían los amigos a tomar el café que entona el ánimo, aguza la inteligencia y excita agradablemente a conversar.

Parece que Montalvo prefería escuchar a dialogar, y antes que seguir de tema en tema la volubilidad de los contertulios, se ensimismaba y esperaba más bien el momento de salir con su amigo Julio a pasar por las colinas y alrededores, a embriagarse, sin duda, en silencio comunicativo y unánime, de ilimitada poesía crepuscular. Ambos eran románticos en el alma, si bien clásicos en el respeto a la cultura y a la lengua. Ambos habían de combatir luego a García Moreno;— y mi padre un poco antes que él, pero no con su constancia, continuidad y eficacia.

Recuerda Montalvo en "El Cosmopolita", el valiente escrito de su amigo. Años más tarde, ya no se vieron como antes: el irritable genio del proscrito había concebido ciertas soberbias desconfianzas, cobrado cierta hurañería recelosa y asombradiza, que volvía sin duda su trato intermitente y quebradizo como su humor mal conforme. Pero a la muerte de mi padre, una conmovedora, admirable carta de pésame, circulaba de mano en mano entre amigos como pieza literaria de alta



JULIO ZALDUMBIDE

Poeta, escritor y prominente político.—En su casa reuníase la más brillante juventud intelectual de Quito de mediados del siglo XIX, inclusive Juan Montalvo.— Opositor a García Moreno, primero, y a Veintemilla después, figuró en 1882 como candidato nacional a la Presidencia de la República.

valía al par que como prueba de leal recuerdo"..... (17)

¿Cuáles eran los otros contertulios —poetas, escritores o políticos,— que frecuentaban, con Montalvo, la casa de Julio Zaldumbide?

Juan Montalvo describe, algunos años después, con brevedad desdeñosa, y se describe, sobre todo, indicando ya las direcciones de su espíritu, completamente alejadas de las fuentes universitarias. "Vino a Quito una ocasión un norteamericano que las daba de frenólogo, y no profería el nombre del doctor Gall sin descubrirse. Reunidos un día unos cuantos truhanes en casa de Zaldumbide, el discípulo de Gall nos fué echando mano a la cabeza. Usted, le dijo a uno, tiene inclinación a la poesía: las nueve Musas son para usted más que las once mil vírgenes. Usted es propenso a las armas: en Jena o en Marengo estaría con más gusto que en los claustros de San Agustín. Usted es un fanático! Saldría usted de mil amores puñal en mano a despanzurrar herejes. Usted es un bruto..... Usted, me dijo a mí, abriga increíble pasión por los hombres grandes ¡Y digo si dió en la mue-

(17) GONZALO ZALDUMBIDE: *Discurso al pie de la estatua de Montalvo*. En "El Municipio", de Ambato, de Abril de 1928, núms. 189 y 190, pág. 79.

ca el adivino! En ese tiempo, simple estudiante de filosofía, habían pasado ya por mis horcas caudinas los paralelos de los varones ilustres de Plutarco, las "Décadas" de Tito Livio, los "Doce Césares" de Suetonio, la "Vida de Alejandro" por Arrián, la de Marco Tulio Cicerón por Middleton, y otras muchas por el estilo. Desde entonces tengo alguna flaqueza por el arte o la ciencia del Dr. Gall"..... (18)

Para 1854, la "libertad de estudios", —aconsejada y exigida por Urbina, como dictador primero, y decretada, legislativamente, por el Congreso de 1853,— había matado ya, casi por completo, la vida universitaria. Juan Montalvo no se sustrajo al desbande y, habiendo dejado la Secretaría del Convictorio de San Fernando el año de 1853, se entregó más bien a los libros de su predilección.

Las meditaciones a campo libre y la soledad sustituyeron, poco a poco, las actividades del estudiante universitario y los textos de derecho.

Los hermanos de Montalvo no debieron de mirar con simpatía esa deserción de las vías profesionales en los momentos mismos en que don Juan —muertos sus padres— necesitaba asegurar el porvenir.

(18) "El Regenerador", ed. de Garnier Hnos. París; vol. II, pág. 233.—Ed. de Quito, Agosto de 1878, núm. 12, pág. 21.

OSCAR EFREN REYES

Pero el inconforme realizó su primer acto discollo, y cargando con cuantas obras literarias pudo, desapareció por algún tiempo de la ciudad, para sumirse, poseído ya de un austerismo desdeñoso, en las breñas de sus apartados montes.

En el carácter de Montalvo comenzaron a observarse, desde entonces, originalidades profundas....

CAPITULO X

LA ALBORADA ROMANTICA

*Ensayos poéticos de adolescencia.
—La influencia romántica universal.—Los artículos de "La Democracia".*

Juan Montalvo fué, en sus aficiones literarias, primeramente poeta.

Como poeta revelóse ya el hombre del porvenir, en su bifurcación esencial: el místico y el romántico.

El adolescente compuso sus versos; pero los compuso para concretar más bien emociones de la vida infeliz. Nada publicó entonces, ni guardó con mucho cuidado; pero es verdad que no fué extraño a la devoción y a la unción religiosas con que prendían sus primeras llamas líricas los poetas ecuatorianos de su tiempo.

En sus primeros años del Seminario se le advertía, sin duda, en sus inclinaciones. Sin embargo, sólo una poesía corta trascendió a conocimiento, casi íntimo, de parientes y de amigos: "A María de Agua Santa de Baños", inspirada en una imagen antigua de esa virgen —imagen amada por el adolescente, porque en ella encontrara un tierno recuerdo: el de las últimas miradas angustiosas y amantes de su padre moribundo.....

Buscó un seudónimo para los primeros trabajos, y lo encontró en un anagrama suyo: Tomanvol, que adquirirá la debida transparencia, para el gran público sólo muchos años después, con la celebridad de "El Cosmopolita".

Aun los versos no inéditos de la poesía devota de Montalvo carecen de importancia artística; pero han merecido, en diversos tiempos, la nutrida reproducción en publicaciones de frailes o de beligerantes católicos, empeñados en demostrar el religiosismo de la niñez de Montalvo, como si el escritor —creyente, aunque no clerical, en toda su vida, lo hubiese negado alguna vez.....

Con los últimos días del colegio parece que se le evaporaron, con todo, los últimos restos de la piedad católica que portara desde su hogar de Ambato. Es posible que en esto tuviera su influencia, aparte del espíritu revolucionario universal, también el carácter que asumió la pugna política dentro del país entre 1849 y 1852: liberales contra

conservadores, o sea, descreídos o despreocupados en religión contra devotos católicos.

De todas maneras, extinguida la unción religiosa quedó, en el adolescente, el fervor lírico.

La juventud de Montalvo coincidió con un febril anhelo —común a Europa y América— de estudiar, cultivar y producir literatura romántica. El mundo entero se entremecía en un furor de producción intelectual. Multiplicábase el estímulo internacional, entre escritores, poetas y literatos. Y hasta España comenzaba ya a darle alguna importancia, siquiera epistolar, al movimiento literario de aquende el Atlántico.

En el Ecuador bullían también las iniciaciones literarias. Publicábanse, por entonces, en periódicos, en revistas o en libros, las poesías, los estudios críticos, los ensayos, los cuentos, los artículos descriptivos o las polémicas de un sinnúmero de hombres de letras. Algunos eran coetáneos de Montalvo y, como él, muy jóvenes; otros, algo maduros con prestigio ya alcanzado, preparaban, como los jóvenes, la era de intenso florecimiento que se prolongará durante todos los últimos cuarenta años del siglo XIX.

En pequeño, se reflejaban el brillo y el ímpetu del movimiento romántico del mundo. Podían las nuevas ideas políticas —trastornadoras para entonces— limitarse a contados espíritus, que constituían excepción en el medio conservador y medroso; pero, de la tendencia renovadora, se aceptaba

y seguía, de un modo general, siquiera el aspecto literario. Así, se leían, imitaban y comentaban los grandes autores ingleses y franceses del tiempo, desde Lord Byron hasta Víctor Hugo y Lamartine. Y se estudiaban, por románticos, la producción, el espíritu y las formas del Siglo de Oro español.

Juan Montalvo —inclinado, muy pronto, en política, a las ideas liberales y a los entusiasmos democráticos,—no eludió por otro lado, su participación en el entusiasmo literario ambiente. Dejó fluír, sentimental y despreocupadamente, su adolescencia; hizo poesías escépticas o de ardientes ímpetus amorios; soñó, esperó . . . Y consignó versos emocionados en "albums" de amiguitas . . .

Tal literatura inicial e íntima, sin embargo, pronto se pierde, se olvida o se arrumba. Seguramente no tarda el poeta en darse cuenta —por sí mismo o por la frialdad de sus lectores— que su versificación no tiene eficacia. Mejor hablará su corazón por medio de la prosa.

En "La Democracia", pues, periódico de su hermano Francisco Javier redactado entre los años de 1852 a 1857,— aparecen los primeros artículos definitivos, con los que se anuncia ya, desembozadamente, el estilista del porvenir.

Parte Tercera

LECTOR Y VIAJERO

CAPITULO XI

DE AMBATO A PARIS

El autodidacta.—La influencia política del doctor Francisco Javier Montalvo en el Gobierno del General Robles.—La simpatía del General Urbina.—Adjunto Civil de la Legación del Ecuador en Roma.

El período de "libertad de estudios" pasó Montalvo entre la quinta de Ficoa, de Ambato, y Puntzang, de Baños, leyendo, divagando y escribiendo. Llamaba la atención de los vecinos la contracción absoluta, la seriedad y rectitud de esa vida juvenil. Por entonces, Montalvo iniciaba ya, por sí mismo, el aprendizaje de lenguas extranjeras, principalmente del francés, del inglés y del italiano; pues que trataba de leer —y leerá luego— en su propia lengua, todos los grandes autores clásicos

y románticos de Francia, Inglaterra e Italia, sin descuidar los grandes autores castellanos y del resto del mundo . . .

Dedicándose a los libros y a la soledad como un frenético, prescinde de toda consideración materialista o práctica de la vida. Y, como un extraño cenobiarca, se sustrae a las vulgaridades del mundo y recluye su cuerpo en los campos solitarios para que el pensamiento goce y se deleite.

Aparece, con la misantropía, conjuntamente el afán deambulatorio.

Había noches enteras que no pasara en casa ni ocupara la cama: iba y venía por debajo de los árboles o por cerca del río . . .

De cuando en cuando, enviaba sus artículos para "La Democracia". De cuando en cuando también hacía sus viajes a esa ciudad para verse con sus hermanos, buscar o recoger libros.

En alguno de estos viajes fué presentado al Presidente Urbina, (aunque Montalvo lo negó después, en algún arranque de odio), y éste retúvole con todo interés, ofreciéndole estímulos, inclusive la esperanza de un viaje a Europa.

En 1856 terminado su gobierno el Presidente Urbina, y, a pesar de su buen deseo y de todas las influencias poderosas de los hermanos mayores de Montalvo —políticos liberales, muy estimados por el Presidente,— don Juan no ha podido, durante ese lapso, ver cumplida la promesa.

Hasta que en 1857, el Presidente Robles nombra a su amigo y compañero el ex-Presidente Urbina Ministro Plenipotenciario ante los Gobiernos de Italia y del Brasil. Urbina escoge su Secretario: don Francisco Javier Salazar. Y designa también el Adjunto Civil: don Juan Montalvo. Los nombramientos se extienden el 17 de Febrero de ese año.

Circunstancias especialísimas de política internacional, sin embargo, impiden el viaje de Urbina; pues que el Presidente Robles, hombre poco perito, necesita los consejos y las direcciones de su antecesor, que es también su protector y auspiciador, como militar y político más experimentado y listo que es.

Por este motivo, casi se frustra, en esta vez, el viaje de Montalvo. Pero Urbina consigue que Secretario y Adjunto de la Legación en Roma "se adelanten", ya que, probablemente, no tardarán en solucionarse los graves problemas que advinieran sobre el Gobierno del General Robles . . .

En efecto, Montalvo recoge sus papeles de Adjunto Civil y, por primera vez, siente la emoción del emigrante. El mar, con sus voces misteriosas e infinitas, los pueblos nuevos y las multitudes que ve al pasar, le sugieren ideas, pensamientos y reflexiones, ampliándole y tonificándole el espíritu.

Al pisar tierra auropea, su primera decisión es encaminarse a París.

Aquí es Ministro Plenipotenciario del Ecuador un hombre eminente, correligionario de los Montalvos

en política: don Pedro Moncayo. La amistad con este ciudadano llegaría a la más noble y cordial intimidad, si en Montalvo no preponderara la obsesión de la soledad y del aislamiento, la manía deambulatoria y una pertinaz inclinación a las grandezas muertas y al misterio, que le absorben casi por completo, haciéndole aparecer como un extravagante y un misántropo. Montalvo no vive sino para sí; en las bibliotecas o museos; frente a los edificios viejos y olvidados o en los alrededores silenciosos y abandonados de París . . . (19)

(19) "Como te dije, mi viaje fué no solamente bueno sino también muy agradable; pues aunque me encontraba aislado en medio de esa multitud desconocida, tenía muchas cosas en qué gozarme: el mar, ya sea en calma y alumbrado por una hermosa luna, ya rugiendo furioso en una noche de tormenta, arrebatada. Muchas veces me encontré, en alta noche y cuando todos dormían, yo solo sobre el puente, contemplando ese infinito que causa tantas emociones. Deseaba que el viaje no tuviese término, porque había simpatizado singularmente con el océano; pero se acabó al fin

Paso mis días, bien en los bosques de los alrededores, bien en los museos y bibliotecas: casi siempre voy al Louvre, y no salgo sino cuando los guardianes gritan: "*Messieurs, on va fermer*"; en un momento pasan las horas y yo no me acuerdo que tengo que irme, sentado al pie de la Virgen de Murillo o de los cuadros de Rafael o Miguel Angel

Yo no sé por qué me inclino tanto a las cosas antiguas: no busco aquí espléndidos monumentos ni me gustan ir a los palacios; prefiero los edificios viejos que se pierden en

Dolores neurálgicos y reumáticos sobrevienen a poco, y Montalvo tiene que entregarse frecuentemente en manos de variedad de médicos cuyas recetas divertidas son —por los datos que proporciona el propio don Juan— más bien para el alma que para el cuerpo.

A la vuelta de pocos meses se prepara para viajar fuera de Francia.

los tiempos y que contienen tantas tradiciones y recuerdos

Las noches de luna soy un eterno viajante. Con infracción expresa de las órdenes del doctor Desmarres de ir al teatro (porque el plan curativo que me ha dado es muy lindo, según te lo diré luego); tomo una diligencia o el camino de fierro y en pocos minutos me encuentro en un bosque silencioso, al lado de alguna fuente o trotando por una hermosa calle de árboles en donde encuentro de cuando en cuando un negro personaje arrimado a un tronco, o una risueña pareja que se esconde de mí"—(Carta a Francisco J. Montalvo.—París, 11 de setiembre de 1857)..

CAPITULO XII

MONTALVO EN ITALIA

De Roma a Florencia.—Evocaciones de la historia.

Aun tiene el corazón y el alma llenos de las emociones de París; pero solamente el mundo puede agotar su curiosidad y su afán febril de viajar.

Llega a Suiza, admira sus lagos y piensa en las melancolías de Lamartine cabe el Lemán. Luego entra en la soñada Italia, y visita a Roma, Venecia, Génova, Milán, Nápoles y Florencia. Deambula por sus calles y se detiene —siempre solo y meditabundo— ante sus monumentos o sus ruinas. Cruza el Tíber, "precisamente por donde lo pasó Cleopatra hace cosa de dos mil años". Recuerda el transcurso precipitado de las civilizaciones, de cuyas grandezas han quedado solamente escombros: Y se sumerge en la lejanía de los Césares, con su Senado y sus sabias leyes . . .

OSCAR EFREN REYES

Como en París, no hace más que buscar la soledad y las tristezas.

"Hace algunos días que estoy en Roma, escribe, y creo que mi tiempo no está mal empleado. Desde la elevada cúpula de San Pedro hasta las oscuras catacumbas, desde el espléndido Vaticano hasta la salvaje gruta de Caco, todo lo he recorrido, todo lo he visitado. La memoria llena de recuerdos, la imaginación llena de fantásticas ideas he esperado la noche entre las ruinas, he llamado a la luna para que la escena sea más grandiosa. Errando por entre los adustos arcos y las ancianas bóvedas del Foro, me he dicho tristemente: Oh, Roma, en dónde estas? . . .

Pasé la noche en Roma, y al otro día madrugué para ir a Roma . . . Roma es demasiado triste y sin embargo me gusta estar en Roma, y estoy aquí mejor que en otra parte. Pero es preciso que me explique: Roma está para mí en las colinas, en el Foro, en los fragmentos de la Vía Sacra; Roma está para mí en el Panteón y en el Coliseo, en el Tíber y en los viejos muros; Roma está para mí en las anchas y desiertas alamedas, en los cipreses y los bustos solitarios, que se encuentran ahí donde nadie habita . . ."

Toca en Florencia y, "aquí llegó el infortunado, Byron —dice— y a las márgenes del Arno alzó esa voz que conoce todo el mundo". Es un continuo amar y recordar. A veces sobrecógele la melancolía. "Hay horas tristes en la vida —escribe a las ori-



LAMARTINE

llas del Arno—, nadie lo sabe más que yo; pero hay ciertos momentos en que se siente una cosa vaga, indefinible, y que le conmueve extrañamente: el pensamiento es una luz, el corazón es una cuerda, el alma se evapora: nadie sabe lo que siente, nadie sabe lo que quiere”.

Sus impresiones de Italia escribe en forma epistolar para su hermano Francisco Javier, y éste las publica en “La Democracia”. Estas cartas constituyen, por otra parte, una novedad literaria, que los intelectuales contemporáneos no se inhiben, por cierto, de admirar y celebrar.

Transcurridos algunos meses, Montalvo vuelve a París. Aquí se encuentra con la grata sorpresa de una nueva designación diplomática, con la que es posible dar alguna estabilidad a la vida en Francia: la Secretaría de la Legación del Ecuador en ese país . . .

CAPITULO XIII

SECRETARIO DE LA LEGACION DEL
ECUADOR EN FRANCIA

Le nombra el Vicepresidente de la República D. Marcos Espinel. —Montalvo pide solamente la mitad del sueldo para desempeñar el cargo.—Amistades literarias.—Una carta de Alfonso de Lamartine.

Por el mes de Junio de 1858 ocurre una vacante en París: don Pedro Moncayo, Ministro Plenipotenciario que fuera del Ecuador desde 1855, resuelve su retorno a la Patria.

Llega este distinguido ecuatoriano a Guayaquil el 21 de Junio. El Gobierno de Robles resuelve el reemplazo y, a indicación del propio señor Pedro Moncayo, designa Ministro Plenipotenciario del

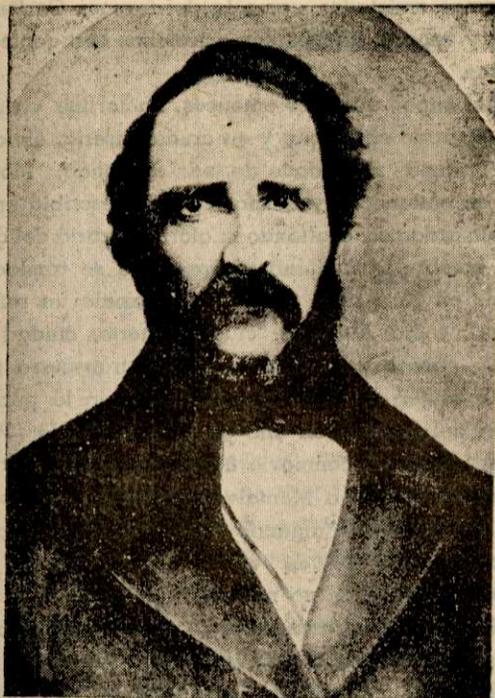
Ecuador en Francia a don Fortunato Corvaia. Los hermanos de Montalvo y sus amigos, inclusive Moncayo, despliegan todo interés y, el 1º de Julio de 1858, fecha del nombramiento de Corvaia, se extiende también el de Juan Montalvo como Secretario de esa Legación. Por entonces, el Presidente Robles encuéntrase en Guayaquil, y quien firma los nombramientos es el Vicepresidente de la República, D. Marcos Espinel, contra quien, precisamente, se enseñará Montalvo, años más tarde, en el furor de los odios políticos

La crisis fiscal de la época, por las dificultades internacionales, por la inepticia administrativa y por los despilfarros, había llegado a un estado alarmante, y casi no había sueldos ni para empleados de dentro del país ni para diplomáticos. Juan Montalvo propuso algo inusitado: dadas las circunstancias apremiantes del Fisco, serviría el cargo con la mitad del sueldo solamente, o sea con mil quinientos pesos anuales. El Gobierno, naturalmente, aceptó en el acto el sacrificio del joven Secretario . . . (20)

Montalvo labora con el Ministro Corvaia de 1858 a 1859.

Muy pocas horas de oficina: la mayor parte del tiempo dedica Montalvo a sus conocidas pro-

(20) Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores: "Libro de Convenios de la Legación del Ecuador en Francia". Años de 1836-1859. Fols. 351-368.



PEDRO MONCAYO

cupaciones, en bibliotecas y museos, en lugares históricos y alrededores solitarios. La naturaleza de su nuevo empleo le lleva, con todo, al cultivo de algunas amistades, como la del francés Carlos Ledru y esposa, aficionados a tertulias con gentes de letras.

Así supo que, por entonces, Lamartine vivía en exasperado abandono y en cruda miseria, olvidado de Francia y olvidado de todo el mundo. Montalvo se enterneció, y al día siguiente escribió un artículo ardoroso, exaltando la gloria literaria del grande hombre, e invitándole para que se traslade a vivir en América, donde no faltaría un refugio ideal, como Ambato, "ciudad huerto, ciudad jardín", para que su vejez eminente transcurra feliz.

La mujer de Carlos Ledru consiguió la publicación del artículo en uno de los diarios de París.

A Lamartine conmovió hondamente el escrito generoso. Dirigió a Montalvo una esquela agradecida y fervorosa, "amando esa mano extranjera" y reconociendo que, en efecto, Francia, por su conducta indiferente, no merecería ni sus huesos . . .

Produjo este cruzamiento de expresiones amables algún revuelo en el mundo literario y político; pero fué verdad que ningún otro hombre, además del joven diplomático ecuatoriano, quiso suscribir, ni en Francia ni en el Ecuador, la gentil iniciativa.

Montalvo, desazonado, entró en mutismo, y procuró espaciarse, cuanto le fué dable, las tertulias literarias.

CAPITULO XIV

LAS IMPRESIONES DEL RETORNO

Montalvo decide regresar al Ecuador.—Dificultades económicas.

Cerca de un año estuvo Juan Montalvo como Secretario de la Legación del Ecuador en Francia.

En Junio de 1859 pidió, intempestivamente, al Ministro Corvaia su intervención para que se le facilite el regreso a la Patria . . . "Sólo en virtud de las razones que el señor Montalvo me ha expuesto y que dicho señor hará valer ante el Gobierno para salvar mi responsabilidad" —decía Corvaia en comunicación oficial— "he accedido a su petición".

Probablemente Montalvo alegó su reumatismo o su neuralgia; aunque, en verdad, las nuevas circunstancias de la política de su país—, ya bajo el

dominio absoluto de los conservadores— o motivos de amor no fueran extraños a la decisión indeclinable.

Con todo, mientras se tramitaban los oficios del Ministro y el pago de sueldos y los fondos para el retorno, continuó en Europa. La estricta parsimonia de sus gastos, le permitió ahorro como para viajar, en forma modesta, hasta países vecinos de Francia. Hizo, pues, un segundo viaje a Italia y Suiza; ascendió al Vesubio y se recreó en los paisajes de España, evocando, principalmente en Granada y Córdoba, las bellezas de la civilización morisca.

Luego ocurrió un préstamo. Un compatriota de Montalvo deseaba regresar al Ecuador con urgencia, y pidióle una cantidad de dinero. Montalvo le concedió todo cuanto tuvo, con la perspectiva de una pronta devolución y de un próximo envío del Gobierno ecuatoriano.

Pasó el tiempo, y no vinieron ni la devolución del préstamo ni el pasaje oficial para la vuelta a la Patria. Montalvo cayó en momentos apurados, y a poco, no tuvo ni para el alojamiento. Un caballero venezolano intervino, por felicidad, y sólo gracias a su ayuda pudo Montalvo salir de la emergencia y emprender el retorno . . . (21)

(21) "Hallábase un ecuatoriano, quien después llegó a ser General y Ministro, empleado en la Legación, en la que

Erán mediados de 1860. Cuatro años ha, Montalvo realizara su viaje a Francia pleno de salud y de fuerzas: Volvía enfermo y desmedrado, con las piernas encogidas por la neuritis o el reuma y usando muletas.

Al llegar al país su desencanto fué inmenso, al advertir la miseria ecuatoriana, con su economía infeliz, su política alborotada y sangrienta y su general atraso, en absoluto contraste con todo cuanto venía observando en el Viejo Mundo.

De contar con suficientes medios de publicidad o, por lo menos, con alguna garantía para ejercitarla, probablemente lo habría expresado en los

estaba Montalvo: éste había resuelto regresar a América, porque se lo exigía la salud; pero en esto se le presenta el compatriota, manifiéstale que se le han agotado los medios y le pide en préstamo dinero. Acordaron que Montalvo se quedaría en París, que el otro se trasladaría a Guayaquil, de donde, por el primer correo le devolvería la suma prestada, para que don Juan verificase su regreso. Con facilidad llegó aquel individuo a su patria; pero aun cuando sabía que su compatriota había quedado sin amparo, ni por un instante pensó en cumplir el compromiso. Montalvo estuvo a punto de perecer. "Me arrojaron del hotel, y una noche tuve que dormir en una bodega", me decía. Por dicha tropezó con un hidalgo de América, un venezolano humanitario, quien le proporcionó medios de volver. La primera operación de Montalvo, apenas llegó a Guayaquil, fué restituir el dinero a su generoso protector".—ROBERTO ANDRADE: "Montalvo y García Moreno", pág. 44.

OSCAR EFREN REYES

términos de ardoroso ímpetu, que ya le fueran característicos.

Se abstuvo. Y se limitó, pocas semanas después de su llegada al país, a redactar una carta para el Jefe Supremo, no exenta de vaguedad idealista y belicismo declamatorio, aunque explícita y valiente, por otra parte, en la crítica de los hechos antirepublicanos, antidemocráticos y abusivos de entonces.

Parte Cuarta
EN PLENA BORRASCA

Parte Cuarta

EN PLENA BORRASC

CAPITULO XV

UN PERIODO DE LA VIDA NACIONAL DEL ECUADOR

*El Presidente Francisco Robles.—
Dificultades internacionales. — El
surgimiento de Gabriel García
Moreno.*

El período comprendido entre 1857 y 1860 es uno de los más sombríos de la vida nacional del Ecuador, no solamente por las pasiones volcánicas que abrazan el país, los torrentes de sangre que se derraman y el escándalo que se produce, asombrando al mundo, sino también por las consecuencias dolorosas y siempre trágicas que de todo ello se derivan para la política ecuatoriana.

Vida de Juan Montalvo — 9

OSCAR EFREN REYES

Al terminar su período presidencial en 1856, el General José María Urbina no había sido feliz al designar el sucesor. Su compañero de armas y viejo amigo el General Francisco Robles no mereció la consideración nacional en ningún momento. Hombre débil de carácter y sin experiencia política ni aptitudes particulares, todo lo esperaba de sus consejeros y, principalmente, del propio Urbina, a quien odiaran ya hasta los propios liberales, sus correigionarios, a causa precisamente de la imposición oficial, que no les permitiera elegir al hombre que desearan y pidieran verdaderamente: al señor Francisco Javier Aguirre . . .

Erase un Gobierno impopular y desprestigiado, desde su origen. Aparte de que, tratándose de un régimen liberal, los odios del clericalismo tendían a socavarlo y hundirlo, poniendo en juego todos los medios, recurriendo a todas las tácticas.

Para el año de 1857 —año precisamente en que Montalvo es enviado a Europa— la oposición política toma caracteres verdaderamente ciclónicos. Los más fuertes enemigos de Robles y de Urbina, no actúan solamente en la prensa —de influencia, por entonces, muy reducida,— sino, principalmente, en el Congreso. Aquí capitanea un senador iracundo, de hábil y exaltada palabra para atizar y propagar los odios: Gabriel García Moreno.

Los liberales disidentes o resentidos buscan la alianza con los clericales para derrumbar al correigionario. La historia es, pues, ya muy antigua.



GENERAL FRANCISCO ROBLES

Un hecho gubernativo sin inteligencia viene a alimentar la hoguera: la celebración del contrato Icaza-Pritchett. Sin inteligencia, aunque no sin patriotismo; pues que se trata de solucionar, en gran parte, el problema de la deuda inglesa —deuda de la época de la independencia— a base de concesiones territoriales en el Oriente y Oeste del país. Las concesiones —principalmente las del Este— consultan el plan de colonización con elemento europeo; ya que, para el Ecuador, siempre fué difícil la realización de una política pobladora, vial o agrícola, en esos lejanos territorios suyos.

El Perú conceptúa como atentatorio a sus derechos en la Hoya amazónica tal contrato y provoca un rompimiento. Al año siguiente —1858— el propio Presidente Castilla, del Perú, se presenta con una escuadrilla frente a Guayaquil e inicia el bloqueo.

Grandes son los apuros del Presidente Robles en tales circunstancias: la oposición para su gobierno arde dentro del país, amenazándole con una guerra civil; numerosos miembros del Partido Liberal pasan a militar en la oposición, ayudando en el empeño revolucionario —extraña paradoja— a los combatientes clericales. Y hasta don Pedro Montecayo, uno de los mayores prestigios del liberalismo, se ha puesto de lado de Gabriel García Moreno en el afán de atacar y hundir al Presidente Robles . . .

Coincidiendo con tal situación es que se presentan los buques peruanos frente a Guayaquil.

Sobrevino una espantosa anarquía. A la vista de los soldados peruanos, los comandantes y coroneles del Ecuador se eliminaban a tiros. Se sublevaban los batallones. Y se le apresaba al Presidente de la República.

El 1º de Mayo de 1859, mientras Robles y Urbina sudaban sofocando conspiraciones en Guayaquil la ciudadanía de la capital de la República desconocía el Gobierno, invocaba la unión nacional, inclusive la "fusión total de los partidos" y nombraba un Gobierno Provisorio, compuesto de tres miembros. Uno de éstos era, naturalmente, Gabriel García Moreno.

Comenzó éste a desplegar una actividad extraordinaria, hasta el punto de absorber por completo el Gobierno Provisorio. Asumió el cargo de Director General de la Guerra y como tal organizó batallones, los armó y los condujo a la guerra. A la guerra sin cuartel que él se proponía, matando al último "bandido"; pues éste era el término con que generalmente designaba a todo enemigo suyo en política.

Pero el General Urbina no anduvo despacio en la emergencia: recogió también sus batallones, aun distrayéndolos de la vigilancia sobre los bloqueadores peruanos, y marchó, con toda celeridad, de Guayaquil a la Sierra para enfrentarse con el novísimo Director de la Guerra. Lo alcanzó en un

lugar denominado "Tumbuco", de la Provincia de Bolívar, y, tras algunas horas de tiroteo, las huestes de Urbina pusieron en precipitada fuga a García Moreno y sus reclutas.

Parecía terminada con esto la primera aventura de armas de García Moreno; mas los recursos del Gobierno Provisorio eran casi inagotables. Sobre todo, por la pertinacia y la energía vengativa de García Moreno, quien, con una actividad de huracán, se movía en busca de fuerzas y medios de combate no sólo por todos los ámbitos del país, sino hasta por los países vecinos. Caminaba disfrazado y por la noche. Sin desfallecimientos y sin descanso, intrigando, negociando, organizando la resistencia a todo trance.

Fué al Perú para proponer y negociar la paz. Propuso a Francia un protectorado sobre este infeliz país anarquizado del Ecuador . . . Y a tiempo que un General amigo de Urbina y de Robles se pronunciaba en Guayaquil en su propio favor, desconociendo a todo los Gobiernos que habían asomado y entrando en componendas con el General Castilla, García Moreno llamó al antiguo guerrero de la Independencia y ex-Presidente del Ecuador General Juan José Flores para que le ayude en el empeño de "pacificar y poner orden en el Ecuador" . . .

Flores había sido expulsado por la Revolución nacionalista de 1845. ¡Y, había sido, por ese mismo tiempo, blanco de los odios feroces de García Moreno!

Y ahora le llamaba, constreñido por la necesidad de "acabar con facinerosos y traidores" . . . :

El nuevo General revoltoso y usurpador se llamaba Guillermo Franco y sus arreglos con el Presidente Castilla consistían en la celebración de un "Tratado de Mapasingue", mediante el cual Ecuador reconocía derechos al Perú en todo el Oriente ecuatoriano, hasta la Cordillera misma de los Andes . . .

Franco dió luego a su aventura el carácter de pugna regionalista y entró en negociaciones para anexionar Guayaquil al Perú. Hasta hizo redactar un acta de anexión que, por fortuna, no encontró mucho aprecio, sino más bien el rechazo de la ciudad, expresado por una protesta ferviente del Cabildo guayaquileño.

Todos estos desaciertos de Franco contribuyeron a que la opinión nacional apoyase a García Moreno. Cuando llegó el General Juan José Flores, los ejércitos del Gobierno Provisorio habían tomado un incremento prodigioso y deliraban por ir a castigar la felonía de Franco.

Flores, militar aguerrido y experimentado, dirigió eficazmente la campaña. Destrozó completamente las fuerzas peruanizantes y ocupó a Guayaquil, desbrozando, así, ampliamente el camino para el triunfo completo de García Moreno.

Para fines de 1860 el Ecuador está ya en paz. En una paz mantenida con puño de acero; pues García Moreno, Jefe Supremo de la Nación, la ha

impuesto sin reparar ni aun en los medios más crueles: ha fusilado implacablemente; ha perseguido con saña y ha usado los grillos y el azote, sea para eliminar "facinerosos", afrentar terriblemente a sus adversarios o poner espanto en los inconformes.

El Ecuador ofrecía un espectáculo calamitoso, por entonces. Desangrado, desolado y pobre; víctima de vergüenzas internacionales; carcomido por el militarismo y absorbido por los intereses y las pasiones clericales y, en el gobierno, un hombre que, si notable por sus capacidades y talento, por su gran energía disciplinadora y sus ideas de reconstrucción nacional, se insinuaba, en cambio, como un peligro inminente para las instituciones republicanas y democráticas, por su carácter abusivo y violento, su intransigencia inconvencible y su inclinación manifiesta a la crueldad.

En estos momentos asoma Juan Montalvo, de vuelta de Europa.

No ha asistido él al período de las convulsiones, de las vergüenzas y de la sangre; pero le toca observar las últimas actividades represoras del Jefe Supremo, la persecución intensa de que son objeto sus amigos políticos y sus hermanos y el estado de perplejidad en que ha caído la ciudadanía, sin voz ni voto para discutir o para protestar.

El admirador, pues, de las antiguallas de París y de Roma; el poeta melancólico de las soledades profundas de los cementerios y de los campos ol-

vidados, siente encendérsele el espíritu con las llamaradas del hombre civil, del ciudadano. Y se apresta para el combatir político. Por qué ideas, lo sabe él muy bien; pero no columbra ni los alcances ni las proporciones que tomará la batalla, ni por qué extraños rumbos tendrá que encauzarse su vida en lo porvenir.

CAPITULO XVI

MONTALVO Y GARCIA MORENO

*Una carta al Jefe Supremo.—
Expectativa para una "expedición
grandiosa" contra el Perú.*

El 16 de setiembre del año de 1860 inicia Juan Montalvo sus reparos a la política violenta de García Moreno.

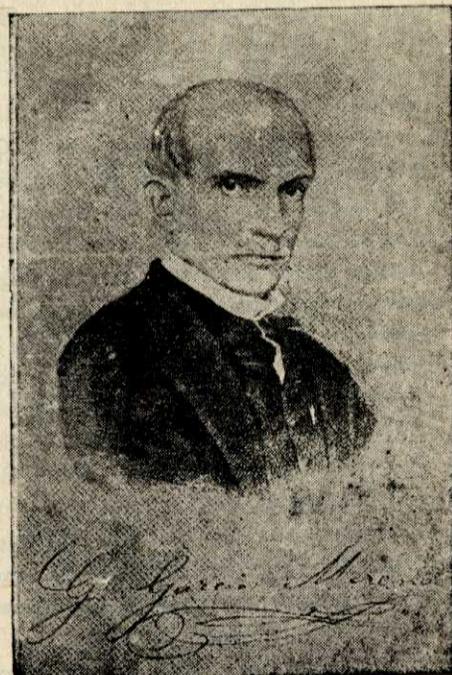
Es una carta, suscrita en la Bodeguita de Yaguachi, altiva y comedida, a la vez. Por cierto, no toda ella es una enumeración de principios o de realidades nacionales capaces de ser atendidos en el acto. Persiste el romántico y, al plano áspero de la política, pretende llevar la impresionabilidad del adolescente.

Reconoce Montalvo en la carta que lo que acaba de ser extinguido y dispersado no era sino una

"banda" de "gentes sin Dios ni ley". No defiende ni a los tauras de Urbina y Robles, ni a los peruanizantes de Guillermo Franco, ni a los miserables e incapaces que él ha visto en la vida nacional. Lo que pide es la "rehabilitación" del país y la rehabilitación del propio García Moreno mediante los siguientes hechos principales: defensa de la dignidad nacional, que acababa de ser ofendida gravemente por la expedición del Presidente del Perú al Golfo de Guayaquil; y, "orillado el asunto principal, digo la guerra, como lo ha sido ya, la dimisión de García Moreno ante la República del poder absoluto que tiene en sus manos".

"Guerra al Perú!, aconseja. Si Ud. perece en ella téngase por muy afortunado: no hay muerte más gloriosa que la del campo de batalla, cuando se combate por la honra de la patria... En cuanto a mí, la suerte me ha condenado al sentimiento sin la facultad de obrar. una enfermedad me postra, tan injusta como encarnizada, para siempre talvez, talvez de modo pasajero; mas por ahora me asiste el vivísimo pesar de no poder incorporarme en esa expedición grandiosa"... "Empero si Ud. tiene no sólo el poder y el valor para abrir esa campaña, sino también el deber de hacerla, por qué no se haría?"...

Y la verdad, en tanto, solamente era que, una vez emprendida la "expedición grandiosa" contra el Perú, este pobre país, desangrado y exasperado, habría tenido pleno derecho para volverse contra



GABRIEL GARCIA MORENO

los que trataban de enviarle al degolladero y fusilarlos.

En cambio, podían anotarse en la carta de Montalvo observaciones propias solamente de un temperamento viril, en medio del silencio general con que se aceptaban los hechos despóticos. "Ud. se ha manifestado excesivamente violento, señor García —escribíale . . . El acierto está en la moderación, y fuera de ella no hay felicidad de ninguna clase . . . Que el poder no lo empeore señor; llame usted a la razón en su socorro . . . Déjeme hablar con claridad: hay en Ud. elementos de héroe y de . . . suavicemos la palabra, de tirano. Tiene Ud. valor y audacia, pero le faltan virtudes políticas, que si no procura adquirirlas a fuerza de estudio y buen sentido, caerá, como cae siempre la fuerza que no consiste en la popularidad": Y al pedido de la dimisión del poder, para dejarle en libertad a la República, agregaba: "Si los pueblos en pleno uso de su albedrío quieren confiarle su suerte, acéptelo, y sea buen magistrado; si le rechazan, resignese y sea buen ciudadano".

García Moreno sabía muy bien que se trataba del hermano menor de uno de los partidarios y amigos de Urbina, a quien perseguía activamente. Sin embargo, reconociéndole ingenuidad y talento, le perdonó las frases enérgicas de la carta, limitándose a sonreír.

El Jefe Supremo operaba, como un cirujano, en la carne viva de las realidades del momento. Mon-

talvo debió de parecerle, tanto por la iniciación para marchar contra el Perú en "expedición grandiosa", como por los consejos del "pleno uso de su albedrío por los pueblos" —donde García Moreno no veía sino una mayoría inmensa de masas analfabetas y apolíticas,— o un romántico o un retórico.

Arrinconó la carta y olvidóla. Montalvo, por su parte, retiróse y calló, cumplido su deber y atendida la voz de su conciencia.

CAPITULO XVII

LOS CINCO AÑOS DE AMOR

Olvido de toda política.—La consagración al goce sexual.—Matrimonio y desencanto.

De Setiembre de 1860 a Enero de 1866, o sea durante más de cinco años, el nombre de Juan Montalvo se elimina por completo, tanto de la actualidad literaria como de la vida periodística y política.

A fines de 1861 se publicó en Quito una revista literaria titulada "El Iris". Entre las colaboraciones de Pedro Fermín Cevallos, Juan León Mera, Julio Zaldumbide, José Modesto Espinosa y otros, aparece una de Juan Montalvo: "Dios se acomoda a to-

Vida de Juan Montalvo — 10

dos", inspirado en un pensamiento de Musset. Parece que no se trataba más que de un compromiso con el Director de la revista: una vez cumplido él, Montalvo no volvió a publicar nada más, hasta 1866, año del apareamiento de "El Cosmopolita".

Cinco años, pues, de sustraerse a toda publicidad, de olvidar o ignorar, adrede, el momento político o los entusiasmos editoriales, debieron de encerrar algún importante retazo de vida íntima. Retazo, por cierto, no por íntimo menos tormentoso...

Montalvo demostró, desde muy temprano, un erotismo agudo. Gran parte de sus tristezas y aislamientos prematuros se deben, sin duda, a éste. Leyendo las vidas de Petrarca, de Lord Byron, de Alfieri, de Musset, de Larra, encuentra ecos dentro de su propia vida, y las admira y comenta de un modo pertinaz. También Montalvo es el amante ardiente y de exasperados ímpetus; también es el poeta y busca la soledad, como único refugio, para dar albergue a las confidencias del amor infeliz.

A los 25 años de edad tuvo que trasladarse a Francia, para cumplir exigencias de una ambición legítima y "deberes en todo caso del honor". Pero iba insatisfecho, dolorido y con el pensamiento siempre fijo en un ideal distante. Paseando por el Luxemburgo, en París, o por la Vía Apia, en Roma, o frente al mar infinito, en el vasto silencio de la noche, no son solamente meditaciones acerca del pasado de la historia lo que pesa sobre su cora-



ADELAIDA GUZMAN DE MONTALVO

zón, sino también, o principalmente, nostalgia de la patria lejana y penas, penas de amor.

Cuando regresa a su ciudad y una vez convencido de que la política ya no ofrece campo alguno, ni siquiera para discutir; —pues García Moreno ha impuesto un silencio absoluto, "como con mordaza",— se entrega por completo a reanudar idilios, cabe su bello río o bajo los umbrosos bosques de Ficoa.

Tiene su Adelaida: a ella conságrase de un modo radical y profundo. Transcurren años dichosos, Adviene un hijo —Alfonso— que, dadas las circunstancias de su origen, en medio farisaico, tiene que crecer oculto, primero con su madre, luego en casa de un amigo íntimo de Montalvo, don Francisco Moscoso, que le acompañará y ayudará a resolver siempre varios problemas difíciles en muchos trances de la vida.

Montalvo adoraba a su hijo y adoraba a la madre, a la vez; con la circunstancia de no poderse ver sino furtivamente y muy de cuando en cuando, buscando horas inverosímiles y lugares abandonados, como delincuentes.

La "opinión pública" teje sus comentarios con acritud y odio, como acostumbra, en torno de estos amoríos, que no han podido recibir aún la bendición de los curas. Hasta los propios hermanos, que militan en filas de avanzada política, se abstienen de hacer visible, en forma alguna, su consideración por el fruto de la consagración amatoria de Mon-

talvo. Si no les horroriza la vida pecaminosa en otros, por lo menos les amarga en el hermano. La época es de una hipocresía asfixiante.

Tierno aún, muere Alfonso Montalvo. Aunque para la época de este deceso, según parece, ya se legitimó el amor del modo como querían las demás gentes.

Todos los percances de este amor, y todas las turbaciones sentimentales, tristezas o ternuras a que él dió lugar ha consignado Montalvo, de manera transparente, en varios pasajes de sus escritos. "La Juventud se va" —escrita en Baños, a orillas del Ulba, y publicada en el número 3 de "El Cósmopolita"— y "Carta de un padre joven", publicada también, en el número 4 de esa misma obra, contienen, en el fondo —según el testimonio de hombres que vivieron cerca de Montalvo y alcanzaron a conocer varios de estos detalles,— la historia pasional de aquellos tiempos.

El amor de Juan Montalvo fué la señorita María Adelaida Guzmán, hija menor de don José Guzmán, comerciante rico de Ambato. Del matrimonio tuvieron una niña: María del Carmen, única descendiente que les sobrevivió.

Amores largos e intensísimos, fieles y ardientes de la época dulce y romántica de los encuentros furtivos, terminaron el realizar el matrimonio. La señora María Adelaida Guzmán de Montalvo, a poco, falleció, no poco desengañada y dolorida.

El carácter turbulento, zahareño y celoso de

Montalvo, juntamente con la arcaica concepción de la vida que se había formado —pues que hasta le parecía indigno de la virtud de su amada que asistiera a un baile ineludible o a una obligada y rarísima función de teatro,— debieron de favorecer muy poco la creación de un ambiente propiamente feliz dentro del hogar. Siempre fuera de casa el marido, vagando por los bosques y sin trabajo remunerativo alguno; inconforme con las costumbres sociales de su medio y en espera de ayudas económicas extrañas siempre, para vivir —ya que era notable su pobreza,— debió de insinuarse inmediatamente como un inadaptado a los prosaicas y modestas realidades de la vida conyugal... Podía ser, en cualquier momento, un grande hombre, por sus disposiciones literarias, su ardiente rebeldía y sus ímpetus políticos; pero resultaba, para el romántico, algo inaccesible convertirse en un amante padre de familia. Y, adquirida la experiencia en este matrimonio, una vez muerta su esposa, seguramente se decidió a no serlo nunca más, según se comprobará años después.

La niña María del Carmen creció, pues, sin el cariño ni la vigilancia ni un remoto interés del padre; adoptada más bien por sus tías y abuelos maternos.

Es verdad que las circunstancias de la política —que envuelven toda la vida de Montalvo,— alejan a éste muy pronto, de la ciudad primero, y de



MARIA DEL CARMEN MONTALVO

la patria enseguida. Pero ni a la distancia, siquiera cuando envía regalitos para sus hermanas y prodiga recuerdos para sus sobrinitos, en cartas íntimas y hasta artículos (ver "Las niñas del examen" de "El Regenerador"), se acuerda para nada de su hijita.

Siempre le produjeron ternura los niños. Siempre fué su amigo, los buscó y amó. Por lo menos literariamente, o tratándose de hijos ajenos, que no exigen sacrificios permanentes...

Montalvo amó apasionadamente en el estado pre-matrimonial; creó la familia; como quien pergeña una poesía romántica. Luego le desagradó la obra; se arrepintió; la trató como un obstáculo y se desvinculó de ella con toda su alma. Y ni un rastro de afecto...

CAPITULO XVIII

"EL COSMOPOLITA"

*García Moreno fuera del poder.
—Las recriminaciones de Julio
Zaldumbide.—Aparece "El Cosmo-
polita".—Sonetos de García More-
no.*

En la mañana del 3 de Enero de 1866 aparecía en los puestos de venta de periódicos de Quito una revista de carácter político-literario, de unas 42 páginas, presentada de la mejor manera que los progresos tipográficos del establecimiento de F. Bermeo lo permitían en la capital del Ecuador por entonces.

Se titulaba "El Cosmopolita". Su redactor único, don Juan Montalvo.

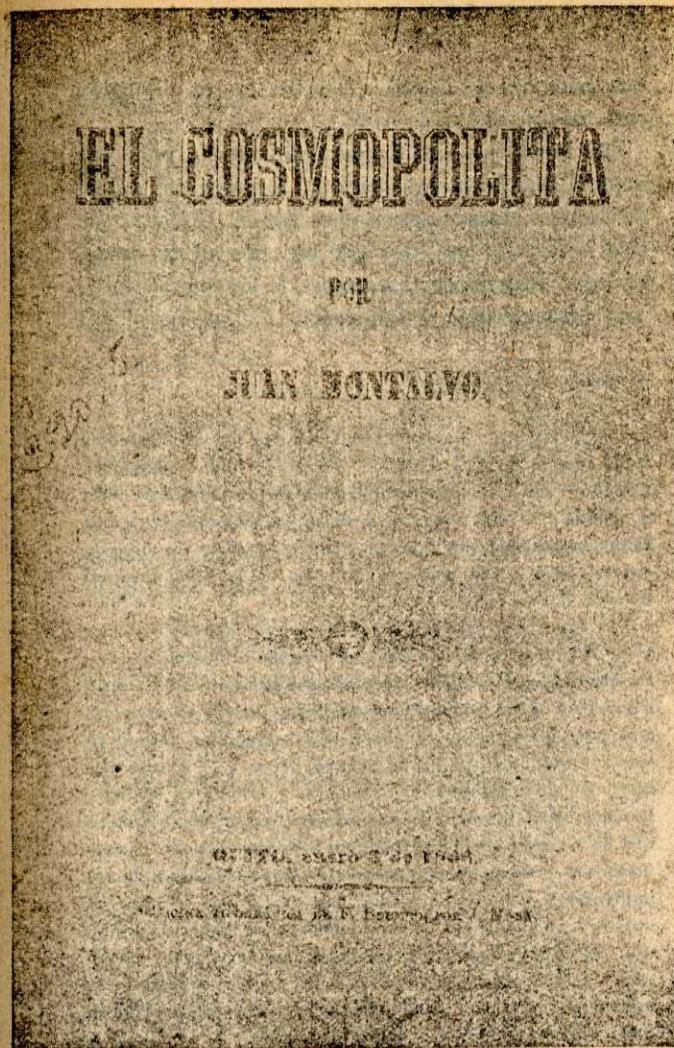
El precio del ejemplar era de cuarenta centa-

vos, precio conmovedor por los pocos lectores de la época...

Decía en el prospecto: "Mucho es que ya podamos a lo menos exhalar en quejas la opresión en que hemos vivido tantos años; mucho es que no hayamos quedado mudos a fuerza de callar por fuerza..."

Se refería, con esta explicación, a la imposibilidad de publicar, durante el régimen de García Moreno, periódico alguno de combate, de análisis o de polémica políticos. Ahora que el despótico gobernante había dejado el poder, se estaba en condiciones de discutirle... Unas semanas antes, por cierto, del apareamiento de "El Cosmopolita", ya le había discutido, adelantándose a todos, don Julio Zaldumbide, en su folleto "El Congreso, D. Gabriel García Moreno y la República", que los amigos y partidarios del ex-Presidente calificaron de inoportuno y cobarde, ya que, siendo su trabajo de oposición y de ataque a Gabriel García Moreno, solamente había venido a publicarse durante otro Gobierno, cuando precisamente ya tenía el país otros problemas, otros hombres y otros errores gravísimos que combatir y rectificar...

Naturalmente, en "El Cosmopolita" había la debida referencia al folleto de don Julio Zaldumbide y a estos ataques —no justos, según Montalvo; pues que el influjo de García Moreno no había terminado, aparte de que, aun sin ser Presidente, ese hombre seguía siendo temible, por su ener-



PORTADA DE "EL COSMOPOLITA"

gía personal y brutal violencia en la discusión con los adversarios... (22)

Era Presidente del Ecuador, en efecto, para ese tiempo, don Jerónimo Carrión. A pesar del influjo de García Moreno, es verdad que el Gobierno de este ciudadano no parecíase en nada al de su antecesor. Inepcia en el manejo de los fondos públicos; inexperiencia o ignorancia en las cuestiones

(22) En efecto, García Moreno todavía encontrábase en Quito cuando la publicación del trabajo de Julio Zaldumbide. El período presidencial terminara el 30 de septiembre de 1865, y apenas diez días después, o sea el 10 de octubre—tiempo estrictamente necesario para la labor tipográfica,—se lo ponía en circulación. Era uno como balance de la obra gubernativa de García Moreno.

"No son, pues, señor don Gabriel García Moreno el temor y la violencia los medios con que habíais de moralizar nuestra corrompida República. Si queríais corromper más, hacerla a la servidumbre y constituíros en tirano, habéis escogido los más adecuados medios, y casi habéis conseguido; pero si en verdad deseábais el bien de nuestra patria y el vuestro, habíais de haber depuesto la arrogancia y tomado en su lugar la moderación, echando por otro camino, valiéndoos de medios que os hicieran amado y venerado más que adulado y temido, dando ejemplo de respeto por las leyes más bien que de insolencia y audacia en infringirlas, procurando infundir en vuestros conciudadanos, y especialmente en vuestros partidarios, dignidad y energía moral antes que servilismo y sumisión"... ("El Congreso, don Gabriel García Moreno y la República". Of. Tip. de F. Bermeo. Quito, octubre 10 de 1865. Pág. 8).

administrativas y un nepotismo agudo, hasta el punto de que Ministro de Gobierno era nada menos que el yerno del Presidente...

Las críticas de "El Cosmopolita" no convergieron ni se concretaron, con todo, a estos problemas del momento. Se referían, de un modo muy generalizado, a la tiranía de García Moreno, en los años de 1860 a 1865. Se hacía, pues, casi simple historia, no polémica.

Desde otros aspectos, "El Cosmopolita" produjo una convulsión entre la juventud intelectual del Ecuador y de América. Algunos se sintieron envidiosos y agresivos; otros, en mayoría, elogiaron la publicación magnífica, por la lectura varia—viajes, poesía, crítica, divagación política,— y por la nobleza y elevación del pensamiento.

En Quito se publicaba "La Patria". Fué el primer periódico que saludó la aparición de "El Cosmopolita", con una fisga excepcional. En tono divertido comentó las emociones de Montalvo en Roma, al ver "acurrucado un gato negro de ojos centellantes" y un "gallo inmóvil sobre la pata izquierda durmiendo mientras llovía". Y con evidente malevolencia indicaba hasta faltas ortográficas que, propiamente, eran faltas de tipografía.

Escribía estas críticas un antiguo amigo y compañero de Montalvo: don José Modesto Espinosa, o sea don Tomesdo Pisenaso; ya que los anagra-

mas estaban en todo su vigor, entre periodistas y literatos... (23)

En el N^o 2 de "El Cosmopolita" tuvo buen cuidado Montalvo de contestarlas, en unos cuatro artículos, aparte de las correspondientes advertencias editoriales.

Por su parte, Gabriel García Moreno, hábil satírico también, se contentó con pagarle, en dos sonetos de estilo corrosivo, la deuda contraída con "El Cosmopolita". Se titulaba el uno: "A Juan que volvió tullido de sus viajes sentimentales"... Y el otro: "Soneto bilingüe dedicado al *Cosmopolino*"... (24)

(23) "La Patria", N^o 16, Febrero de 1866.—José Modesto Espinosa: "Obras Completas", vol. II, págs. 94-108. Ed. de Friburgo de Brisgovia, 1899.

(24) García Moreno, para sus sonetos divertidos, encontró el ridículo en algunas circunstancias del primer viaje de Montalvo a Europa.

Primeramente fué explotado el uso que, por la neuritis o el reuma, Montalvo tuvo que hacer de las muletas, al llegar a su ciudad:

A JUAN
QUE VOLVIO TULLIDO DE SUS VIAJES
SENTIMENTALES

Dejando Juan sus áridas colinas
y el proceloso suelo de su cuna,

García Moreno, en este mismo año de 1866, parte para Santiago, como Ministro Plenipotenciario del Ecuador en Chile.

"El Cosmopolita" podía, pues, seguir aconsejando a don Jerónimo Carrión que no se le ocurra nunca imitar la cruel política de su antecesor,

do en nudoso nopal crece la tuna
coronada de inúmeras espinas.

recorrió mil regiones peregrinas;
y más allá pasara de la luna
si tullido en lecho por fortura,
no quedara en las márgenes latinas.

¡Oh tiempo mal perdido! Oh desengaños!
dejar las tunas, el nopal, la sierra
por variar de costumbres y de teatro;

y tras tanta fatiga y largos años
regresar de cuadrúpedo a su tierra
quien, yéndose en dos pies, volvióse en cuatro!

Luego las impresiones de Italia, narradas en "El Cosmopolita":

SONETO BILINGUE
DEDICADO AL COSMOPOLLINO

Cuando fué Sancho amigo al "Campidoglio"
en aciago y menguado y triste rato,
vió tendido un enorme y negro gato
que le puso la testa en un "imbroglio".

OSCAR EFREN REYES

"azotador de generales", "matador de prisioneros inermes".

A mediados de ese mismo año, una vez publicados cuatro números, se suspendió "El Cosmopolita". Motivos económicos o motivos de orden personal influyeron en ello; aunque no se dió explicación alguna al respecto.

El prestigio de la revista se había extendido mucho en el país; pero, seguramente, la élite intelectual y política que compraba, pagaba y leía no

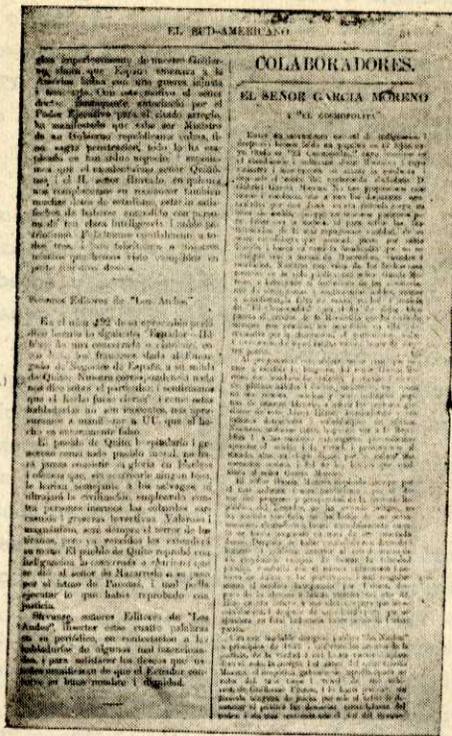
Y miró con grandísimo "cordoglio"
una oveja, tres búfalos y un pato,
y las ranas lo mismo que en Ambato,
lo cual sin duda le llenó de "orgoglio".

Y vió por fin dormido en una pata
un gallo ¡oh maravilla! Y el tal cuento
"con su pata de gallo" así remata.

Pues, quieres, Juan, te diga lo que siento?
Si te viste tú mismo, yo discurro
que debiste de ver también un burro.

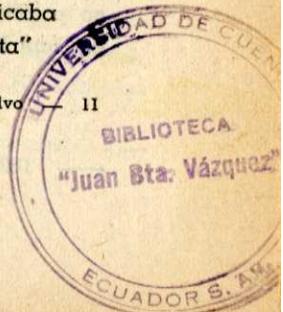
Quito, Enero de 1866.

Ambos sonetos se publicaron a raíz de la aparición del primer número de "El Cosmopolita", en "El Sud-Americano", periódico que, con "La Patria", a guisa de sanción patibularia, acogía para Montalvo lo más corrosivo y flagelante..... (V. GARCIA MORENO: "Escritos y Discursos" ed. de 1887, vol. I. págs. 296-297, con la nota correspondiente).



EL "SUDAMERICANO", en que Gabriel García Moreno publicaba sus críticas contra "El Cosmopolita"

Vida de Juan Montalvo II



era tan numerosa en el Ecuador como para sostener, solamente a base de circulación —sin avisos, sin subvenciones extraordinarias— al precio de cuatro reales ejemplar un periódico de la selección y altura de "El Cosmopolita" . . . O era que, como Juan Montalvo no podía trasladarse a Quito definitivamente —pues que en su mayor parte, los cuatro primeros números de "El Cosmopolita" fueran redactados desde Ambato— prefirió su autor una suspensión temporal a que continuase saliendo con multitud de faltas tipográficas y enredado en variedad de problemas que, aunque pequeños, resultaban insolubles a la distancia.

Sea por lo que fuere, durante todo el segundo semestre de 1866 no apareció "El Cosmopolita". Tampoco durante todo el año de 1867, a excepción de un folleto titulado "El Precursor de "El Cosmopolita", en que Montalvo aboga por la amnistía y el retorno del ex-Presidente Urbina al Ecuador, una vez que habían transcurrido ya ocho años de penoso ostracismo.

En este tiempo Montalvo ocupóse en la correspondencia e intercambio de amistades con hombres eminentes, literatos y políticos de América. Miguel Antonio Caro y Rufino José Cuervo elogiaron "El Cosmopolita" y lo solicitaron, no sin subrayar su posición ideológica, en política, distante de la de Juan Montalvo.

CAPITULO XIX

LOS ANHELOS DE EXPATRIARSE Y DE VIAJAR

"Volver a Europa".—Proyectos editoriales.—Bajo el régimen liberal del Presidente Espinosa.—El terremoto de Imbabura y una carta de Victor Hugo.

Coetáneamente se hace visible en Montalvo su convicción de valer propio, su inadaptabilidad invencible, su afán de "volver a Europa", en pos de la amplitud indispensable para su gloria literaria. Se diría que se trata de un inmigrante nostálgico. Las dificultades editoriales le hacen pensar, insistentemente, en Europa. Hay que recordar, al respecto, por ejemplo, una de las advertencias del N^o 4 de "El Cosmopolita": "El Ecuador no es para el caso, por mil razones, y entre ellas, la miserable situación de la imprenta. Heroísmo es

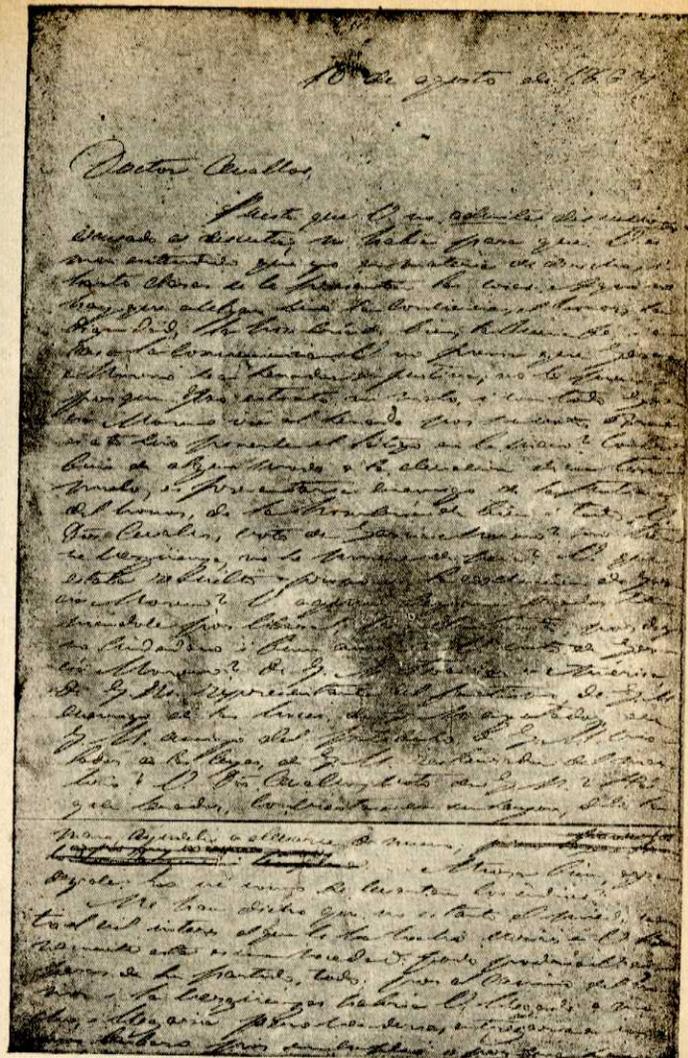
acometer la empresa de la publicación de cualquier escrito, por corto que sea; y si mis compatriotas supieran qué cóleras, qué angustias, qué contratiempos, qué amarguras, qué penas son esas, sin más que eso me canonizarían. Si llega para mí el día de volver a Europa, prometo a mis ciudadanos que no les daré mucho que murmurar en justicia"...

Y no pudiendo, por las especiales circunstancias de la política de su país y de él mismo, volver a Europa, intentará, por lo menos, una salida del Ecuador en dirección cualquiera, con tal de encontrar mejor ambiente literario, mayores estímulos para escribir y publicar, ilustrarse y viajar, siempre viajar...

En todo caso, el afán dromomaníaco de los abuelos comenzará a torturarlo de un modo obsesante y pertinaz.

Y es así cómo resulta comprensible la carta, desde Ambato, al Ministro Pacheco, del Perú, a tiempo que la revolución nacional acaudillada por el coronel Mariano Ignacio Prado iniciaba una era de reconstrucción y de progreso en esa República, desconociendo primero los arreglos del Presidente Pezet con España, a raíz del bombardeo del Callao, y procurando medios y gestiones para fortificar el ideal hispanoamericanista, en seguida... (25)

(25) He aquí la carta, publicada a su debido tiempo en Lima y reproducida en París, en el año de 1867. El estilo



Una carta de Montalvo, al historiador Dr. Pedro Fermín Cevallos, sobre elección de García Moreno para una Senaduría, en 1867

En tanto, en el Ecuador acontecían cosas excepcionales. Gabriel García Moreno, de vuelta ya de Chile y del Perú, habíase encontrado con que el Gobierno de don Jerónimo Carrión, su auspiciado, había resultado una calamidad. El Congreso de 1867 —uno de los más célebres de la historia republicana del Ecuador, por la entereza, virilidad

es inconfundible, con la circunstancia particular de que ya en el N^o 1 de "El Cosmopolita" se había adelantado Montalvo, en el artículo "Chile y España" a exaltar la revolución del Coronel Jefe Supremo contra el "pérfido Pezet".

"Señor Ministro:

El valor y la habilidad política de los gobernantes de las naciones, obran grandes cosas: su gloria viene envuelta en los hechos mismos; pero a la pluma le toca el comunicarlos a la posteridad. Los héroes y los legisladores de lo antiguo nos seían hoy desconocidos si los historiadores y poetas no hubieran tomado a su cargo el perpetuar su memoria. El periodismo es ineficaz, su imperio es efímero; y después de satisfacer la curiosidad del día, nadie hace caso de sus columnas. Los acontecimientos que acaban de suceder en el Perú y Chile, han menester otra clase de escritos, en los cuales, siendo de suyo grande e interesante la sustancia de las cosas, vengan en aquella forma adecuada para la duración de los tiempos. Si soy capaz de ocuparme en ellos, lo dirá la obra; mantengo para mí que el asunto me comunicaría elocuencia, y que el calor natural de mi alma se desenvolvería más y más, engolfado en tan glorioso empeño. Deseo, pues, señor Ministro, publicar en Lima o en Santiago una obra acerca de Sud América, teniendo en cuenta las proezas

y pujanza combativa de sus hombres, frente a las fuerzas armadas del Ejecutivo,— expidió un voto de censura contra el Gobierno, fundándose en la impericia y multitud de irregularidades demostra-

y el éxito de la guerra con España, la justa y debida revolución del Perú y las grandiosas consecuencias, juntamente con la conducta y noble porte de los hombres que la han llevado adelante. En el Ecuador, no sólo es imposible llevar a cima una empresa de esa naturaleza; pero también es peligrosa. Usted sabe que no hay aquí libertad

He intentado, me he empeñado en escribir aquí, despertando los ánimos a la libertad, a la ilustración, desentendiéndome de esa mezquina y débil división de partido que hacen los hombres: pues me ha ido mal

Si el cambio que ustedes han obrado en el Perú; si los adelantos que operan cada día llegasen hasta la nobleza moral, que no ve extranjeros en sujetos de vecinos pueblos, sino una sola familia esparcida en una vasta porción de tierra; si el Perú, digo, quisiera proteger mi pluma, no tendría de qué arrepentirse. Si hasta ahora estoy desconocido es porque de "nada nos sirve el favor de la naturaleza, si la suerte nos quiere mal". La tiranía es siempre contra los que no la sirven; esto, junto con mi honestísima pobreza, que me han mantenido mudo en este rincón, viendo correr por sobre mí los días, inquieto ya, pensando que para nada me servirían mis estudios y una cierta claridad que sentía dentro de mí. Sin una desgraciada enfermedad, que, a mi entender, me postraba para siempre, no habría vuelto de Europa y no habría perdido tanto tiempo, pero una vez aquí, no he podido regresar, y se me han desvanecido mis acaso demasiado remontadas esperanzas. Contaba en Francia con el patronazgo de Lamartine y otros hombres ilustres y no veía lejos el día de la gloria: allí me alcanzó la desgracia,

OSCAR EFREN REYES

das. Coincidieron en dicho voto liberales y conservadores, como don Pedro Cabo y don Camilo Ponce, prominentes ciudadanos.

y no me ha alojado hasta ahora. ¿Querría el señor Pacheco ser para mí el Ministro de Augusto? Supongo que usted influye mucho en el gobierno y en el Jefe Supremo. La franqueza jamás procede de ánimo vil: estímela y obre como hombre no común.

Si con el apoyo de usted llega a publicarse la obra que le digo, ése sería el principio del camino: tengo varios manuscritos, que acaso no sería malo viesan la luz pública, y yo gustaría mucho de que eso fuese en el Perú

Por si no hubiera llegado a manos de usted mi "Cosmopolita", le remito de nuevo un ejemplar, como también otros escritos míos, por donde ustedes pueden ver si soy o no para el intento de empeñarme en cosas de mayor suposición. Encargo también a usted, señor Ministro, leer la carta que dirijo al coronel Jefe Supremo.

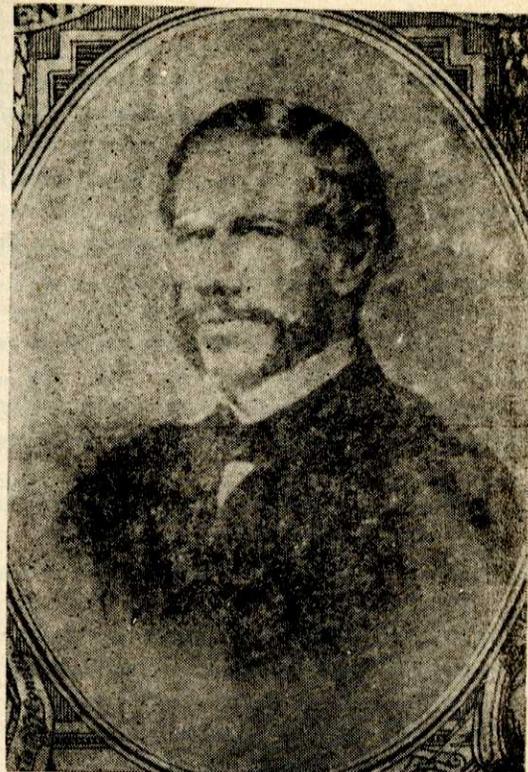
El resultado del paso que doy, lo veré por la contesjación de ustedes: la política, la urbanidad y aquel porte caballero con los cuales deben estar ustedes muy familiarizados, me persuaden de que debo esperarla.

Para mayor seguridad, indicaría a usted que me la dirigiera por medio del Cónsul del Perú en Guayaquil, o por medio de la legación, encargándoles me la pasen a este lugar de mi residencia.

Entretanto, señor Ministro, me ofrezco de usted seguro y atento servidor.

JUAN MONTALVO"

V. "La Revista de América" director: Francisco García Calderón.—París, Marzo de 1913, págs. 335-336).



JAVIER ESPINOSA

Presidente Constitucional del Ecuador,
a quien derribó García Moreno mediante
su golpe de Estado de Enero de 1869

García Moreno, todopoderoso como era, decidió el retiro de Carrión. Un día mandó un emisario al Presidente.

"Presentóse en el Gabinete Presidencial el Comandante de Quito, General Julio Sáenz (hijo del prócer de Pesillo) —cuenta don Abelardo Moncayo,— y: Excelentísimo señor —le dijo a don Jerónimo Carrión— manda a decirle el señor García Moreno que renuncie inmediatamente la Presidencia.

—Y Ud., mi Comandante General, Ud., el llamado por la ley a defender la Constitución, viene con este recado al Ejecutivo?

—Qué Ejecutivo ni qué ley, yo no tengo otra Constitución que obedecer al Dr. García Moreno.

—De suerte que...

—De suerte que ni una palabra más: a su casa, y presto, señor Excmo., sin fastidiarnos.

Qué iba a fastidiar el pobre hombre! A Loja, pues, y dando gracias al cielo" (26)

Estas cosas ocurrían en los primeros días de noviembre de 1867. El Encargado de la Presidencia, don Pedro José de Arteta convocó en seguida a elecciones. La mayoría ciudadana favoreció al doctor Javier Espinosa, ecuatoriano austero y de grandes virtudes.

(26) ABELARDO MONCAYO: *Añoranzas* Ed. de 1923, págs. 373-374.

El nuevo Presidente tomó posesión del cargo en enero de 1868. Se abstuvo de continuar con los odios gubernativos de sus antecesores, y llamó para que colaboren en su administración a varios urbinistas, que eran algo así como los ex comulgados de la época.

Los Montalvos volvieron a la consideración oficial. Y el doctor Francisco Javier —el ex-perseguido de García Moreno— pasó al desempeño de la Gobernación de la Provincia de Tungurahua.

A fines de ese mismo año, vuelve también "El Cosmopolita". No para publicarse cada cinco meses, por cierto, sino cada quince días. Del 15 de noviembre de 1868 al 15 de Enero de 1869, alcanzan a salir del 5º al 9º número, con matemática regularidad.

Con el Nº 9 termina, para siempre, "El Cosmopolita", no sin dejar huellas definitivas en la historia de la literatura continental y de su mismo autor.

Es dentro de esta segunda y final etapa de "El Cosmopolita" que Montalvo recibe un brillante estímulo de Europa: una carta de Víctor Hugo, a propósito de un artículo que el escritor ecuatoriano le dedicara, meditando en el dolor inmenso de la tragedia de Imbabura, acaecida el 16 de Agosto de 1868.

"Os estrecho la mano —le dice Víctor Hugo en su comunicación desde Hauteville House;— porque manifestáis un noble corazón".

CAPITULO XX

RELIEVES DEL HOMBRE Y DEL POLITICO

Retrato físico de Montalvo.—Los odios de García Moreno.—Montalvo, político urbinista.

Para fines de 1868, ya Juan Montalvo había hecho conocer en su medio social y político —por "El Cosmopolita" y por las originalidades de su carácter y de su vida,— los relieves de una personalidad inconfundible.

Erase Montalvo un hombre alto y cenceño; de rostro moreno y algo picado, "como el de Mirabeau". Ojos negros y ardientes y frente despejada. Tenía un bigote ralo y algo caído. Cabello negrísimo y ensortijado.

En su mismo tiempo, ya se le encontró, físicamente, un parecido con Don Quijote de la Mancha, por lo esmirriado y largo.

Mayores semejanzas con el caballero manchego ofrecía, sin embargo, en lo moral: idealista, acometivo, desorbitado de sus realidades, con un permanente e irreprimible anhelo andante.....

Su Dulcinea podía reconocerse que era la Libertad; así idealizada, impoluta y distante. En lo sexual, en cambio, prefería el polo opuesto, y si pasó por abstinencias de alguna duración, fué siempre muy a pesar suyo y como si pasase por una desgracia.

Practicaba el amor, según se lo facilitaban las circunstancias, y sin imponerse tarea selectiva alguna, como se verá a lo largo de su vida íntima. Tal era el poder de su líbido, ardorosa y exigente.....

Si en la calle encontraba algo qué ver y qué gustar y hasta codiciar eran nada más que las mujeres hermosas. El propio lo dice, y a ellas sí dirigía sus miradas "como bolas de fuego celeste".....

Andaba siempre recto, con el pecho levantado; pausado y gravemente; cojeando un poco, a causa de la neuritis aguda que le trajera en muletas en su primer regreso de Europa. A este defecto físico solía imprimir, sin embargo, cierta elegancia, encontrando ésta ni más ni menos que "esa elegancia cojitabunda de Lord Byron".....

Prefería el color negro para sus vestidos y, en el contraste con cuello y puños blanquísimos, mantenía siempre una pulcritud irreprochable.

Por las calles de la ciudad se le veía muy rara vez: iba apoyándose en su bastón; solo; mirando alto y sin curiosidad, salvo en casos de excepción.

Hablaba muy poco. Y cuando le era inevitable sostener una conversación lo hacía entrecortadamente, en frase rebuscada y difícil. La voz, insonora y monótona, complicaba la expresión verbal, hasta quitarle todo interés..... (27)

(27) El mismo se describía así, años después: "Puesto que nunca me han de ver la mayor parte de los que lean este libro, yo debía estarme calladito en orden a mis deméritos corporales; pero esta comezón del egotismo que ha vuelto célebre a ese viejo gascón llamado Montaigne, y la conveniencia de ofrecer algunos toques de mi fisonomía, por si acaso quisiera hacer mi copia algún artista de mal gusto, me pone en el artículo de decir francamente que mi cara no es para ir a mostrarla en Nueva York, aunque en mi concepto no soy zambo ni mulato. Fué mi padre inglés por la blancura, español por la gallardía de su persona física y moral. Mi madre, de buena raza, señora de altas prendas. Pero, quien hadas malas tiene en cuna, o las pierde tarde o nunca. Yo venero a Eduardo Jenner, y no puedo quejarme que hubiese venido tarde al mundo ese benefactor del género humano: no es a culpa suya si la vacuna, por pasada, o porque el virus infernal hubiese hecho ya acto posesivo de mis venas, no produjo efecto chico ni grande. Esas brujas invisibles, Circes asquerosas que convierten a los hombres en monstruos, me echaron a devorar a sus canes; y dando gracias a Dios salí con vista e inteligencia de esa negra batalla; lo demás, todo se fué anticipadamente, para advertirme, quizá, que no olvidase mis despojos y fuese luego a buscarlos en la deliciosa posesión que llamamos sepul-

Los escritos de "El Cosmopolita" y su posición adversa para con la influencia política de Gabriel García Moreno, cuyos hechos de gobernante calificaba —de igual manera que Julio Zaldumbide y todos los liberales de la época— como propios de una tiranía sanguinaria, le hicieron una plataforma política. En ese mismo año de 1868, constó ya,

tura. Deteneos! oh no, no vayáis a discutir que puedo entrar en docena con Scarrón y Mirabeau: gracias al cielo y a mi madre, no quedé ni ciego, ni tuerto, ni remellado ni picoso hasta no más, y quizá por esto he perdido ser un Milton, o un Camoens, o la mayor cabeza de Francia; pero el adorado blancor de la niñez, la disolución de rosas que corria debajo de epidermis aterciopelada, se fueron, ay! se fueron, y harta falta me han hecho en mil trances de la vida. Desollado como un San Bartolomé, con esa piel ternísima, en la cual pudiera haberse imprimido la sombra de una ave que pasara sobre mí, salga usted a devorar el sol en los arenales abrasados de esa como Libia que está ardiendo debajo de la línea equinocial. No sería tarde para ser bello; mas esas virtudes del cuerpo ¿en dónde? prescritas son, y yo no sé cómo suplirlas. Consolémonos, oh hermanos en Esopo, con que no somos fruta de la horca, y con que a despecho de nuestra anti-gentileza no hemos sido tan cortos de ventura que no hayamos hecho verter lágrimas y perder juicios en este mundo loco, donde los bonitos se suelen quedar con un palmo de narices, los pícaros feos no acaban de hartarse de felicidad. Esopo he dicho; tuvo él acaso la estatura excelsa con la cual ando yo prevaleciendo? Esta cabeza que es una continua explosión de enormes anillos de azabache? estos ojos que se van como balas negras al corazón de mis enemigos y como globos de fuego celeste al de las mujeres

como candidato del Partido Liberal, en las listas de diputados al próximo Congreso.

Por cierto, liberalismo, en aquellos momentos excepcionales de la vida nacional, implicaba, para el partido contrario, el concepto de "urbinismo"; pues que el General Urbina, ex-Presidente de la República, aun desterrado como estaba, no dejaba de ser considerado como el jefe nato del Partido Liberal del Ecuador, conspirador permanente contra García Moreno y los regímenes creados o apoyados por éste.

Montalvo, pues, aparecía como "urbinista" aun sin tomar en cuenta sus ecuanimes y humanitarias referencias a Urbina en "El Cosmopolita" y en "El Precursor de "El Cosmopolita". El odio del clericalismo garciano tenía que ensañarse también con él. Y el odio, sobre todo, de García Moreno, para quien, desde unos cinco años atrás, ser ami-

amadas? Esta barba Aquí te quiero ver, escopeta: Dios en sus inexcrutables designios dijo: A este nada le gusta más que la barba; pues ha de vivir y morir sin ella: contétese con lo que le he dado, y no se ahorre las gracias debidas a tan espontáneos favores. Gracias, eternamente os sean dadas, Señor: si para vivir y morir hombre de bien; si para ayudar a mis semejantes con mis escasas luces fuera necesario perder la cabellera, aquí la tendrías, aquí; y mirad que no es la de Absalón, el hermoso traidor".—"Siete Tratados", vol. I. ed. de 1882, págs. 131-133.

go, protegido o elogiado de Urbina no significaba sino que había un parecido, en la peor de las consideraciones. "Hombres —decía, por 1853— como Espinel, Casquete, Briones o Urbina no infaman cuando insultan sino cuando elogian; porque ordinariamente alaban a los que se les parecen, y los que se les parecen son los hijos del oprobio".... (28)

Y opinaba de Urbina que "hasta el patíbulo infamara".....

De tales rencores desenfrenados vino, pues, a ser víctima también Juan Montalvo. Posiblemente las simples vaguedades, eruditas o literarias, de "El Cosmopolita", no constituían todo el origen, toda la fuente de causas del encono contra su reciente personalidad política. Y todo cuanto dijera Juan Montalvo en su periódico contra el tirano y sus programas, con ser explícito, es verdad que estaba muy distante de la literatura corrosiva que, por esos tiempos se usaba para referirse a hombres y hechos de la vida pública, y muy distante también de esa literatura que el propio Juan Montalvo usará para tratar, años después, a Urbina, a Veintemilla y a Borrero.

(28) "La verdad a mis calumniadores". Paiza, noviembre 17 de 1853.

Parte Quinta

IPIALES

CAPITULO XXI

GARCIA MORENO AL PODER

Golpe de estado contra el Presidente Espinosa.—Fuga precipitada de "urbinistas".—Montalvo se asila en la Legación de Colombia.

Los últimos meses de 1868 y los primeros de 1869 son de una actividad electoral intensísima.

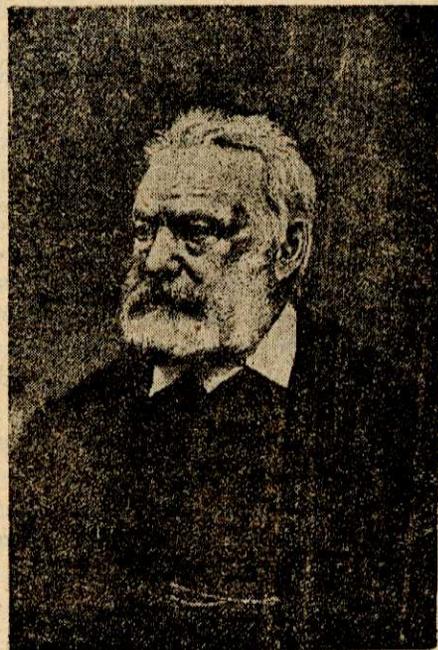
El doctor Javier Espinosa ha sido elegido únicamente para que termine el período legal de la presidencia que correspondiera al doctor Jerónimo Carrión.

Urge, pues elegir el ciudadano que debe hacerse cargo del poder en Agosto inmediato. Hay diversidad de postulaciones; pero la que mayores entusiasmos produce es la de don Francisco Javier Aguirre, originada en los trabajos de propaganda

del partido liberal. El prestigio del señor Aguirre se impone en las masas de ciudadanía más o menos ilustrada. Y Urbina y sus compañeros de destierro y los urbinistas de dentro del país baten palmas ante la inminencia del triunfo liberal.

Este último aspecto del momento electoral impresionamente en los grupos clericales. Para éstos, con razón o sin ella, el triunfo de la candidatura de Francisco Javier Aguirre no es sino el triunfo del urbinismo. Así lo declara con ardoroso encono, Gabriel García Moreno, candidato de los conservadores. Todo en la vida política del Ecuador, menos Urbina, el expulsador de los jesuitas, el protector de los negros y de los "tauras"; menos los "facinerosos y traidores"..... Ya en su manifiesto final del 30 de Agosto de 1865, al despedirse de la Presidencia de la República, había prevenido con feroces amenazas a sus enemigos: "Compatriotas! En adelante a los que corrompe el oro, los reprimirá el plomo".....

La fuerza que iba tomando la candidatura de Aguirre fué atribuída, por tanto, no al prestigio de su programa político —independencia absoluta de las Municipalidades, o sea, autonomía municipal irrestricta; suficiencia de las leyes para el buen gobierno; mejoramiento general en varios órdenes de la vida del Estado; —sino al oro de los bribones y de los emigrados. Por otra parte, García Moreno no se cansaba de repetir, para asustar al clero, que Aguirre era pariente de Urbina. De lo



VICTOR HUGO

que se trataba no era, pues, sino de puro urbinismo.....

Y aunque su decisión, manitestada en reiteradas ocasiones, fuera ya de no intervenir más en la política del Ecuador; pues que "prefería retirarse a la vida privada, a gozar del peculio de la vejez", fué el "peligro urbinista" —que se negaba a conjurar en forma terminante el doctor Javier Espinosa,— que le sacó de su abstención..... para entrar abiertamente en la conjuración revolucionaria, cohechando soldados y sorprendiendo cuarteles....

En la mañana del 17 de Enero de 1869, gran alboroto en las calles de Quito; pasos precipitados de soldados armados; violentas carreras de caballos; tiros y gritos atronadores. Era el golpe de estado de García Moreno.

El Gobierno constitucional del doctor Javier Espinosa; las propagandas electorales y las esperanzas del liberalismo, juntamente con sus periódicos, sus comités, sus dirigentes; todo, todo quedó liquidado, disuelto y evaporado, en un abrir y cerrar de ojos.

Prudentemente los adversarios de Gabriel García Moreno tomaron las de Villadiego; pues nadie podía prever hasta donde llegarían las acometidas vengativas, el odio satánico y las persecuciones de rigor del Jefe Supremo, conocida como era su letanía de "insuficiencia de las leyes", "castigo de los facinerosos" y "represión por el plomo" en tra-

tándose de lo que él podía calificar como delitos políticos.....

No todos esperaron el decreto de destierro ni escoltas que les dejasen en la frontera. Se escondieron o se escabulleron del país como pudieron. Por el norte, por el sur; por el oriente u occidente.....

Los redactores de los periódicos, aun sin ser conspiradores activos contra el nuevo régimen, participaron también de la desventura de los políticos, pocos días después, por sus opiniones anteriores opuestas a la candidatura de García Moreno. Montalvo había dicho en "El Cosmopolita": "García Moreno está fuera de combate en el campo del honor y de la justicia, no puede ser Presidente de un pueblo regido por leyes emanadas del sufragio popular, porque ha declarado oficialmente que no puede mandar con leyes, y las ha infringido todas..... García Moreno no puede ser Presidente, porque está en juicio criminal en una nación aliada: cuando el Gobierno del Perú pida la extradición "del candidato", ¿qué hará el del Ecuador ¿qué hará usted, hermano Ponce?..... García Moreno no puede ser presidente, porque la América republicana no confía en él: este hombre en ninguna ocasión ha podido ni ha querido ocultar sus simpatías por los enemigos de América..... García Moreno no puede ser Presidente, porque tiene azar con las repúblicas vecinas; aborrece a Colombia, Colombia no le quiere; detesta al Perú, el

Perú no se muere por él: la elección de este sujeto sería la declaratoria de guerra a Colombia, y acaso al Perú..... García Moreno no puede ser Presidente, porque las tres cuartas partes de la nación ven en él su ruina: para unos es la tumba..... Para otros, es el destierro..... Para otros es la infamia..... Para otros es el martirio..... García Moreno no puede ser Presidente por estas razones y por otras muchas"..... (29)

(29) La afirmación de Montalvo de que "García Moreno no puede ser presidente, porque está en juicio criminal en una nación aliada", tenía sus motivos en un incidente ruidoso, ocurrido en Lima, en el año de 1866, cuando García Moreno pasaba, de Ministro Plenipotenciario, a Santiago de Chile.

Y fué que García Moreno —como todos cuantos viajan al sur,— decidió, aprovechando la parada del buque en el puerto de Callao, visitar a Lima. El Cónsul General del Ecuador en esta ciudad, don José Félix Luque, salió a recibirle y ponerle en antecedentes acerca de las intenciones siniestras que contra su persona abrigaban algunos emigrados.

Con su acostumbrada arrogancia, García Moreno sonrió del peligro; pues que nunca le temiera al urbinismo, siempre cuajado, según él, de "traidores" y "facinerosos". Por sí, se limitó a ponerle balas a su revólver y aconsejar a los de su comitiva (el literato Pablo Herrera, Ignacio Alcázar) que tomaran sus precauciones.

Al llegar a Lima, en efecto, se encontró en la estación del ferrocarril con el joven ambateño don Juan José Viteri. Este, según parece, había ya anticipado a sus connacionales lo que estaba resuelto a hacer con García Moreno, el "asesino" y "bandido".

Y había agregado: "En este pueblo donde el ingenio descollante es un pecado mortal; donde la instrucción es una peste de cuyo contagio se huye con pavor; donde las aptitudes para el mando y la inteligencia adornada con los grandes ejemplos de la historia son defectos, razones poderosas de

Blandiendo el revólver y en actitud terrible se le acercó el joven gritando a la vez: "Bandido, vengo a vengar la sangre de mi hermano!"... Y pareció que iba a cernir el cuerpo del político ecuatoriano a balazos.

García Moreno sacó también su revólver. Pablo Herera y su compañero Alcázar hicieron lo mismo, y se armó un gran estrépito, con vociferaciones y tiros. Viteri —que no había apuntado bien o que no tuvo valor para disparar con toda decisión,— cayó al suelo y en esta situación fue golpeado, zarandeado, herido y magullado a todo gusto por los adláteres de García Moreno, cuya impavidez tuvo tiempo de exhibirse debidamente ante las sorprendidas y aterradas multitudes de Lima.

Advino la acción policial. Breves momentos de cárcel para los escandalosos. La intervención judicial y el proceso. Declaraciones de testigos, extravagantemente contradictorias: unas determinaron la responsabilidad en la provocación de Viteri, y otras aclararon que el verdadero autor de la tentativa de asesinato era García Moreno, con sus disparos y los de sus amigos, con los golpes y las patadas sobre Viteri, quien fuera a parar en el Hospital y, después de algún tiempo, en el sepulcro...

La extraña división de criterio entre los testigos presenciales, provocó la inmediata división de criterio en la opinión pública, principalmente del Ecuador, donde cada partido político adoptó el punto de vista que le pareció más conveniente.

insignificancia, por fuerza tenemos que escoger entre lo ruin: Borrero, Carbo, Aguirre a un lado!

Elijamos a un Gómez de la Torre, a un Chiriboga, a un Malo, a un Moncayo, a cualquier otro hombre de bien y de importancia: no quieren us-

Para el año de 1868, en que se discutían las postulaciones a la Presidencia de la República —ya que el doctor Javier Espinosa iba a terminar en Agosto de 1869,— se sacaron a relucir los documentos del proceso acerca de la célebre tentativa de asesinato. En oposición a la candidatura de Francisco Javier Aguirre, del Partido Liberal, se levantaba la de Gabriel García Moreno, aconsejada y predicada, naturalmente, por el clero y por lo que ahora se llama —suavizando o neutralizando sagazmente el término— "muchedumbres".

Entonces se produjeron, como arma de combate político, los artículos de la prensa de Lima, inclusive la exposición del "loco Viteri". García Moreno parecía así como "candidato a la Presidencia con auto motivado".

Por eso, pues, decía Juan Montalvo en el número 70 de "El Cosmopolita": "García Moreno no puede ser Presidente, porque está en juicio criminal en una nación aliada: cuando el Gobierno del Perú pida la extradición "del candidato", ¿qué hará el Ecuador? ¿qué hará usted hermano Ponce? ¿le hará elegir a pesar de esto? La extradición es de derecho perfecto, en ciertos delitos, según los principios del Derecho Internacional; están pues, obligados ustedes a entregar al reo; pero no lo entregarán: García Moreno, en vez de ir a la cárcel de Lima, se alzará con el poder absoluto!"

Y en efecto, García Moreno, con auto motivado y todo, y ayudado por el hermano Ponce, subió de nuevo al Poder, mediante el golpe de estado del 17 de enero de 1869, que echó patas arriba al Gobierno del Presidente Espinosa.



PAISAJE DEL TUNGURAHUA. Un lugar del Pastaza

tedes; nada quieren ustedes. Honor, valor, instrucción, religión, todo está en García Moreno; fuera de él, no hay sino herejía y crimen.

Ah, Dios! ¿para qué hablo? ¿quién me oye? ¿quién me entiende? ¿quién me sigue? Señor don Gabriel, déle usted una vuelta a su corazón; mejor colocado, quizá dé mejores visos: si siente usted una lucecilla en las entrañas, diga que le alumbraba el cielo, y que se salva usted y nos salvamos nosotros. Y sepa, que si se empeña en su propia candidatura, la nuestra será irrevocablemente el señor Aguirre, y tendrá que matarnos o morir a nuestras manos".....

Tal decisión partidarista de Montalvo —aun descontada la discusión agresiva, aunque no violenta de la personalidad de García Moreno,— le ponía, pues, en el número de los indeseables.

Numerosos liberales fueron a la cárcel en el mismo día del "cuartelazo". Otros comenzaron a ser activamente perseguidos. Montalvo asilóse en la Legación de Colombia para eludir las primeras embestidas del dictador.

Luego juzgó que la situación, aun así, le era sumamente peligrosa, y prefirió el destierro. A los pocos días, pues, del golpe de Estado de García Moreno, abandonó la Legación de Colombia y se escabulló del país.

CAPITULO XXII

PROSCRITO Y ERRANTE

*Las nuevas amistades políticas.—
Conocimiento con Eloy Alfaro, con
Veintemilla y Mestanza.—Viaje a
Europa.—Viaje al Perú.*

A pesar de la decisión inicial, de situarse inmediatamente en Ipiales, de Colombia, Montalvo no pudo realizarla sino unos dos años después, luego de haber errado febrilmente de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, buscando otros ambientes y condiciones para su vida.

Esta busca se extendió tanto para Europa como para América. Siempre con el dinero "en préstamo" de los admiradores; con la ayuda de los Mecenases del partido liberal ecuatoriano, tan desprendido y romántico en sus primeros tiempos.

En Febrero de 1869 fué directamente a Ipiales y lo conoció; pero a poco, en compañía de otros emigrados —cuyos nombres han de vibrar después en la vida nacional y en la del propio Montalvo,— se internó en las montañas de Barbacoas y fué a dar en Tumaco.

Con Ignacio de Veintemilla —el futuro héroe de las "Catinarias"— y el doctor Mariano Mestanza, marchó de Tumaco a Panamá, en donde conoció personalmente y trató por primera vez a Eloy Alfaro. De Panamá partió a Francia, en seguida.

Eran mediados de 1869.

Ardía Europa, por entonces, en los preliminares de una conflagración estupenda. Y París, el centro intelectual escogido por Montalvo, no era sino un hervidero de hombres armados, de ideales belicosos y de preparativos y ajetreos para lo que luego sería la famosa guerra de 1870. Perdió Montalvo, por el momento, la esperanza en Europa. Y en condiciones morales y económicas exasperadas retornó a América.

Otra vez en Panamá. Y otra vez comienza a circular el dinero de Eloy Alfaro. Este habíale escrito antes a Montalvo a Ipiales, tan luego como supiera la expatriación. Espontáneamente ofreciérale, con la admiración, su amistad. Hasta que llegó el momento de protegerle y ayudarle; pues que no ignoraba la suma pobreza del escritor. Como hombre de acción, como colaborador dinámico en los proyectos de transformación polí-



ELOY ALFARO

tica que entretejían los emigrados, Montalvo no aportaba nada. Pero el futuro Presidente del Ecuador no dejaba de intuir que se trataba de un eminente hombre de letras, de una gloria literaria que, para bien del Ecuador y de América, debía resguardarse; y le concedió diligentemente todo cuanto quiso —para ir a Europa, para publicar sus folletos de polémica o para que vaya al Perú, "a visitar a los proscritos", según era el deseo de Montalvo ... (30)

Por cierto, no solamente Alfaro erogaba dinero para las necesidades del proscrito. También lo erogaban, en Guayaquil, don Pedro Carbo y don José M. Avilés. En París, los miembros de la colo-

(30) "Con Alfaro no había ni mío ni tuyo cuando se trataba de compatriotas y de correligionarios: llevóles a un hotel, y todos los gastos fueron de su cuenta. Les ofreció pasajes, cuando supo iban a Europa pero Veintemilla y Mestanza le respondieron que sólo Montalvo carecía de dinero. Alfaro fué para Montalvo, y le habló de poner una buena suma en sus manos; mas Montalvo le contestó con las siguientes textuales palabras, oídas por mí a Alfaro:

—Es Ud. padre de familia y no debe prodigar dinero en esta clase de gastos. El pasaje le acepto, porque me es indispensable.

A París le mandó Alfaro la cantidad que supuso le era necesaria; pero Montalvo no residió ahí sino ocho meses. En Panamá volvió Alfaro a ofrecerle dinero, alegando que lo poseía en abundancia; mas sólo le aceptó lo necesario para visitar en Lima a los proscritos" ...—ROBERTO ANDRADE: "Vida y muerte de Eloy Alfaro". New York, 1916. Págs 11-12.

El optimista y errante se impone, entonces, un heroico paréntesis de resignación y de quietud; pues que, por otra parte, la hora del regreso a la patria o la hora de volar a Europa no parecen cercanas ... Tampoco la hora de la comprensión y de la justicia.

CAPITULO XXIII

LA VIDA INTIMA DE IPIALES

El escritor, el solitario y el amante.—Los futuros grandes libros.

De regreso del Perú determina Montalvo a IpiALES como el lugar definitivo para el transcurso de su proscripción.

Entre el ecuatoriano en desgracia y los habitantes de ese pueblo colombiano se establece una corriente de simpatía: Montalvo es hombre austero y sencillo en sus costumbres. No fuma ni se embriaga. No toma contacto alguno con las pasiones del pueblo. Y aunque no oye misa, tampoco discute acerca de las creencias o de los hábitos de los vecinos.

Vive solo. La mayor parte del tiempo, gusta pasar en el campo, fuera de la población: mirando con afán indescriptible las lejanías de la cordi-

OSCAR EFREN REYES

llera de su patria; hundiendo el espíritu en la soledad y en la meditación triste.

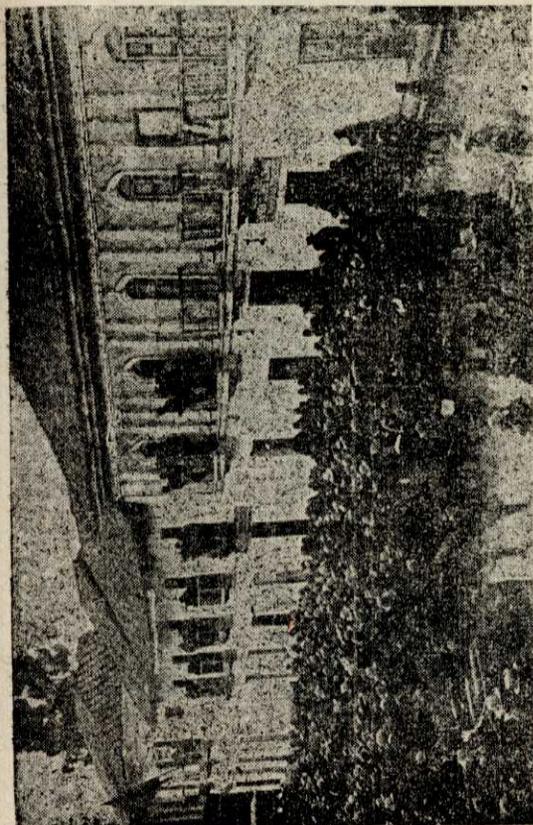
Por ahí conoce una caverna y de ella hace lugar de predilección.

Conversa con muy pocas personas; sin reír casi nunca. Establece amistad, sin embargo, con los niños de las escuelas, que van y vienen por esos caminos, averiguándoles sus conocimientos y estimulándoles con regalitos.

Tan pulcro y elegante, con su vestido negro y su paraguas, su estatura prócera y su andar cogitabundo le ven los vecinos; tan extraño en sus aficiones a los lugares abandonados y agrestes; tan generoso con los pobres, los mendigos y los criados; tan aislado y tan infortunado, que no vacilan en aplicarle un diminutivo cariñoso: "Don Juanito" ... Don Juanito ya pasa; don Juanito, buenos días ...

Ocupaba, por temporadas, una pieza en casa del doctor Juan Ramón Rosero. La correspondencia se hacía dirigir, generalmente, bajo sobre para este señor. Las hijas del dueño de casa atendían con solicitud al huésped, a pesar de las poquísimas ocasiones en que Montalvo daba lugar a que le sirvan, puntilloso y muy delicado como era.

Luego buscaba otros departamentos, en los cuales vivía completamente sólo, especialmente cuando tardaba demasiado el dinero de su hermano Francisco Javier o de sus amigos. Entonces reducía su alimentación a raciones increíbles: un panecillo y



CASA DE IPIALES DONDE MONTALVO VIVIO.
Momento de la inauguración de una placa conmemorativa.

OSCAR EFREN REYES

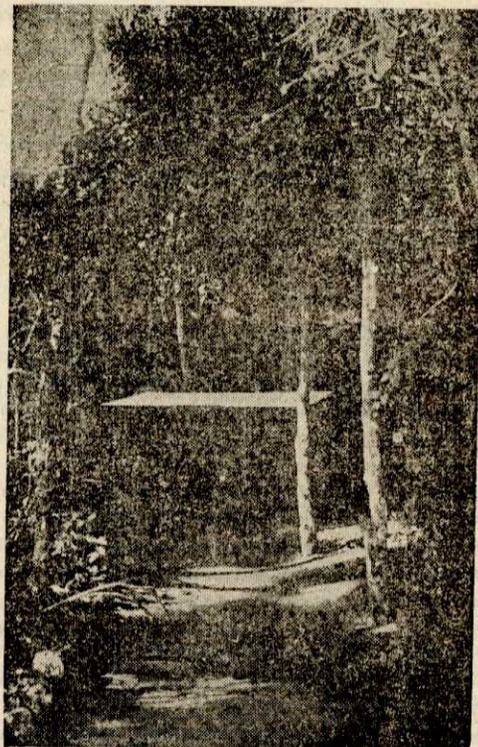
una taza de café negro. El café era preparado por él mismo; pues había momentos en que sospechaba de todo el mundo.

En otras ocasiones aumentaba la ración con dos o tres patatas cocidas, alguna fruta. La pobreza suma condújole al vegetarianismo.

No obstante tal estrechez, mantuvo siempre una generosidad vehemente para con los desvalidos. También aquel espíritu agudo de dignidad personal, cuando creía que las atenciones de gentes humanitarias o compasivas no le iban correctas. Podía él morir de hambre; pero sin aceptar "limosnas". Hubo varios momentos de iracundia borrascosa y terrible en la vida del proscrito por actitudes amistosas que no se le dirigieran con la debida delicadeza. Fuera un sino doloroso de su existencia, vivir de "préstamos" de dinero arrancados persistentemente a sus amigos y admiradores --aun con la perspectiva de no atinar a pagar nunca;-- pero aceptarlos como caridad, jamás . . . (31)

(31) "Montalvo había salido al destierro la primera vez y fué a Ipiales, bien recomendado sí; pero escaso de dinero. Un colombiano generoso le hospedó en su casa y le rodeó de consideraciones; pero ya se ha dicho que es muy amargo el pan del ostracismo. Nada faltaba en la casa en que había sido recibido; pero le sobraban dolor y humillación.

Un día salió y se perdió en el campo, a la ventura. Las horas pasaban, había llegado la hora de almorzar y Montalvo no aparecía. El dueño de la casa, por mayor solicitud.



MESITA DE TRABAJO DE MONTALVO EN IPIALES

Una vez, en que ya no tenía ni para el café, tuvo que vender su pluma de oro y su reloj. La pluma fue adquirida inmediatamente. El reloj fué remitido a un hombre más o menos rico del lugar. Este, conmovido, compró en el acto, enviando a Montalvo una suma de dinero equivalente al cuádruplo de lo que fijara como precio. Montalvo tomó el saquillo de plata; sacó una parte y dijo: —Mi reloj no vale más que doce pesos.

fué en su busca, y preguntando a unos y a otros llegó al lugar solitario y agreste que había buscado el desterrado. Don Juan estaba allí, sentado en la grama, con la cabeza entre las manos y anegado en llanto. Lloraba talvez de ira y de dolor; recordaría a los suyos, quería otear los montes de su patria y el caudal incontenible de lágrimas lenificaría su recuerdo, cuando sintió los pasos amigos, pero que venían a sorprenderle en su desfallecimiento de combatiente, y entonces fué el reaccionar iracundo. Se volvió, mas las lágrimas se secaron al calor de la ira: ¿Por qué me persigue usted?, le preguntó a su amigo, e irguiéndose adusto se le juntó y volvió a la casa para despedirse de ella...

En otra vez, llegó a aliviar la amargura del destierro una familia esuatoriana, que fué a vivir en Ipiates... Don Juan pasaba largas horas en casa de dicha familia, en donde era recibido con el más afectuoso respeto. Cierta día, después del acostumbrado palique, se despedía, cuando la señora, su paisana, notó que el pantalón de don Juan tenía una ferroz desgarradura.—Pero, don Juan, le dijo: qué poca confianza la suya; por qué no me lo ha dicho, y en un santiamén estaba compuesto ese pantalón.—Déjelo, doña Alegría

Y el resto mandó a devolver al generoso... (32)

En otra ocasión quiso conceder una propina a la negra criada del doctor Rosero, por algún pequeño servicio. Le extendió un real que tenía. La negra no le aceptó. Insistió Montalvo; y como la negra se negase rotundamente a tomar la moneda, mandó a comprar pan para obsequiarla. Entonces la criada, muy agradecida y dando excusas, tomó apenas un panecillo.

Montalvo expuso en seguida su concepto del suceso: "Esta negra ha tenido nobleza y dignidad"...

Y un día, en que le visitaba un compatriota, salió con éste a pasear por las calles de Ipiates: Por ahí les sorprendió un mendigo, pidiendo limosna por amor de Dios.

(que así se llamaba la paisana); lo roto significa descuido, mientras que lo remendado es pobreza"...

ISAAC J. BARRERA: "Epistolario de Montalvo". Publicaciones de la Biblioteca Nacional. Quito, 1927, Págs. 4-5.

(32) De estas dos prendas de Montalvo, enajenadas en momentos exasperados de penuria, los admiradores consiguieron, años más tarde, que se les cediese por lo menos la pluma; pues habiendo ido ésta a parar en manos del Coronel Francisco Vela, éste la conservó cuidadosamente, hasta su muerte. La viuda del Coronel Vela la obsequió al Sr. D. Camilo Alvarez y, éste, al Arzobispo Federico González Suárez.

Hoy esta prenda, juntamente con otras, de vestir, y manuscritos reposan en la "Casa de Montalvo", de Ambato, institución que fuera fundada en 1927.

Los paseantes se metieron rápidamente las manos a los bolsillos en busca de moneda fraccionaria. Ninguno tenía un céntimo.

Pero Montalvo conservaba un peso de plata —único— con el que acaso debía pasar la semana íntegra. Lo sacó del bolsillo, no sin la respetuosa observación del visitante acerca de lo muy mal que haría en quedarse sin la única moneda. "Nicanor, —pues era el General Nicanor Arellano el acompañante de Montalvo,— qué quiere que haga?, le dijo. Darle un céntimo, sería provocarle la necesidad a este pobre. Que tenga para comer este día si quiera".

Y entregó el peso íntegro al mendigo.

Durante casi todo el tiempo de permanencia en Ipiates, Montalvo no tuvo libros qué leer. De cuando en cuando, periódicos.

Recordando este tiempo, apunta en una de sus obras. "Sin libros! Si tenéis entrañas, derretíos en lágrimas!" . . .

Por lo mismo, tuvo que sustituir aquella actividad imposible con estas otras, capitalísimas en su vida: escribir y . . . amar:

Recuérdese que el amor fue siempre, en Montalvo, una función urgente.

Ni la cautela y sigilo para practicarlos, ni el disimulo benévolo de los vecinos fueron suficientes para encubrirlos.

Una joven del pueblo se encargó de arreglarle y aplancharle la ropa a Juan Montalvo. Muy de mañanita iba y venía la cumplida aplanchadora, todos los días, para atender al escritor.

Las visitas solícitas tuvieron su efecto, y los hijos sobrevinieron en seguida: Adán, Visitación, etc. (La señorita Visitación Montalvo vive aún en Ipiates, hasta el momento de escribir estas páginas).

De modo anexo, por cierto, a la función sexual provisoriamente encauzada, Montalvo no eludió, según parece, otras aventuras, que le permitieron escribir episodios idealizados como los de "Geometría Moral", libro de amor.

Así su vida —puesta entre la torturante tragedia económica y un agudísimo instinto sexual,— pudo sosegarse, siquiera temporalmente y en este último aspecto.

Pero fué, entonces, cuando Montalvo escribió con mayor serenidad y emprendió en obras de importancia fundamental y de perduración.

A base de su memoria prodigiosa, escribió, durante este período de 1871 a 1875, muchos de los capítulos de los "Siete Tratados" y de los "Capítulos que se le olvidaron a Cervantes." También escribió breves cuadernos de polémica.

Ensayos que, años más tarde, aparecieron en "El Regenerador" y aun en "El Espectador", ya fueron esbozados en este tiempo de labor y de consagración de artífice.

Érase entonces un trabajador constante y con

recursos y materiales bien elaborados y precisos.

Las citas históricas o literarias, aun sin contar con libros de consulta ni bibliotecas a la mano, las hacía para no rectificar. Acaso algún rarísimo detalle fué corregido al editarse el libro. Lo demás estaba bien . . . (32)

(33) Para esta labor consagrada de Montalvo no faltaron, por otra parte, de cuando en cuando, valiosos estímulos externos.

De la posibilidad de una edición de sus obras completas se habló ya, por ese tiempo. Había bastado "El Cosmopolita" para que su autor fuese reputado como uno de los mejores literatos continentales.

Un admirador fervoroso de Montalvo, Adriano Páez, Director de la Revista Hispano-Americana", de París, escribía el 19 de abril de 1874:

"Hoy necesitamos de Ud. en Europa. Si Ud. estuviera aquí haríamos juntos una bellísima publicación; pero aunque ausente es preciso que Ud. sea una de las columnas de la Revista cuyo prospecto le acompaño.

En el número 19 de la Revista aparecerá el artículo de Ud. "Periodismo"; en el 29 un largo estudio biográfico de Ud. por su amigo; el "Capítulo que se le olvidó a Cervantes" y "El terremoto de Imbabura". En cada uno de los números siguientes aparecerá algo de Ud.

Pero quiero que me envíe lo que tiene inédito y una colección completa de "El Cosmopolita". Yo me encargo de publicar en la Revista los artículos sueltos y de hacer la edición completa de sus obras. Esto sería para mí un título de gloria literaria y lo haría con un placer indecible. Haría la edición con un esmero y un interés exquisito, con prólogos de grandes escritores españoles. Decida Ud. lo que

Redactaba seguida e incansablemente, llenando cuartilla tras cuartilla, en letra limpia y clara, y deteniéndose apenas lo indispensable para dar la correspondiente musicalidad y pureza al período.

En obras que estimaba como fundamentales, hacía primeramente esbozos: luego redactaba, correctamente, el original definitivo.

Usaba pluma y tinta: lápiz, casi nunca.

Una porción de libretas servíale, de cuando en cuando, de fuente para refrescar la memoria, al tratarse de antiguas lecturas históricas o literarias; pues, en dichas libretas acostumbrara, en su juventud estudiosa de autodidacta, consignar apuntes, fechas, ideas, comentarios, ampliaciones, nombres, etc., acerca de pasajes, hechos y obras que leyera. Tales libretas, en su vida de Ipiales, vinieron a sustituir, ineluctablemente, a la biblioteca.

El asunto de la redacción era meditado en el campo, bajo el dombo azul del cielo o en la paz de los bosques o a orillas del río.

A la noche escribía, alumbrado por una vela; en medio del silencio universal, hasta la madrugada.

Montalvo cita mucho en sus escritos el canto,

crea conveniente: yo cumplo con mi deber de admirador y amigo de Ud."

Ante perspectivas como ésta, pues, Montalvo siguió trabajando con ahinco en sus obras principales, sin desatender, de cuando en cuando, el libelo, en defensa personal o en defensa de sus convicciones políticas.

largo y melodioso, de un gallo distante. Es que lo oye siempre, como un compañero del alma, en cada tregua que da a su faena, mientras se levanta del escritorio, para abrir una ventana y sumergir los ojos en la negrura de la noche, o en tanto da vueltas en la pieza casi vacía, dando caza a una expresión ceñida y feliz o a un lejano recuerdo . . .

Luego, otra vez, al escritorio.

Una de las improvisadas mesitas de trabajo, angosta y larga, según modelos en uso allá, en Ipiales de ese tiempo, se conserva aún, en poder de la señorita Mercedes Rosero, quien, en su casa, conoció y trató a Juan Montalvo.

Este le dejó el mueble, como un recordito, ya al despedirse de Ipiales para siempre, en el año de 1881.

CAPITULO XXIV

LA POLEMICA INTERMITENTE

Los paréntesis del odio.—"El Antropólogo", "Fortuna y Felicidad", "Judas", "La Dictadura Perpetua".

De los siete años que comprende la totalidad de este primer destierro (1869-1876), los últimos cinco años de quietud, o de forzado abandono, son, a la vez, de labor fundamental.

No solamente los "Siete Tratados", los "Capítulos que se le olvidaron a Cervantes" y ensayos independientes y esbozos de futuros libros preocupáblemente, sino hasta la confección de dramas. Los dramas —uno de los géneros preferidos por el revolucionarismo romántico,— servíanle a Montalvo, por otra parte, para el retrato de personajes,

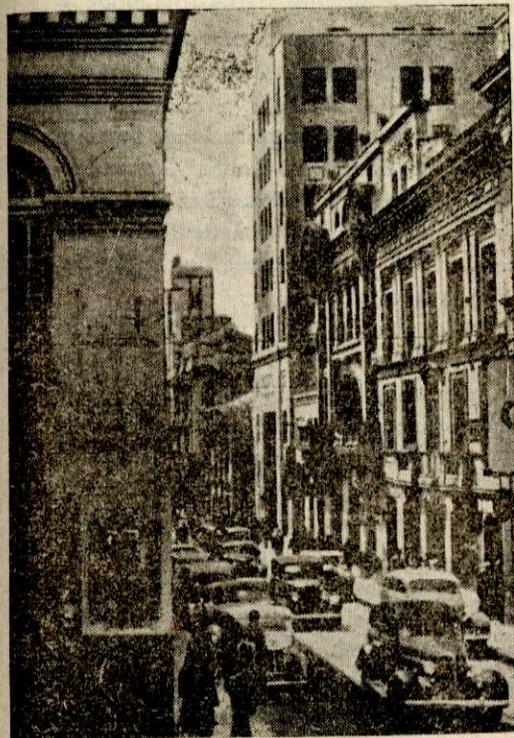
prestara más para la tranquilidad de mi alma, por que es muy cómodo el callar donde hablan necios, i una virtud la indiferencia, cuando los inicios no traspasan los términos de la moral. Oigamos luego al señor Avilez.

Señor José M. Avilez.—Paris— Igales a 6 de julio de 1872.— Estimado señor i amigo: Mariano Mestanza ha hecho publicar por la imprenta que yo he estado a U. unos cuantos miles de francos. No es este el caso de invocar la amistad, la verdad i la conciencia sobran para mi objeto. Sirvase pues decirme en contestacion: si es verdad que U. insistió bondadosamente por medio de una carta del Sor. Carbo en que yo aceptase el préstamo en los términos propuestos por U. modificando los míos; si es verdad que U. posee una obligacion mia, no pedida por U.; si hubo algo en el favor que U. me hizo que oliese a mala fe o indignidad; si U. tiene motivo de disgusto para conmigo. La respuesta vendrá naturalmente con su autorizacion para publicarla, pues con tal objeto se la pido, suplicando a U. me dispense esta molestia, a que solo la gravedad del caso puede obligarme.— Reciba U. mi siempre fresco agradecimiento, i las consideraciones con que me repito de U. obsecuente amigo i seguro servidor.— Juan Montalvo.

Paris, siembre 30 de 1872.— Señor Juan Montalvo.— Estimado señor amigo:— Hace poco a que recibí su apreciable fecha el 6 de julio último en Igales. Dicha carta, en vez de venir directamente a Francia, fue primero a Bremen en Alemania, i de allí vino aquí; lo que sin duda ha causado el retraso. El objeto de su citada es interpelarme sobre algunos puntos, siendo el principal el hecho de haber yo insistido, por medio del Sor. Carbo, en que U. aceptase una suma de dinero en préstamo, en los términos modificados por mí, la cual U. rehusaba, segun se colige de las que me escribió a Versalles. Contesto que este punto es exacto en todas sus partes: en mis contestaciones le pedí con insistencia que aceptase. A la otra interpelacion de si yo poseo una obligacion de U. no pedida por mí, contesto que es verdad: poseo una obligacion de U. que yo no queria pedirle.— Quiera tambien que le diga si en ese asunto hubo algo que oliese a mala fe o indignidad de su parte, i si creo tener motivo de disgusto para con U. A esto digo que el hecho de hacer un préstamo no induce a suponer siquiera mala fe o indignidad; i que ni por esto ni por otro motivo he tenido ni tengo el menor disgusto con U. i ni modificacion hubiera sido verme en el caso de negar un pequeño servicio a un compatriota proscrito como yo. De esta contestacion, que sin duda hará desaparecer todo riesgo tocante a su deliradencia i la mia, puede U. hacer el uso que le convenga.

Quedo de U. siempre su atento amigo i seguro servidor.— José M. Avilez.

Mestanza ha publicado que estafé unos cuantos miles de francos a ese estimable guayaquileño. Si está loco furioso, la camisola; si borracho, la policha. Qué palabras he de hallar yo para calificar a ese desventurado? Lo que dice de Panamá i de "El Cosmopolita" sería suficiente para que todos supiesen como debían juzgarle. "El Cosmopolita" ha sido el instrumento de mis extorsiones, mis delitos, mis immoralidades, mis infamias. Yo le quise zurrar en Panamá, a Mestanza, por quitarle el oro que traía. Lo dice, él lo



UNA CALLE MODERNA DE QUITO

interpretación de pasiones o descripción apenas embozada de circunstancias sociales o políticas del Ecuador, según las informaciones del momento o sus puntos de vista; como si quisiese multiplicar sus medios de combate político o aumentar el caudal de su literatura de agresión o de polémica, con obras de arte . . .

En "El Dictador" consigna apreciaciones sobre el carácter y episodios íntimos de Gabriel García Moreno; en "El Descomulgado", algo de sí mismo, en pugna con el medio hipócrita y fanático; en "Granja", los incidentes de un sensacional uxoricidio cometido en ese tiempo; etc.

Ipiales parece, pues, propicio para las grandes creaciones del pensamiento y de la literatura . . .

Sin embargo, momentos para la beligerancia y el odio encrespado; para la disputa personalista e intrascendente, advienen para distraer y lacerar al escritor. Ni siquiera se trata de reacciones contra Gabriel García Moreno, que domina en el Ecuador dictatorialmente, aunque con apariencias constitucionales; ya que la propia Carta Fundamental ha sido modificada radicalmente por la Asamblea ad-hoc convocada en 1869, en beneficio —más que de los derechos ciudadanos y de los ideales democráticos,— de los principios conservadores y del Ejecutivo, como fuerzas represivas y tiránicas.

Montalvo disputa, pues, con sus compañeros de proscripción, con los que fueron sus amigos la víspera . . . Estos, por su parte, zarandean te-

riblemente a Montalvo, llamándole pordiosero, ingrato y olvidadizo de amistades y favores; le recuerdan su sistema de vida, mediante los "pres-tamos", que no paga nunca. Algunos en el colmo del odio, le denominan "estafador".

Montalvo tiene que publicar folletitos de polémica menuda, para defenderse. Algunos son de fondo tan notoriamente ruin, que el propio Montalvo se ve en el caso de reconsiderar la edición y retirarla de modo absoluto; como ocurre con "El Antropófago", que no llegó a ser leído más que por los tipógrafos y el regente de la imprenta colombiana donde se trabajó.

En enero de 1872, publica "Fortuna y Felicidad", con algunas vaguedades respecto de García Moreno; pero de una ardorosa defensa personal con relación a cuestiones de dinero que se le imputan. Hay unas cartas aclaratorias de Juan Montalvo y de don Teodoro Gómez de la Torre, cruzadas entre setiembre y octubre de 1871.

En marzo de 1873 aparece "Judas". Por fin hay una referencia amistosa para Pedro Moncayo. Pero el plan del folleto es la defensa . . . aunque sea atacando la limpieza del hogar de algún amigo . . .

Por las páginas de "Judas" desfilan los nombres "del león Mera", de Julio Zaldumbide, de Julio Castro y, principalmente, de sus enemigos mortales del momento —el doctor Mariano Mestanza y Marcos Espinel, sus ex-compañeros, sus ex-amigos.

JUDAS.

MARZO de 1873.

PIFALES.

Tipografía de Niconor Múdicis. Por Fernando Pólo.

PORTADA DE "JUDAS"

En un excelente escrito publicado en Lima por Don Pedro Moncayo, este distinguido americano tira a demostrar que la omnipotencia i el mando sin fin de García Moreno en el Ecuador se fundan exclusivamente en el *jesuitismo*. El *jesuitismo* es una de las mañas de García Moreno; que él sea el fundamento de su poder, no es una verdad tan de a folio como algunos lo tienen creído.

Las razones de la fortuna son inaveriguables; nacen i se desenvuelven en sus oscuros dominios, donde nada se dilucida por los hombres. Aquel tiranuelo es ante todo afortunado; feliz no; afortunado digo. No hay felicidad fuera de la virtud; los crimenes i los vicios pueden rodar en armonioso acuerdo bajo el imperio de la fortuna, cuyas habilidades sobrepujan a las de la inteligencia.

Definir a esa divinidad, no es obra para mí; mas sin jénero de duda pertenece a las tenebrosas. Amiga de los perwersos, les estiende la mano, i ciega como es, les sirve de lazarillo. Ante ella abren los montes sus entrañas, i ponen de manifiesto el oro; los ejércitos agachan las armas i le saludan cabizbajos; las ciudades le reciben empavesando sus torres; las escaleras del palacio están bruidas; el hijo de la fortuna sube tieso por ellas, con el rigo sople que resuena en el mármol, o con el *mandito negro* bajo del cual va martirizando al Cristo.

Felices son los hombres cuyas disposiciones morales les vuelven aptos para el bien, i cuya voluntad

UNA PAGINA DE "JUDAS"

Como el doctor Mariano Mestanza publicara en Lima una hoja suelta en que tratara a Montalvo de "ruin falsario", "calumniador y pordiosero", acusándolo, por otra parte, de haber explotado, con chantaje, al ciudadano guayaquileño don José M. Avilés, Montalvo vuelve a publicar cartas aclaratorias. El señor Avilés confiesa, en efecto, desde París, que fué verdad la entrega de dinero a Montalvo; pero que se trató de un préstamo, realizado por intermedio de don Pedro Carbo, en vista de las penosas circunstancias por las que atravesaba el escritor . . . Por lo demás, verdad también que Montalvo exigió que ese préstamo se sujetase a fórmulas estrictamente legales . . . (34)

La situación violenta que con tales discusiones se produce entre los desterrados, crea en el ánimo de Montalvo una actitud de permanente recelo, de continua sospecha contra todo el mundo; pues imagina que el rencor y la venganza de sus adversarios han urdido algún plan para asesinarle.

De aquí la preparación personal del café; con todo cuidado, y selección de criados de familias conocidas para las compras. Años más tarde, esta sospecha, casi maniática, se acentuará más to-

(34 "Judas". Ed. de Marzo de 1873. Tip. de Nicanor Médicis. Ipiiales. Pág. 44.—Dr. MARIANO MENTANZA: "La verdad. Refutación a las calumnias de Juan Montalvo".—Lima, 1872.

davía, cuando sus adversarios —a quienes juzga presas de un odio mortal— triunfen con Ignacio de Veintemilla y asuman el poder. Entonces tendrá material para su episodio con "Narciso Jones", incluido en el número 6º de "Las Catilinarías" . . .

En 1874 dirige Montalvo un ataque a fondo al régimen político ecuatoriano: "La Dictadura Perpetua". Es ante el peligro de la reelección de Gabriel García Moreno, reelección aplaudida y aconsejada por un periódico extranjero —el "Star and Herald", de Panamá.

En efecto, la Constitución inspirada por García Moreno, en 1869, prescribe que, debiendo durar seis años cada período presidencial, la reelección puede ser inmediata . . .

Así, garantizábase, ya legalmente, la continuación vitalicia de García Moreno en el poder . . . Montalvo protestó ardorosamente en ese folleto contra las opiniones favorables a tal continuación, que significaba, según decía, nada menos que la muerte de los ideales y principios democráticos y la perpetuidad de la desgracia de sinnúmero de ecuatorianos que gemían, unos en el ostracismo y otros, en las prisiones, amén del "incansable ejercicio del patíbulo". Y dijo que, de seguir García Moreno en su porfía tiránica, moriría, sí, moriría, dando piruetas en el aire y dejando, como el diablo, un olor de azufre . . .

Una reacción violenta se advirtió en el garcianismo, tanto del mundo oficial como de los clérigos que aún le sobaban al régimen.

En el correo y en las aduanas se vigilaron cuidadosamente los paquetes de impresos, para impedir el ingreso de "La Dictadura Perpetua". Esta, con todo, se escurría entre diversos cargamentos e iba a parar en sus destinos, aunque con gran tardanza; pues los primeros ejemplares no llegaron a lectores ecuatorianos sino unos ocho meses después de haber empezado a circular por los demás pueblos de América.

Cuando ya fué inevitable la difusión del folleto, se publicaron, en represalia, opúsculos feroces, de injurias reiteradas, dando en el talón de Aquiles—las finanzas— de Montalvo. Se resucitaron anécdotas, en que intervenían personajes del momento. Se citó, en contraposición a la dictadura política de García Moreno, la dictadura que Montalvo ejercía en los bolsillos. "El energúmeno Montalvo". "Montalvo llamando ladrón a García Moreno! Están, pues cambiados los papeles!" . . . (34)

"La Dictadura Perpetua" fuera editada por Alfaro en Panamá. El odio y los cuidados del gar-

(35) "Don Juan Montalvo y la verdad contra él; o sea la defensa del Ecuador contra las columnas e injurias publicadas en el folleto titulado "La Dictadura Perpetua".—Guayaquil. Imp. del Guayas, por A. Merino. 1874.

cianismo para que el folleto no llegue al Ecuador lo hicieron en éste más apetecido, como golosina prohibida.

Políticos, periodistas, estudiantes y militares del Ecuador lo leyeron y saborearon con delicia.

Era una invitación, ardiente y violenta, a conspirar . . .

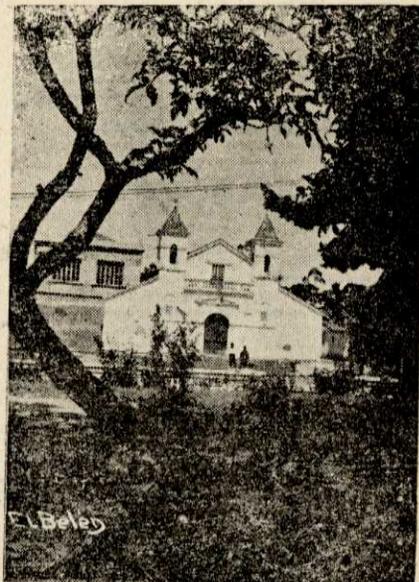


A los S. S. R. del "Star & Herald."

SEÑORES REDACTORES,

Entre los títulos con que en su estimable periódico se recomienda al pueblo ecuatoriano la reelección de García Moreno, se les pasó por alto el rasgo que mas ilustra el carácter de su héroe y los hechos que mas simpático le vuelven a ojos americanos; digo las públicas y reiteradas tentativas por vender su patria a las monarquías europeas, sin contar con la guerra que fué a buscar al Perú y llevó al Ecuador en la memorable expedición del general Castilla, que en paz descansa. Esta hazaña no le recomienda, al fin y al cabo, sino a los ecuatorianos; mas lo que son sus nobles ofertas al emperador de los franceses; sus puras intenciones en sus tratos con Pinzon y Mazarredo, le vuelven acreedor al aprecio universal y digno de reinar perpetuamente. Si se tratara de Almonte, Labastida y Santana, de seguro que ustedes hablarían como buenos hijos de América; pero en ese ente fatídico que se llama García Moreno, va la fortuna hasta el punto de convertir a un traidor en patriota benemérito, un azote en instrumento saludable, un satanás en un dios. Si los milagros de esa santa prostituta son tan grandes; cómo no ha de tener quien los admira? La ciega,

UNA PAGINA DE "DICTADURA PERPETUA"



ALREDEDORES DE QUITO.—IGLESIA
EL BELEN

CAPITULO XXV

"MI PLUMA LO MATO!"

Los antecedentes de la conspiración contra García Moreno.—El 8 de Agosto de 1875.—La alegría de Montalvo: "El último de los tira-

De Enero de 1869 a Agosto de 1875, —o sea durante un lapso, no interrumpido ni por un día, de más de seis años y medio,— imperó en el Ecuador, de modo absoluto, la voluntad absorbente y despótica del Presidente Gabriel García Moreno.

En administración y política, nada que se sospechara, ni remotamente, de "urbinismo". Ya sabemos el concepto que al Presidente le merecía esta fracción, desde hacía unos 20 años atrás, cuando él, periodista violento y corrosivo, fue desterrado por el Jefe Supremo Urbina. Desde cuando éste

Vida de Juan Montalvo — 15

echó fuera del país a los jesuitas y decretó la manumisión de los negros. Y desde que Urbina lo derrotó en Tumbuco, gracias a la bravura de los facinerosos tauras...

En religión, nada que se apartase de los mandamientos de la iglesia católica, apostólica y romana. Una ortodoxia cerrada y profunda.

Y en afanes periodísticos o críticos, nada que se relacione con el Gobierno, sino para elogiarle. Un silencio absoluto, aunque se abuse o se mate.

El confinamiento, en forma cruel, de dos muchachos, redactores de un periodiquín, en momentos de actividad electoral, para que no protesten o indiquen violencias oficiales, es típico en la historia de este período de la vida nacional del Ecuador.

Y fué que en el año de 1874 los jóvenes periodistas Miguel Valverde y Federico Proaño decidieron, ya que se acercaba el fin del período presidencial de García Moreno, hacer propaganda liberal en su hebdomadario "La Nueva Era". Hablaban de liberalismo y de la postulación de Antonio Borrero— que en esos tiempos pasaba precisamente como liberal.

Las consecuencias no tardaron: García Moreno ordenó el rápido enjuiciamiento de los redactores de "La Nueva Era", por sedición e intentos de alterar la paz pública... Y mientras se tramitase en el Poder Judicial el proceso, indicó que debían ser encarcelados.

A los tres meses de indagaciones y estudios, subió el proceso contra los periodistas "subversivos" a la Corte Suprema de Justicia, para que emita su fallo. Este alto Tribunal, no encontrando, ni en los diversos números de "La Nueva Era", ni en las declaraciones de los testigos, ni en el resultado de las pesquisas algo que justifique o fundamente la acusación contra los jóvenes Valverde y Proaño, los declaró absueltos, por inocentes...

Saber esto el Presidente y montar en una de sus cóleras diabólicas, todo fué uno. Y como en ese tiempo se hablara de una conspiración en el Azuay, encabezada por Antonio Borrero, y apoyada por el coronel Polanco, jefe de un batallón de línea, declaró que el país ardía en planes revolucionarios.

Eran ya las primeras semanas de 1875, en que se preparaba, desde el Palacio de Gobierno, la reelección de García Moreno. Fueron, pues, confinados varios azuayos amigos de Borrero; destituido Polanco, sin prueba suficiente, y echados a las selvas del Oriente ecuatoriano los periodistas Valverde y Proaño, con absolución de la Corte Suprema y todo...

Así, nadie se atrevió a respingar.

El único ciudadano con derecho a censurar, injuriar y castigar era el Presidente. Lo que podían hacer los ciudadanos era quejarse ante él, directamente; y entonces él realizaba la "justicia", defenestrando empleados, sin dar lugar a la defensa; encarcelando; multando; confinando a las selvas

D. JUAN MONTALVO

Y

LA VERDAD CONTRA EL:

O SEA

LA DEFENSA DEL EQUADOR

CONTRA LAS CALUMNIAS E INJURIAS PUBLICADAS

EN EL FOLLETO TITULADO

"LA DICTADURA PERPETUA."

GWAYAQUIL.—IMPRESA DEL GUAYAS.—POR A. MERRINO.—1874.

PORTADA DE UN FOLLETO CONTRA
Montalvo y "La Dictadura Perpetua"

MONTALVO

Hay en Montalvo, como diría Timon, uno, dos, tres, cuatro, cinco, un número de hombres en un todo diferentes y en un todo semejantes. El hombre cristiano y el hombre impio (1); el hombre espiritual y el hombre materialista (2); el hombre de ideas elevadas y el de pasiones miserables y mezquinas (3); el hombre que ensalza la honradez y el hombre petardista de profesión (4); el hombre que pide que la verdad se oculte cuando ha de escandalizar (5); el hombre que publica los secretos de la reina y que convino en llevar su nombre (6); en fin el hombre que se cree de los demás la virtud suprema, y el hombre que no ha tenido jamás otra aplicación que maldad de todo y de todos, sin piedad (7).

Este es Montalvo, en todo diferente.

Pero contra el Montalvo maliciente y escandaloso que levanta en los demás, entre el alisamador de las artuosas esposas y el guardador de la honra de las prostitutas; entre el petardista y el apolojista de la honradez; entre el de pasiones miserables y el de elevadas ideas; entre el materialista y el espiritual; entre el impio y el cristiano; hai una semejanza clara, firme, irreducible y permanente; semejanza que le da su orgullo y su constante aplicación a la calumnia y a la injuria; semejanza que le da su orgullo y su constante aplicación a la calumnia y a la injuria.

Si con deprimos un bucho, sea que eloje a un malvado, el bucho lo hará siempre empleando para la publicación de sus escritos recursos adquiridos a costa de los demás; pues, como todos los malvados, jamás ha reconocido una obligatoria virtud del trabajo.

En la obra de sus imitaciones, no ha dejado en

UNA PAGINA DEL FOLLETO CORROSIVO
contra Juan Montalvo y su trabajo
"La Dictadura Perpetua"

... De sus ímpetus depuradores y justicieros no se escapaban ni sus correligionarios y amigos, los curas. Cuantas veces encontró oportunidad, los maltrató y vejó.

Cansó el régimen. Podía reconocerse un buen número de virtudes en el mandatario: suma pulcritud y constante vigilancia sobre el manejo de los fondos públicos; de modo que no se derroche o se robe; gran entusiasmo por los progresos materiales, la educación y el fortalecimiento económico del país. Pero las nuevas generaciones del Ecuador participaban del pensamiento universal de libertad: para pensar, leer y discutirlo todo, desde las ideas y las instituciones hasta los actos y los hombres del Gobierno. La religión, el orden, los afanes depurativos podían explicarse y aceptarse; pero no la depresión, la ciega violencia, la injusticia y el abuso.

García Moreno y sus partidarios creyeron, sin embargo, que se podía continuar. Terminado el período presidencial en Agosto de 1875, era fácil renovarlo hasta 1881 . . .

Pero tal no era la opinión de los demás sectores ciudadanos del país. Cuando llegaron las elecciones, éstas corrieron de cuenta de los soldados, funcionarios y empleados públicos. Las "masas" se quedaron en sus casas, contribuyendo, con su abstención, a que tome relieve la mixtificación de la frialdad y de un silencio de camposanto.

"Pueblo ingrato", comentó García Moreno al re-

cibir noticias sobre la escasez de votos, sin llegar a pensar un momento en que su prolongado poder, mantenido solamente por el terror, llegaba a su fin.

Tramóse una conspiración. De juventud universitaria, naturalmente.

Junto a la conspiración idealista y romántica, empapada de historia romana y del inmortal ejemplo de Casio y Bruto, actuaba el estímulo de la venganza personal en elementos de la propia administración.

La juventud dispuesta a matar a García Moreno había leído a Montalvo. Pero no exclusivamente a él, como inspirador de hechos vindicativos.

La convicción de que se trataba de un "tirano" podía existir en la conciencia de muchos ecuatorianos, jóvenes o viejos, aun sin la lectura de la "Dictadura Perpetua". Y la teoría de que a los tiranos hay siempre que eliminar a todo trance, por el puñal de la salud, ya era conocida y practicada en América, en los comienzos mismos de la República, a partir del 25 de setiembre de 1823, cuando la tentativa contra el propio Simón Bolívar . . .

Pero la participación del proscrito de Ipiales en el estímulo para la conjuración, consistía en la oportunidad y en la insistencia de su obra de escritor, nimbaba ya del prestigio que suelen dar la austeridad y las desventuras.

Encabezaban la lista de conjurados: Roberto Andrade, Manuel Polanco, Abelardo Moncayo, Ma-

nuel Cornejo Astorga y F. Campuzano. De éstos, Andrade y Moncayo, lectores de "El Cosmopolita" y de la "Dictadura Perpetua", a pesar de su condición de estudiantes en el Colegio de los Jesuítas habían conocido y tratado a Juan Montalvo, haciendo viaje especial a la soledad de Ipiales.

Este era el grupo de juventud, que representaba el aspecto idealista, "montalvino", de la conjuración.

El brazo decisivo, que iba a herir de muerte al Presidente, estaba en el odio mortal de un hombre que ansiaba satisfacer, a sangre, su venganza personal: Faustino Lemos Rayo, ciudadano de Colombia.

En la mañana del 6 de Agosto de 1875 se apostaron los conjurados en una esquina, por donde, inevitablemente, tenía que pasar García Moreno. Los jóvenes estudiantes se habían armado con los elementos que pudieron. Rayo, con quien ni siquiera contaran los jóvenes, portaba un machete afiladísimo, como para derribar un tronco.

A la una de la tarde pasó García Moreno. Rayo le saludó, se le juntó en el camino y, al subir las gradas del Palacio de Gobierno, le descargó, con celeridad pasmosa, certeros machetazos en la cabeza. Entonces comenzó la acción de los libertadores, con algunos disparos de revólver.

La resistencia física del tirano soportó, de frente y en digna retirada, los golpes menudeados de Rayo y el ataque de los conjurados.



FAUSTINO LEMOS RAYO
Asesino principal de Gabriel García Moreno

García Moreno tenía a su lado un edecán; pero el cobardón no defendió a su jefe. O no le importaba tampoco que la vida del mandatario despótico continuase. Y se dejó coger, por dos de los atacantes.

García Moreno se defendió, pues, solo; hasta que cayó, desde uno de los balcones de la lonja del Palacio, a la plaza. Allá le persiguió Rayo, con furia pertinaz y, con una nueva serie de tajos de machete lo dejó moribundo.

Grupos agitados y asombrados aparecieron en las esquinas y en el lugar del hecho trágico. Salió un batallón cercano y persiguió a los asesinos. Rayo fué inmediatamente capturado, y un soldado, tendiéndole el fusil sorpresivamente, lo mató de un balazo. Los demás huyeron . . .

Días después se llenaba el mundo con la información del acontecimiento, abultado y fantástico.

Montalvo tuvo una exaltación irreprimible en el momento de la primera noticia que cayera en Ipiiales sobre la muerte —"dando piruetas en el aire"— de Gabriel García Moreno.

Y atribuyéndose ingenuamente la totalidad del hecho exclamó: "Mi pluma lo mató!" . . .

Y en seguida se puso a la tarea de pergeñar un responso, para que sus amigos del Ecuador pronunciasen sobre la tumba recientemente abierta: "El último de los tiranos", opúsculo de glorificación, antes que para el muerto, para el hecho "libertador" y para sus autores, "aquellos Mucios, romanos de pelo en pecho" . . .

CAPITULO XXVI

QUE COLOMBIA ENTREGUE A MONTALVO!

Los odios del garcianismo.—El Gobierno del Ecuador pide la extradición de Montalvo.—Ipiiales de tiende a Montalvo.

Muerto García Moreno el 6 de Agosto de 1875, las autoridades policiales iniciaron en seguida una persecución activa e implacable de todos cuantos —aparte de Faustino Rayo, sancionado ya por mano anónima con un balazo mortal, en el momento mismo de la tragedia— se suponían o indicaban como autores o cómplices del asesinato.

El Gobierno interino daba instrucciones feroces.

A los pocos días del acontecimiento, lograron capturar a dos de los principales conjurados —Cornejo Astorga y Campuzano,— y se los fusiló en seguida.

Así, los clamores vengativos de la muchedumbre y del clero parecían satisfechos. Pero los partidarios de García Moreno querían y pedían a gritos una sanción total. Una "masacre" de los asesinos y de sus inspiradores. Una limpieza absoluta de enemigos, residentes en el país o fuera de él, mediante el único ejercicio depurador previsto, legalmente, por entonces: por el patíbulo.

Y no solamente se insistió en la persecución y fusilamiento de los demás jóvenes estudiantes comprometidos en el ataque a García Moreno, sino que se pidió también la extradición de los enemigos que estuviesen en Colombia, inclusive de Juan Montalvo, cuya expresión de "Mi pluma lo mató", incluyólo en el número de los que debían, a juicio del fanatismo garciano de la época, ser activamente juzgados.

El ambiente envenenado influyó en el Gobierno.

Y se recurrió a un pretexto para pedir la extradición: la inminencia de una invasión de "enganchados" colombianos que debían venir a derrocarlo al Gobierno constituido . . . Los "enganchados" invasores fueran, naturalmente, guiados por revoltosos ecuatorianos que conspiraban desde la frontera . . .

Se llevó el asunto al terreno diplomático. El Ministro de Colombia residente en Quito averiguó por aquellos ajetreos de emigrados ecuatorianos; porque había que satisfacer al gobierno interino del Ecuador . . .

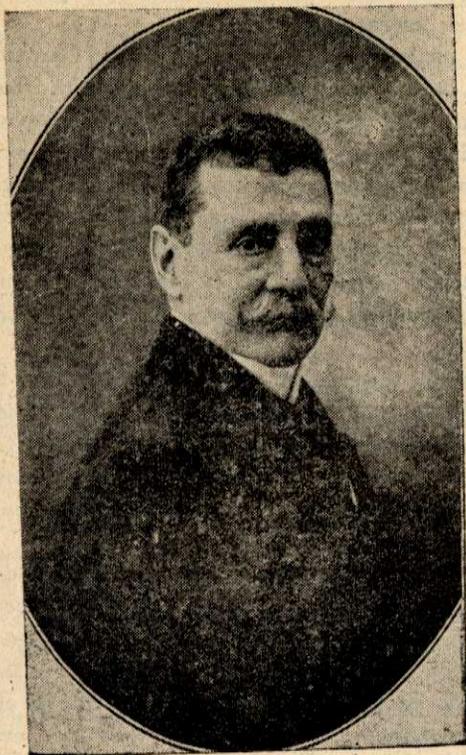
Se pidió la entrega de Montalvo. O por lo menos su internación.

¡E inmensa fué la sorpresa, cuando las autoridades de la frontera de Colombia no sólo desautorizaron rotundamente la especie de las "actividades revolucionarias e invasoras", sino que hicieron —aun a trueque de irritar terriblemente el ánimo de los perseguidores— una defensa calurosa y enérgica de los proscritos ecuatorianos, principalmente de Juan Montalvo, "cuyo nombre no se podía pronunciar sino en casos grandes y con respeto"! . . .

Así, en respuesta a una nota oficial del Ministro de Colombia en Quito, se expresaba el Jefe Municipal del Distrito de Obando, don Ramón Cerón, en estos valientes y nobles términos, que dan lustre a las páginas hidalgas de la historia de ese gran pueblo de Ipiales:

"Sensible es que esa Legación se hubiese dejado sorprender por una falsedad, y hubiese procedido tan a lo serio sobre una impostura, llamando la atención de los Gobiernos de la Unión y del Estado.

Nada, absolutamente nada, ha ocurrido en el pueblo vecino, y menos cosa que suene a invasión, asalto, guerra y más atrocidades a que usted alude en su nota de 12 de los corrientes. Singular es, por otra parte, que el Gobierno del Ecuador sea víctima de tan groseros engaños, y muy doloroso que con ocasión tan ruin se estampen nombres que no se pueden pronunciar sino en casos grandes y



ROBERTO ANDRADE

Escritor, historiador y polemista. Admirador ferviente de Montalvo, tomó parte activa en la conjuración del 6 de Agosto de 1875 contra García Moreno.



ABELARDO MONCAYO

Escritor y político liberal. Siendo aun estudiante en Colegio de Jesuitas, en Quito, hizo, con Roberto Andrade, viaje especial a Ipiales, para conocer a Montalvo. Tomó parte también en la conjuración del 6 de Agosto de 1875.

con respeto. Cúmpleme decir a usted, señor Ministro, que es tal la simpatía de que el señor Montalvo goza en estos pueblos, simpatías fundada en su carácter y su comportamiento, no menos que en su amistad declarada por Colombia, que una demostración contra él de parte de las autoridades, en todo caso habría ofendido altamente al público. Ahora, pues, sin más fundamento que una mentira ridícula cómo invocar la ley de policía de las fronteras? Cualquier paso contra este hombre y los otros desterrados del Ecuador sería un homenaje indigno de Colombia a la memoria del héroe de Tulcán y Cuaspud, de Trinité y de García de Quevedo, "el cual no puede despertar sino indignación, vivo o muerto, en todo pecho americano", según las palabras que están resonando en la prensa de nuestra inclita ciudad de Popayán:

No desconocemos el valor de los tratados ni el de las leyes nacionales; pero una cosa es cumplir con los deberes de la neutralidad, y otra muy distinta cooperar a los caprichos de otros gobiernos, o padecer a sabiendas tan triste engaño como ellos mismos. Palpando estamos que en la vasta armonía que con tanto juicio forman ahora los ecuatorianos respecto del hombre que ha de ser elevado al primer puesto, la voz del señor Montalvo, invocada por sus compatriotas, no es la que suena con menos eficacia; ¿y será él cabalmente quien trate de perturbarla?

Tenga por cierto el señor Ministro de Colombia, que las autoridades de este Municipio cumplirán con estrictez los deberes que la ley les impone, mas sin faltar un punto a los de la hospitalidad, ni a los sublimes principios del partido cuyas obligaciones no son llorar a los tiranos ni perseguir a los mártires de la libertad" . . . (36)

Gracias a este espíritu de liberalismo y de entereza de las autoridades colombianas de Ipiales, no se aplicó a Montalvo la "ley de policía de fronteras" —calificada en ese tiempo mismo como bárbara y feroz, pero invocada con mucho interés, en esos días de terribles afanes vengativos, dentro del Congreso del Ecuador y por el propio Ministro de los EE. UU. de Colombia, don Venancio Rueda.

Por lo demás, aquel "enganche" de mercenarios del Sur de Colombia y el acumulamiento de armas en el Norte del Ecuador, se replicó que corres-

(36) Comunicación de Ramón Cerón, Jefe Municipal de Obando al señor Ministro de EE. UU. de Colombia en el Ecuador. Inc. en "Revolución del Norte", ed. de Ipiales, Oct. de 1875, págs. 8-9.

La publicación de este folleto, con nutridos documentos que desvanecen aquella superchería de la revolución liberal del Norte a los dos meses de muerto García Moreno, hizo el doctor David Martínez Orbe, con el apoyo de otros no menos notables carchenses: Rafael Arellano, Nicanor Arellano Hierro, Facundo Acosta, Estanislao Acosta, Nicolás Burbano, Melchor Hurtado, etc., etc.

pondían más bien a una época muy anterior, a meses antes de que cayese Gabriel García Moreno. Según se dijo entonces y lo afirmaron las autoridades colombianas de la frontera, esa concentración de fuerzas era obra del propio Presidente ecuatoriano, previendo acaso su necesidad para la afirmación o continuación de la política en vigencia.
(37)

(37) V. Op. Cit., págs. 7-12 (Documentos).

CAPITULO XXVII

EL VOTO POR ANTONIO BORRERO

La campaña electoral para nombrar el sucesor de García Moreno.—Todo el país por Antonio Borrero.—Montalvo se adhiere y emite su voto públicamente: "La voz del Norte".

Surgió el problema apasionante de la sucesión presidencial.

Los entusiasmos de la ciudadanía se multiplicaron, sobre todo, en torno de un hombre que, hasta la fecha misma de la eliminación trágica de Gabriel García Moreno, había sido su adversario, le había rechazado cargos de notoria importancia, como la Vicepresidencia de la República, no vacilando en escribir y publicar un periódico de oposición, en pleno régimen de violencia: el ciudadano don Antonio Borrero y Cortázar.

El liberalismo apoyó esta candidatura. Propiamente, de acuerdo con la ideología política de la época, Borrero se había manifestado liberal con las restricciones solamente de la "lealtad católica".

El liberal, en esos momentos, preconizaba principalmente: la suficiencia de las leyes para el buen gobierno; su oposición a los regímenes dictatoriales o de fuerza; libertad del ciudadano para discutir los asuntos de la cosa pública; limitación a cuatro años del período de ejercicio gubernativo; no reelección inmediata y autonomía municipal. Pedía además, como un enunciado de civilización, la prescindencia del concepto religioso para la calificación del ciudadano.

Desde estos puntos de vista, realizaba principalmente su campaña contra el régimen conservador. La "lealtad católica", por lo demás, si disgustaba a los liberales de mayor avanzada, podía tolerarse como una compensación a los beneficios que podrían desprenderse de un régimen tolerante, ecuaníme, ilustrado y respetuoso de la ley.

Borrero había censurado la Constitución de 1869, precisamente por la suma de intransigencia, de despotismo y de absorción de poder por el Ejecutivo, que ella significaba. No condenó el calificativo que los más encarnizados adversarios aplicaron a ella: "Carta negra".

Ni expresó inconformidad alguna con la opinión, manifestada insistentemente por los ultra liberales

del tiempo, de que la Carta Fundamental garciana debíase reformar inaplazablemente, convocando, para el efecto, una nueva Asamblea Constituyente.

Por todo esto, la adhesión del partido liberal. Y por aquello de la "lealtad católica", la simpatía de los curas.

Para septiembre de ese año de 1875, o sea a la vuelta de un mes del asesinato de Gabriel García Moreno, la candidatura de Antonio Borrero estaba generalizada en el país. En oposición a ella, los clericales, que querían la continuidad del régimen garciano, a todo trance, proclamaron la del doctor Luis Antonio Salazar, hermano del Ministro de Guerra de García Moreno, General Francisco Javier Salazar.

Los clericales fracasaron en su empeño. Lo que significó que, a pesar del catolicismo y la honradez del garcianismo, este sistema de gobierno, en el corazón del pueblo católico, había dejado de ser grato. Y había dejado de ser hasta para los curas; pues que la mayor parte de éstos suscribieron más bien, como ya se ha señalado, la adhesión a Borrero, enemigo de la arbitrariedad y del porte grosero; de la conculcación de las leyes, o de las leyes tiránicas, y enemigo de toda violencia sanguinaria.

En esta situación, los recelos o sospechas de algunos liberales —que seguían pensando en don

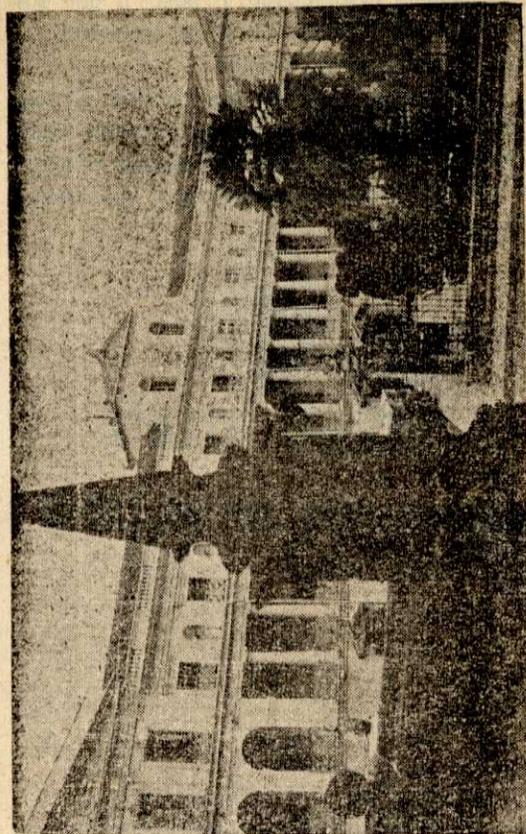
OSCAR EFREN REYES

Francisco Javier Aguirre o en el General Julio Sáenz o en don Pedro Carbo— no tardaron en ser vencidos por los argumentos aun de los hombres más austeros de esa filiación política.

Montalvo observaba los acontecimientos, desde Ipiiales; pues, a pesar de haber terminado el régimen despótico que causara su proscripción, no se resolvía o no podía volver al Ecuador inmediatamente.

Dos ciudadanos del Carchi, amigos de Montalvo—don Daniel Martínez Orce, eclesiástico, y don Nicanor Arellano Hierro,— le dirigieron una carta, pidiéndole su opinión acerca del momento político. Montalvo, en seguida, opinó, pública y resonantemente, en un folleto—"La voz del Norte"— firmado en Ipiiales el 20 de septiembre de 1875.

¡También el voto de Juan Montalvo era por Antonio Borrero!... Explicaba así su adhesión: "Borrero, ¿hay sujeto más adecuado para las circunstancias? Conservador progresista o liberal juicio, el movimiento razonable será su política: varón de luces, no pensará que la inquietud es el mejor apoyo; de conciencia, descansará en los hombres de bien. Si a dicha los hallare entre sus adversarios, tómelos... Talvez a Borrero no le faltan sino teatro y ocasión para ser ilustre"... Y Montalvo insistía: "Pienso que Borrero sería buen presidente, útil a la República, perjudicial a nadie... Tiempo ha que la República se inclina a este hombre tan



PALACIO DE GOBIERNO, DE QUITO

modesto como apto para su gobernación: guayaquileños acogedlo!" . . . (38)

Las elecciones favorecieron, a poco, a don Antonio Borrero. Más de 38.000 votos expresaron la absoluta popularidad del elegido.

En Diciembre de ese mismo año de 1875, el Congreso Nacional recibió la promesa constitucional.

Ya podía, pues, bajo felices auspicios, abandonar la soledad de Ipiales y retornar a la Patria el célebre proscrito . . .

Parte Sexta

LA EPOCA DE "EL REGENERADOR"

(38) "La Voz del Norte". Imp. de Nicanor Médicis. Ipiales, Setiembre de 1875.

CAPITULO XXVIII

POBREZA, LA ETERNA ENEMIGA

*La juventud liberal y Montalvo.—
Auxilios económicos.*

Sin enemigos en el Gobierno de su Patria, primero, y con Presidente en quien podía suponer alguna simpatía, después, Juan Montalvo tardó, sin embargo, en resolver su abandono de Ipiales.

Pareció haber tomado arraigo ahí. Ni el ardoroso momento político inmediato a la muerte de García Moreno, ni la novedad del régimen inaugurado en Diciembre de 1875, ni las incitaciones de sus amigos políticos le movieron.

Ya sabemos que en plena campaña electoral previa a la elección de Borrero, Montalvo se había limitado a la contestación contenida en "La voz del Norte". Contestación del gusto de los autores de la pregunta: fervorosa y terminantemente borrista.

Sus escritos habían despertado la admiración y la simpatía de un buen número de jóvenes liberales, que actuaban o escribían dispersos por todo el país. Podían, hasta cierto punto, considerarse como sus discípulos: en cuanto al idealismo libertario, tensamente propugnado; en cuanto al entusiasmo por la pulcritud y elegancia del estilo; en cuanto a la rebeldía irreductible...

En Guayaquil contaba con amigos adolescentes: Miguel Valverde y Federico Proaño, —que, habiendo sostenido durante un año (Oct. de 1873—Nov. de 1874) un periodiquito de oposición política, en pleno régimen de Gabriel García Moreno, fueran confinados por éste en las selvas del Napo.— En Ambato, con Juan Benigno Vela, con Celiano Monge y con los sobrinos del propio Montalvo —Adriano, Ricardo, César, muchachos ardientes y entusiastas.— En Quito, con los Portillas, los Ortegas, los Cornejos, los Semblantes, los Bermeos y todos cuantos, para 1876, componían el grupo de redactores de "El joven liberal", periodiquito de propaganda doctrinaria y de crítica política.

Muchos de éstos escribieron a Montalvo, pidiéndole su venida al país.

Y coincidiendo con estos anhelos amistosos de la juventud, también se producía la invitación de los correligionarios viejos: Que venga Montalvo...

Pero Montalvo, con variedad de pretextos, aplazó el viaje. Al principio manifestó que, por enfermedad, no podía viajar. Luego expuso la carencia

de medios —ya que "su manera de vivir" se había desquiciado, a causa de estas mismas vacilaciones, según su propio decir. En seguida alegó falta de casa en donde llegar en Quito y, como él, de regresar a la Patria, sería para escribir y publicar lo que pensaba, al no haber los fondos necesarios para editar no veía con qué objeto podía dejar Ipiales. "Si no voy a combatir por la imprenta —le escribía por enero de 1876 a su amigo don Rafael Portilla— por falta de recursos, no tengo para qué ir, ni lo deseo"...

A este mismo joven Portilla, con quien no tuviera hasta ese tiempo más que relaciones epistolares, le pedía multitud de cosas: libros, folletos, periódicos, todo cuanto contribuya a ponerle al corriente de la actualidad política del Ecuador; pues que, según parece, no había ahondado mucho en ella; mientras le preocuparan sus obras literarias o sus polémicas personalistas en Ipiales. Pedíale una Constitución de la República —la de 1869, que el liberalismo quería reformar,— los opúsculos de Pedro Moncayo y de Miguel Riofrío; los periodiquitos liberales del momento. Y le daba encargo de publicar como si fueran de Portilla, notas aclaratorias acerca de Montalvo, escritas por éste mismo...

Desde luego, no eran los encargos más difíciles. Portilla y sus amigos los cumplirían con todo placer, ya que se trataba del escritor fervientemente admirado. Lo que no podía encontrar una rápida

realización, era el de las "gestioncitas" que insistentemente, y de modo misterioso siempre, asignaba a sus amigos: los préstamos...

Aludía al desquiciamiento de "su manera de vivir" en Ipiiales; o sea que había indicado a Panamá que cesen de remitirle dinero. ¿Quién le remitía dinero desde Panamá? Ni parientes, ni negocios tenía él allí. Pero, probablemente, Eloy Alfaro, con generosidad inagotable, no dejaba de velar por su compatriota en desgracia. Ya sabemos que, aun en 1882, todavía le pedía Montalvo a Alfaro, desde París, un pasaje para volver... (39)

(39) Escribía Montalvo, en carta ya del 9 de Febrero de 1876, a su amigo Rafael Portilla: "Un amigo mío que sale el lunes le entregará a usted otra carta mía: recíbala sin enfado, y haga lo que en ella le recomendaré. Habiendo resuelto mi vuelta a Quito, escribí a Panamá de donde me venían mis recursos, porque suspendieran la remisión acostumbrada. Mi retardo involuntario aquí ha hecho que vengana a agotárseme los medios de subsistencia y me he visto obligado a tomar una sumita en cambio de una letra que usted cubrirá en Quito, dejando el reembolso para cuando por ahí arreglemos nuestras cosas. No son sino 30 pesos, los indispensables para mi viaje. El sujeto es don Evangelista Burgos, que puede tomarle algunos afectos"...

Y en el 14 del propio mes: "El dador de ésta es el señor Evangelista Burgos, persona de quien le hablé a usted yq. Es de mis mejores amigos de Ipiiales, y espero le trate usted como a tal y aún le preste los servicios que le pudieren ocurrir como comerciante. Yo aprecio a este amigo, y usted verá que mis recomendaciones son fundadas.

Los jóvenes amigos y los correligionarios —que ya le necesitaban a Montalvo, para desengañarse juntos de la política de Borrero,— pudieron atender, por fin, hasta el último detalle para que Montalvo pueda viajar.

La sumita que usted tiene que poner a su disposición, bien sea en efectos de su almacén, bien en dinero sonante, es de treinta y siete pesos (37).

Le devuelvo sus zamarros, que puede usted necesitarlos allí: yo tengo dos por falta de uno"...

Y en el día 26: "Acabo de leer su última carta del correo, y creo por ella que usted no ha hecho mérito ninguno de la mía, en la cual le digo, que el amigo que debe buscarle de mi parte le comunicará el motivo de mi retardo, y que él mismo llevará un encargo importante para usted... Cumpla usted inmediatamente la comisioncita que llevará don José Clavijo, y de la manera más segura y eficaz que fuere posible.

Yo no deseaba "efectos" de la tienda de Burgos sino algún dinero. Ignoro la situación de usted por lo que toca a recursos pecuniarios; me consta solamente la confianza que usted ha infundido en mí con su modo de proceder. Si le fuera posible proporcionarme, a título de préstamo, cien pesos, se los agradecería en el alma, y serían reembolsados tan luego como nos veamos por allá.

Tanto por mi permanencia en este lugar, mientras ella sea necesario, como para mi viaje a Quito, necesito recursos, y con esa cantidad creo que tendré para todo. Desbaratada mi manera de vivir aquí, a causa de este maldito viaje mil veces resuelto y nunca verificado, he llegado al caso que le indico.—Si usted puede cómodamente hacerme

De Quito le enviaron hasta polainas; pues era tanta la pobreza del escritor, tanta su falta de vestuario, que el préstamo tuvo que extenderse, muy a su pesar, hasta a "efectos", precisamente en un principio no admitidos, no admisibles...

este servicio, consigne esta sumita en manos del doctor Rosero, portador de ésta, que es uno de mis buenos amigos de Ipiates"...

(V. ISAAC J. BARRERA: "Cartas de Montalvo", en la revista "Nariz del Diablo", Nº 75, de 13 de Abril de 1932, páginas 45-47).

CAPITULO XXIX

POR FIN VUELVE EL PROSCRITO

Entrada de Montalvo a la Capital de la República.—Los arreglos con los redactores de "El joven liberal".—Se formula el plan de "El Regenerador".

Montalvo resolvió, al fin, después de las largas vacilaciones conocidas, su regreso al Ecuador para los primeros días de Mayo de 1876.

Había prolongado, pues, por su cuenta, nueve meses más a su destierro, a partir de la muerte de García Moreno.

En esta vez cumplió con la decisión. El día 2 de ese mes entraba Montalvo en Quito, rodeado de sus fervientes amigos y partidarios.

Es verdad que no se trataba de una entrada ruidosamente triunfal, como la de Voltaire en su París; pero el grupo selecto de juventud que lo acom

Vida de Juan Montalvo



pañaba y aclamaba, ya podía ser un trasunto de la dirección que había tomado la influencia literaria y política de la obra de Montalvo. No era un prestigio popular y de la hora, sino más bien un ídolo de minorías juveniles, infundidor de una gran esperanza.

El cuerpo de redactores y de amigos de "El Joven Liberal", con don Manuel Semblantes a la cabeza, salió al encuentro de Montalvo hasta Cotocollao, aldea del norte de la capital. Y salió también otro grupo, que no dejó de sorprender y causar molestias en los sectores clericales: el de unos alumnos del Colegio de San Gabriel, de los jesuitas, que, pese a su educación y sus profesores y a la hostilidad de las beatas, se habían nutrido, como a hurtadillas, con las golosinas de "El Cosmopolita". Los presidían: Celiano Monge —ya antiguo admirador— José María Borja, Ricardo Espinosa, Nicolás Checa y Eliseo Salas. La chiquillería invitada o novelera engrosaba la comitiva.

Ser liberal y leer a Juan Montalvo significaban, por aquellos tiempos, altivez y modernidad.

Probablemente no eran pocos los adolescentes que, por especiales circunstancias, de hogar o del medio, no se decidían a entrar, abiertamente, en la pugna política, llevando como estandarte sus repelidas, su protesta y su vehemencia reformista. Pero su escasísimo apego a los regímenes rencorosos y violentos en vigencia se diseñaban ya con una viva curiosidad, siquiera, por los grandes

hombres nuevos, sus vidas agitadas y prédicas ardorosas.

Uno de estos estudiantes, alumno de jesuitas también, que confundido entre la multitud asistía a la entrada de Montalvo en la capital de la República, describe así sus impresiones de ese día:

"Pude conocerle a su vuelta de Ipiales. Le ví entrar en la capital con escogido y corto acompañamiento de amigos, sobre un caballo negro de buena estampa, con sombrero alto y blando de paño, cual solía llevarlo en sus frecuentes paseos hacia las afueras de la ciudad y botas de charol con espolines de plata. La figura, la misma que nos es tan familiar. Y comenzó entonces el ir y venir de una chismografía malévola. Un desagradecido de más de marca, altanero y soberbio que todo lo veía para abajo; un sujeto de pretensiones y exigencias inauditas. Se hablaba y ponderaba de ciertos regalos devueltos desdeñosamente; de su herejía; de su pluma; de su furor y sus ataques contra la Iglesia, contra García Moreno y los suyos, de modo y forma todo ello, que al rededor de su nombre y su persona había una leyenda que crecía con recelos y temores, una leyenda de vivas y despiertas odiosidades que tendía a dejarlo en uno como aislamiento premeditado.

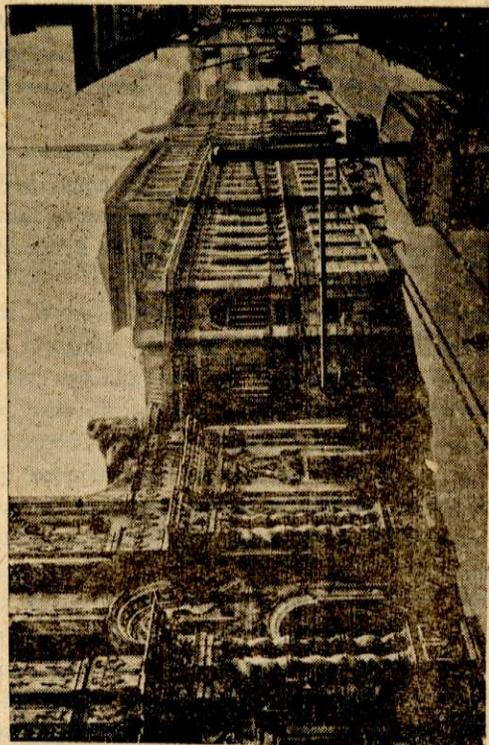
No se hablaba sino de Montalvo, no se pensaba sino en Montalvo. Se le temía, se le veía con desconfianza, se le señalaba al paso y era como un cuerpo extraño y molesto caído en aquella socie-

OSCAR EFREN REYES

dad movida y sacudida entonces hasta el fondo, y desacostumbrada de muchos años atrás, a esa inquietud, a ese temor, a ese sobresalto provenientes de hechos en realidad extraordinarios y de augurios y vaticinios negros y funestos para el día de mañana, de los que suelen correr y no sólo correr sino volar de boca en boca en tiempos de zozobra y agitación como eran aquellos en que la tragedia de Agosto, las prisiones políticas, los Consejos de guerra, los fusilamientos, la caída del Ministerio, y luego la agitación electoral, el nuevo Gobierno, la solicitud cada vez más premiosa de la reforma constitucional, no daban ocasión a momento alguno de reposo, ni a que el sosiego y la tranquilidad pudieran volver a los ánimos sacudidos tan honda y rápidamente en pocos meses de terror primero, de recelos después, y de una incertidumbre al cabo larga y desgraciadamente prolongada" ... (40)

A pesar, pues, del entusiasta y selecto grupo de juventud, que le saludó desde las columnas de "El Joven Liberal" y que le salió al encuentro, para escoltarlo y distinguirlo, y a pesar de la curiosidad despertada entre unos pocos transeuntes de lo que ahora se llama "Avenida 18 de Setiembre" y "Calle Guayaquil", todo lo demás se le presentó o ignorante, o indiferente o agresivo.

(40) ALFREDO BAQUERIZO MORENO: Introducción a "Cartas de Juan Montalvo a Federico Malo", publicadas por el I. Concejo Municipal de Cuenca.—Cuenca, 1927, pág. 14.



QUITO. LA CALLE GARCIA MORENO

El Gobierno liberal del señor doctor don Antonio Borrero y Cortázar, por el que se pronunciara, ruidosa y abiertamente, el voto de Montalvo, no mandó ni siquiera un empleadillo para dar la bienvenida al correligionario y amigo político distinguido, que estaba de vuelta de una larga proscripción...

Su amigo Rafael Portilla le había conseguido un departamento —“seco y decente”, tal como pedía desde Ipiales,— en una casa de la Plaza de Santo Domingo, hoy diagonal al Ministerio de Educación Pública.

Y ahí le dejaron, para que medite en el momento político y formule el plan de campaña periodística que ya convenía realizar; una vez que el nuevo Gobierno no se apasionaba gran cosa por corresponder a las exigencias de reforma constitucional y de selección de elemento colaborador, que el liberalismo planteaba en esos tiempos.

La aparición de “El Regenerador” se perfiló en seguida.

CAPITULO XXX

CARACTERES DEL MOMENTO POLITICO

La constitución cesarista de 1869 sigue en vigencia.—Los ataques de “El Regenerador”.—Se acomete y ofende a Montalvo en las calles de Quito.

Pocos días después de la llegada de Montalvo a la capital de la República, recrudesció la inquietud política.

El gobierno del doctor Antonio Borrero tomaba rumbos que resultaban inesperados para sus electores liberales. La gran mayoría de éstos, en efecto, no habían apreciado en él sino al ciudadano en abierta pugna con el garcianismo. Y esperaba que al llegar al poder asumiría la actitud reformadora y de una rápida liquidación de dicho garcianismo, potente aun en las propias filas administrativas y políticas. Y pidió, además, como condición funda-

mental de nueva política, la reforma constitucional; pero, esto sí, no por los medios regulares, establecidos en la misma Constitución de 1869, sino mediante una suerte de golpe de estado, o sea con la convocatoria de una Asamblea Constituyente.

El Presidente Borrero se negó a convocar dicha Asamblea Constituyente...

Alegó que su elección se había hecho precisamente de acuerdo con esa Carta Fundamental de 1869, y que no podía ni debía auspiciar un movimiento contradictorio y, en el fondo, "revolucionario". Y por lo que respecta a los ciudadanos clericales o elementos de política reaccionaria, tampoco podía ni debía sustituir...

El liberalismo se juzgó defraudado. Y hasta los elementos no afiliados a partido alguno de los videntes —pero que contribuyeran con todo entusiasmo al triunfo electoral de Borrero, fueron alejándose rápidamente de sus afecciones políticas.

Algunos amigos del Presidente, con todo, se abstuvieron de atacarle directamente; echando la culpa más bien al Ministro de Gobierno, don Manuel Gómez de la Torre.

Uno de esos fue Juan Montalvo.

Ya desde Ipiales mismo aconsejaba a sus amigos de "El joven liberal" que dirijan sus baterías preferentemente contra el Ministro de Gobierno. No contra el Primer Magistrado. Se imaginaba que

con un simple cambio ministerial, se cambiaría también, totalmente, la política...

En varias ciudades surgieron solicitudes firmadas por centenares de inconformes, pidiendo urgentemente, Asamblea Constituyente y nueva Carta Fundamental, a fin de garantizar la democracia y la república. Ahí, el Ministro adoptó, en contestación, actitudes represivas. Los liberales de Ibarra suscribieron un manifiesto exigente: "El voto de Imbabura", que obtuvo inmediatamente el asentimiento y el aplauso de los correligionarios de Guayaquil, de Quito, de Ambato y Portoviejo... El Ministro ordenó que se los enjuicie.

La pugna, así, se acentuó duramente. Montalvo comenzó a redactar notas, sin firma primero, y luego opúsculos como "Del Ministro de Estado", en hoja volante firmada, en que, atacando a don Manuel Gómez de la Torre —antiguo amigo de Montalvo, por otra parte, principalmente cuando, por 1869 se encontraba en París,— y pidiendo su remoción a todo trance.

Don Manuel Gómez de la Torre, así combatido por sus propios correligionarios, renunció el cargo. Renunció el 15 de Julio de 1876.

Siete días después aparecía "El Regenerador". Con ataques póstumos para don Manuel Gómez de la Torre, no sin considerar y recordar, desde luego, que ya se trataba de un político caído...

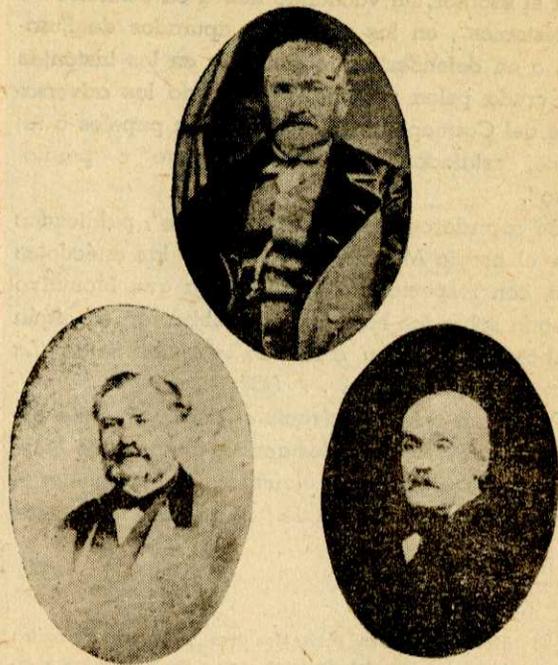
Caído, gracias al poder de la pluma de Montalvo, según él propio lo creía, con la ingenua fanfarronería ya advertida en el escritor político.

"Habiéndole echado por ahí como una pluma a nuestro amigo don Manuel al primer estornudo, nos hemos tomado generosamente el trabajo de rehacer nuestro escrito, perdiendo la edición de mil doscientos ejemplares, tirada ya, y faltando al público en cuanto al día de "El Regenerador". Por una lección de magnanimidad perderíamos la vida, no que una triste suma de dinero. Hombre caído, hombre muerto para nosotros: séale la tierra ligera! Allí lo dejamos responseando al ex-ministro y le echamos agua bendita. Olvido y silencio son la historia de los hombres ilustres por la insignificancia" . . . (41)

Estas expresiones despectivas para don Manuel Gómez de la Torre —que ya no ejercía poder alguno,— promovieron contra Montalvo una serie de conflictos personales. El escritor incluía en sus odios del momento también al hermano del ex-ministro, al coronel don Teodoro Gómez de la Torre, cuya colaboración en el Gobierno se redujera a la simple Jefatura del Distrito Militar de Guayaquil, abandonada, a poco, por motivos de salud.

Los Gómez de la Torre sintieron impetuoso encono contra Juan Montalvo; pues que los dos herma-

(41) V. "El Regenerador", Nº 1, Ed. de 1928. Garnier Hnos. de París. Págs. 36-42.



*CORONEL TEODORO GOMEZ DE LA TORRE
y su hermanos Dn. Manuel y Dr. Antonio Gómez
de la Torre. Amigos y admiradores de Montalvo,
desplegaron, en los momentos más críticos para el
escritor, toda actividad para ayudarle.*

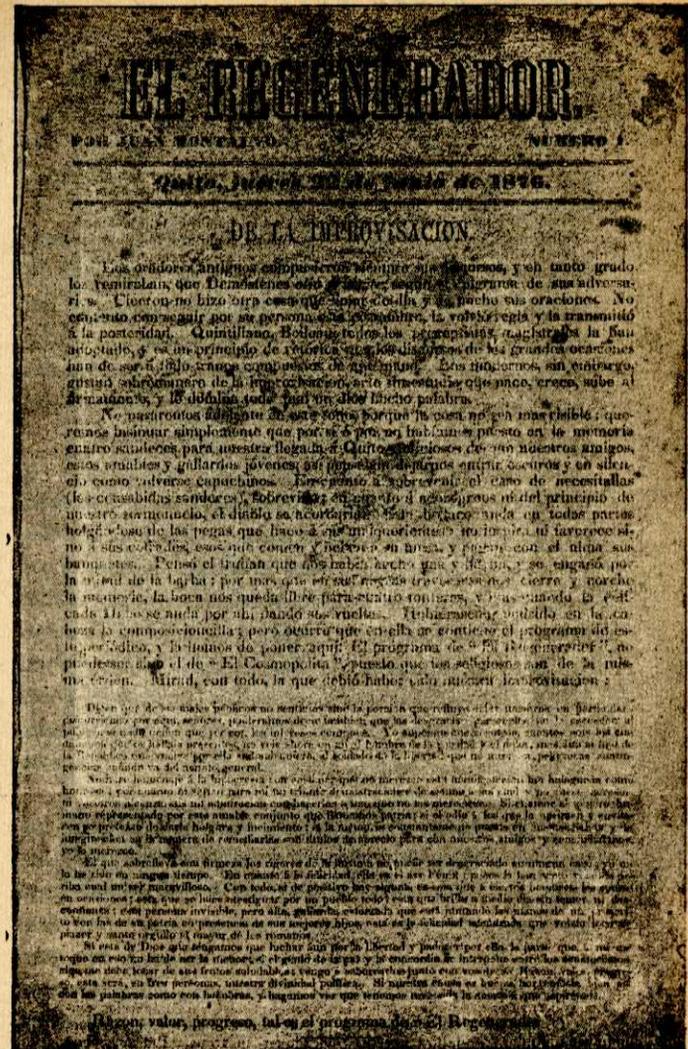
nos siempre fueran generosos y cariñosos para con el escritor, no vacilando nunca en colmarle de "préstamos", en los momentos apurados de Europa, o en defenderle con gentileza en los instantes de cruda pelea personalista, cuando los adversarios del Cosmopolita le llamaban, en papeles o folletos, "estafador", "haragán", "ingrato" o "pordiosero".

Se recordaron las cartas de "Judas", publicadas por el propio Montalvo en 1873. Y las anécdotas que, con respecto a "la dictadura que Montalvo ejercía sobre los bolsillos", se publicaran en algún trabajo de la época, a raíz de la aparición de "La Dictadura Perpetua" . . . (42)

Y no era que, al advenir el doctor Antonio Borrero a la Presidencia, los amigos antiguos de Montalvo lo desestimaran u olvidaran. Precisamente el coronel Teodoro Gómez de la Torre era quien más

(42) ANONIMO: "Don Juan Montalvo y la verdad contra él; o sea la defensa del Ecuador contra las calumnias e injurias publicadas en el folleto "La Dictadura Perpetua". Guayaquil. Imp. del Guayas. Por A. Merino, 1874.

"Cuando Montalvo en París, pereciendo como en todas partes, levantó entre los ecuatorianos una suscripción, a uno de ellos que sólo se suscribió con 100 francos, lo injurió aplicándole esos epítetos poco más o menos, concluyendo por decirle: "un indio como usted suscribiéndose con cien francos !!!, para socorrer a un Juan Montalvo !!..... (Pág. 19, nota 9).



PORTADA DE "EL REGENERADOR"

asediaba al Presidente para que le confiara a Montalvo un cargo diplomático, en los momentos mismos en que el proscrito, desorientado, no atinaba a imprimir una dirección concreta a su vida, después del 6 de Agosto de 1875.

No pensando, pues, más que en esto y sin considerar que Montalvo luchaba por las reformas liberales concretadas en ese instante a reformas constitucionales, ante todo, se reaccionó iracundamente contra la saña personalista de que hacía gala, con singular soberbia, el olvidadizo de recientes y viejos favores...

Le esperaron en las esquinas; le injuriaron y amenazaron en la calle públicamente, y una vez, un joven sobrino del coronel —don Joaquín Gómez de la Torre, que, años después, llegara a ser uno de los elementos más representativos y valiosos del liberalismo nacional,— le salió al encuentro por las cercanías de la Alameda, y disparando y blandiéndole el revólver ante el rostro, le desafió coléricamente a Montalvo. Este alzó su bastón, y blandiendo también con energía gritó reiteradamente, que disparase mejor y en el cuerpo...

Una intervención amistosa, tanto de parte de los amigos del joven Gómez de la Torre como de los acompañantes de Montalvo, evitó que el incidente se desarrollase en mayores proporciones. Don Alejandro Rivadeneira le tomó el revólver a don Joaquín; y don Manuel Semblates, con otros jóvenes amigos, condujeron a Montalvo hasta su casa de



ANTONIO BORRERO

Presidente de la República en 1876, en cuyo favor había escrito Montalvo "El Voto de Imbabura". Algún tiempo después fué objeto, sin embargo, de los más violentos ataques en "El Regenerador" y en las "Catilinarias".

Santo Domingo, en medio de la expectación y de la agitación de un sinnúmero de curiosos.

En relación con éste y otros incidentes se publicaron "mil impresos" y se hicieron comentarios en todo el país. Montalvo se limitó a una brevísima nota final, publicada en el N° 2 de "El Regenerador".

La campaña por las rectificaciones políticas, siguió adelante.

CAPITULO XXXI

MONTALVO Y BORRERO

"El Regenerador" inicialmente no ataca a Borrero.—Entrevista de Montalvo con el Presidente.—Gestiones del Coronel Teodoro Gómez de la Torre para que se le conceda una Legación a Montalvo.—Borrero niégale todo.

Mientras Borrero estuvo en el poder, se publicaron cuatro números de "El Regenerador".

En ninguno de éstos Montalvo atacó al Presidente. Al contrario, en el número primero solamente le dedicaba elogios y hasta defensas.

A quien trataba de combatir era al Ministro de lo Interior. Pero ya sabemos que don Manuel Gómez de la Torre se había separado del Ministerio

Vida de Juan Montalvo — 18

unos siete días antes del aparecimiento de "El Regenerador", que se inició sólo el 22 de Junio de 1876.

Culpando faltas del momento político al Ministro, escribía Montalvo: "El Ministro Gómez de la Torre, arrastrando por este despeñadero a su benefactor, concluirá por precipitarle en un abismo. He ahí, en don Antonio, un hombre de talento a quien atrevidamente se le niega ya la inteligencia; un hombre de bien, que tiene puesta en duda su sinceridad; un hombre bueno contra el cual se están quejando de maldad sus conciudadanos! El talento, la sinceridad, la bondad, cuyas son: la falta de estas prendas y los tristes efectos de esta falta son de su ministro" . . . (43)

Y "como estimador del señor Borrero" que era Montalvo, pedía, en ese mismo número de "El Regenerador", que el sumario ordenado por el Ministro contra los autores de "El voto de Imbabura", sea echado a las llamas . . .

Los dos números siguientes se llenaron con artículos de disquisiciones generales y de propaganda doctrinaria. Al final del número 3 —publicado el 7 de agosto de 1876,— ponía una nota: "Adiós".

Montalvo se iba a Baños, después de un período de más de 7 años de ausencia: "Voy a tomar un

(43) Véase "El Regenerador", N° 1, Cap. "De la distribución de justicia".

baño de poesía, a darme un toque de silencio y olvido en el seno de la naturaleza, a las puertas de las selvas orientales, y procuraré salir león de adonde voy a entrar tigre cebado" . . .

El N° 4 se publica en Guayaquil, y consta de un sólo artículo, en que agradece la recepción que le fuera tributada en la tarde del 6 de septiembre, al llegar Montalvo a esa ciudad.

Así termina la primera jornada de "El Regenerador".

Durante toda ella, Montalvo fué amigo del Presidente Borrero. Por lo menos, amigo político; ya que, personalmente, según parece, ninguno de los dos llegó a encontrar motivos consistentes para una simpatía recíproca, en la primera entrevista . . . (44)

Montalvo, por entonces, alternaba con elementos oficiales. Su hermano Francisco Javier desempeñaba la Gobernación de la Provincia de Tungurahua;

(44) Borrero, por su parte, lo confiesa también en sus escritos.

"Entre Montalvo y Borrero nunca existieron relaciones de ningún género, y sólo una vez tuvieron una entrevista en 1876, sin resultado alguno político y sin que el mutuo conocimiento de los dos inspirase mutua simpatía" . . . (A. B. C.: "Refutación al libro titulado "García Moreno, Presidente del Ecuador, Vengador y Mártir del Derecho Cristiano" por el R. P. A. Berthe, de la Congregación del S. Redentor".—Guayaquil, Imp. de "La Nación", 1889, pág. 695).

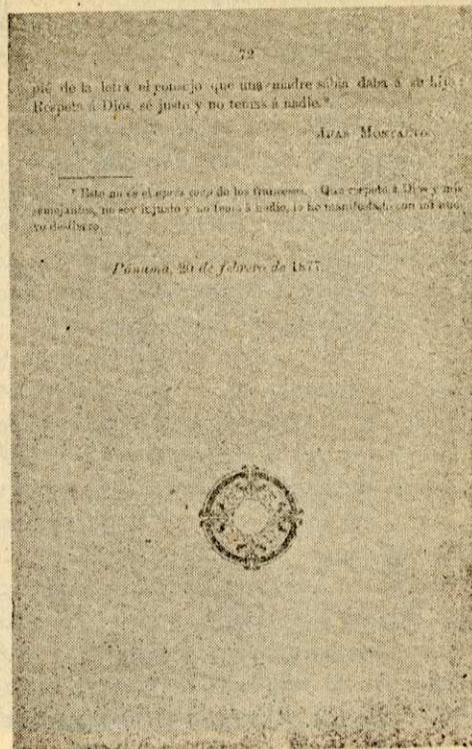
OSCAR EFREN REYES

venía frecuentemente a Quito y se entrevistaba con el Presidente. El afecto de éste para aquél llegó a ponerse públicamente de relieve. Cuando cayó el Ministro Gómez de la Torre, hasta se llegó a suponer que esto se debía nada menos que a las influencias del Gobernador de Tungurahua...

Juan Montalvo llegó también a la casa presidencial. No para solicitar algo personal, desde luego; sino para sugerir el nombre de don Pedro Carbo para Ministro de Gobierno. Borrero no quiso atenderle, y en vez de Carbo fué nombrado un paisano del Presidente, militante en filas conservadoras y garciano indeclinable, señor José Rafael Arizaga, "de la Academia Ecuatoriana Correspondiente de la Española". Para el 19 de Agosto, ya este señor pasaba una circular a los Gobernadores de Provincia insinuándoles "la aplicación rigurosa del Código Penal contra los que atacan las creencias religiosas de la Nación y los fundamentos de la sociedad civil"...

Montalvo recordará, años después, con la acritud conocida, los resultados de esa entrevista, entre las violencias de las "Catilinarias".

Y Borrero, así como prescindió de las sugerencias directas de Montalvo para el nombramiento de Ministro de lo Interior en favor de Pedro Carbo, desatendió también al coronel Teodoro Gómez de la Torre, en los empeños de éste para conseguirle a Montalvo la Legación en Bogotá...



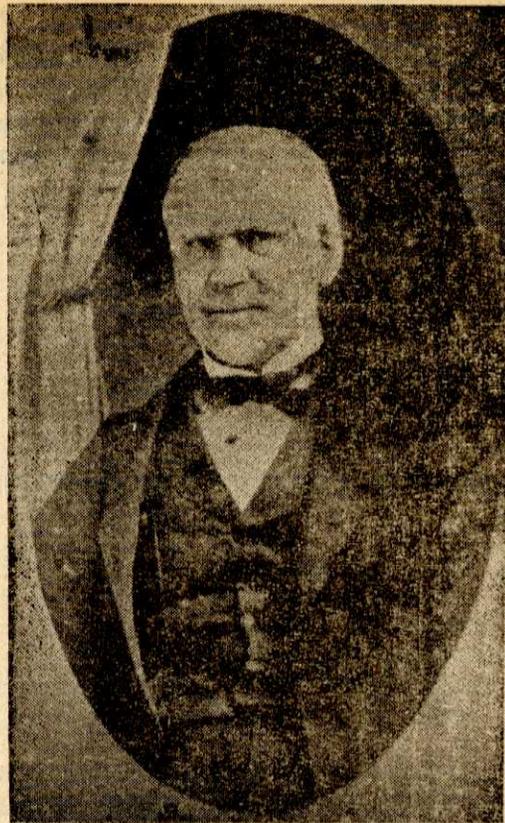
PAGINA FINAL DE
"Las Leyes de García Moreno". (Nº 5 de
"El Regenerador").

La prevención personal del Presidente para con el escritor —aun constando éste como su amigo político,— insinuóse, pues, evidente. Y fué de este modo cómo el ciudadano que llegó a la Presidencia de la República como liberal y como demócrata, participó, no sólo en lo que concernía a la orientación política del gobierno, sino hasta en lo que respectaba a valores intelectuales dignos de exaltarse y honrarse debidamente, de los prejuicios, prevenciones y odios clericales de su tiempo.

Luego se impuso el aristocratismo maniático de todas estas democracias paradójales.

Montalvo se dió cuenta, aunque un poco tarde, de que el liberalismo que no pregonaba más que "la suficiencia de las leyes para el buen gobierno" y el odio —verdadero o aparente— para con los despotismos políticos, no estaba de ningún modo completo. Liberalismo debía ser algo que contemple también aspectos de justicia social.

Por eso, en el número 5 de "El Regenerador", ya que Borrero hubo caído, tendrá Montalvo que consignar, con la experiencia habida, y entre el sinnúmero de las vaguedades políticas de la época: "los ricos, los aristócratas, los soberbios, los amos por naturaleza que en todo tiempo y en todo país han sido aliados del poder absoluto, oficiales de la tiranía. El gobierno popular no es de su genio: donde reina la igualdad se miran pequeños; la fraternidad les envilece y humilla. Apañados al rededor del tirano, le ponen la espalda para



PEDRO CARBO

Jefe del Liberalismo Radical ecuatoriano. Partidario de la elección de Antonio Borrero en 1875, pasó, luego, a presidir la oposición que provocó la caída del Presidente Constitucional el 8 de Setiembre de 1876.

que pise en ella, y forman con él un solo cuerpo. Cariátide gigantesca, es el adorno del templo cuyos dioses no acaban de hartarse del oro y la sangre de los pueblos. Esos perderán con la reforma"...

He aquí, por fin, el revolucionario.

CAPITULO XXXII

EL GOLPE DE ESTADO DE VEINTEMILLA

Preparativos de la revolución Liberal en Guayaquil.—Eloy Alaró llama a Juan Montalvo.—Recepción al escritor en Guayaquil.—El 8 de septiembre de 1876.

Para fines de agosto de 1876, las sospechas gubernativas de que en las filas del ejército se tramaba un golpe de estado eran ya casi una convicción.

Sin embargo, nada se hizo por conjurarlo. El propio Presidente había colocado en la Jefatura de la Guarnición Militar del Distrito de Guayaquil al general Ignacio de Veintemilla, militar ambicioso y

ya sorprendido en un proyecto de conspiración contra el Gobierno de Gabriel García Moreno.

Este lo desterrara, y en el camino de la proscripción, primero, y en Europa, en seguida, trabara amistad y conocimiento con Juan Montalvo, gracias a los "préstamos" de rigor.

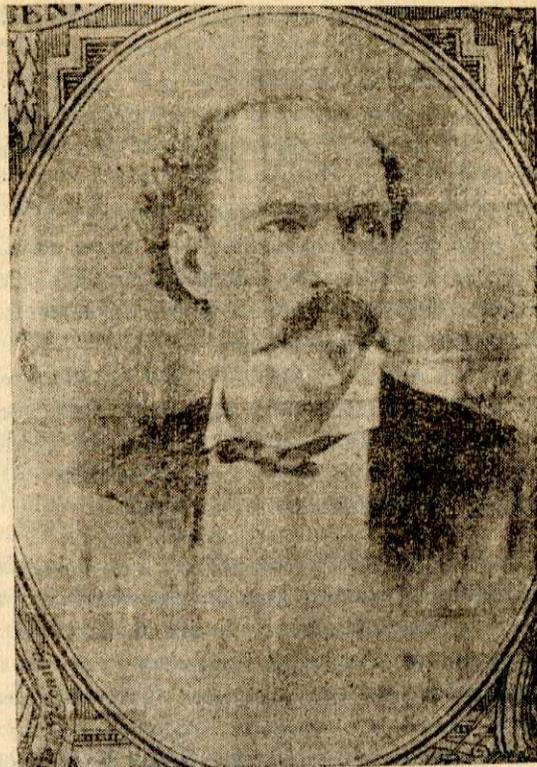
Veintemilla, respirando aire revolucionario y descontentadizo en Guayaquil, consideróse elemento propicio para contribuir, si no presidir o acaudillar un golpe de estado. Los liberales de esa ciudad precipitaron los preliminares y, con toda cautela, acercaron todo cuanto elemento prestigioso podía trasladarse a Guayaquil.

Eloy Alfaro había venido de Centro América. Y había planeado ya una conspiración, por mayo de ese año, sin éxito alguno. Pero este fracaso no le amedrentó. Siguió conspirando.

Hasta que advinieron los días decisivos. Alfaro llamó a Montalvo a Guayaquil, donde se podía y debía escribir. Un hermano suyo — Marcos Alfaro, muy joven aún, pero de evidente energía, — redactaba un periódico de combate, de abierta oposición para el régimen de Antonio Borrero: "El Popular".

Montalvo podía encontrar, pues, un campo propicio para seguir la batalla.

El escritor, entonces, salió de su provincia — adonde "entrara tigre cebado para salir león" — en los primeros días de Septiembre, acompañado del íntimo amigo suyo — antiguo maestro de escue-



IGNACIO DE VEINTEMILLA

la, escritor y hombre rebelde,— don Francisco Moscoso.

Los dos iban por esos caminos, en sendos caballos, realizando la pintoresca travesía de los Andes occidentales, precisamente por donde hacía unos 40 años el enérgico don Marcos Montalvo transitara mil veces con su comercio de tejidos nacionales.

Montalvo llegó a Guayaquil en la tarde del 6 de ese mes. Inmensa muchedumbre se había sumado al grupo representativo que le saliera al encuentro, para darle el saludo de la ciudad, ardiente y hospitalario, al gran escritor.

Le conmovieron a Montalvo las aclamaciones, los gritos de entusiasmo y las palabras de afecto de ese pueblo comprensivo. Así hubiera querido que le recibiera la Patria toda, al retornar de la proscripción unos cuatro meses antes...

Emocionado escribió un artículo —ya que carecía de aptitud oratoria, para dirigirse desde un balcón a las muchedumbres,— y en él agradeció la hidalgía de Guayaquil, invocando a la vez el ideal político de esos instantes: "libertad!, libertad!".

Este artículo es lo que constituía el N° 4 de "El Regenerador", puesto a la circulación en la tarde del 7.

Montalvo fué rodeado por los elementos más prestantes de la ciudad. Los ajetreos políticos se

multiplicaron con celeridad suma; pues, incidentes de carácter político militar entre el Jefe de la guarnición, (Veintemilla), y el Presidente —que en los últimos días pretendiera removerlo, ya sin éxito,— facilitaron inmediatamente cualquiera gestión combativa.

En la mañana del 8 se sublevaron los batallones contra el régimen constitucional. Y aclamaron como Jefe Supremo del país, precisamente a Veintemilla.

Los elementos liberales que venían combatiendo al Presidente Borrero, apoyaron rápidamente la sublevación. Y hasta el Cabildo Municipal, que se encontrara en plena sesión al momento de los gritos de rebelión en los cuarteles, apoyó también al improvisado "Jefe Supremo".

Veintemilla, pues, a partir de este momento, entraba en la historia. Como reivindicador de las ideas liberales. Como el brazo punitivo sobre la "inconsecuencia" de Borrero al ideal liberal...

Pero algunos correligionarios vacilaron en entregarle el poder absoluto. Al fin, Veintemilla no era más que un general, no un estadista ni un político. Además, carecía de prestigio nacional y no podía inspirar mucha confianza en el país. Veintemilla podía seguir denominándose "Capitán General de los Ejércitos", según título inusitado inventado por él mismo a última hora. Pero el Gobierno civil debía entregar, si no a un liberal prominente, por lo menos a un triunvirato selecto,

por si la suspicacia malévolá quisiese confundir los objetivos de purificación y rectificación políticas con los simples afanes personalistas...

Se contaba con la pluma autorizada de Montalvo. Este, en efecto, publicó un artículo,— "El ejemplo es oro", en hoja volante,— proponiendo que la Jefatura Suprema se encomendase a un triunvirato civil, compuesto de ciudadanos que no hubiesen antes ejercido poder.

Algunos grupos liberales examinaron mentalmente los ecuatorianos que podían constituirlo, y comenzó a circular, entonces, este haz brillantísimo: Pedro Carbo, Pedro Moncayo, Juan Montalvo...

Pero el "Capitán General de los Ejércitos" se impuso, al fin, totalmente. Los demás liberales, inclusive Pedro Carbo y Eloy Alfaro, se pusieron de lado de Veintemilla, llegando varios de ellos a declarar su inconformidad absoluta con la campaña de Juan Montalvo, y a calificarlo más bien de "disociador, inoportuno, ingrato y grosero para con Veintemilla"... (45)

(45) JUAN BENIGNO VELA: *El Pelayo*; N° 3; Ambato, Octubre 10 de 1896; pág. 11.

CAPITULO XXXIII

VEINTEMILLA DESTIERRA A MONTALVO

Montalvo publica en Panamá un antiguo trabajo: "Las leyes de García Moreno" —Comienza a injuriar a Borrero.

Dos ex-presidentes de la República apoyaban rotundamente a Veintemilla: el general José María Urbina, nombrado Director General de la Guerra, para los efectos de la batalla inevitable con las fuerzas leales al Gobierno, y el general Francisco Robles, designado Comandante General de División, para el mismo caso. Con estos apoyos, Veintemilla no se sintió dispuesto a abandonar la perspectiva de la Presidencia.

El jefe Supremo, pues, asumió actitudes violentas contra todos cuantos presumió adversarios de su poder.

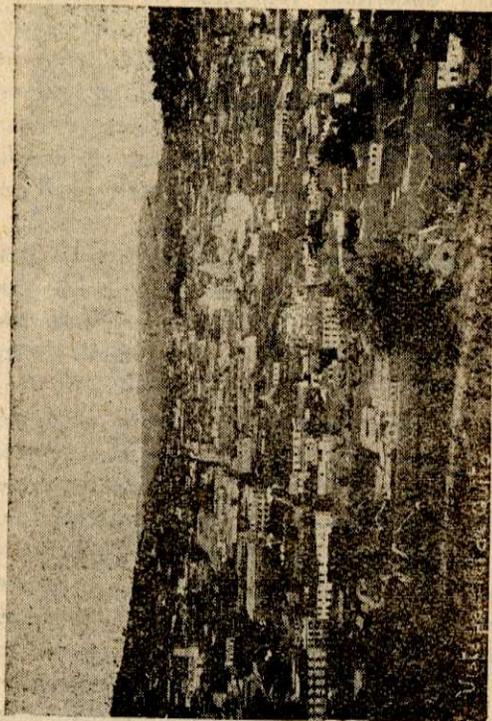
OSCAR EFREN REYES

Juan Montalvo, autor de la sugerencia escrita y pública de la elección de triunvirato, fué desterrado. Ni la intervención amistosa de Urbina, antiguo estimador de Montalvo, ni las observaciones de Carbo fueron suficientes para impedirlo.

El escritor fué sorprendido una noche en su dormitorio y conducido a un barquichuelo que debía salir para el norte inmediatamente. La situación de Montalvo era, por entonces, más apurada que nunca; ya que su subsistencia en la ciudad estu- viera más bien a merced de los amigos políticos.

Dos años después, en un opúsculo complementario de "El Regenerador", escrito en Ambato en Junio de 1878, recordaba así Montalvo los detalles de ese destierro:

"Un día vino a mi casa en Guayaquil un joven oficial lleno de gentileza y hermosura: blanco, de barba aristocrática, bien traído, sus bordaduras militares estaban en él como nacidas. Larga y afectuosa fué la visita. Volvió al otro día y comió conmigo, brindó por la corona con que pronto la patria ceñiría mis sienes, dijo cosas poéticas y resonantes. Esa misma noche, a las dos de la mañana, llamaron a la puerta de calle: era el gallardo militar. "Su Excelencia, dijo, suplica a usted pase luego a su casa, para un asunto de interés público sumamente urgente". Salí con mi amigo, que se deshizo en atenciones y finezas el largo de una calle. Al pasar por una esquina, salta de por ahí una escolta, la bayoneta calada: "Sepa usted que le lle-



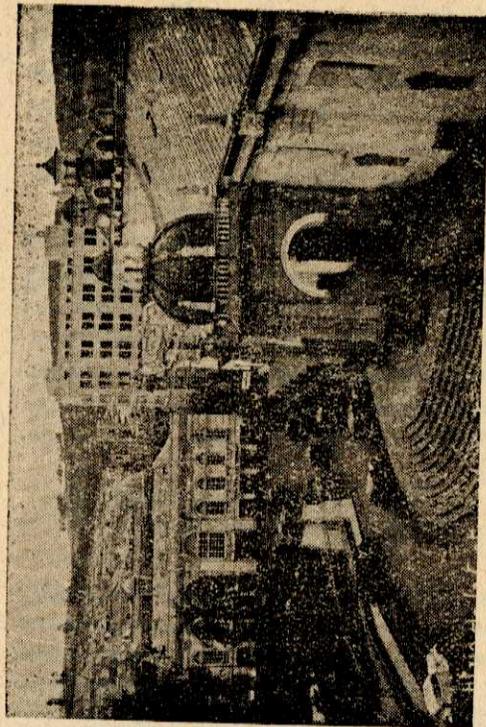
VISTA PANORAMICA DE QUITO

vo preso", exclama el noble oficial con gran energía y denuedo: "al centro!" De ese camino a bordo de un buque: al otro día por la mañana, abrirse al mar; desterrado. Veintemilla no había pagado ni el pasaje; yo, sorprendido en la cama no pude haberme apertrechado de onzas de oro; mis amigos, ignorantes de lo que pasaba, no tuvieron tiempo de hacer por mí lo que hubieran querido. Confieso que en siete años de destierro de García Moreno padecí menos que en el destierro de Veintemilla" . . . (45)

Esto ocurría ya por los últimos días de noviembre de 1876. Montalvo llevábase en el bolsillo los originales del N° 5 de "El Regenerador", destinado a completarse con algo más que escribiría en Panamá.

El 20 de Febrero de 1877, se publica, en efecto, en esa ciudad, "Las leyes de García Moreno y la Reforma", con una introducción explicativa, firmada el 22 del mes anterior. No con protestas ni ataques, desde luego, para Veintemilla, que era el autor de su reciente proscripción, sino . . . para el ex-Presidente Borrero, ya caído y fuera de la patria, pues que Veintemilla —triumfante en dos batallas decisivas, en "Galte" y "Los Molinos",— captara por completo el mando de la República, apresara al Presidente y lo echara al destierro también . . .

(45) "Desperezo del Regenerador". Ed. de 1978, pág. 12



Una esquina de la Plaza de la Independencia de Quito.
A la izquierda, antiguo edificio de la Catedral.

Es entonces —en la introducción, firmada en Panamá, el 22 de Enero de 1877—, cuando se registran las primeras injurias para Borrero: "pobre hombre", "esquízaró" ... (46)

El análisis de las leyes de García Moreno, por lo demás, juzgóse importante como digresión histórica —sobre un hecho ya liquidado con el acta de pronunciamiento del 8 de Septiembre de 1876, en que se declarara expresamente abolida la Constitución de 1863 y en vigencia la de 1861,— y prácticamente inútil como polémica contemporánea.

Pero era verdad que esta publicación venía a conjurar, siquiera transitoriamente y en proporciones reducidísimas, las circunstancias económicas premiosas del escritor, pese al inmaterialismo orgulloso del romántico, que le hiciera exclamar alguna vez, ante el sano consejo de un amigo de que escriba y de que, con su prestigiosa pluma, se gane la vida:

—¿Qué habrá pensado este indio de mierda?...
¿Que mi pluma es cuchara? ...

(46) "Las leyes de Carondas y la Reforma" fué un trabajo de Montalvo, redactado en Ipiales de Enero a Abril de 1876

Con este material y cambiando el título, se hace el Nº 5 de "El Regenerador", que toma actualidad dentro del momento político ecuatoriano únicamente por la introducción explicativa. Dice Montalvo que no se publicó—un año antes—el trabajo, porque "¿dónde estaba el impresor que lo admitiera!" Los manuscritos originales, fechados en Ipiales, así como las correcciones de 1877, se encuentran, en la sección correspondiente de manuscritos en la "Casa de Montalvo", de Ambato.

CAPITULO XXXIV

LA CIUDAD PROPIA; UN MOMENTO FAMILIAR

*Montalvo regresa del destierro.—
Penosa situación en Guayaquil.—
Vuelve para Ambato.—Anecdota
rio de la vida en la ciudad.—*

Este destierro de Montalvo, ordenado por Ignacio de Veintemilla en noviembre de 1876, duró unos cuatro meses.

Para marzo de 1877, ya el escritor estuvo de vuelta en Guayaquil, donde residió unas semanas. Siempre en situación exasperada y lacerante; pues los medios de vida se hacían cada vez más difíciles, aparte de que el ambiente político para Montalvo íbase tornando adverso; ya que en la mayor parte de los liberales del puerto preponderó un criterio favorable para la Jefatura Suprema de Veintemilla. Las fuerzas conservadoras —se razo-

naba— no estuvieran muy bien dominadas y constituyeran, para la transformación de Septiembre, un permanente peligro.

Invocóse, pues, la unión liberal, aun en torno del audaz caudillo militar, en mérito de circunstancias excepcionales.

Por esta época hubo una gestión del general Urbina, ante el Jefe Supremo, para que atrajera a Montalvo al Gobierno; y ante Juan Montalvo, para que escribiera amistosamente a Veintemilla, expresándole su adhesión. Rehusó Montalvo la propuesta, y prefirió, por lo pronto, quedar independiente, cerca más bien de la barricada.

Aquí el orgullo del escritor subrayóse gallardamente. Desde 1869, en que le conociera como compañero de proscripción —desde Tumaco hasta París,— no había encontrado en Veintemilla sino un militar desenvuelto, charlador, sociable, juerguista y alegre.

Dadas las ideas de Montalvo sobre lo que debía ser un magistrado —ideas elaboradas a base de algunos mitos políticos de la historia greco-romana,— no pudo concebir el rebajamiento del "filósofo" ante el hombre vulgar, caprichosamente elevado al primer rango de la República.

Veintemilla era, indudablemente, superior a Montalvo en aspectos comunes de la vida —belleza física, don de captar buenas voluntades, sentido práctico de las cosas y conocimiento de la realidad social y política del medio en que vivía;— pe-

ro terriblemente inferior en cuanto a cultivo intelectual y a concepciones morales.

Aun antes de este evento político, la antipatía mutua debió de haberse prendido entre Montalvo y Veintemilla, manteniéndose latente, a causa de esas distancias personales.

Con la violencia y el destierro ejercitados contra Montalvo, en circunstancias penosas para éste, no era, pues, para dar término a la antigua antipatía.

Si por interés o temor Montalvo se hubiera resignado a seguir el consejo del general Urbina —de escribir y solicitar reanudación de amistad "al mudo",— habría obrado contra su conciencia. Le repugnó el papel farsante, y aceptó las consecuencias: se quedó solo. Guayaquil le pareció un cementerio —un cementerio de sus propósitos políticos,— en seguida.

Luego, Montalvo, políticamente, se sintió sin objeto. Y, con fina perspicacia, advirtió que sus amigos ya procuraban eludirle.

Entonces reanudó sus pedidos de dinero a Quito. Las letritas le venían, para esfumarse en el acto. Hasta que decide marchar a su ciudad. En carta del 20 de junio, le escribe, en efecto, a su incansable amigo don Rafael Portilla: "Me voy a Ambato ciertamente por falta de medios de subsistencia en Guayaquil; y no falta así como quiera, sino absoluta. Cuando menos debía irme, me creo obligado a ello" ...

Pocos días después partía a su Provincia de Tungurahua.

Para este tiempo, las impresiones de sus paisanos sobre el hombre y el escritor no habían cambiado: se trataba del mismo estudioso, inconforme y raro; con las mismas costumbres deambulatorias, y con su misma predilección por las parajes solitarios y agrestes.

Algunos detalles pequeños circulaban, produciendo el comentario, a hurtadillas de los sobrinos, que adorábanle.

Desde luego, buena parte de esos comentarios enaltecían más bien la austeridad del compatriota.

Recordábase la generosidad con un hijo de Juan Otamendi. Y era que el descendiente del general negro, que tanta celebridad adquiriera en el Ecuador en los primeros tiempos de la República, deambulaba por las calles de Ambato en estado de absoluta miseria. Entraba sigilosamente a las casas, para hurtar algo y comer.

Una vez entró a la casa de Montalvo, como que visita al joven estudioso. Al salir, con su habilidad característica, se puso bajo del poncho un terno negro del escritor.

Un criado habíale visto en la maniobra a Juan Otamendi, y comenzó a dar terribles y alarmadas voces, llamando a los patrones.

Salió Juan Montalvo apresuradamente; impuso silencio al alharaquiento, y explicó a los miembros

de la casa: "Yo obsequié a Juan Otamendi el terno. Déjenlo ustedes"...

En cierta ocasión íbase Montalvo, a caballo, por uno de esos alegres caminos tungurahueses, acompañado de su excelente amigo don Francisco Moscoso.

Este creyó oportuno llevar entre las provisiones una buena botella de cognac.

De repente, a la vuelta de un recodo, se encontraron con que unos campesinos, a la vera del camino ordeñaban una vaca.

—Oyeme, Pancho —dice Montalvo a su amigo,— saca ya la botella.

Moscoso, creyendo que se trataba de dar principio al cognac, se apresuró contentísimo a abrir las alforjas y entregar a Montalvo la botella, destapada.

Gran desilusión de Moscoso: Montalvo regó el cognac y pidió a los campesinos que llenasen con leche la botella. "Este remedio es más eficiente para el hambre —dijo Montalvo,— guardémoslo para momento oportuno".

Montalvo desestimaba el alcohol. Hasta el vino, que no llegó a tomar nunca.

Un queridísimo sobrino suyo —Teodoro Montalvo— contrajo matrimonio con la señorita Luisa Suárez. Hubo fiesta en Ficoa, con tal motivo.

Toda la familia estuvo reunida, inclusive don Juan.

El vino era indispensable en la mesa. Montalvo, considerando lo excepcional de la ocasión, consintió en que llenasen también su copa.

Todos los circunstantes apuraron las suyas, brindando por la felicidad de los desposados. Montalvo alzó la suya; probó algo y, a poco, cayó con vértigo.

El incidente demostró que su organismo rechazaba naturalmente el alcohol.

Desde entonces, procuró escabullirse de toda fiesta y de toda relación social en que no fuese posible la eliminación de licores.

Tenía por ahí una familia amiga. Una vez fué a visitarla; coincidiendo con que en ese día celebrábase el onomástico de uno de los miembros de la casa. Para el baile y el banquete habíase preparado una gran cantidad de vinos, puesta sobre una mesa, en botellas relucientes. Notarlo Montalvo y desaparecer en el acto, todo fué uno. Y el amigo no volvió a visitar a la familia nunca más.

Respecto de obsequios, imposible dar a Montalvo. Solamente los niños podían entrar a su cuarto, llevándole regalitos, los regalitos propiamente de ellos. Esto emocionábale a Montalvo vivamente, y a esos instantes dedicará un recuerdo cariñoso en el N° 6 de "El Regenerador" —"Las niñas del examen"...

"Acuérdome —escribe— que en una de mis vueltas al lugar de mi destierro, no sabía yo donde po-

ner los regalos de los pobrecitos que iban viniendo unos tras de otros, a cuál más gordiflón, a cual más rubicundo. Uno me alarga la mano con un huevo; otro saca de la faltriquera un tauso; ésta trae una ollita de leche, ésa abre el pañuelo, preñado de bizcochuelos; y una mesticica de cuatro años echa del seno un pollito que aturde con su pío pío. Cuando me pongo a revolver papeles antiguos, a cada paso doy con planas dedicadas al Cosmopolita, con muestras de caligrafía, dibujos mal hechos y graciosas travesuras de niñas que hoy son la flor y nata de las señoritas y señoras de mi pueblo. Iba a decir mi villa; pero será mejor decir ciudad, ahora que está a un paso de ser como Versalles. No hay para qué nombrar aquí a las dianas infantiles que en junta de mi sobrinita Lucila han dado hartas carreras por mi cuarto y me han volteado no pocos tinteros. Hoy son otras mis amigas. Hoy es una Merceditas Quirola, muchacha la más linda que uno pueda imaginar. Si el arcángel Gabriel tomara forma humana, cuando el Todopoderoso le envía con sus embajadas a la tierra, ésa carita tomara, no me da duda"...

Alguna de esas niñas le pidió, al hombre que parecía a ciertas horas morir de tristeza, una poesía para recitar en el examen; y una amiguita —Malclovia Hervas, que vive hasta hoy, 1932, en Am-

bato,— le pidió un discurso... Y Montalvo le dió . . . (47)

Las actitudes de cariño, como padre, hacia la niña María del Carmen, no aparecían, en tanto, por ninguna parte.

Ni siquiera como evocación romántica o como recuerdo literario . . .

El misterio de este desafecto, no quedará, por cierto, sin que se comente, durante mucho tiempo, entre los observadores atentos de la vida ajena en la ciudad.

(47) En "El Regenerador", N° 6 Ed. de Garnier Hnos. de 1928, vol. II, págs. 40-45.

CAPITULO XXXV

PRIMERO PATRIOTA; DESPUES LIBERAL

Se reanuda la publicación de "El Regenerador". — Soldados colombianos invaden el Ecuador, a pretexto de apoyar al liberalismo.— Protesta de Montalvo.

El año de 1877 transcurría penosamente y lleno de sobresaltos y tristezas para el Ecuador: envenenamiento del Arzobispo; asesinatos políticos; levantamientos populares sofocados a balazos en las calles; erupciones volcánicas; hambres; sequías . . .

Veintemilla afirmaba su gobierno con medidas de procónsul. Las reacciones clericales perseguía y castigaba con cruda energía. Por el mes de junio, Montalvo publicó un artículo —"El Consejo de Guerra"— en defensa de unos conspiradores, que fueran condenados a muerte. Urbina le llamó "lo-

co" a Montalvo, si bien éste no rechazaba en absoluto la pena de muerte, sino únicamente para ciertos casos en que era preciso contemplar la vida humana "con benignidad".

El consejo humanitario, y todo el accesorio de las disquisiciones eruditas, no les merecieron, pues, tanto al Jefe del Ejército, general Urbina, como al Jefe Supremo, general Veintemilla, más que un comentario despectivo. La revolución de Septiembre tenía que tomar consistencia por todos los medios, con todas las fuerzas, aun terroríficamente...

En tal situación, sin embargo, se discutían apasionadamente las ideas liberales y se invitaba al dolorido pueblo para que se enfervorice con ellas.

Para mediados de ese año, Veintemilla consideró que ya debía convocar la Asamblea Constituyente. A fin de normalizar la vida política y de legalizar, naturalmente, su poder.

"El Regenerador", pues, por su parte, ya podía reanudar sus batallas.

En efecto, el 25 de Septiembre salía el N° 6, con artículos que la actualidad política exigía: sobre la convención, la oratoria, la intervención del clero, etc., etc.

Es decir, Montalvo entraba a discutir y aclarar aspectos de política general; aunque no cesaban, ciertamente, los motivos de la polémica, por ideas o cosas que tomaban relieve en la vida nacional o en la propia vida de Montalvo.

El 27 de octubre de 1877 estalló en Tulcán un movimiento revolucionario, de carácter conservador, contra el régimen de Veintemilla.

Los revolucionarios, audacísimos, rápidamente emprendieron la marcha hacia Quito, con el fin de tomarla. El 3 de noviembre habían pasado ya de Ibarra, conquistando adeptos, y el 15 del propio mes se daba en las calles de la capital del Ecuador la gran batalla entre las fuerzas del Gobierno y los disidentes. Estas últimas salieron desbaratadas; los expedicionarios de Tulcán se desbandaron, y la paz, en obsequio de Veintemilla, se impuso enérgicamente.

Este simple episodio de nuestras guerras civiles —que merece una descripción, con detalle realista, en el N° 9 de "El Regenerador" ("Escenas de la guerra civil"),— se halla ligado en la historia ecuatoriana a un hecho trascendentalísimo y es que, a tiempo que los revolucionarios de Tulcán avanzaban a Quito, 2.000 soldados colombianos, al mando del coronel Zenón Figueredo, traspasaban la frontera y venían en persecución de los revolucionarios del Ecuador...

Y eran las autoridades de este país quienes habían pedido tal auxilio, con la circunstancia especialísima de que las autoridades de los Municipios de Pasto, Túquerres, y Obando se habían apresurado a prestarlo...

Acababan los colombianos de llegar a Malchín, y en Pichincha, cuando recibieron las gra-

cias del señor Jefe Civil y Militar del Distrito de Quito, general Cornelio Vernaza... Decía Vernaza: "Al dirigirme al distinguido Jefe de la 1ª División Colombiana contestando a su patriótica nota oficial de felicitación, me es grato a la vez ser el órgano de mi Gobierno para manifestarle cuanta es la gratitud nacional hacia los liberales de la República hermana, que no han vacilado en volar en auxilio de la causa de la libertad amenazada aquende el Carchi"...

También el Gobernador de Imbabura agradeció finamente, a los colombianos, por la invasión... (48)

En tanto, los pueblos del Norte clamaban justicia y amparo. Los subalternos del coronel Figueredo venían talando los campos, como en país conquistado, y arruinando hogares en los pueblos. Como deporte, lo menos que hacían era echar abajo las puertas de las casas, ante los moradores asustadizos y cargar con cuanto les gustaba. Se aprovechó la ocasión hasta por facinerosos comunes; pues, en una de esas noches, 18 miembros de la sociedad "La Culebra", de Pasto, asaltaron a Tulcán, asesinaron al joven José María García Arellano, elemento distinguido de esa ciudad y dejaron postrados, a balazos, garrotazos o puñaladas, unos 10 individuos más...

(48) "Apuntes para la Historia". Ed. de Quito. Tip. de M. Rivadeneira, págs. 39-40.

La protesta surgió iracunda, no por cierto de parte del Gobierno de Veintemilla —que, como ya hemos visto, más bien estuvo "agradecido" por el "oportuno auxilio",— sino de la prensa continental.

La invasión de los colombianos al Ecuador, para inmiscuirse en una contienda civil, dió margen para largas y acaloradas disquisiciones.

El Gobierno de Bogotá se alarmó, y en el Congreso colombiano se discutió apasionadamente el asunto; pues ese Gobierno no había autorizado nunca, ni siquiera había conocido la invasión o "intervención armada", sino cuando ya los dos mil bravos de Pasto y de Túquerres estuvieron en tierra ecuatoriana.

Sin embargo, el novelista Jorge Isaacs, que era también un decidido admirador de la prosa de Montalvo y que, por entonces, asistía como Diputado al Congreso de Colombia, opinó y pidió, en sesión del 12 de Febrero de 1878, "que se les exima de toda responsabilidad legal a los jefes y oficiales del "Batallón 3º de Facatativá, 15 de línea", por la participación que hayan tenido en los últimos sucesos ocurridos en el sur y relacionados con la política del Ecuador".

La sorpresa fué inmensa en América. Las autoridades departamentales del sur de Colombia habían obrado, sin duda, de acuerdo exclusivamente con el coronel Figueredo, —que era un jovencito de

22 años de edad, muy ilustrado, valiente,— por su sola cuenta. En el Ecuador, la prensa no decía nada y su Gobierno más bien manifestaba, por boca del militar Vernaza, la "gratitud nacional" ... Cómo interpretar el suceso?

Se habló con insistencia de un "pacto de protección mutua", que acordaran entre los Gobiernos triunfantes del Ecuador y de Colombia. Don Pedro Carbo, Ministro General que fuera de Veintemilla por poco tiempo, negó la existencia de ese "pacto; pues él no lo había firmado, aunque confesó a Montalvo que sí le había propuesto firmarlo el Ministro Colombiano en Quito, don Venancio Rueda . . . (49)

Fué en este confuso estado de opinión que Juan Montalvo escribió, en el N° 8 de "El Regenerador", el artículo "La intervención armada". No utilizó ni sofisticó para el gusto ambiente; no dijo que con la intervención colombiana se había salvado el liberalismo del Ecuador y que por ello había que agradecer; sino afirmó más bien que, con ella, lo que se había hecho era ofender y atropellar la dignidad nacional. Condenó la intervención armada, en sí misma, de un país en otro; aunque los dos fueran vecinos y amigos. Y condenó, en medio del silencio general, la intervención colombiana con todos sus efectos de devastación y pillaje, realizada so pretexto de ayuda a los "hermanos

(49) "El Regenerador", N° 8 Ed. de 1877, págs. 2-3; ed. de 1928, Garnier Hnos. de París, vol. II, pág. 79.

liberales" para que éstos se mantengan en el poder ...

"El género humano antes que la patria, la patria antes que el partido", propugnó, en seguida, insistentemente ...

Por este artículo se levantaron protestas: varios liberales del sur de Colombia suscribieron una ofensa para Montalvo, que aparecía como un mentiroso y un ingrato . . . (50)

Y, en seguida, sobrevino otro incidente.

Y era que, por noviembre de ese mismo año de 1877, llegaron a Juan Montalvo y al coronel Teodoro Gómez de la Torre, propuestas de un valiente coronel colombiano —Apolinario Mutis— para encabezar, conjuntamente, un verdadero movimiento liberal ecuatoriano, con ayuda de fuerzas colombianas. La propuesta a Juan Montalvo llegó por intermedio de don Nicanor Arellano Hierro, su amigo, en carta del 18 de ese mes.

La respuesta fué, corrientemente, la que esperaba Arellano Hierro, carchense de fibra y que conocía a fondo a Montalvo. "Con sorpresa y dolor he leído su carta fecha en el Carchi el 18 del pasado. Si vuelve a ver al coronel Mutis, dígame que el último lugar entre los ecuatorianos me convendría más que el primero, si éste lo había yo de

(50) "Expedición al Ecuador". Réplica. Imp. de Ramón Grijalva, Ipiales, 1878.

deber a armas extranjeras; que no solamente toleraré a Veintemilla si fuere necesario, sino también que consentiría en la resurrección de García Moreno, si fuese posible, antes que hacer traición a mi patria, aceptando, para volcar un gobierno, ejércitos organizados en otra nación, al mando de jefes tan notables como Rosas y Mutis, que vienen en son de dar la ley al Ecuador. Con valientes como Rosas y Mutis, yo me fuera a proclamar la República en el Imperio alemán; pero si vienen a disponer de las cosas de mi país a su antojo, lejos de hallar en mí un cooperador, hallarán un enemigo" . . . (51)

(51) "El Regenerador", N.º 11; ed. de 1878, pág. 9 ed. de Canier Hnos. de París, vol. II, pág. 182.

CAPITULO XXXVI

EL MEDIO HOSTIL

El liberalismo gobiernista contra Montalvo.—También el garcianismo.—Los literatos ecuatorianos menosprecian a Montalvo.

Para esta época la lucha de Montalvo ya no era solamente con el Gobierno, que disponía de la fuerza abusiva para amedrentar; ni con los enemigos personales, que le insultaban por las calles.

Las fuerzas hostiles contra Montalvo se multiplicaban en el medio. Le atacaba el garcianismo político, que subsistía; y le volvían las espaldas hasta los correligionarios liberales que habían cambiado de posición en la escala burocrática. Y hasta las chusmas fanáticas le asignaron, para los efectos del odio religioso, una clasificación: hereje.

Este último odio, desde luego, se alimentaba de una evidente insinceridad; pues que Montalvo, co-

mo cristiano y católico, lo único que no hacía, a la verdad, era oír misa y exhibir devoción.

Divergía con el garcianismo en cuanto a procedimientos de política general y combatía en él la propensión al despotismo y la tiranía. Por los mismos motivos discrepaba con el régimen titulado liberal de esos momentos, como lo comprobaba "el Consejo de Guerra", publicado en obsequio de conspiradores clericales.

Reclamaba libertad, sabias leyes y virtudes, sean laicos o católicos los gobernantes. Por lo demás, coincidía en que es indispensable cierto régimen de energía para las "repúblicas argonautas" y hasta en la pena de muerte para los delitos comunes... Y coincidía en que hay que respetar la religión católica y hasta enseñarla en los planteles públicos...

¡Y las masas le llamaban "hereje" y hostilizaban a Montalvo!

Años después, recordando la esterilidad de sus empeños, en el medio bravío y hosco, encontraba una similitud lacerante en el masoquismo de una india que él conociera... (52)

(52) "Una noche, paseando con luna por los alrededores de una ciudad del Ecuador, dí con un indio ebrio que, ciego de cólera, estaba matando a su mujer. No contento con los puños, se apartó de prisa, cogió una piedra enorme, y se vino para la víctima derribada en el suelo. Verlo yo, dar un salto, echar a mis pies al furioso, pisarle en el pescuezo,

Y el medio literario le era tan adverso como el político. Los grandes literatos ecuatorianos formaban cenáculos, se elogiaban mutuamente... y excluían al primer prosista de Hispano-américa. Ni le nombraban, o, si le nombraban alguna vez, era con una alusión jocosa.

En 1875 se fundó la Academia Ecuatoriana de la Lengua Correspondiente de la Española. Sus primeros miembros fueron: Julio Castro, Juan León Mera, Julio Zaldumbide, Pablo Herrera, Antonio Flores Jijón y Pedro Fermín Cevallos. Después siguieron ingresando otros más, de cuyos nombres la historia literaria del Ecuador, aun prolija y benévola mente escrita, no se acuerda ya. Pero Montalvo, el mejor estilista, quien mayormente cono-

todo fué una. La india se levanta, se viene a mí, sacándose de la boca con los dedos un mundo de fierra de que el irracional le había henchido; y cuando puede hablar, suelta la tarabilla y me atesta de desvergüenzas: ¡Mestizo ladrón! ¿qué te va ni qué te viene en que mi marido me mate? Hace bien de pegarme; para eso es mi marido. "Shúa, manapinga, huayru-apamuschca", ándate de aquí: quiero que me pegue, que me mate mi marido. ("Shúa", ladrón; "manapinga", sin vergüenza; huayru-apamuschca", advenedizo, entrometido).

Oyéndolos estoy a mis apreciados compatriotas: Mestizo ladrón! siquier zambo; "shúa", "manapinga", "huayru-apamuschca", ni más ni menos que para la india. Será mejor que su marido la mate a esta hembra estafalaria también; pues todos ellos juntos alcanzan a componer a lo más un hembra; pero bien casada, eso sí" ("Catilinarias", 3).

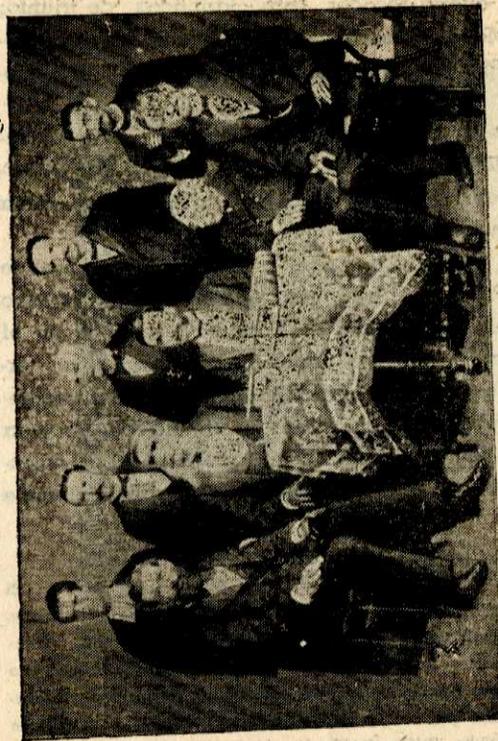
cía la lengua castellana en el Ecuador, era excepcionalmente preferido. Aun más: era perfectamente desconocido y confundido.

Montalvo devolvía violentamente el odio. Citaba, muy rara vez, a sus adversarios, o los citaba despectivamente, alterándoles el apellido o escribiéndoles con letra minúscula. Al académico Julio Castro —diplomático y académico y literatuelo,— le tomaba en cuenta para llamarle "Julio Casco", "Julio Castrato", o castrado... A su paisano Juan León Mera le llamaba "el león mera", y ya en "Judas" le dedicara una media página de improperios, a propósito de un requerimiento para Julio Zaldumbide... (53)

(53) El recuerdo de estas injurias y la abierta enemistad política que los dividía, contribuyeron, por otra parte, siempre para atizar los mutuos odios entre Juan Montalvo y Juan León Mera; odios que llegaron a concretarse en recíprocas acometidas personales, a orillas precisamente del Ambato que ambos literatos recorrían con predilección.

Una vez se encontraron y se dieron el cordial saludo a garrotazos. Fuese porque su contrincante actuase más poderosamente; o fuese porque no tuviera suficiente práctica en esa clase de batallas, Montalvo muy pronto tuvo que batirse en retirada, habiendo perdido bastón y sombrero en la refriega. A la tarde, un labriego de Atocha iba, de parte de Mera, a entregarle atentamente, en su casa, el sombrero ya acepilladito, aunque inevitablemente estrujado y maquillado por los pisotones, de ambos.

A pesar de todo esto, años después, cuando ya Montalvo había abandonado su patria para siempre y había triunfa-



GRUPO DE LITERATOS COETANEOS DE MONTALVO
Sentados: Juan León Mera, Luis Cordero, Julio Castro, Pablo Herrera, José Modesto Espinosa.— De pie: Hermano Miguel, Roberto Espinosa, Miguel Egas, Carlos R. Tobar y Quintiliano Sánchez.

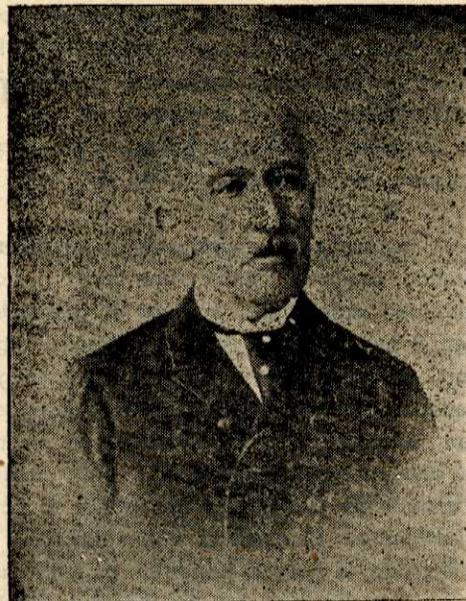
A tiempo las apologías de la prensa extranjera cruzaban los mares e iban de ciudad en ciudad en la América española. En el Ecuador, naturalmente, nadie quería recoger esas clarinadas de triunfo; mas Montalvo se encargaba de ello, con su egoísmo particular, para exasperación de sus enemigos.

A pesar del orgullo, no faltaba el dolor. No repetía la expresión de Mariano José de Larra "escribir en Madrid es llorar". Pero sentía la misma amargura.

"No tenemos noticia —escribía por octubre de 1877, al transcribir unas opiniones de Adriano Páez en "La Estrella de Panamá",—de que en el Ecuador se hubiese proferido hasta ahora un término de elogio, de parabien, de aprobación siquiera respecto de Montalvo; estímulo de ninguna clase, menos: murmuración, difamación, persecución en toda forma, eso cada día. Sin el temple

do plenamente en Europa con sus "Siete Tratados" y "El Espectador", Mera se decidió, en cierta ocasión, a indicarle a su adversario entre los grandes escritores del país. "Montalvo—decía,—hombre de buen talento y hábil escritor, no porque nos caigan en gracia sus errores y locuras, ni porque seamos partidarios de su escuela literaria" Lo que era bastante, desde luego, en tratándose de apreciaciones literarias de ese tiempo en el Ecuador

(V. JUAN LEON MERA: "Tomás Moncayo Avellán y su memoria", trabajo presentado al Instituto Geográfico Argentino.—Quito, Imp. del Gobierno, 1888, pág. 11, nota).



FRANCISCO MOSCOSO

de acero de este hombre, estuviera sepultado en el olvido. Ha quedado encima, y nadie se atreve a llamarlo loco ni tonto. Pero ha quedado encima, porque su revólver ha sido el apoyo de su pluma . . . Con una simple carta al Presidente, echa patas arriba a un poderoso ministro; con la pistola pone a raya a sus vengadores. En el Ecuador, de este modo solamente puede vivir un hombre distinguido. El talento sin el valor sería pasto de perros en nuestra buena tierra. Aquí es vergüenza no ser tonto, delito no ser canalla" . . . (54)

Y el "pueblo", tan apasionada y ardientemente defendido, tampoco acudía vara hacer justicia al ecuatoriano admirable. Lo que el ambiente daba en voluntad cívica, por el sufragio o por el míting, era para otros, medianías con prestigio de un minuto o grandes celebridades lugareñas.

Tan amargado estaba Montalvo en su propio país, que ya en Agosto de 1877, pidió auxilios a sus amigos de Quito para abandonar el Ecuador e ir a Ipiiales. El destierro voluntario, pero entre gente amiga, le pareció preferible en todo caso.

Sus solicitudes, con todo, no fueron atendidas en esta vez, y Montalvo tuvo que seguir sus pequeños combates. En este mismo año de 1877 editó varios folletos de actualidad política: "El León de San Marcos", "Vicente Piedrahita", etc.

(54) "Cosas que el Ecuador debe saber para honra suya". Ed. de Quito, Oct. 29 de 1877, págs. 6-7.

CAPITULO XXXVII

DIPUTADO POR ESMERALDAS

Las elecciones para la Asamblea de 1878.—Montalvo, Diputado por Esmeraldas, niégase a concurrir a la Convención.

En los últimos meses de 1877, la Jefatura Suprema de José Ignacio de Veintemilla arreglaba y seleccionaba el personal con que debía constituirse la novena Convención del Ecuador.

Como el movimiento militar del 8 de Septiembre de 1876 se realizara en nombre del liberalismo, y como Juan Montalvo, sin ser abiertamente un adversario de Veintemilla hasta esos momentos, le había, sí, discutido muchos actos de su Gobierno que no le parecieran propiamente ni liberales ni patrióticos —como la violencia sangui-

ria para la represión de los levantamientos y conspiraciones de carácter político; la intervención militar extranjera en asuntos internos del Ecuador; etc., etc.— era de suponer que los sectores liberales independientes no lo olvidarían.

Con esta suposición y con la de que el fervor cívico obraría disciplinada y valientemente en la pugna electoral, Montalvo sería diputado por tres o cuatro provincias ecuatorianas. Y lo sería principalmente, por el voto de su Provincia de Tungurahua...

Pero la ciudadanía, muerta, no se entusiasmó por nada. Toda la empresa electoral corrió de cuenta de la Jefatura Suprema y de los soldados y empleados públicos, según costumbre establecida desde la fundación de la República. Y los sufragantes oficiales eligieron lo que ordenó la consigna: "veintemillistas ante todo"; con la pequeña dificultad que ofrecieron los católicos para el envío a la Constituyente de unos cuantos clérigos y obispos, seguramente con el apoyo disimulado de funcionarios seccionales.

De la Provincia de Tungurahua, que era la provincia de origen de Montalvo, se dieron los siguientes representantes: don Luis Fernando Ortega, don Juan Guerrero Duprat, don José Alvarez, don Francisco Barona. Alguno de éstos ni siquiera pertenecía a la provincia electora.

Los hermanos de Montalvo y la juventud liberal independiente habían sido pospuestos. Y por lo



JUAN BENIGNO VELA

Político liberal ambateño. Mientras Juan Montalvo estuvo en Ambato, durante el régimen de Veintemilla, una juventud numerosa y ardiente lo rodeaba. Entre esa juventud se destacaban Juan Benigno Vela y Celiano Monge, que servíanle también como confidentes y secretarios.

que respecta a don Juan, siguió conceptuándose, en el seno del Gobierno, prudente y muy político el prescindir de él mientras por la tragedia del 6 de agosto durase en el ambiente la indignación arrebatada y casi frenética de los sectores garcianos, poderosos no solamente en las masas católicas, guiadas por frailes sino también en las clases aristocráticas, peligrosas por su dinero.

Aparte de que el concepto aristocrático, en sí mismo, obtenía preponderancia para toda clasificación política, aun por elementos demócratas y liberales del Ecuador, siguiendo la paradoja universal de los hechos revolucionarios del siglo XIX.

Montalvo fué, tanto por los electores oficiales como por los electores independiente de su tierra, desconocido y excluido.

Sin embargo, al verificarse el escrutinio de las elecciones de toda la República, túvose una sorpresa inmensa: Juan Montalvo había sido elegido por una provincia distante que él ni conocía pero donde le atendía y estudiaba una ciudadanía viril: Esmeraldas.

Por cierto, Veintemilla explicó, a su tiempo, con cinismo característico, que fuera él mismo quien ordenara que Montalvo saliese elegido diputado "por la más insignificante de las provincias". "Debe ser la más pundonorosa y valiente —la defendía poco después Montalvo,— cuando a fuero de atrevida pudo elegir al que desde entonces tenía proscrito en su ánimo ese excremento de García

Moreno. Eligióle haciendo caso omiso de Gobernadores, comandantes de armas, comisarios y sicarios, haciéndoles temblar la barba, como dicen, y metiéndoles en pretina. O fué más bien que no hubo allí apóstoles de la libertad que anduviesen predicando su doctrina con las culatas de los fusiles" . . . (55)

La Convención se reunió en Ambato el 26 de Enero de 1878. En los círculos políticos se sintió deseo de oírle al Diputado por Esmeraldas —el redactor de "El Cosmopolita" y de terribles hojas combativas, el desterrado por García Moreno y autor de "La Dictadura Perpetua" y de la exaltada expresión "Mi pluma lo mató!"; el escritor de "El Regenerador", que ya fuera proscrito por Ignacio de Veintemilla en los momentos mismos del triunfo liberal . . .

Pero unos días antes de que se reuniera la Convención, el N° 8 de "El Regenerador", les había sorprendido a sus lectores con una nota final: "El Regenerador" se despide para un monte El Diputado por Esmeraldas no asistirá a la Convención,, no porque le esté doliendo la cabeza, tenga un mal callo ni otra mentira ridícula, sino por razones que él tiene por buenas".

Estas "buenas razones", como no llegaron nunca a concretarse, el público intepretó a su gusto.

(55) "Catilinarias", ed. de 1925, vol. I, págs. 31-32.

Montalvo no asistió a la Convención o por no rozarse con el veintemillismo incondicional, de la mayoría, o por conceptuar inútil la intervención de una minoría tan débil como era la independiente, o por la convicción de su inhabilidad parlamentaria, ya que, ni la voz, que era insonora y muy monótona, ni la frase, que era muy difícil y entrecortada aun en la simple conversación privada, favorecíanle.

La Convención aceptó su excusa, no sin las sugerencias en contrario, por excepción, de dos ciudadanos eminentes: de Pedro Carbo y de Federico González Suárez, diputados por Guayas y Azuay, en el orden indicado.

CAPITULO XXXVIII

CONTRA EL PRESIDENTE VEINTEMILLA

*"La Candela".—"El Desperzo de
"El Regenerador". — Se pretende premiar la labor de combate de Montalvo con una imprenta.—
La iniciación de las "Catilinarias".*

Siguió escribiendo "El Regenerador". Durante la Convención (Enero 26 a Mayo 31), se publicaron los números 10 y 11.

La violencia de la polémica vertía, entonces, principalmente, sobre el momento gubernativo, o sobre el ex Presidente Borrero. Las burlas y las injusticias sobre éste, comenzaron desde el N° 9. Y no parecieron destinadas a llegar al fin...

Estos ataques postreros, cuando el ex-Presidente encontrábase fuera del Ecuador, solamente explicáronse como revancha ante las admoniciones que, por su parte, dirigía Borrero desde el

Perú contra los "septembristas", contra Montalvo y todos cuantos suponía que habían contribuido para la caída de su gobierno constitucional.

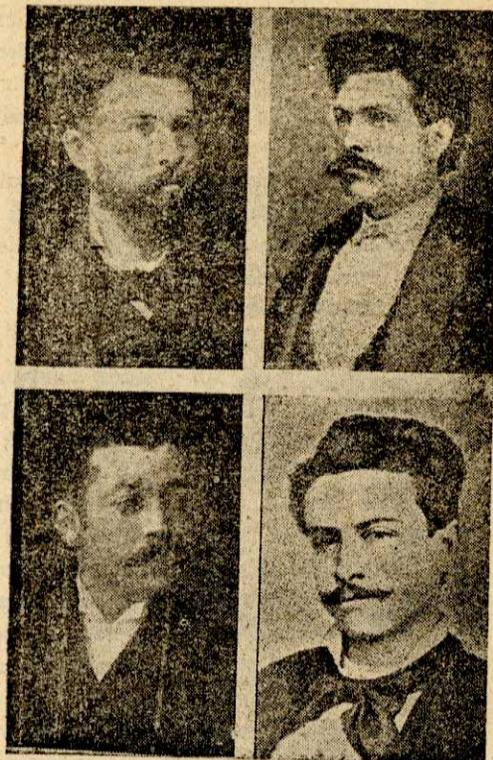
Paralelamente a "El Regenerador", escribía Montalvo en otros periódicos artículos exclusivos para deprimir y acusar a Veintemilla, a Urbina y a todos cuantos, como elementos de influjo, componían el gobierno.

Desde el 16 de Febrero de 1878 se publicaba en Quito un periodiquín político, destinado especialmente a combatir a Veintemilla y su Convención: "La Candela".

Casi en su totalidad "La Candela" salía con los artículos, sin firma alguna, de Montalvo, con su prosa desmenuzadora y llameante. Había ahí la contribución también de dos inteligentes periodistas, amigos entrañables de Montalvo desde la época de "El joven liberal": Manuel Semblantes y Aparicio Ortega.

"La Candela" alcanzó notoriedad dentro y fuera del país, y muchos de sus artículos merecieron la reproducción, recomendada y elogiosa en la prensa continental.

En el Ecuador, la indiferencia y hostilidad pública para con el escritor —que inspiraba aquella célebre hoja suelta "Cosas que el Ecuador debe saber para honra suya", del año anterior,— desapareció sensiblemente.



SOBRINOS DE JUAN MONTALVO:
Adriano, Teodoro y César Montalvo; Ricardo Flores Montalvo; todos, políticos o escritores, muy amados por su tío eminente.

OSCAR EFREN REYES

La oposición para Veintemilla encontró ecos de simpatía en muchos sectores de gente maltratada o perseguida y hasta en filas conservadoras, cuya defensa, más bien como político idealista venía realizando en sus folletos, hojas sueltas y colaboraciones.

Un grupo de distinguidas señoras de Quito patrocinó la idea de obsequiar una imprenta al escritor. Pero éste, con su particular punto de vista sobre las cosas, rechazó la idea. "Lo de la imprenta es ridiculez, escribía. Procure Ud. hacer saber que yo rechazaré ese regalo, por ser de valor y producir utilidad. Un objeto femenino, como la pluma, pudiera yo haber recibido, como prenda honrosa de las señoras. "La pluma" será como "la corona" del Cosmopolita. Lo de la imprenta es intriga de esos pillos: lo que quieren es frustrar esa manifestación de las señoras" . . . (56) .

Pero a los que obsequian no se les puede imponer el objeto, ni rechazarles, como "ridículas", sus concepciones de generosidad; y entre las señoras y los buenos amigos no se volvió a hablar más ni de imprenta ni de pluma alguna.

Ya habría ocasión de favorecer a Montalvo más bien con un "préstamo"; pues que hacía muy po-

(56) Cartas de Montalvo. Recopilación de Isaac I. Barre-
ra. En "Nariz del Diablo", N° 75, del 13 de Abril de 1932.
Carta de 3 de Marzo de 1878.



CELIANO MONGE

Prominente educador, escritor y político. Intimo amigo de Montalvo, fué también su secretario, mientras el escritor vivió en su ciudad o en la Capital de la República.

cos meses no más que ya lo pedía —uno de 300 pesos— para volver a Ipiacas...

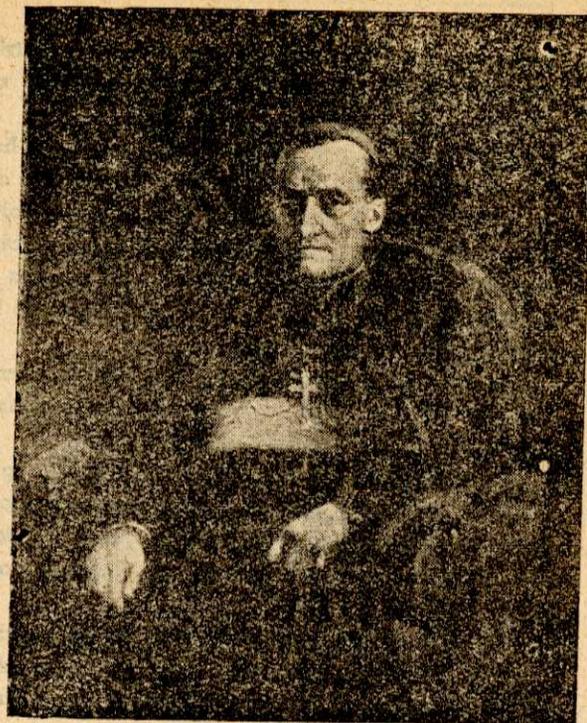
En junio de 1878 apareció el "Desperezo del Regenerador", ya de violento ataque al Presidente Veintemilla (Presidente constitucional por el voto de "su Asamblea" de Ambato), y que puede considerarse como el precursor de las "Catilinarías".

En este folleto consigna ya su impresión del contraste intelectual, moral y político entre el primer hombre público que Montalvo combatió —García Moreno— y el mandatario reciente.

"García Moreno! —exclama— ¡Qué hombre! Este sí: ¡Qué hombre! ¡Nacido para grande hombre, sin ese desvío lamentable de su naturaleza hacia lo malo! Sujeto de grande inteligencia, tirano sabio, jayán de valor y arrojo increíbles, invencionero, ardidoso, rico en arbitrios y expedientes, imaginación socorrida, voluntad fuerte, ímpetu vencedor. ¡Qué lástima! García Moreno hubiese sido el primer hombre de América, si sus poderosas facultades no hubieran sido dedicadas a la obra nefanda de la opresión y la tiranía"...

El 26 de agosto salía el número 12 —el último— de "El Regenerador", de 24 páginas.

Ya no había ni imprenta en donde editarlo. Amargadísimo, había decidido Montalvo abandonar el Ecuador. "Despechado no; pero desconsolado y triste me voy —escribía. De la tiranía hemos caído en la barbarie, de la sangre en las tinieblas:



ILMO. FEDERICO GONZALEZ SUAREZ

Ilustre hombre de ciencia, historiador y patriota ecuatoriano. Reconoció, a pesar de las diferencias políticas, los méritos de Montalvo, y, en la Asamblea Nacional de 1878, declaró, juntamente con Pedro Carbo, su sentimiento por la inasistencia a ella de Montalvo, como Diputado que era por Esmeraldas .

para el hombre de pundonor y libre, no hay patria donde reina la servidumbre con todos sus vicios"...

La persecución por parte de Veintemilla se había reanudado casi desde el día de la clausura de la Convención. El escritor, aún amante de la soledad y de la Naturaleza, sintió su vida insoportable, huyendo de la ciudad, refugiado en los campos y prefiriendo para sus paseos sólo las sombras de la noche, como un delincuente...

Las pruebas de imprenta de sus folletos, corrían sus amigos, y las ediciones mismas se hacían sin la vigilancia e intervención del autor.

Los gobiernistas, por adular a Veintemilla, publicaban artículos y folletos deprimentes para Montalvo. En uno de ellos se le llamaba "tipo de todas las miserias humanas", aunque sin llegar a concretar algunas de ellas... (57)

Montalvo, en esta vez, prescindió ya de las polémicas pequeñas, con gente anónima o menuda. Hasta para el insulto escogió lo principal: el Presidente de la República.

En Ambato tenía un amigo íntimo: el doctor don José María Punina, que, como Francisco Moscoso, respetaba y admiraba fervorosamente a Montalvo. En casa de Punina encontró el ideal escondido

(57) "Caracteres de los libelistas.—"El Regenerador".—Guayaquil, Imp. de "El Comercio". Septiembre 28 de 1878. Págs. 1-47.

hospitalario. Ahí recibía, furtivamente, a sus jóvenes amigos Celiano Monge, Juan Benigno Vela y a sus sobrinos, que le llevaban periódicos, noticias, libros. Ahí comenzó también a escribir las "Catilinarias"...

De Septiembre a Octubre, publicó algunos folletos más: "Los desterrados de Veintemilla y el Regenerador"; "La nueva invasión"; "La peor de las revoluciones"... todos de polémica. (58)

En el mes de Diciembre ocurre el descubrimiento, en Guayaquil, de una conspiración contra el gobierno de Veintemilla, dirigida por Eloy Alfaro. Preso éste y juzgado, corría el peligro de ser fusilado. Publica entonces "Eloy Alfaro" —Diciembre de 1878— en hojas volantes, en defensa del gran amigo, del ecuatoriano generoso que conociera en 1869, del Mecenas eminente... "Alfaro —decía— benemérito amigo de la Patria; hombre de carácter sin igual, por lo útil que pueda ser a la República"...

Por estos tiempos, pasa Montalvo en Ambato o

(58) Y entre uno y otro opúsculo político, da también toques finales a obras definitivas que fueron iniciadas o casi terminadas en Ipiiales. El trabajo sobre "El Genio", de los "Siete Tratados" (vol. II), terminó el 30 de Diciembre de 1878, según fecha puesta por el propio Montalvo al pie del manuscrito original. Así se explican las sátiras y alusiones contemporáneas para "Julio Casco" o castrato de la Academia Ecuatoriana

en Baños, sin dejar de lanzar, de cuando en cuando, hojas sueltas; pues este sistema de guerrilla periodística suple la falta de diarios en el país. En Ambato edita "Los grillos perpetuos" —Enero de 1879,— en favor de Eloy Alfaro también; pues que el futuro caudillo liberal, al ser descubierto en una conspiración dentro de la prisión misma, ha sido martirizado con los medios penitenciarios y punitivos de la época.

A veces, emprende también viajes a Guano, el pueblo de su padre, invitado por cariñosos parientes. Ahí sus primas, que son bellas, no dejarán de dulcificarle la vida...

En todo caso, continúa escribiendo.

Hasta que enmudece de pronto: pues desea desorientar a sus perseguidores.

CAPITULO XXXIX

LA VIDA EN BAÑOS

Predilecciones de romántico y de solitario.—Abismos, torrentes; libros, idilios—Como lo conocieron los habitantes de Baños.

En Baños, al pie del Tungurahua, cerca de las selvas milenarias de Oriente, Montalvo tenía, para sus horas de soledad, un lugar preferido.

Hoy se lo llama "el árbol de Montalvo".

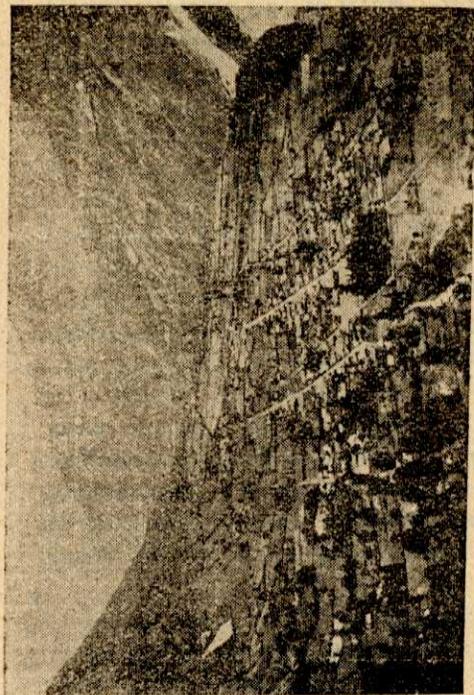
Este era un bello y sombrero paraje, con árboles centenarios y cafetales profundos. La tierra era húmeda, pero, bajo la frondosidad susurrante, ella se recamaba de hierba verde y florida y, a trechos, de mullida hojarasca, que invitaba a tenderse, cuan largo uno era, en ocio voluptuoso.

El árbol preferido, hoy visitado y admirado con cariño por cientos de curiosos, de poetas o de va-

gabundos, se yergue, rotundo, sobre su enorme tronco vertical, y se prodiga en el espacio, con ramazón densa y estupenda. Aquí reclinó, durante muchas horas y en muchos días de su vida, esa cabeza, que era "una enorme explosión de anillos de azabache". Sobre este suelo, ensombrecido y mullido, tendió su cuerpo, haciendo almohada de los libros que llevaba siempre bajo el brazo o de alguna de esas piedras que, hace siglos, debieron de caer, como tizones encendidos, desde las cimas terriblemente conmovidas del Tungurahua.

Hasta hace unos pocos años, lo que ahora aparece como un ancho camino solitario, no era más que un estrecho sendero, bordeado de densos hierbales, que impregnaban el aire, lavado y puro, de penetrantes olores de montaña. Se iba lejos, zigzagueando, hasta cuando alguien codicioso de tierra labrantía, lo puso un límite violento con una cerca.

Por ahí se deslizó cien veces la alta figura cenicienta de Montalvo, de negro y con un sombrero de anchas alas, de esos que usaban los poetas románticos en el propio siglo del escritor. Erró triste o severa, y a diversas horas. Erró cuando ardía el sol a media carrera, caldeado el aire, o cuando el claro oscuro de la tarde proyectaba en el bosque esas sombras de misterio que le sobrecogían al poeta el alma, o cuando en el cielo inmenso, punzado de estrellas, surgía el encanto de las horas



BAÑOS, región de piedra y de verdura, al pie del Tungurahua; rodeada de abismos y torrentes...

felices, de luna clara, sobre la suntuosidad de la naturaleza...

No fue éste, por cierto, el único lugar "predilecto" de Montalvo. Baños es una concentración de maravillas, y Montalvo pasó los días de aquí para allá —en sus "incursiones frecuentes de hijo melancólico de la naturaleza",— unas veces al pie de los indescifrables montes solitarios, sentado en un tronco, cerca de un riachuelo, y otras, echado de bruces sobre una negra roca milenaria "que se irgue pecho afuera sobre los abismos". Sus plantas de errabundo —deportivo o amante,— hollaron los escabrosos senderillos que, entonces, conducían al Badcum, al Ulba —a cuyas orillas escribió los cálidos poemas de amor de adolescente para su Adelaida,— a las vertientes del "Cangrejo" o del Salado. Y familiarizado con el peligro, íbase por la orillas del Pastaza, hollando la superficie de las inmensas moles de basalto o las cimas graníticas por entre los cuales el río, como un resto de cataclismo, se hunde y despedaza atronadoramente...

De estos parajes lo visitó y amó todo, todo.

Estuvo en Baños en las primeras épocas de su vida, cuando venía con sus padres para el "Punt-zang", ya histórico; estuvo a la vuelta de Quito,— de 1853, en que abandonó los estudios universitarios, a 1857, en que emprendió viaje a Europa.— Estuvo largos períodos mientras gobernó García Moreno, de 1860 a 1864. Y de vuelta a la Patria,

en plena borrasca de "El Regenerador", de 1876 a 1879, todavía hace viajes a Baños, como para tomar fuerzas del contacto con esta soledad apasionante. "Voy —anuncia en el N° 3 de "El Regenerador"— a tomar un baño de poesía, a darme un toque de silencio y olvido en en el seno de la naturaleza, a las puertas de las selvas orientales, y procuraré salir león de adonde voy a entrar tigre cebado"...

No asiste, como Diputado por Esmeraldas, a la Convención que se reúne en Ambato en 1878, y al final del N° 8 de "El Regenerador" escribe una nota: "El Regenerador" se va para un monte..." Y desaparece.

Los habitantes de Baños, que lo querían, lo ven y saludan, entonces, por última vez. (59)

(59) A esta época se refiere la descripción, escueta y sin retórica, que ha hecho de Montalvo y de su tiempo, un habitante de Baños:

"En nuestra infancia tuvimos la felicidad de conocer a don Juan Montalvo. Estaríamos en la edad de los 12 a los 14 años. Veíamos que llegaba en casa de Vicente Veloz; y ahí fué cuando llegamos a saber por nuestros mayores que se llamaba así y que era un eminente escritor y estaba perseguido por el Gobierno.—Don Juan era alto de cuerpo, flaco, de color no muy blanco. El rostro, un tanto alargado, la frente espaciosa y la mirada tan penetrante que no la resistíamos Los bigotes eran cortos y no tenía barba; los cabellos crespos y negros

En su juventud debía haber sido esbelto y gallardo, tal como ahora aparece en todos sus retratos; pero cuando le

Vida de Juan Montalvo — 22

OSCAR EFREN REYES

Es el mismo hombre de las épocas anteriores: solitario, sin una sonrisa, triste.

La mayor parte del tiempo íbase al Pastaza.

Así estaba entre cosas inmensas, entre cosas turbulentas. Sus pasiones rugían como ese río; su contextura moral era como esas rocas; su tristeza

conocimos, los años y los sufrimientos, sin duda, le habían identificado un poco, hasta en lo físico, con don Quijote de la Mancha, que hemos visto después Al tiempo de hablar se le inflaban los carrillos, esto es, cuando alguna vez le era imprescindible pronunciar unas pocas palabras Vestía ropa negra, un poncho del mismo color, trabajado en Colombia, según él mismo decía, y sombrero de paja—de alta copa y anchas alas—, y botas rodilleras. Llevaba, casi siempre, un pequeño bote en las manos... y al caminar, parecía que arrastraba los pies

Todos los días iba a "Puntasang", a visitar a su hermana Alegría Montalvo, que era esposa del señor Gaspar González. Cabalgaba en un caballito pequeño, de color moro.

En la primera vez que le ví, pocas semanas permaneció en Baños. Pero pasaría un año, más o menos, y nuevamente vino don Juan, tomando hospedaje en la misma casa.....

Por este tiempo residían en Baños don Miguel y el doctor Pedro Lizaraburo, don Mariano Marañón y otros políticos conservadores de la época. Don Juan a ninguno visitaba, ni era visitado de nadie. Y a pesar de la evidente estrechez geográfica en que se movían todos esos personajes, nunca cruzó palabra con nadie".....

(RAFAEL P. VIEIRA: Discurso pronunciado en el centenario del nacimiento de Montalvo. Baños, 1932).

Al mismo autor de estos recuerdos, corresponde el relato de los siguientes episodios:



CERCANIAS DE BAÑOS

Por los bordes escarpados, o por la cima de rocas negras inclinadas sobre el Pastaza, deambulaba Montalvo, atraído por el misterio de abismos y torrentes ...

La soledad, por otra parte, tuvo siempre, para Montalvo, un significado, decisivo y grave, de libertad. Sólo ahí pudo ser plenamente hombre. Un hombre como era él: adinámico, pero de incoercibles ímpetus mentales y de borrascas interiores; de caprichos enigmáticos; concentrado, romántico y ardorosamente amante.

Desde luego, don Juan tuvo otro lugar, predilecto también, para sus estudios y descanso. Fué una hermosa palma de corozo, de más de 20 metros de altura, que estaba al pié del cerro "Ventanas", a pocos metros del panteón actual. Murió don Juan Montalvo en París el 17 de Enero de 1889 ¡La palma principió a secarse, y se secó por completo! ...

El V. P. Fray Cornelio Halfants (D. S. M.) la mandó cortar, e hizo una hermosa cruz, que la plantó en El Calvario, a la entrada de Baños, el 24 de Diciembre de 1891".....

(Crónicas y antigüedades de Baños, en "El Comercio" de Quito, 11 de Febrero de 1930. Pág. 5).

CAPITULO XL

LOS ULTIMOS ADIOSES

*Imposible seguir en el Ecuador.—
Montalvo abandona su Patria para
siempre.*

Una noche de septiembre de 1879, en Ambato, silenciosos ajeteos en casa del doctor José María Punina.

Se preparan cuadernos, libros y unas pocas maletas. Algunos jóvenes van entrando, uno a uno, por el zaguán oscuro, y avanzan hacia el cuartito escondido en lo más hondo de la morada.

Un hombre, alto y vestido de negro, con un sombrero de anchas alas, bufanda al cuello y lustrasas polainas de charol, recibe las visitas, habla entrecortadamente y da consejos.

Es don Juan Montalvo que se prepara para una nueva proscripción, en esta vez voluntariamente y para siempre.

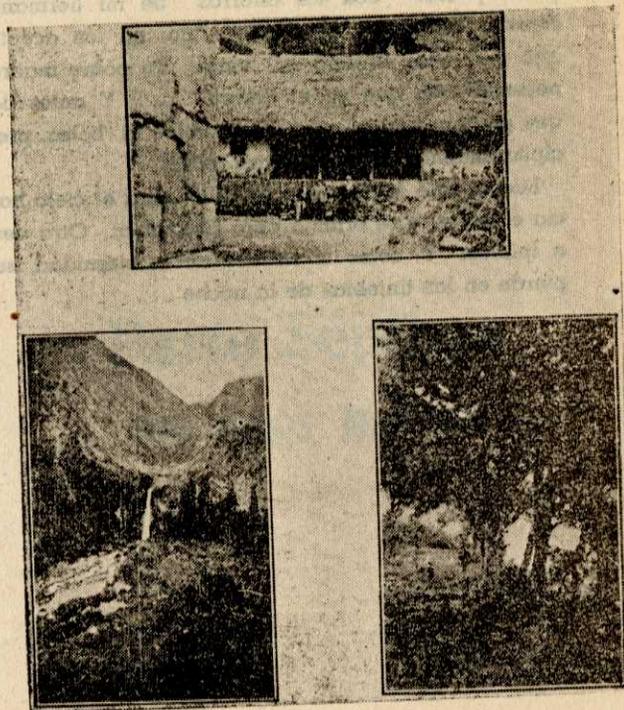
Imposible vivir, no obstante el apego a la soledad y a los sitios agrestes, como un perpetuo fugitivo: huyendo, mucho más que de las órdenes de Veintemilla, del acucioso rencor de los servidores de éste.

Aparte de que el propósito de publicar las "Catinarias" o "La espada de dos filos" —según pensaba denominar esos escritos, al principio,—excitábase de un modo ardiente y pertinaz. Ahí, en ellas, vertería todas las cóleras que levantarán en su corazón las injusticias, la prevención inmotivada o las incomprendiones de los correligionarios; mucho más violentas y sentidas, por cierto, que las que le provocaran los desmanes del terrorismo garciano . . . Haría una epopeya de insultos . . . Injuriaría magistralmente y para la eternidad . . .

Había, pues, que abandonar el país.

Se acercan los jóvenes y reciben, emocionados, el final de despedida. Un sobrino del gran hombre, César Montalvo, es el último que se retira del aposento, oyendo estas palabras: "Si Pancho llega a ser hostilizado, dile a tu mamá que no haga empeños para solicitar su libertad. Mi padre y mi hermano primogénito fueron leones, y no debe ponerse en contingencia nuestro fundado orgullo" . . .

Otro sobrino, niño aún, Ricardo Flores Montalvo, sorpréndele ya en el momento de partir, y trémulo y llorando se arroja en sus brazos. Saca del bolsillo un paquetito y se lo entrega: "Es mamá quien



PAISAJES DE TUNGURAHUA
Lugares de Puntzang, a las orillas del Ulba.

se lo manda", le dice: Don Juan lo toma, lo desata y advierte que ello es una bolsa con monedas de plata y oro. "Son los ahorros de mi hermana Rosa", reflexiona Montalvo: "no; no las acepto hijo mío: Dios cuidará mi viaje. Tu pobre madre necesita más que yo el dinero" . . . Y antes de que pudiera huir el niño, le devuelve la bolsa, precipitadamente, con un abrazo febril.

Luego, sale Montalvo a la calle, mira el cielo hacia el norte y se orienta para Colombia. Otra vez a Ipiales. Y, como si entrase en la eternidad, se pierde en las tinieblas de la noche . . .

Parte Séptima

LOS ODIOS MAXIMOS

Parte Séptima

LOS DIOS MAXIMOS

CAPITULO XLI

LAS "CATILINARIAS"

Otra vez en Ipiates.—Las cuotas para la publicación de las "Catilnarias".—Aparece un entusiasta admirador de Montalvo, don José Miguel Macay.—Montalvo parte a Francia.

Durante unos cuatro meses, Montalvo sintióse, en Ipiates, presa de una angustiosa desorientación.

En verdad, ya no era su deseo ni su propósito pasar, como los siete años anteriores de exilio, en solitaria quietud, esperando días felices que le permitian retornar triunfalmente a la patria.

Las cosas habían cambiado casi totalmente para él: carrera política, en la que soñara desde su adolescencia; familia; amistades poderosas; entusias-

mos populares de su país por las ideas que se empenaba en difundir; reconocimiento nacional de su obra literaria: todo esto o no existía ya, o existía en proporciones que no correspondían a sus esperanzas.

Por otra parte, aunque no le faltaban los auxilios de la juventud amiga de Quito, su "pobreza de filósofo" se acentuaba día a día.

Llegó en la casa cariñosa, ya conocida, del doctor Ramón Rosero. Pero Montalvo sintió que no debía ser más que un huésped transitorio. Hasta la hospitalidad misma de Ipiates volvióse, por el afán de proteger y de defender a Montalvo contra todos las gestiones diplomáticas para internarle al Patía, asunto de delicadeza.

Montalvo observó diversidad de caminos, como solución: regresar al país, voluntariamente, aun para arrostrar las molestias que podían sobrevenirle por su posición combativa; marchar a Panamá; ir a Europa; o acelerar la publicación de sus libros definitivos . . .

Pero para todo esto surgía un obstáculo todopoderoso— el obstáculo que amargó y frustró muchas cosas buenas de su vida: la falta de dinero.

Renunció a regresar al país, solamente luego de unas semanas agitadas en que las masas liberales del Carchi, descontentas por el gobierno de Veintemilla, comenzaron a tramar subversiones y a gritar por calles y plazas: "Viva Juan Montalvo!", "Abajo Veintemilla!". En Tulcán un grupo de ciudadanos

CATILINARIAS

POR

JUAN MONTALVO.



PRIMERA.

PANAMA:

IMPRENTA DE "LA ESTRELLA DE PANAMA,"

JUAN BODD, PROPIETARIO.

1880.

apresó a la primera autoridad, proclamó la insurrección y enunció la Jefatura Suprema de Montalvo.

Verdad que el movimiento fracasó al día siguiente. Pero las noticias oficiales acerca de él llegaron abultadas al Palacio de Gobierno, y Veintemilla comenzó a perseguir no sólo a los ciudadanos que tomaron parte en dicho movimiento, acaudillado principalmente por conocidos amigos de Montalvo —los Arellanos, Acostas, Burbanos y Martínez,— sino a los ecuatorianos refugiados en Colombia.

La solución del retorno quedó, pues, definitivamente anulada.

Un distinguido amigo de Eloy Alfaro, don José Miguel Macay —a quien Juan Montalvo cita en una de sus cartas al Ecuador llamándole "un tal Macay",— propuso generosamente al escritor la publicación de sus libros.

Desde luego, lo primero que deseaba publicar Montalvo era la serie de las "Catilinarías," que fueran iniciadas en Ambato y en Baños. Con ellas quería no solamente discutir actos de gobierno como en "El Regenerador," sino "inmortalizarle al mudo Veintemilla" con el ataque personal, con el insulto sangriento que, además de sangriento, fuese magnífico.

Habló a sus amigos de estos proyectos. Los amigos acudieron, naturalmente, presurosos con sus cuotas para la publicación de esas injurias, que

interpretaban, corrosiva y ásperamente, sus propias cóleras. Eloy Alfaro, víctima también de los malos tratos de Veintemilla, volvió a ser espléndido y fué su dinero, principalmente, que se puso a disposición de Montalvo, para la edición del famoso libelo.

Una dificultad a tiempo: Montalvo se acordaba que, para llamarle, a boca llena, estafador, tramposo o ladrón, tenía él mismo que cumplir antes una obligación para con Ignacio de Veintemilla.

Y era que Montalvo debía también a Veintemilla; pues éste, encontrándose en París en el año de 1869, recibiera solicitud del escritor de un préstamo de 200 pesos, para salir de "un terrible aprieto". Los pesos le fueran concedidos a Montalvo. Y habían transcurrido nueve años, sin que el préstamo se pudiese pagar. Como una multitud de varios otros "préstamos", desde luego.

Montalvo expresó que, previamente a las "Catilinarías" se debía pagar esa suma. "Hasta ahora no he podido tratarle como se le debe tratar —le escribe a don Rafael Portilla, pidiéndole los 200 pesos para el efecto . . . —a causa de ser deudor suyo, aunque de esa miseria. Quedando yo solventado y libre de ese amargo recuerdo, ya podré echarle a los perros, todo él despedazado, como lo exige la pobre Patria moribunda" . . .

Con otro préstamo, pues, se pagó la deuda a Veintemilla.

Y nada de apoyos de gente cercana al Gobierno. El señor C . . . (acaso don Pedro Carbo), le escribió a Montalvo, ofreciéndole recursos. "A él yo nada le admito —escribe Montalvo,— mientras no le vea uno mismo con nosotros, como antes" . . .

Y emprendió la marcha a Panamá. Así la situación iba resolviéndose por sí misma.

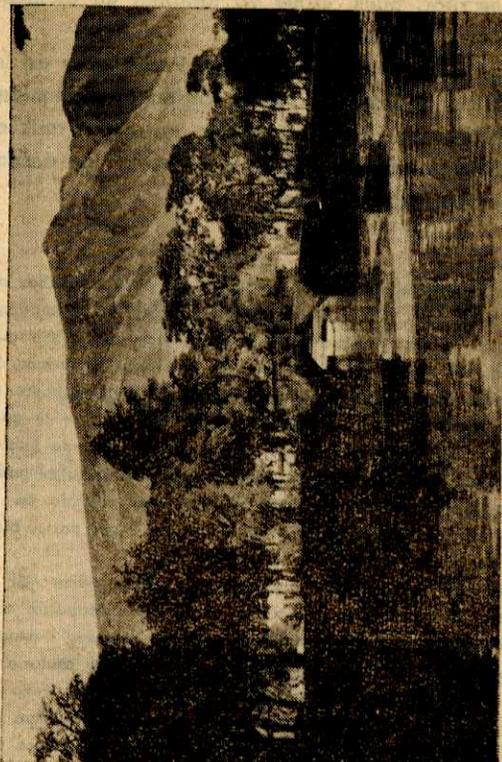
En Panamá comenzó la edición de las "Catilinarias". Una a una, por entregas, como revista.

Inundaron América las "Catilinarias". Volaron hasta Europa. Y al Ecuador se introducían como artículos de contrabando, por Esmeraldas, por Manabí, por el Guayas.

La injuria inmensa, apocalíptica, contra el Presidente del Ecuador, llamó la atención continental, pues que la prosa castellana del panfleto era no solamente de las más puras y elegantes, sino de las más armoniosas y artísticas del siglo.

Con el Presidente de la República, recibían también su parte de sarcasmo torrencial o de insulto homérico numerosos ecuatorianos, inclusive correccionistas, amigos y hasta compañeros que fueran del propio Montalvo. Todos los resentimientos acumulados desde hacía años; todas las antipatías, ímpetus vengativos, envidias rencorosas y malas pasiones salían por las páginas de esos cuadernos en eclosión estupenda.

Desde Urbina y Robles hasta Antonio Borrero y los Gómez de la Torre; y desde sus camaradas en



ALREDEDORES DE QUITO
Un lugar de la Alameda.

Y esa prescindencia de su amigo Eloy Alfaro, disgustábale sobremanera a Montalvo...

El escritor, pues, érase ya también un dictador sobre sus amigos políticos.

Y, de llegar el solitario a la Presidencia de la República, no hay duda que, con sus procedimientos absorbentes, habría impuesto, en efecto, ante el asombro de sus propios conmlitones, los despotismos más extravagantes.

de Hispano-América" (Jorge Isaacs), no es para conturbar mi espíritu ni para verter amargura en mi corazón. Demagogo el autor de las "Lecciones al pueblo"; hay bribonada que acredite un mundo de mala fe? Así aborrezco la tiranía de uno solo como la de muchos; y, mal por mal, primero el tirano solitario: éste no tiene sino una cabeza y se la puede echar de un tajo al suelo: el verdugo se pica de honra, y no anda con tiquis miquis. Opresor de cien cabezas, cosa mala: guárdenos el cielo para siempre del reinado de la gente del gordillo: la Hidra muerde por cualquier parte, bien como la araña ve con todo el cuerpo"...

Y agrega lo que haría de conductor democrático: "Si la demagogia consiste en corromper al pueblo, infundirle ambición insensata y aborrecimiento parricida, no soy demagogo, nunca lo he sido. En mis manos, el pueblo andaría a buen paso, la cerviz alta, garboso y noble; pero su freno de oro no se llevara nunca, porque las riendas estuvieran en firme. Enseñarle, ilustrarle, elevarle hasta donde ofrece sujeto: menoscabo en el principio de autoridad, ni un punjo. Escarseos y bohordes de pura lozanía, cuando quiera; resabios impertinentes, "manco male", qué sofrenadas fueran esas!"... (SIETE TRATADOS, vol. II, Cap. "Los banquetes de los filósofos". Ed. de 1882, páginas 223-224).

Parte Octava

LOS RESPLANDORES DE LA CELEBRIDAD Y EL SUDARIO DE PARIS

CAPITULO XLIII

LOS "SIETE TRATADOS"

Montalvo llega a Francia por tercera vez.—Se editan los "Siete Tratados".—Los aplausos de prominentes hombres de letras de Europa.

Montalvo llegó a París por Octubre de 1881.

Era éste su tercer viaje a Francia. Y el último también.

Vivir, escribir y editar en un gran centro intelectual fué la obsesión de toda su vida. Solamente así se reconocería su valer y podrían irradiarse sus ideas sobre el mundo.

Por fin estaba, pues, en París, la ciudad deslumbradora, amada y admirada. Y admirada por Montalvo, antes que por los encantos mundanos, que desechaba, por el prestigio de su cultura y

su brillantez intelectual. Pensar en Francia, desde su capital, era pensar para todos los pueblos de la tierra. Era la gloria auténtica...

Una porción de papeles y de legajos manuscritos llenaba el equipaje del ecuatoriano. Ahí estaban los originales, ya completos y perfectamente corregidos, de los "Siete Tratados", ensayos de sentido universal y que Montalvo conceptuaba y apreciaba como la primera de sus obras; los "Capítulos que se le olvidaron a Cervantes"; buen número de artículos y ensayos que podrían ser la base de una publicación periódica o de subsiguientes libros; cinco dramas completos, y un tratado de amor, "Geometría Moral".

Todo el año de 1881, sin embargo, pasó atendiendo las "Catilinarias"; pues que no dejaba de agregar, desde París, notas y artículos que debían ponerse en los últimos cuadernos.

Y realizaba la gestión principal para iniciar la edición de los "Siete Tratados": acercar fondos.

En concepto de suscripciones adelantadas o de préstamos, varios ecuatorianos de fortuna residentes en París aportaron una buena suma. El dinero que para el mismo objeto, recogiera con ahinco Eloy Alfaro en Panamá, se había invertido, transitoriamente, en los gastos de una conspiración contra Veintemilla. Había que esperar el reembolso; ya que esa inversión fué aplaudida por el propio Montalvo: "primero es la libertad que la literatura", le había escrito a Eloy Alfaro.

Por fin, en 1882, se dió principio a la edición, en la imprenta de José Jacquín, en Besançon.

Grande era la impaciencia de Montalvo, al advertir la poca celeridad del trabajo y los contratiempos que sobrevinieran: primero la muerte del corrector de pruebas, don Juan Bautista Guim, "español chapado a la antigua", pero muy cuidadoso, y luego, la muerte del impresor mismo, Mr. Jacquín.

En esos talleres continuaron, sin embargo, los trabajos, y las pruebas le remitían a Montalvo a París. Este sistema de editar, desde luego, no era nuevo para Montalvo; ya que, la mayor parte de "El Cosmopolita" y de "El Regenerador" redactaba y corregía desde Ambato, cuando esos boletines se imprimían en Quito. También acababan de salir las últimas "Catilinarias", en Panamá, estando Montalvo en París.

Por fin, casi a mediados de 1883 se termina la impresión y se encuaderna la obra. Los "Siete Tratados", comienzan en seguida a circular.

Sendos ejemplares van a los escritorios de eminentes hombres de letras de Francia, de Inglaterra, de Italia, de Centro y Sud América y de España.

El comentario elogioso y la carta admirativa surgen enseguida. El polemista ya famoso en Hispano América, proyecta, con este libro, su prestigio de ensayista sobre los mejores centros intelectuales del mundo.

Como lo había previsto y esperado Juan Montal-

LOS HÉROES

DE LA EMANCIPACION DE LA RAZA HISPANO-AMERICANA

SIMON BOLIVAR

Al tiempo que el Genio de la guerra se coronaba emperador de Francia por mano de un pontífice cautivo, corría la Eúropa un hijo del Nuevo Mundo, poseído de inquietud indefinible que no le daba punto de reposo. De ciudad en ciudad, de gente en gente, ni el estudio le distrae, ni los placeres le encadenan, y pasa, y vuelve, y se agita como la pitonisa atormentada por un secreto divino. *Est Deus in nobis*, exclama el poeta, gimiendo bajo el poder de Apolo, en la desesperacion que le causa la tiranía de las Musas. Dios está en el pecho del poeta, Dios en el del filósofo, Dios en el del santo, Dios en el del héroe, Dios en el de todo hombre que nace al mundo con destino digno de su Creador: belleza, verdad, beatitud son cosas dignas de él: la libertad es también digna de él: él es el libre por excelencia: la libertad es bella, verdadera, santa, y por lo mismo tres veces digna de Dios. No el Genio impuro del vicio, ni el amable Genio del placer le poseen a ese desconocido, sino un Genio superior á todos, el primero en la gerarquía mundana, el Genio de la libertad encendido en las llamas

UNA PAGINA DE LA PRIMERA EDICION DE LOS
"Siete Tratados"

En un ejemplar
de la obra de S. Bolívar
de la obra de S. Bolívar

S. Bolívar

El tiempo que el Genio de la guerra se coronaba emperador de Francia por mano de un pontífice cautivo, corría la Eúropa un hijo del Nuevo Mundo, poseído de inquietud indefinible que no le daba punto de reposo. De ciudad en ciudad, de gente en gente, ni el estudio le distrae, ni los placeres le encadenan, y pasa, y vuelve, y se agita como la pitonisa atormentada por un secreto divino. *Est Deus in nobis*, exclama el poeta, gimiendo bajo el poder de Apolo, en la desesperacion que le causa la tiranía de las Musas. Dios está en el pecho del poeta, Dios en el del filósofo, Dios en el del santo, Dios en el del héroe, Dios en el de todo hombre que nace al mundo con destino digno de su Creador: belleza, verdad, beatitud son cosas dignas de él: la libertad es también digna de él: él es el libre por excelencia: la libertad es bella, verdadera, santa, y por lo mismo tres veces digna de Dios. No el Genio impuro del vicio, ni el amable Genio del placer le poseen a ese desconocido, sino un Genio superior á todos, el primero en la gerarquía mundana, el Genio de la libertad encendido en las llamas

EL MANUSCRITO QUE CORRESPONDE A LA
primera página de los "Siete Tratados"

vo, con los "Siete Tratados" se le abrieron las puertas de la gloria literaria.

De Italia recibió cartas de César Cantú y de Edmundo D' Amicis, con frases consagradoras. Cantú, el historiador de prestigio universal al recibir, en obsequio, los dos tomos de los "Siete Tratados", le informaba al autor que ya los conocía y que precisamente uno de esos tratados —"El Buscapié"— acababa de ser vertido al italiano. Le expresaba, además, con exquisita cortesía, su inconformidad con algunos puntos de vista adoptados por el escritor ecuatoriano para cuestiones históricas o políticas, o para apreciaciones literarias. Pero "esto no es óbice —le decía— para que yo admire las grandes intenciones, la vasta erudición, la rectitud moral, la elevación constante de Juan Montalvo"...

Y agregaba Cantú: "Os suplico me ofrezcáis oportunidad de manifestarme adicto al hombre ilustre que honra a su patria y al género humano"...

Y Edmundo D' Amicis decíale a Montalvo, en carta de ese mismo mes de septiembre de 1883: "Después de las merecidas alabanzas que de vuestra obra han hecho tantos valores eminentes, no me atrevo a exponeros mi admiración, la cual es grande, ya por la verdad y la rareza de las ideas, ya por la belleza de la forma, ya por la elevación del intento. Orgulloso estoy verdaderamente, y feliz me conceptúo, de que mi nombre haya llegado



JOSE ENRIQUE RODO

Prominente escritor uruguayo, que escribió uno de los estudios críticos más notables sobre la obra de Montalvo.

a vuestra noticia y haya despertado simpatía hacia mí dentro de vuestro pecho"...

Con el éxito literario vino también el económico. La venta activa de los "Siete Tratados" produjo apreciables sumas, y por fin le fue dable a Montalvo realizar, siquiera por breve tiempo, sus sueños de suntuoso. Invirtió en trajes elegantísimos; compró objetos para los amigos; envió regalos a sus queridas hermanas distantes. A Colombia Alfaro —hija de su gran amigo Eloy— le remitió un piano "de los mejores" como recuerdo.

Y tuvo dinero propio para viajar...

Eminentes escritores de España elogiaron a Montalvo. La prensa se le mostró admirativa: y una ilustre gallega, la Sra. Emilia Pardo Bazán, y otros colegas de prensa, le sugirieron una visita a España.

El escritor preparó su equipaje para Madrid.

CAPITULO XLIV

MONTALVO EN ESPAÑA

El viaje a Madrid.—Ramón de Campoamor, admirador de Montalvo.—Disgusto con el académico Fernández de Guerra y Orbe.—Amistad con Emilia Pardo Bazán, Emilio Castelar y Núñez de Arce.—La Academia no acepta a Montalvo.

En los primeros días de Junio de 1883, Montalvo emprendió su viaje a España.

Tomó la ruta directa de Madrid; pues en esta vez —que era la segunda de sus incursiones por España,— ya no trataba de conocer las ciudades y los pueblos de la raza de sus mayores, para evocar hechos de la historia o conocer nuevas costumbres, sino de ponerse en contacto con el mun-

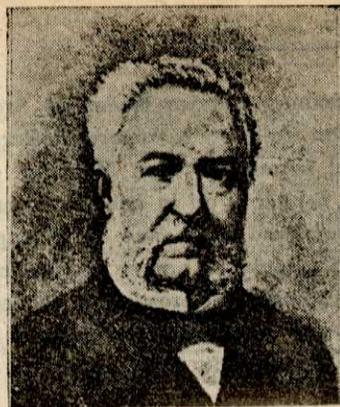
do intelectual ibérico, con los grandes literatos que él conociera y admirara solamente a través de los libros.

No llevó cartas de sus amigos españoles o franceses de París: llevó en su equipaje un buen número de ejemplares de los "Siete Tratados".

Un amigo de Montalvo —Mr. de Maulemans,— presentóle a Eduardo Calcaño, el ilustre diplomático venezolano, que ya admirara al Cosmopolita desde hacía mucho tiempo atrás. Eduardo Calcaño, hombre de gran cultura y ya muy bien querido entre las gentes de letras, se encargó de presentarle a los demás... A los demás, por cierto, a quienes no recibiera Montalvo, en cortés visita, a su llegada a Madrid...

Eduardo Calcaño le presentó a Campoamor; y si bien entre el escritor ecuatoriano y el eminente poeta español de las "Doloras", no llegara a establecerse una amistad íntima, como hubiera deseado Montalvo, ello no fué obstáculo para que Campoamor siguiese admirándolo y estimándolo. A Montalvo le chocó la exuberante campechanería y el espíritu sin solemnidad del poeta español, y a éste, a pesar de su gran experiencia mundana, no dejó de sorprenderle ese carácter demasiado arisco y ceremonioso... (64)

(64) El escritor venezolano don Juan Vicente Camacho, en un artículo publicado en el año de 1929, relata así el encuen-



LOS POETAS RAMON DE CAMPOAMOR Y Gaspar Núñez de Arce, el orador Emilio Castelar y el novelista Juan Valera fueron los principales amigos de Montalvo en Madrid, y organizaron en su honor los más calurosos homenajes, llegando a proponer, inclusive, el ingreso de Montalvo en la Real Academia de la Lengua.

Ramón de Campoamor, Gaspar Núñez de Arce, Emilio Castelar, Juan Valera y la señora de Pardo Bazán, quisieron el ingreso de Juan Montalvo en la Real Academia Española de la Lengua. Y propusieron su nombramiento en el seno de la corporación, como un homenaje al primer escritor hispanoamericano. Y a pesar del prestigio y del interés de Emilio Castelar y de los razonamientos de Gaspar Núñez de Arce y de Campoamor y de

tro, en una calle pública de Madrid, entre Montalvo y Campoamor, presentados por Eduardo Calcaño:

—Don Ramón, venimos de su casa. Nos dijo el criado que usted había salido; pero que volvería pronto.

—Y por qué no me esperaron, pues para allá voy, no han debido molestarse viniendo hasta acá.

—Oh, no, el impaciente fué mi compañero; me propuso que viniéramos a encontrarlo y mire como nuestra buena suerte, nos ha juntado tan pronto.

—Hombre y con tanta satisfacción para mí, su compañero es...

—Voy a tener el gusto de presentárselo, mi compañero es, Juan Montalvo.

Nombrar a Juan Montalvo, fué para Campoamor una de esas impresiones que desconciertan a los hombres y hasta les hacen perder el equilibrio; abrió los brazos y quitándose de ruidos, por encima de todo escrúpulo de cumplimiento, le dió un abrazo y tales palmadas en la espalda, que es fama que se oyeron en el Ecuador. Usted es Juan Montalvo?: otro abrazo. Precisamente estoy leyendo sus "Siete Tratados".

A Montalvo se le habían aguado los ojos: señor, le dijo,

unos cuantos votos favorables, la Academia rechazó el propósito de ingresar a Juan Montalvo en ella, donde —como en toda Academia— más primaban el criterio conservador, religioso y de casta, y la gazmoñería, con todos sus matices, que la inteligencia serena para la valoración justa de las obras y de los hombres.

Los viejos gazmoños de la Academia, advirtieron que Montalvo, si muy ducho escritor castella-

cuánta honra para mí y si no basta con mi palabra, don Eduardo le dirá, que la primera persona a quien yo quería conocer en esta capital era a usted. Confieso que me entró desazón de que el criado no dijera verdad cuando nos dijo que usted había salido; pido mil perdones por mi juicio temerario. En usted el hombre es tan noble, como grande el poeta.

—Calle esa boca, le dijo Campoamor y vamos andando. Dígame una cosa, es cierto lo que dice usted en sus "Siete Tratados". (Vol. I, pág. 24, ed. de 1882) que en el Ecuador los monos y que

—Se equivoca por la mitad de la barba, Don Ramón, yo digo allí que lo he leído: no digo que lo he visto: relea el Tratado en referencia y verá como es así.

—No tendría mucho de particular, replicó Campoamor, sería una comprobación de la teoría de Darwin, y de los productos híbridos. Y vinieron a cuento los amores de la cortesana Glauca y los de Pasífae con el toro de Maratón.

Eduardo Calcaño, que conocía a Montalvo, intervino en la conversación y habló de las letras americanas y con aquella voz que le sonaba como música les hizo olvidar la teoría de Darwin que tan mal le había caído a Montalvo.

no, adolecía, en cambio, de ideas liberales. Esa secta literaria odiaba a los librepensadores.

Tal incidente, Montalvo casi lo había previsto: pues unos días antes de la proposición, al visitar Juan Montalvo, en compañía de don Eduardo Calcaño, el local de la Academia, tuvo ya su mal rato con el bibliotecario don Aureliano Fernández de Guerra y Orbe, erudito que "a fuerza de apellidos ya iba quedando sin el nombre".

Y ocurrió que en la tal visita, al ser presentado por el Ministro de Venezuela al señor Fernández de Guerra y Orbe, Montalvo fué descomedidamente tratado por éste. El descomedimiento y la grosería del académico, se produjo en recriminaciones precisamente sobre los "Siete Tratados", o sea sobre el libro que los amigos del es-

En todo el resto del camino, Montalvo no habló una palabra, llevaba un gesto de vinagre doble y cuando llegaron a la casa de Campoamor, no hubo forma ni manera de que pasara del dintel de la puerta, como si le hubieran salido raíces en los pies.

—Pero, cómo, dijo Campoamor, usted no pasa adelante, Don Juan?

—Hoy no, otro día, ya es tarde.

—Mi casa está a la entera disposición de usted; vuelva como a la suya propia, verá qué ratos vamos a pasar juntos.

—Muchas gracias, hasta mañana.

Si al otro día fué Montalvo a casa de Campoamor, no sé; pero si lo hizo, no fué llevándose todas consigo; así era de austero".

(Juan Vicente Camacho: "Las rebeldías de Montalvo". En "El Comercio", de Quito, 15 de Setiembre de 1929, pág. 3).

critor ecuatoriano presentaban como la justificación de su deseo de contarle como su colega.

Y aunque el Secretario de la Academia correspondiera la visita —durante la cual Montalvo le tratara con la exquisita urbanidad y señorío que acostumbraba siempre y que para el señor Fernández constituía una lección,—las suspicacias del fanático se sobrepusieron a toda consideración netamente literaria o científica, y la propaganda se hizo en sentido adverso.

Montalvo llamó despectivamente a todos estos caballeros "académicos de Tirteafuera"; y, con su natural soberbia, desechó todo propósito amigable de insistencia para conseguir honores académicos. "Yo valgo fuera de la Academia"...

Durante todos esos meses de Junio y Julio de 1883, pasó Montalvo en Madrid, a pesar de los incidentes anotados, en puras relaciones amistosas con literatos y periodistas. La prensa en general —y singularmente "La Correspondencia de España," "El Globo" y "El Progreso", de esos días, trató al escritor ecuatoriano con delicada atención, como en desagravio del desaire inferido por el fanatismo religioso de los académicos.

Luego, regresó a París.

En los literatos de España y entre todos cuantos le habían tratado, dejaba una impresión profunda de su original personalidad.

Años después, revivía sus impresiones de 1883 el insigne Gaspar Núñez de Arce:

"Conocí a este escritor eximio en un rápido viaje que hizo a Madrid, y desde entonces, a pesar de los años transcurridos, no se ha borrado de mi memoria la impresión que en mí produjo. Era un hombre todavía joven, alto y enjuto, de cabello negro y crespo, de frente despejada, cuya serenidad turbaban de vez en cuando ligeras contracciones, quien sabe si a impulsos de algún recuerdo penoso y sombrío! Tenía la coloración mate tan frecuente en los hijos de los trópicos: la palabra lenta y monótona; la boca desdeñosa, nada propensa a la risa, y los ojos brillantes, aunque de mirada vaga e incierta, como si anduviera buscando el camino, aun ignorado, por donde penetrar, siquiera fuese a la fuerza, en las honduras de lo infinito. Sin embargo, bajo aquella apariencia fría y melancólica, ocultábase quizás un sér humano atormentado por pasiones ardientes, de voluntad firme y concentrada, receloso, inquieto, enamorado talvez de un ideal imposible... En una de nuestras entrevistas tuvo la bondad de regalarme su obra más importante, los "Siete Tratados." No hay para qué decir, sabiendo el efecto que me había causado la persona de su autor, si leería vivamente interesado el libro... Confieso que sentí no poca satisfacción interior cuando confirmé, al acabar la lectura, el juicio que de él había formado. En aquel cuerpo de criollo, apacible y al

Atención por la ilustración y la cultura
 un espíritu como el de los que
 se de de naciones de América, entendiendo
 el pueblo sigue. El espíritu de la época
 no tiene un valor en el momento, entre
 los pueblos americanos, y éstos, de una
 impresión de los que, en la época, se
 ha extendido. En 1883, esta impresión
 algunos de ellos se ven, sin embargo, con
 grandes de un lado, como en el caso
 de un gran espíritu, para una gran
 parte, con el mundo entero. No, como
 el espíritu de la época, que antes
 que toda otra cosa, y como una gran
 parte de la humanidad de un espíritu, y
 más aún de un lado de la época. La dis-
 tancia no existe, el mundo es un solo
 todo, una gran que no habíamos acordado
 en las ideas, la raza española sería una
 gran familia repartida en una
 gran parte del mundo, y así el libro
 símbolo de su majestad y poderío, en
 la era de la república, respeto, y de un tenor
 entre las gentes, familia, señores de
 las glorias de España, y de sus esperanzas
 en la época, como en el caso de un gran
 de España, no habíamos acordado, pero
 cuando se dio al mundo, al más alto
 lugar entre los pueblos.

BRINDIS DE MONTALVO EN ESPAÑA

parecer indolente, encerrábase un espíritu audaz, impulsivo, como ahora se dice, hasta la violencia, preparado por su cultura para la lucha intelectual y por la energía de su carácter para las luchas de la vida"...

Por este mismo tiempo, aunque rechazado Montalvo por los académicos de Madrid, varios nombramientos y distinciones honoríficos le fueron conferidos al escritor.

Ya en Mayo de 1883 la Academia Franco-Hispano-Portuguesa, de Tolosa, le nombrara su Miembro Correspondiente, no sin advertirle que a ella pertenecían "los hombres más eminentes en la literatura, las ciencias y las artes".

El Ministro de Venezuela, don Eduardo Calcaño, gestionó de su Gobierno, como en desagravio de los momentos ingratos que pasara con él en los salones de la Academia Española, la Condecoración de Quinta Clase del Busto del Libertador para Juan Montalvo.

Esta condecoración, le fué concedida, en efecto, en Noviembre de ese mismo año de 1883.

Varias asociaciones literarias centroamericanas, como la de "El Porvenir", de Guatemala, le designaron Miembro Honorario; y, en octubre de 1884, la "Unión Literaria Ibero-Americana", de Madrid, le nombró Socio de Mérito y Protector de ella.

CAPITULO XLV

LA PATRIA DISTANTE

En tanto, lo que ocurría en el Ecuador.—El prestigio popular de Veintemilla, primero, y su caída después.—¿"Cuáles son más ruines, los terroristas o los liberales?".

Mientras Juan Montalvo gozaba de sus triunfos literarios en Europa, la política de su patria había tomado rumbos inesperados.

Ignacio de Veintemilla, el Presidente mortalmente odiado por Montalvo, gozaba de una popularidad inmensa en el Ecuador. Como "Capitán General de los ejércitos" de este país, había logrado organizarlos y disciplinarlos y equiparlos brillantemente. Veintemilla se convirtió en ídolo de oficiales y soldados.

Circunstancias especiales favorecían el prestigio de Veintemilla entre las muchedumbres; pues que los ingresos fiscales se multiplicaron prodigiosamente, por la intensificación comercial que sobreviniera en el país; y la moneda se tonificó gracias a un inusitado y feliz incremento de ventas internacionales de cacao, caucho y cascarilla.

El Gobierno, rico y opulento, derrochó fabulosamente, para dar alegría a las masas: dió fiestas espléndidas en las plazas públicas para los pobres, y sistematizó los saraos oficiales para los sectores distinguidos de la sociedad.

El Teatro "Sucre" fué obra suya, en el empeño de procurarle placeres a su pueblo. Verdad que Sarah Bernhard no vino al Ecuador sino un año después de la caída de Veintemilla; pero éste dejara el Teatro "Olmedo" de Guayaquil en condiciones como para recibirla y atenderla con las comodidades que permitían esos tiempos.

Y el pueblo ecuatoriano, materializado y saboreando placeres de bodas de Camacho, sintióse, por unos años, vencido y con muy pocas ganas de echar al gobierno. "Pueblo miserable", comentará Montalvo.

Este Gobierno debía terminar su período constitucional en agosto de 1882. Seis años de gozo popular y político iban a pasar a la Historia como una de las épocas más fastuosas de la vida nacional del Ecuador.

Terminando en paz su período gubernativo, Veintemilla acaso habría conseguido el olvido de las "Catilnarias" y el menosprecio nacional contemporáneo más bien hacia el panfletario.

Pero surgieron el envanecimiento, la ambición y el pérfido consejo; y Veintemilla, deslumbrado con su popularidad y con la adhesión fervorosa de "sus ejércitos", consintió y estimuló la propaganda para su continuación en el poder.

Con la Constitución que él mismo rompió —de 1869,— habría podido continuar; porque ella no prohibía la reelección. Pero con la de 1878, tenía que renunciar a toda idea de dominación posterior al 31 de agosto de 1882.

Proclamóse una Jefatura Suprema. Era un golpe de estado realizado por el propio Presidente de la República en su beneficio.

Esto ocurría por Marzo de 1882.

A los pocos días la guerra civil ardía de un confín a otro de la República. Grupos audacísimos de ciudadanos asaltaban los cuarteles y captaban las armas y se diseminaban en guerrillas. Ya no era, pues, el del Ecuador "pueblo miserable".

Liberales y conservadores coincidieron en que debía organizarse la resistencia armada contra la dictadura.

Todo ese año de 1882 fué de un batallar violento y de extraordinaria persistencia, tanto más admirable cuanto más fuerte era la decisión de las tropas por Veintemilla

Este acudió a toda medida para reprimir los levantamientos, inclusive destierros, en masa, de ciudadanía dirigente. En uno de éstos salió un buen número de amigos y conterráneos de Montalvo. Su íntimo Pancho Moscoso, el educador ambateño, fué echado a Centro América; su hermano Francisco Javier Montalvo, juntamente con los sobrinos Adriano y César pasó a Ipiales, donde, para emplear con provecho la soledad, se dedicó a escribir una "Historia de la Literatura Universal," materia de su dominio, ya que fuera profesor de ella durante varios años, en el Colegio de San Fernando, de Quito.

A Juan Montalvo le llegaron a París noticias penosas en relación con tales sucesos. Pero en seguida tuvo una satisfacción: Veintemilla, a pesar de la bravísima defensa de sus soldados, había sido derrotado.

El 9 de Julio de 1883 entraron en Guayaquil las fuerzas coaligadas contra el Jefe Supremo; y éste tuvo que escapar con toda celeridad, sacando del Banco del Ecuador la suma de 20.000 pesos, por cuenta de depósitos del Estado...

Montalvo, al conocer el acontecimiento, tuvo deseos de retornar a la patria. "Ojalá llegara yo a tiempo —escribía a su amigo Rafael Portilla— para coger allí al malhechor; la horca quedaría de ejemplo para los malvados de su linaje". Y agregaba en seguida: "Mucho me temo que Alfaro se deje influir por su corazón de madre"...

Pero ni Veintemilla se dejó coger por Alfaro, ni Montalvo pudo venir a castigar al "malhechor".

El Ecuador entró, a poco, en un período caótico; pues se contaban tres gobiernos en el país: don Pedro Carbo, Jefe Supremo de Guayaquil; Eloy Alfaro, Jefe Supremo de Manabí y Esmeraldas, y un Pentavirato, con sus respectivos suplentes, en la Capital... (65)

Se convocó la Asamblea Nacional Constituyente, como ya era de rigor después de cada revuelta o dictadura; y ella, reunida el 11 de octubre de ese mismo año, compuesta en su mayor parte de conservadores, y presidida por el general Francisco Javier Salazar, eligió a don José María Plácido Caamaño Presidente Constitucional de la República para el período de 1884 a 1888. El liberalismo, escaso aún y dividido, había fracasado.

Siquiera unos pocos votos, de minoría, obtuvo Alfaro en dicha Convención. De Montalvo no se acordó nadie..

Presa de indignación arrolladora escribía, entonces, sin cuidarse de conseguir previamente una información más axacta:

"Alfaro me comunicaba todo, pero en nada "estaba de acuerdo" conmigo: no se equivoquen

(65) Este último gobierno ridículo, de 10 personas, fué atacado por Francisco Javier Montalvo y Ricardo Flores Montalvo, hermano y sobrino, en el orden que se indica, de don Juan, desde las columnas de un periodiquín ambateño: "La Crónica".

ustedes. Un sesudo cualquiera le convence más que yo; y como usted sabrá, el sucio Javier fué quien le dictó la política que siguió en Guayaquil. Digo que el sucio hizo nombrar a don Pedro Rancio Jefe Supremo; y que esto fué lo que todo lo echó a perder: Hallándome yo presente, no dudo que Alfaro se hubiera dejado guiar por mí; pero lejos de hacerme invitación ninguna, eché de ver que por allá no deseaban sino mi ausencia. El motivo que alegaba Alfaro para esto, era muy noble y patriótico: decía que quería que yo no fuese responsable de "los horrores" que iban a suceder, para que los ecuatorianos tengan uno a quien volver los ojos. Qué pude haber yo hecho? Patriotismo me sobraba; pero no podía ir a ofrecerme como hombre necesario, cuando los de allá no pensaban así. Todo cargo que me hagan ustedes a este respecto, será injusto. Alfaro se equivocó solamente cuando pensó que la guerra y la política son una misma cosa. El es un héroe; pero está lejos de ser un hombre de estado. Cuantas veces caiga en manos de los sesudos, o digamos más bien, cuantas veces se ponga en esas manos, saldrá mal. En vez de hacerme a mí esos cargos, por qué no se los hacen ustedes a él? A él y a los de Guayaquil deben ustedes escribirles. Embelesados en su don Pedro Rancio, y encantados con él, éstos jamás verán el hombre que necesitan. Supo usted que ese viejo funesto le negó "toda cooperación" a Alfaro? : . .

Y como le informaran que los 26 votos liberales de la Convención —en la que estaban el doctor Francisco Javier Montalvo, su hermano, el doctor Constantino Fernández, Rafael Portilla, Marcos Alfaro, Luis Vargas Torres, Manuel Antonio Franco y otros que no desconocían ni el valer de Eloy Alfaro ni el prestigio continental de Juan Montalvo,— se hubiesen dado, en disputa con don José María Plácido Caamaño, en favor de don Rafael Pérez Pareja, que Montalvo no creía sino una obra "del indio Ramón Borrero," preguntaba colérico:

"Pero qué corrompido ofuscamiento es de ese partido innoble, que no pierde ocasión de manifestar su ineptitud y su vileza con algún escándalo? Veintiséis votos de liberales por el más incapaz y desacreditado de los quiteños, cuando con esa respetable minoría se debía honrar el patriotismo y las virtudes, y premiar los servicios de uno como Eloy Alfaro"

Y agregaba esta interrogación exacerbada, acaso no poco repetida por otros prominentes hombres del liberalismo ecuatoriano, en horas de incomprensión o de torpe eliminación de valores auténticos:

"¿Cuáles son más ruines, los terroristas o los liberales?"

Por su parte, Eloy Alfaro, después de este fracaso de 1883, se retiró de Guayaquil, para seguir conspirando, tenaz, valerosa e incansablemente.

Para el Congreso de 1884, la ciudadanía de Es-

meraldas eligió a Juan Montalvo Senador de la República. El Presidente del Consejo Municipal le remitió el nombramiento. Pero Montalvo no acudió . . .

En tanto, Manuel Semblantes, uno de los más ardientes amigos de Montalvo había muerto, cuando precisamente deseaba marchar a Europa para vivir cerca del gran escritor .

Alfaro, meses después, escapaba, sólo merced a esfuerzos heroicos, de las garras de la muerte, en el combate de Jaramijó.

En Ambato fracasaba un movimiento liberal, y uno de los jóvenes comprometidos, cogido por las fuerzas gobiernistas en Latacunga, era rápidamente fusilado. El joven se llamaba Leopoldo González Montalvo, sobrino del Cosmopolita . . .

Caamaño seguía los pasos de Gabriel García Moreno, en la afición a la pena de muerte. Buen número de reos políticos acabó, por aquella época, en el patíbulo. Y los periodistas, de igual manera que diez años atrás, comenzaron a ser implacablemente perseguidos.

Montalvo principió a ver imposible ya el retorno. Acosábanle nostalgias y vivos recuerdos de la patria y de los amigos distantes. Pero acumulábanse los acontecimientos adversos, día por día, en su país.

Renunció a interesarse más por la política ecuatoriana. Al terminarse el período presidencial de

Caamaño, las relaciones de Montalvo con jóvenes amigos llevaronle a dar uno que otro consejo. En oposición, así, a la candidatura de Antonio Flores Jijón sugería, más bien, la de don Manuel Larrea, el Marqués de San José, como liberal, aunque aristócrata y rico; o la de don Clemente Ballén, el guayaquileño distinguido y desinteresado, Meceñas de la juventud valiosa de su tiempo, de Juan Montalvo, inclusive . . .

Y nada más.

CAPITULO XLVI

"MERCURIAL ECLESIASTICA"

Las nostalgias por la familia dispersa y distante.—El Arzobispo Ordóñez condena "Siete Tratados", por heréticos.—Publicase "Mercurial Eclesiástica".

Sobre los "Siete Tratados" habían emitido ya sus opiniones los más eminentes literatos de España y de Italia. También los más célebres críticos de Hispano América.

Aun sin la publicación, pues, de los demás libros, Montalvo tenía ya asegurada la gloria. No era, sin embargo, esta consideración la que le movía al escritor a pensar en la posibilidad del retorno a la patria.

"Si hubiera patria para mí —escribía con alguna amargura en Mayo de 1884,— me fuera ya, pues

por ahora nada tengo qué hacer en Europa. No puedo dar a la estampa todavía mis libros, por falta de fondos; pues lo poco que hasta ahora me han mandado de los "Siete Tratados", me está sirviendo para la subsistencia"

Una nostalgia aguda comenzó a invadirle en seguida, pensando en sus montañas lejanas; en las bellezas de su cielo de América y en alguna que otra amistad, entrañable y honda.

Pensó en su familia, en sus hermanos, y ya no solamente en el más dilecto de todos —en el doctor Francisco Javier Montalvo, con quien andaba siempre unido en pasiones y en posiciones políticas y en quien vertía siempre sus emociones y confidencias,— sino hasta en aquellos que vivieran desligados y siempre distantes de su vida.

Pensó y amó el recuerdo de sus hermanas, de aquellas dignas y austeras señoras que, entregadas al cuidado de sus hijos, no tenían tiempo sino para llorar los infortunios del hermano distante, firme en su abandono y hosquedad.

En esos tres años de vida ambateña —ya de vuelta de su segunda proscripción, entre 1877 y 1879,—reanudara los sentimientos de la infancia y tomara nuevamente contacto con la familia, sediento como estaba de algún amor, en medio de tanta desgracia, y ávido que se sintiera de alguna ternura fraternal, que pareciese regazo, en medio de una vida de tanto odios y de las insinceridades de tantos extraños.

La relativa holgura de su vida de París le permitieron, de cuando en cuando, agasajar a la familia distante, no sin pensar, insistentemente, en el día dichoso del retorno . . . (66)

(66) En noviembre de 1832, sale de París con dirección a su patria, la señora María Ascázubi. Trae una porción de encargos para su hermana Juanita y niños de ésta, Mercedes y Rosario Quirola Montalvo. También trae algo para la sobrina Lucila. "Son doce metros de merino negro, de ese que nunca ven ustedes por allá —le escribe a Juana.— Hay una postura completa para tí y para cada una de las chiquillas . . . Saya y mantilla quedarán muy buenas. Te mando además un pañolón hermosísimo: doña María me ha dicho que nunca de éstos llevan por allá, y que valen mucho . . . Y agrega, con una predilección destinada a enternecer a la ausente hasta las lágrimas: "No quiero que lo cedas a nadie, sino que te lo pongas tú".

En 1838, atiende el encargo de unos anteojos que le hace su sobrina Lucila, y se extiende en observaciones nimias acerca de su uso. Entra también a conjeturas sobre lo que puede ser oportuno para que la sobrina se cure los ojos con alguna seguridad. Y no termina la carta sin un comentario melancólico sobre la fatal e incomprensible dispersión de la familia: "Siempre me ha admirado la facilidad con que tu señora madre consintió en la división y separación de la familia, cuando los nietos, los niños, son el consuelo de la vejez y la alegría de la casa. Mucho me alegro de que piensen ustedes en incorporarse de nuevo y vivir todos juntos; aunque siento que dejen para siempre el lugar de nuestra cuna y el lecho de nuestros padres" . . .

Lo que es con estos sus amados padres —tan insistentemente recordados a lo largo de toda su vida.— Montalvo no

Sus días de proscrito en Ipiates, llevábalos Montalvo en el alma; pues hasta ellos le parecían felices. Ya el 4 de Diciembre de 1831 escribía desde París a su hermano Francisco Javier: "Ya estoy suspirando por el cielo y el clima de Ipiates" . . . Y en 7 de Octubre de 1833, volvía a decir: "Si contara con medios de subsistencia en este pueblo, allá me fuera . . . Me acuerdo con amor de los Andes, y te sé decir que los días menos amargos y más tranquilos de mi vida han sido los de mi destierro a orillas del Carchi".

Por desgracia, todos estos anhelos de volver encontraron, a lo largo de sus últimos ocho años de residencia en Francia, multiplicidad de obstáculos. Primeramente fuera la falta de pasaje —a pesar de que, según escribíale a Federico Proaño en Febrero de 1832, ya lo solicitara a Eloy Alfaro;— luego la incomprensión política de su país y los acontecimientos que sobre éste sobrevinieran a raíz de la caída de Veintemilla. El Gobierno de Caramano, clerical y violento, aunque no tan eminente como el de García Moreno, no era propicio para el periodismo liberal de Montalvo.

tuvo tiempo para ejercitar idénticas formas para los envíos de fidelidad o de ternura; pues ellos murieron, dejándole apenas en la adolescencia . . .

Un incidente más vino a sumarse a toda esa serie de obstáculos. Montalvo llegó a considerarlo como el principal y definitivo.

Ese consistía en la condenación de los "Siete Tratados" por el Arzobispo de Quito, Ilmo. señor José Ignacio Ordóñez, calificándolos de heréticos. El intransigente prelado hizo leer en todos los pulpitos de la República una tremenda pastoral contra el libro. Y para justificar su actitud —que estaba en contradicción con la adoptada por ilustres católicos de España, que encarecieran la Belleza del estilo y la belleza de los pensamientos de Montalvo,— dijo que propiamente no se trataba sino de "una nidada de víboras en cesto de flores", parodiando una expresión rencorosa de García Moreno respecto de Ambato.

El Arzobispo, con saña comparable sólo con su ciego fanatismo, no se limitó a condenar el libro, sino, con la terminología alarmante de su pastoral, a exitar el odio de las chusmas contra el autor.

Montalvo se sintió, pues, amenazado de muerte.

Tremante, escribió un librito: "Mercurial Eclesiástica". Con prosa magnífica, como la de las "Catilinarias", Montalvo dejó, al Arzobispo Ordóñez, despellejado.

Por Europa y el Continente americano circuló el librito, elegantemente presentado, arrancando elogios. Hasta la señora Emilia Pardo Bazán —católica, apostólica y romana,— le escribía a Montalvo, desde la Granja de Meirás: "Ya he saboreado

la Mercurial. Es poco cuanto pueda decir a usted en elogio del estilo; parece unas veces esculpido en bronce, otras en terso alabastro, y otras modelado en viva carne. Además hay en tan larga invectiva toda la gracia necesaria para que ni un momento canse su lectura. No necesito hacer reservas en cuanto al fondo: usted las adivina y yo puedo ahorrarlas" . . .

Corría, entonces, el año de 1884.

Con la pastoral del Ilmo. Ordóñez y la "Mercurial Eclesiástica" quedaban, así, cerradas las puertas del Ecuador para Montalvo, según éste lo conceptuaba, dados el fanatismo religioso y la terrible intransigencia clerical, campantes en su patria y que podían no detenerse ni ante el crimen. Era preferible quedarse para siempre y "morir entre cristianos, que no le negasen la sepultura".

"Así, pues —decía,— yo no podría volver a mi patria, ni aun derribado el malhechor Veintemilla, el héroe de las "Catilinarias"? Si voy solo y en paz, el Obispo me señala a la gente que no lee, la engaña con embustes, le dice que soy enemigo de Dios y que le doy de bofetadas a Jesucristo; la enfurece, y me hace pedazos por cien manos ajenas, a despecho de mi buen nombre! . . .

Yo estoy persuadido de que si el clérigo Ordóñez se propone matar un liberal con el pueblo, lo hace el día que le dé la gana. El echa su pastoral de muerte: los curas suben a los púlpitos; los capuchinos y los de San Diego se tiran a la calle

con cristos en las manos: los jesuitas atizan; los devotos y los frailes de capù hacen repartir aguardiente; el pueblo pierde el juicio, y, ay!, del que caiga en su poder! . . .

Y a pesar de que, en tierra ecuatoriana siempre vivió pensando en "volver a Europa", una vez en ésta no dejará de pensar en el abrigo de la tierra propia. En 1885, aplazada ya la edición de los "Capítulos que se le olvidaron a Cervantes" y acaso concebida y planeada la publicación de "El Espectador", volvía a escribir para los amigos de la patria distante:

"Yo no estoy aquí por mi gusto . . . Cuando les he dicho que vivo contento? Si alguna envidia tengo en este mundo es la del hombre modesto y tranquilo que vive rodeado de personas queridas, goza de la infancia de sus hijos, los ve crecer y ve romper en ellos la aurora de la inteligencia . . .; que se calienta al sol de la patria y se refresca a la sombra del techo propio . . .; que se despierta al son de las campanas de su iglesia, campanas que ha estado oyendo desde niño; que se levanta y vuelve cada día a las ocupaciones que no fatigan y las distracciones que no cansan; amado de su mujer, querido de sus parientes, servido y respetado por sus criados. La hacienda, el caballo, el perro, la vaca, la leche caliente y pura, dónde están? . . . Si yo pudiera dar los ocho años de Europa de mis tres viajes, aunque no han sido del

todo inútiles: si los pudiera dar por cuatro días de felicidad doméstica acendrada, no vacilaría un punto" . . .

Estas cosas, por cierto, escribía ya a más de los 52 años de edad.

CAPITULO XLVII

LA VIDA INTIMA DE PARIS

Los aspectos económicos y financieros de la vida de París.—Las relaciones con José Miguel Macay, "el horrible Mecenas"—Impresiones personales que deja Montalvo entre quienes trátanle.

La vida de Juan Montalvo en París durante el tiempo comprendido entre 1881 y 1889, tomó caracteres notablemente diferentes de la que fué entre 1857 y 1860, época de su primera estadía en esa capital, y en los meses de 1869 y 1870, época de su segunda visita.

En esos últimos ocho años, con sus horas de solitario y errabundo por las afueras de la ciudad y por los jardines de Luxemburgo, es también el intelectual casi moderno, en roce no eludido con mucha gente; en intensa actividad literaria; escribiendo

do al día y corrigiendo personalmente las pruebas, frecuentando oficinas de redacción, para informarse, leer o conversar...

También ha cambiado ese criterio romántico, de algunos años atrás, de que la pluma, instrumento de combate político o de creación artística, no puede convertirse, a la vez, en instrumento de trabajar y de comer.

Y aquellos célebres desplantes ante sus amigos que le invitaban a publicar revistas o editar cuadernos periódicos para ganar dinero y no pedirlo, quedaron como simples ex-abruptos de lirico; aunque sin dejar de vibrar entre quienes le oyeran: "Mi pluma no se presta a asuntos de lucro"; "mi pluma no es cuchara" etc.

El medio y el tiempo —que no pueden influir en la escuela literaria; pues que Montalvo, en pleno triunfo realista de los Goncourt, de Flaubert, de Emilio Zola y de los más eminentes literatos franceses, continúa pendiente de sus románticos preferidos, de Lamartine y de Musset, de Byron y de Víctor Hugo,— influyen por lo menos en sus concepciones económicas. Los hombres geniales, si son pobres, tienen también que vender lo que producen, a fin de no vivir solamente de la generosidad de los Mecenas, ya elementos anticuados de proteccionismo literario.

La exasperación y las quejumbres contra José Miguel Macay —a quien principalmente atribuye Montalvo la responsabilidad de su viaje y de su

permanencia en Europa,— tienen que cesar, al fin.

Macay, un simple admirador, ha cumplido, siquiera aportando sus 15.000 francos, con un poquitín de sus ofrecimientos de filántropo. Ahora le toca al escritor,— aceptando las exigencias de la realidad de la vida y del medio vertiginoso en que existe,—declinar un poco esa soberbia de español pobre que siempre le exaltó la sangre, para actuar y buscar dinero y ganarlo —no mendigarlo de protectores,— tal como hacen en el mundo y en su siglo, todos los hombres sin capital. . . (67)

(67) Son dignas de anotarse las relaciones entre don José Miguel Macay y Juan Montalvo; pues que influyen notablemente en el rumbo que toma la vida del escritor, a partir del año de 1881, en que parte a Europa, para no regresar de ella jamás.

Macay quiso ser, espontáneamente, un protector de Montalvo, y fué él, ciertamente, quien sugirió, estimuló y propició el viaje a Francia, luego de las primeras "Catilinarias". Para Macay resultaba, ante todo, inconcebible que un grande hombre como Juan Montalvo, cuyos escritos admiraba fervorosamente, llegase a envejecer y morir en la soledad y miseria de un villorio perdido, a pesar de las facultades y méritos que podrían permitirle una vida gloriosa en otros ambientes.

Llegó a ofrecerle 50.000 francos si salía de Ipiques, para editar en Europa los libros de valor fundamental que guardaba Montalvo.

Este, por su parte, no le perdonó jamás a Macay el generoso ofrecimiento, que no pudo cumplirse en totalidad, ni el

Las letras que le envía de Panamá su amigo Ramón Vallarino; los giros de Guayaquil, de Centro América o de Madrid, no son ya simples préstamos, sino productos de sus libros; pues que las "Catilinarias", los "Siete Tratados" y la "Mercurial Eclesiástica" producen dinero.

En el Ecuador, país pequeño, con un muy limitado número de lectores, alcanzan los libros de Montalvo, gracias a su fama de heréticos y a las

propio viaje a Europa, que Montalvo llegó a considerar como una desdicha y una infame obra de Macay.

Las exigencias pecuniarias, que tomaban caracteres de obligaciones comerciales, inapelables, iban siempre acompañadas de los más acres reproches.

He aquí una carta de 1885:

Sr José Miguel Macay.

París Julio 29 de 1885.

Muy señor mío:

El señor Ballén, cuando le presenté la obligación que U. envió, dijo: Es buena firma; tengo noticias de Macay. Y no vaciló en aceptarla.

Así es que, él con sorpresa, yo con dolor, hemos visto pasar el segundo plazo puesto por U. mismo, sin siquiera una explicación o un aviso de su parte.

Hace algún tiempo que estoy a pan y agua, habiendo vendido el último libro y el último mueble de mi cuarto; y con todo no hago reclamación ninguna por lo que a mí respecta; pero al señor Ballén cúmplale U. su palabra, señor Macay. Don Clemente es persona muy seria; y tanta fué la confianza que puso en U. como la bondad de que ha usado conmigo. La firma de hombres como U. en ningún caso de-

prohibiciones eclesiásticas y al escándalo mismo del insulto político, extensa e inusitada circulación.

Uno de los primeros envíos de "Mercurial Eclesiástica" a su país, consta de 800 ejemplares, que se difunden rápidamente entre los católicos del Ecuador. Cuando se publica "El Espectador", para Guayaquil exclusivamente se piden trescientos ejemplares; y estos números, dado el índice general de cultura literaria del Ecuador de 1886, ya puede

be ser una burla. Hacen cinco años a que salí de Ipiales con la primer carta de U. Tuve que volverme de Panamá con otra carta suya.

Hacen cuatro años á que acudí a la cita que U. me dió en Tumaco, "para pasar a Europa con los fondos necesarios". decia U. Ni en Tumaco ni en Panamá le hallé a U.

Nueve días de montaña salvaje, a pie, no me hubieran arredrado para volverme nuevamente a mi retiro. Mas los periódicos de Colombia habían anunciado por segunda vez mi paso a Europa a publicar mis obras, y, la zumba de mis enemigos, la vergüenza era ya cosa más grave.

Alfaro le garantizó a U. y yo pasé, en hora menguada, a esperar aquí los fondos que U. volvió a ofrecer para dentro de poco. Larga ha sido la pesadilla, señor don José Miguel: me despertaré a tiempo? me quedaré en ella?

Que he renunciado a la publicación de mis libros es cosa clara: si puedo salir de este infierno de París y salvar la vida, será mucha fortuna.

He dicho a U. que no toda la cantidad que consta en su obligación pertenece al señor Ballén. Como le envíe U. 20.000 francos, podré recoger la dicha obligación, se la re-

dar una idea aproximada de la curiosidad que los libros de Montalvo —aun los que no eran ya de combate político— despertaban. El expendio en Centro América, Colombia y el Perú, es mayor todavía, y de evidentes ventajas por las ganancias del cambio. Los giros del Ecuador le arrancan frecuentemente quejumbres; pues que la merma del valor monetario "es casi siempre el 50% del Ecuador a Europa", según afirma.

mitiré a U. inmediatamente y daremos por concluido este asunto desventurado.

La suerte que han corrido mis dos anteriores me tenían completamente desanimado; pero el señor Ballén ha exigido de mí que yo escriba a U. a un mismo tiempo que él, y no puedo prescindir de esta carta. Conmigo, haga U. lo que quiera; pero al señor Ballén déle U. contestación, en el sentido que tenga por conveniente.

Su atento y S. S.

JUAN MONTALVO.

Eloy Alfaro y Miguel Valverde tenían —por el mismo tiempo de los reproches y admoniciones de Montalvo,— en altísimo concepto a don José Miguel Macay, ecuatoriano activo e inteligente y caballero generoso, de espíritu entusiasta y filantrópico. Favoreció siempre a varios connacionales suyos en desgracia, inclusive Eloy Alfaro, cuando los encontró en Panamá.

En los primeros meses de residencia de Montalvo en Francia, Macay cumplió con su promesa, como tenía que reconocerlo el propio Montalvo en carta a Miguel Valverde, del 30 de Octubre de 1885. Alcanzó a enviarle hasta 15.000

Desde luego, no siempre el escritor saborea plenamente el éxito económico de sus libros. Libreros, agentes vendedores e intermediarios de toda clase, a pesar del interés desplegado por amigos personales de Montalvo, para que las cuentas marchen.

francos; luego sobrevino la ruina de Macay, por la decadencia de sus minas y haciendas, y la protección tuvo que suspenderse, lo mismo que el cumplimiento de obligaciones que en París, con cargo a dicha protección, siguiera contrayendo Montalvo ante personas que, como don Clemente Ballén, no vacilaba, por su parte, en erogar lo que se le pedía, en la forma que el connacional solicitante lo tuviera a bien...

"En cuatro años de permanencia en París —se queja Montalvo, en la citada carta a Miguel Valverde, de octubre de 1885,— este dragón espantoso que devora riquezas y vomita miserias, ha mandado diez mil francos"...

Por fin confesaba siquiera ese envío de Macay. Agriado éste por los pedidos y reproches insistentes de Montalvo, tuvo, al fin, palabras duras también. Llamóle ingrato al escritor, indicándole, por último, que, dada la situación financiera en que había caído, se abstenga de fastidiarle más...

Por cierto, mientras se desarrollaba la polémica epistolar entre Montalvo y José Miguel Macay, intervino Miguel Valverde —uno de los más queridos discípulos del escritor,— para defender a Macay.

Las contestaciones de Montalvo dejaron entrever que, si bien el "horrible Mecenas" no había cumplido con la totalidad de sus ofrecimientos, por lo menos sí había remitido a su protegido las primeras mensualidades, hasta cuando pudo... (Véase: "Inventario General de Montalvo"—Sección de Manuscritos: pág. 188. En la Casa de Montalvo, Ambato).

correctas y prontas, le perjudican por miles. Aparte de la explotación que se realiza con el precio; pues mientras el autor, que es el editor al mismo tiempo, fija el precio de "un peso" por ejemplar de "El Espectador", los libreros lo venden a dos, o a su equivalente. Otros manifiestan, después de algunos meses, cuando ya llega la hora de pagar, que no han recibido los ejemplares . . .

A veces, Montalvo obtiene en París francos franceses a cambio de sus fondos de América. Y los reclamos que le vienen en seguida, le colman de exasperación. "Ya usted habrá visto un pícaro en ese de Panamá —le escribe una vez a su amigo Federico Malo, en setiembre de 1887;— después de ofrecerle a Ud. entregarle el producto de mi libro, le salió diciendo que nada me debía. ¿Y por qué son para él los noventa pesos fuertes que él mismo publicó en la Estrella que no quedaban sino muy pocos ejemplares de venta, los cuales los vendió en seguida. Pero el que me hizo la "jugada" de los quince mil francos, bien ha podido hacerme esta más chiquita. Tenía yo la esperanza de que usted no tropezaría con esa dificultad en Panamá, y me han dolido las molestias porque usted ha pasado" . . .

A pesar de estos perjuicios, la vida económica y financiera de Montalvo no se desarrolla muy mal o con los momentos de verdadero pánico que en Ipiates, Guayaquil o en el propio París de 1869.

Montalvo emplea sus actividades también en

Montalvo (1)

La politique espagnole

~~C'est un spectacle curieux à con-~~
~~templé que l'Espagne, au milieu~~
~~de ses inégalités géographiques, qui~~
~~agit l'Europe, ^{et actuellement} (la seule prin-~~
~~cipale qui n'ait pas son problème étendu~~
~~avec l'économie ni un avenir certain~~
~~à son respect.~~
~~que la France, pour avoir l'Eu-~~
~~rope, se divise, généralement dans la~~
~~question d'Espagne, l'Allemagne les~~
~~sentiments le socialisme qui menace~~
~~de convertir de fait en réalité sa~~
~~institution sociale, l'Espa-~~
~~gne sera la victime du~~
~~travail, le ^{Panama et} ~~Panama~~ qui s'oppose~~
~~son parlement, parce qu'elle refuse~~
~~de reconnaître son budget de guerre,~~
~~la France, pour avoir le ^{Panama} ~~Panama~~~~
~~dans un regard d'attente, dans un~~
~~ou plus en l'air, à la vue de~~

PROSA FRANCESA DE MONTALVO
 Una cuartilla sobre política española.

otras cosas: en la Redacción de "Europa y América", en "Moniteur des Consuls", "L'Opinion Nationale", "Ambos Mundos", etc.

Escribe artículos en francés. Y es cuando cumple con el viejo deseo de publicar sus ideas en aquella lengua.

Literatos, periodistas de diversas partes del mundo, diplomáticos trátanle a Montalvo y establecen relaciones amistosas con él. El ecuatoriano se les presentaba siempre pulquerrimo en su vestir, de maneras elegantes, modesto y de muy poco hablar.

Una vez llegó a París la Condesa doña Emilia Pardo Bazán, amiga de Montalvo. "Doña Emilia admiraba a Montalvo y tenía por él particular aprecio —dice un testigo de la época, el Marqués Manuel M. Peralta. Habiendo sabido que yo no lo conocía, me invitó a su mesa a comer, en un hotel de la rue Daunou, donde hoy se levanta el Teatro de este nombre, frecuentado por muchos españoles, entre los cuales me acuerdo de don Luis de Silva, Conde de Pie de Concha, primer introductor de Embajadores y gentil hombre de los más cumplidos, hijo del Marqués de Santa Cruz, en esa época gran Mayordomo de Palacio.

La conversación de doña Emilia y de don Juan Montalvo debía ser, como fué en efecto, de lo más interesante. Doña Emilia se reservó la parte más brillante, pero ni el uno ni el otro dieron pruebas del menor pedantismo.

Montalvo estuvo simple y arcaico como su estilo, a la vez rebuscado y modesto, apenas se podía creer que él pudiese vibrar con una elocuencia tan vehemente, como en sus "Catilinarias", contra la tiranía.

Habitaba en París una casa de la rue Logelbach, y estaba encargado de la redacción de "Europa y América", revista bimensual que no pudo sobrevivirle...

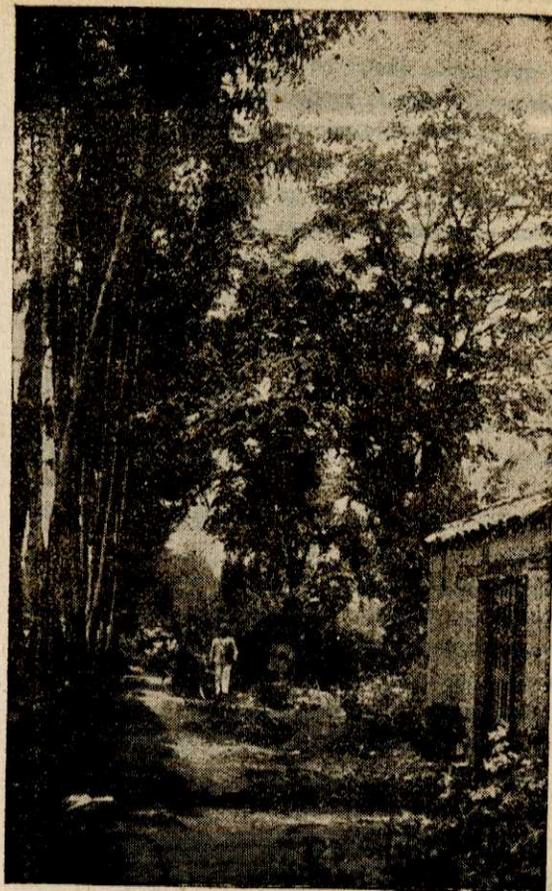
Respecto de ciertos detalles de la persona de Juan Montalvo, sorprendidos durante su vida de París, los consignó, a su tiempo, el escritor L. García Ramón, que conociera y tratara íntimamente a Montalvo en esa ciudad:

"Era de aventajada estatura, cenceño y tan enjuto de carnes que, a pesar de la bien desarrollada armazón ósea, parecía más elevado su busto, más largas sus larguísimas piernas. Producía en el ánimo la impresión de lo ondulante flexible, la movediza caña, el junco silbador, todo lo que se dobla sin romperse; y con su andar a grandes trancos, su delicadeza al echar el pie y sentarlo en tierra, recordaba la marcha acompasada del hermoso y limpio flamenco...

Varonil y expresiva tenía la cara, que aún creo estar viendo. Coronaba la alta, despejada frente, graciosa curva, "explosión de enormes anillos de azabache", ya argentados cuando le conocí; la na-

riz, valiente, de alas anchas, compite en energía con la redonda y robusta barbilla, erguida sobre un cuello delgado que "ostenta orgullosamente la nuez, símbolo de masculinidad"; atraen los labios, que sombrea ligero y crespo bigotillo de engomadas guías, y sin hablar, sólo con la manera de juntarse, nos dicen la altivez un tanto autoritaria del alma que por ellos se vierte al exterior en palabras intencionadas y brillantes: un dejo de reconcentrada amargura los pliega en las comisuras, particularmente en la derecha, bañándolos en misteriosa tristeza que no consiguen borrar ni el gracejo, ni la fina ironía, ni la sonrisa, puesto que risa bulliciosa y juguetona no debió de asomar nunca a esta boca severa, dulce a ratos y otros áspera. La forma de los labios acentúa la general expresión de cansancio y languidez que adopta la cabeza cuando se inclina en actitud de escuchar, doblándose un poco sobre el pecho al peso de hondas desdichas y altas ideas. Esta actitud era en él más característica que el arrogante porte con que se levantaba cuando sentía los ojos del observador fijos en los suyos. Brillaban éstos entonces bajo la arqueada ceja, negros, profundos por lo reducido de la córnea; afables y cariñosos, cruzábanlos fugitivas llamaradas reveladoras de la fogsidad interior de aquel espíritu.

Las mejillas, algo demacradas, eran de color aceitunado, por culpa de la viruela que envenenó su infancia.



LUGARES DE FICOA

Mientras estuvo en París, y, singularmente en sus últimos años, habría querido volver a los amados sitios de su Patria, donde transcurrió amablemente su niñez, bajo la sombra cariñosa de sus árboles...

Lo que desde luego se notaba en Montalvo, a primera vista, era la meticulosa pulcritud de toda su persona, el visible acatamiento de las leyes del buen parecer, no por ostentación, sino por miramiento hacia el prójimo y cariño a la dignidad propia, por el invencible deseo humano de agradar. Comentando la belleza de la mujer a los cuarenta, Montalvo habló de "una como ciencia filosófica para el acicalamiento del rostro y de atavío general", que él también conocía a fondo. Llevaba siempre el pelo bien dispuesto y aseado, el bigotillo encerado con oloroso cosmético, blancos y lustrosos los dientes, rasuradas las mejillas, (bastante pobres de barba) las manos largas y nudosas, como acabadas de lavar, con uñas limpias y lucientes recortadas por minuciosa tijera.

Su vestido, sencillo y elegante, era costoso por la riqueza de las telas de su ropa y del paño de sus trajes. Como el viejo Montaigne (uno de sus autores favoritos), no usaba colores, y negros eran sus pantalones, chalecos, americanas o levitas, todo cosido por hábil aguja, cuidado, acepillado, conservado cual si acabase de entregarlo el sastre. No transigía su atildamiento con esas horribles bolsas llamadas rodilleras, ni, por mucho que odia-se los botones, consentiría salir con un faltoso; y era capaz de morir de un sofocón sin la levita . . . En cierta ocasión le llevó un chapucero una levita con una pieza en la solapa, y si D. Juan no lo mató fue por ser de condición sufrida; pero no dejó de quejarse.

Calzaba siempre zapato de charol y media obscura. La corbata, de ancha lazada y puntas colgantes, generalmente era negra también: una sola vez me admiró presentándose con un lazo correcto, aunque al desdén, de un tono violado maté. Los guantes sí solían alegrarse con matices más vivos, sin romper la armonía del tono oscuro: nada del chillón canario, ni del rabioso rojo sangre de toro, ni del gris perla que profana todo hortera lechuguino; si el color plomo, el café, el ocre, cuando más el naranja. Ni español ni americano en lo de colgarse llamativas joyas; creo que ni gastaba cadena de reloj, y digo creo porque nunca le vi desabrochado.

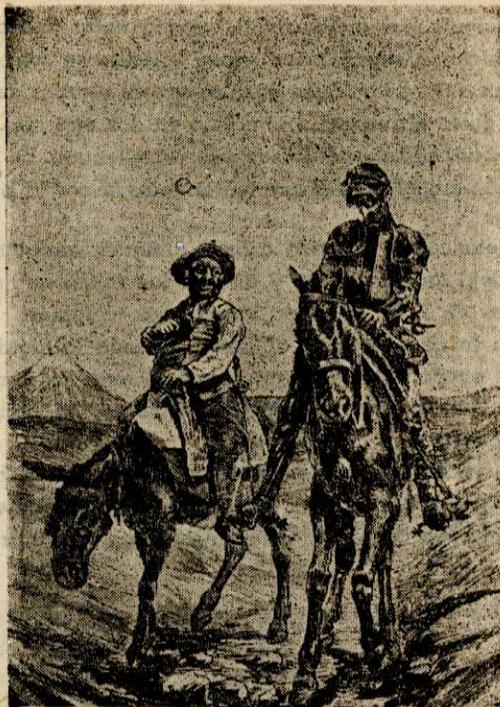
Tal vez este detalle cause extrañeza a los que ignoran el modo de vivir de un trabajador en París. La primer carta que me escribió Montalvo está fechada en 7 de Enero del 84; desde entonces anhelé conocerle, y sólo se me cumplió el deseo, en Junio del 86, dos años y medio después de empezar a cartearnos. Vivíamos lejos el uno del otro; nos veíamos acaso una vez al mes —excepto cuando enfermó, que le visité semanalmente—, y no hallé medio de verle la cadena.

Para acabar con la indumentaria, cumple describir el sombrero, que era de copa alta, flamante, de bordes un si es no es abarquillados, y puesto como si fuera aquel el chambergo que requería la cabeza, calado hasta una ceja, torcido sobre la sien derecha, con aircillo gallardo y conquistador.

Cortés en ademanes y palabras, estrechaba la mano que le ofrecían con efusión, si era querida, con natural deferencia si era indiferente; en su aspecto exterior había la severidad y grandeza del hombre de representación, del que al tomar asiento en la silla de los legisladores impone respeto, y al ocupar un sillón presidencial puede ostentar la majestad teatral y hermosa que los pueblos de raza latina exigirán siempre al jefe del Estado.

Los años y la atmósfera de París habían modificado visiblemente al Montalvo de los treinta y cinco, el de los "Siete Tratados". La pasión política ardía en el fondo de su alma; pero no era ya el fuego vigoroso de la juventud, llameante y amenazador; le envolvía las cenizas tibias de tanto esfuerzo inútil, de tanta tentativa frustrada, de tantas esperanzas desvanecidas.

El alma de Montalvo, es en estos momentos a que me refiero —1887— más amante que lo fue nunca, y no sé, ni aunque lo supiese lo revelaría, si hubo alguna señora mezclada a su existencia por aquel entonces; pero me parece que sí. Vivía solo, en modesta y limpia habitación, trabajando cuando se le ocurría, haciendo "vida de fraile", según murmuraba a media voz, con el pertinaz y lento dejo americano que tanto contrastaba con la viveza de su estilo; pero ciertas reflexiones y entonaciones al hablar de la mujer y de aventuras galantes, ciertas nimiedades que no prueban nada y que un observador tan poco sagaz como yo toma



DON QUIJOTE, CON SU IDEALISMO, con su generosidad y con su afán de noble aventura, constituyó una como obsesión en el pensamiento batallador de Montalvo. Y así, escribió en la portada de sus Capítulos que se le olvidaron a Cervantes: "El que no tiene algo de Don Quijote, no merece el aprecio ni el cariño de sus semejantes"...

a menudo por indicaciones cuando nada indicaban, me hicieron suponer que acaso la celda se convertía en altar de amores; pues el severo escritor veía con gusto el respeto y el cariño en dos ojos que le miraban embelesados, sumisos, obedientes. En lo demás era el de siempre, caracterizado por la pulcritud" . . . (68)

Melancólico y rígido en sus antiguas antipatías no dejó de ser nunca; y aun en las relaciones sociales de París no pudo tomar vino ni fumar.

En lo que respecta al amor, sí, toda la rigidez se le evaporaba, y siempre capituló ante las femeniles tentaciones, tal como en Ambato, en Baños o en Ipiales.

Entre sus amigos y compatriotas de París, hablábase mucho de un hijo francés de Montalvo; aunque sin desplegar gran interés por descubrirlo.

(68) "La España Moderna", Madrid, Febrero de 1889, páginas 99-121.

CAPITULO XLVIII

"EL ESPECTADOR"

Se posterga la edición de los "Capítulos que se le olvidaron a Cervantes". — Apreciaciones de Marcelino Menéndez y Pelayo.— Fama europea.

Para fines de 1885, Montalvo tenía ya seleccionados y totalmente corregidos y formando el volumen definitivo —con la portada completa, tal como acostumbraba el escritor,— de los "Capítulos que se le olvidaron a Cervantes".

Era ésta la segunda de sus obras capitales y debía seguir, hasta en el orden de publicación, a los "Siete Tratados".

Dificultades de orden financiero y de la misma imprenta, acaso, de Jacquín, de Besanzon, impidieron la edición inmediata, quedando postergada.

En tanto, concibió, o acogió la amigable suge-

rencia de otros tiempos: publicar, por pequeñas entregas, una revista en París.

En la forma, sería como "El Cosmopolita", "El Regenerador" o las "Catilnarias"; pues los cuadernos, a precio barato, podían difundirse mejor que el volumen.

Entra en arreglos financieros, a los que no es extraño el rico ecuatoriano don Clemente Ballén, y en arreglos de imprenta, en los que ayuda con toda diligencia el joven Federico Malo, otro admirador fervoroso del escritor.

El nombre de la nueva publicación —destinada a obtener fama europea— será el de cierta hojita diaria que Addison escribía en Londres, "sin enlace de ningún género": "El Espectador".

Aquí el escritor consignará todo cuanto se le ocurra y crea que es capital en la vida: "hoy un asunto filosófico, mañana un tratado de política; el día siguiente una anécdota de costumbres; de tal suerte que los sucesos de la vida, sin método ni consecuencia, iban en caprichosa alteración entre la historia, las nociones científicas, las buenas letras, los viajes, y todo lo que forma el globo de nuestros conocimientos en ese desorden armonioso que constituye el peso del mundo" . . .

Con un recuerdo inicial del "Spectator" de Addison precisamente, se publica el primer número de "El Espectador" de Juan Montalvo, en París el 1º de Junio de 1886.

La prensa europea saluda con deferencia la nue-

va publicación. El éxito editorial y los aplausos periodísticos le llenan de viva satisfacción al escritor. "El Espectador" está produciendo efectos extremados —le escribe en setiembre de 1886 a Federico Malo:— a un mismo tiempo que las cuentas de la casa que lo expidió, recibí ayer una carta de la "Revue Britanique", felicitándome, pidiéndome un ejemplar y ofreciendo tratar de ese librito particularmente en ella".

El número 2º, aparecido el 15 de Junio de 1887, merece un elogio de Marcelino Menéndez y Pelayo: "He tenido el gusto de recibir el 2º volumen de "El Espectador" que usted publica en París. En efecto, convenimos en nuestras apreciaciones acerca del mal llamado "naturalismo"; capaz de dar náuseas a todo estómago literario y a toda conciencia honrada.

Por lo demás, así en ese volumen como en los "Siete Tratados", he notado singulares condiciones de estilo, en medio de una indisciplina intelectual con la que no puedo estar conforme.

Y ahora voy a hacer a usted un ruego, en cambio de tanta impertinencia. Tendría usted la bondad de enviarme el primer tomo de "El Espectador?" Me es desagradable siempre tener incompletas las obras de mérito como lo es sin duda el citado "Espectador". Me ha hecho pasar ratos muy agradables trayéndome a la memoria los mejores artículos de Addison o los de Gaspar Gozzi, en su "Observatore", que me gusta todavía más

que el "Spectator" inglés. Ud. procediendo con entera originalidad ha logrado no obstante parecerse a estos amables moralistas, y a veces al mismo Montaigne, sin que se trasluzca imitación directa"...

Montalvo estimaba muchísimo esta opinión de Marcelino Menéndez y Pelayo, no solamente por provenir del literato eminente, que coincidía con él en condenar, como puritanos de otro siglo, el naturalismo de Emile Zola y el moderado realismo de Gustavo Flaubert, —sin salvar a éste ni siquiera las excelencias de su prosa artística;— sino por tratarse de opinión de español católico, apostólico y romano, partidario de la Inquisición y del Olimpo.

El tomo tercero se publicó con fecha 15 de Marzo de 1888.

El editor Ferrer, el impresor Dupont y la Librería Franco-Hispano-Americana —que eran los principales intermediarios de "El Espectador",— andaban satisfechos, por su lado, con la firmeza que iba adquiriendo la publicación anual.

Desgraciadamente, la corrección de pruebas de los últimos pliegos del último número, ofreció el pretexto del desenlace: en ese mismo mes de marzo en que aparecía el número tercero de "El Espectador" caía enfermo Juan Montalvo, para no curarse ya jamás.

CAPITULO XLIX

ENFERMEDAD Y MUERTE DE MONTALVO

El cruel año de 1888.—Relatos del ecuatoriano Agustín L. Yerovi. — Los últimos momentos de Montalvo.

Casi todo el año de 1888 pasó Juan Montalvo con la salud malísima.

Durante seis meses, a partir de marzo, mes en que se diera término a la impresión del número tercero de "El Espectador", no pudo salir a la calle ni escribir una letra. En cama, y presa de dolores desconocidos entre los pulmones y la pared torácica, con calentura intermitente, no hacía más que recibir a los médicos y tomar medicinas y dejarse aplicar fomentos.

Concretamente no pudo, durante mucho tiempo, tratarse la enfermedad. Tan larga y con síntomas diversos, los médicos la creyeron efectos neurálgicos.

cos o reumáticos, como los de las piernas, de cuando en cuando atacadas.

Montalvo, por su parte, la explicaba como la consecuencia de un violento resfriado —contraído en una tarde de ese mes de Marzo, al ser sorprendido, sin abrigo, por un chubasco, luego de que saliera de la imprenta de Dupont (Nº 41, de la rue J. J. Fousseau), corrigiendo laboriosamente las últimas pruebas de "El Espectador".

Le hicieron una incisión en la garganta, aunque no fuera más que para combatir un síntoma doloroso.

Aparecieron unos pocos meses de alivio. Montalvo, sin los dolores molestos ni la fiebre, se agravó de repente. La fiebre alta y los dolores entre pulmones y pared torácica se mostraron alarmantes.

Como los médicos a que recurriera Montalvo no atinaran todavía a determinar el mal, varios compatriotas de influjos consiguieron que observara al paciente el famoso doctor León Labbé.

Lo que se supuso que tenía Montalvo, entonces, era una pleuresía —y no seca, sino de aquellas que, líquidas, permiten precisamente una suspensión traidora de padecimientos, mientras en silencio va junto a los pulmones destruyendo y preparando la muerte.

Indudablemente, Montalvo ofrecía en su organismo algunos antecedentes tuberculosos. Sobre ellos se ensañó la pleuresía cruelmente.



LA CASA Nº 26 DE LA RUE CARDINET,
en París, donde vivió y murió Juan Montalvo. Tomóse esta fotografía en el año de 1925, en momentos en que un prominente grupo de intelectuales americanos, españoles y franceses, presididos por Gonzalo Zaldumbide, Miguel de Unamuno, Jean Richepin y profesores de la Sorbona de París, inauguraba una placa conmemorativa.

Realizó el doctor Labbé la punción aconsejada en estos casos, y, en efecto, extrajo como un litro de fluido ceroso. Ahí habría terminado la intervención quirúrgica.

Pero, a poco, reaparecieron los síntomas alarmantes, temperatura irregular, sudores y el dolor intenso en la cavidad torácica. Decididamente, lo que mataba a Montalvo era un empiema, forma más grave de la pleuresía; pues que ya no se trataba solamente de fluido ceroso sino de pus en la cavidad pleural.

Tenía que hacerse inexorablemente la operación: hacer un tajo en la carne y levantar algunas costillas, a fin de lavar y desinfectar el foco purulento.

Le llamaron nuevamente al doctor Labbé.

El doctor Agustín L. Yerovi, compatriota y amigo íntimo de Juan Montalvo, presente en estas circunstancias, describe así lo que vió:

"La operación por ejecutar era riesgosa y cruenta. Debía realizarla un cirujano especialista, necesitaba, además, una asistencia y vigilancia constantes por personas de la ciencia. Aconsejó Labbé se lo trasladara a una casa de salud, de las más recomendadas, y que él acompañaría al cirujano que se encargara de operar.

La situación del enfermo, no permitía esperas. Conducido al establecimiento indicado, reunidos los médicos de la casa, acordaron proceder inmediatamente a la operación.

Uno de ellos manifestó cuán indispensable era



AGUSTIN L. YEROVI

Compatriota de Montalvo y uno de sus más íntimos amigos durante los últimos años de París. Yerovi asistió personalmente y con el vivo interés de un familiar a la enfermedad y a la muerte del escritor. Poco tiempo después, publicó un "ensayo biográfico" de Montalvo, de especialísima importancia por la suma de información directa que contiene.

la inmovilidad del paciente, e indicó el uso de anestésicos.

Montalvo que alcanzó a oír, exclamó: "En ninguna ocasión de mi vida he perdido la conciencia de mis actos. No tema, doctor, que me mueva. Operará Ud. como si su cuchilla no produjera dolor".

La Cirujía posee recursos maravillosos, mas también crueles. La operación que sufrió Montalvo, horroriza. Consistió en levantar dos costillas de la región dorsal, después de cortar una extensión de un decímetro, las partes blandas de esa región; dar la mayor dilatación a la herida, mediante pinzas que recogen carnes sangrientas, y luego colocar algo como una bomba, que tiene el doble objeto de aspirar los productos del foco purulento, e inyectar líquidos antisépticos; es decir: algo como fuego.

Todo esto duró cosa de una hora; mientras tanto el enfermo no había exhalado una queja, ni contraído un músculo. La actitud serena y hasta majestuosa, interesó a médicos, practicantes y espectadores. Uno de ellos exclamó: "Ese hombre es un carácter". No se engañaba.

Los padecimientos de Montalvo y los esfuerzos de la ciencia, debían ser estériles. El germen mortífero, cuya puerta de salida, fue abierta mediante la operación, burlando a la ciencia buscó paso por otros órganos, desbordó su corriente y envenenó toda la economía".

En el mes de Septiembre le visitó su amigo García Ramón, que acababa de llegar de España. "Se me oprimió dolorosamente el corazón —escribe,— al comprobar los progresos de la terrible neumonía purulenta que le consumía. Le consideré perdido. Llevaba en el costado una herida que a propósito mantenían abierta los médicos; habían practicado en su garganta una operación difícil y dolorosa; y a pesar de todo, qué limpieza la de su ropa interior! con qué afán arreglaba los puños de la camisa de dormir para ocultar sus pobres muñecas! Cuánto agradeció a mi mujer que consintiese verlo así, sin afeitar, despeinado, hecho una ruina!"...

Pasaron unas semanas de exasperado batallar con la enfermedad implacable.

El fin ya podía entreverse.

"Montalvo comprendió el trance, —continúa Yerovi— y pidió a los amigos que lo condujeran a su habitación. Quería morir en ella. En carruaje especial y con los mayores cuidados, pudo llevarse. Por la tarde aseguraba estar mejor. "Solo siento, dijo, que toda la vida se concentra en mi cerebro. Podría componer hoy una elegía como no la he hecho en mi juventud".

Dos días después, el 17 de Enero de 1889, uno de sus amigos más íntimos llegaba angustiado a la calle Cardinet, número 26, para informarse de la situación del enfermo, en las horas de la noche

que no había estado a su lado. No sin gran sorpresa, lo encontró vestido de negro y con frac. "Puede motivar su atención, dijo, verme de la manera que me encuentra. El paso a la Eternidad es el acto más serio de un hombre. El vestido tiene que guardar relación".

Hizo al amigo algunas confidencias, y como postre pedido añadió: "Ud. volverá pronto a la patria. En la última carta, dije a mi hermano, y de no haberla recibido, repítale, que en los días de mi enfermedad, ni Dios, ni los hombres me han faltado". Volviéndose a una doméstica de toda su confianza: "Te pido, le dijo, no olvides mi encargo. Un cadáver sin flores me ha entristecido siempre".

Goethe pedía luz en el supremo instante: Montalvo mendigaba flores para su cadáver.

No habló más. Sin alteración en el semblante, sin dejar oír un estertor, agonizó"...

CAPITULO L

EL SUDARIO DE PARIS

Los funerales de Montalvo.—La intervención de la colonia ecuatoriana residente en Francia. — Guayaquil pide los restos del escritor y los recoge en su cementerio.

Los funerales de Juan Montalvo se celebraron en la Iglesia de San Francisco de Sales, de París, a medio día del 20 de Enero de 1889.

Los cinco francos que dejó Montalvo a la camarera, para que compre flores con qué cubrir su cadáver, no habría alcanzado más que para cuatro claveles, en pleno invierno como estaban. Los deseos del escritor pudieron cumplirse, con todo, gracias al aporte generoso de sus admiradores de París, hispanoamericanos principalmente.

Fué la brillante colonia ecuatoriana, por lo demás, la que organizó y costó los funerales. Y la que cuidó y pagó la enfermedad, los médicos y las operaciones quirúrgicas.

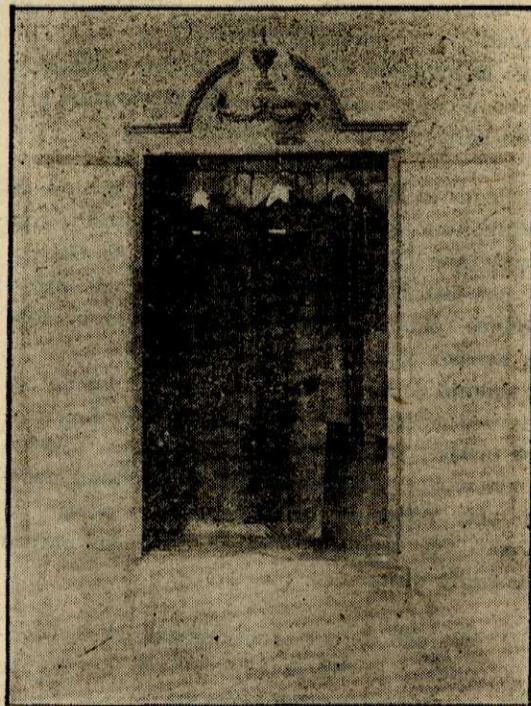
El amigo que estuvo siempre muy cerca de Montalvo, en sus últimos días de vida, fué el doctor don Agustín Leonidas Yerovi. Con este distinguido ciudadano, firmaron la esquela funeraria los señores Clemente Ballén, Miguel S. Seminario, Federico Puga, Martín A. Icaza, Rosendo Ávilés, Enrique Stagg, Enrique Seminario, Antonio P. Reyre, Víctor M. Rendón, Alberto Sanz, Luis Dillón, Enrique Dorn y de Alzáa, J. M. de Ávilés y Domingo de Santistevan, todos guayaquileños.

El valor de la curación, en las últimas semanas, y de los funerales, ascendió a la suma de 3.343 francos. La mitad de esta suma fué abonada por don Enrique Seminario, y la otra, por los señores Clemente Ballén, doctor Agustín L. Yerovi, Martín Icaza y Enrique Stagg.

La humilde estancia de Montalvo, donde pasara sus últimos días angustiosos hallábase en la casa N° 26, de la rue Cardinet.

Al morir el escritor, las pocas cosas de su propiedad —ropa, libros, manuscritos, correspondencia,— quedaron al cuidado del doctor Yerovi.

Entre los manuscritos estaban los originales de los "Capítulos que se le olvidaron a Cervantes"—completos y limpiísimos, como para dar a la imprenta, llevando en su portada el año de 1885;—



PRENDAS DEL VESTUARIO DE MONTALVO
Se conservan actualmente en la Biblioteca de
Autores Nacionales de su ciudad natal.

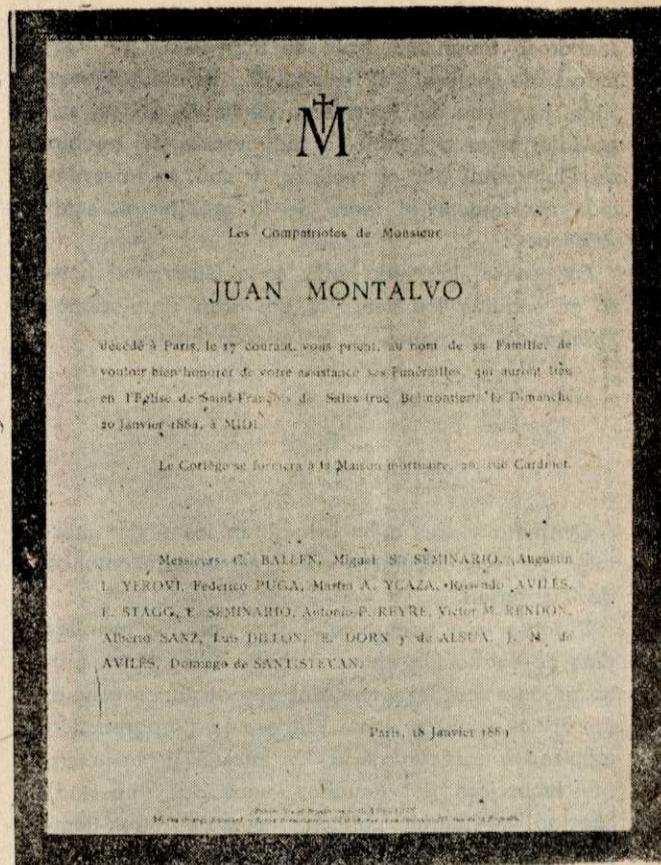
los de "Geometría Moral" y de opúsculos varios. En un rincón, como destinados a la basura, se encontraron también algunos dramas —"La Leprosia", "El descomulgado", "Jara", "Granja" y "El Dictador".

Casi la totalidad de estas cosas fué remitida a Ambato y alguna parte se quedó entre varias manos de París.

Al llegar al Ecuador la noticia de la muerte de Montalvo, uno que otro literato se arriesgó a consagrarle una apreciación. La ciudad de Guayaquil, por intermedio de sus elementos más representativos, pidió el cadáver del grande hombre para conservarlo...

El sudario de París, destinado a cubrir los despojos de uno de los más eminentes hijos de América, fuera puesto por manos guayaquileñas. Y estas mismas manos erogaron luego la cantidad necesaria para pagar el último pasaje, el pasaje de retorno, desde la amada Francia hasta las playas de la Patria distante.

El 10 de Julio de ese mismo año de 1889, llegaba el cadáver a Guayaquil, a bordo del Vapor "Ylo", caletero de la Compañía Inglesa de Navegación en el Pacífico —pues así lo asegura un testigo presencial de la época, que fué, como soldado a rendirle los debidos honores, el Capitán Víctor Manuel Cabrera, ambateño;— y, al tratar de conducirlo al Cementerio Católico, el Vicario



ESQUELA FUNERARIA

con que los compatriotas de Montalvo residentes en París participaron la muerte del gran escritor.

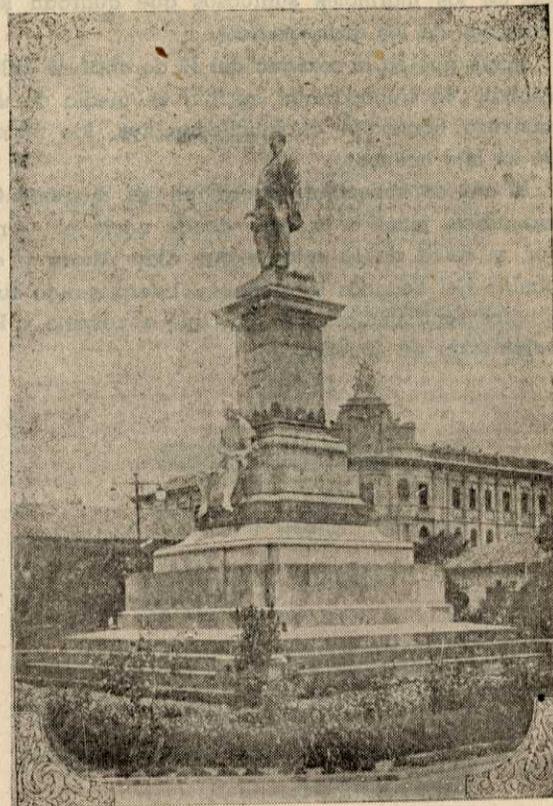
General de Guayaquil, en arranque de mortal y rencoroso fanatismo, trató de impedirlo. El Comandante General del Distrito, don Reinaldo Flores Jijón, hermano del Presidente de la República, supo interpretar a tiempo la indignación del pueblo de Guayaquil por el rechazo; y con su intervención consiguió el retiro de la prohibición eclesiástica.

La prensa, la ciudadanía, todo Guayaquil honró en seguida los despojos del gran ecuatoriano, "honra de su patria y del género humano".



Cuarenta y tres años estuvieron los restos mortales de Juan Montalvo en el cementerio católico de Guayaquil.

Durante este tiempo, allá iban, en los grandes días de exaltación cívica, cuando era preciso protestar ante los desmanes del despotismo o conmemorar los triunfos democráticos, en peregrinación admirativa y recordatoria, las huestes de la juventud luchadora del Ecuador, pidiendo "libertad! libertad!" —libertad política,— como en otros tiempos Montalvo. Y allá iban también de cuando en cuando, los admiradores del prosista castellano incomparable, a dejar, a su paso por el Ecuador, su tarjeta, sus ramos de laurel o sus coronas.



MONUMENTO EN BRONCE ERIGIDO A
Juan Montalvo en Ambato, su ciudad natal.

El nicho estaba en lugar modesto, y algo apartado de los mármoles suntuosos que guardan los despojos de los grandes ricos.

Hasta que en la mañana del 12 de abril de 1932. Ambato, la ciudad natal, recibía en medio de un inmenso homenaje de muchedumbres, los restos de su hijo eminente.

Y ahí se conservan ahora, en un monumento magnífico, junto a la casa donde nació el escritor, y cerca de la estatua que Eloy Alfaro y el pueblo del Ecuador le erigieron, interpretando sus propios sentimientos, a la par que el respeto y la admiración de América.

— FIN —

BIBLIOGRAFIA

DOCUMENTOS

Libro de Bautizos de la Iglesia Matriz de Ambato, 1821-1834.— Libro de Bautizos de la Iglesia Matriz de Guano, N° IV, 1786.— Libros de Matrimonios de la Iglesia Matriz de Ambato, de 1810-1821 y de 1854-1865.— Libro de Matrimonios de la Iglesia Matriz de Guano, 1772.— Libro de Grados de Maestros en Filosofía; en el Archivo de la Universidad Central, 1849-1853.— Libro de Convenios de la Legación del Ecuador en Francia: en el Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores, 1836-1859.— Información sumaria sobre los hijos de Montalvo en Ipiales, practicada por el Alcalde Municipal de esta ciudad, y aceptada por el M. I. Concejo Municipal de Ambato; en el Archivo de este último —documentos oficiales de enero de 1930.— Actas de sesiones de la Asamblea Nacional del Ecuador, de 1878, en el Archivo del Poder Legislativo.— Actas e informes oficiales del M. I. Concejo Municipal de Ambato, en "El Municipio", años de 1927-1932.

CARTAS

DE JUAN MONTALVO; a Francisco Javier Montalvo, 1857-1859; a Pedro Fermín Cevallos, 1867; a Juan Ramón Rosero, 1871; a Juan Montalvo (de Guano), 1879; a Rafael Portilla, 1871-1884; a Cayetano Uribe, 1867-1869; a Federico Proaño, 1882; a Juana Montalvo de Quirola, 1882; a Rosaura Montalvo, 1882; a José Miguel Macay, 1885; a Miguel Valverde, 1885;

a Leopoldo García Ramón, 1884-1888; a Lucila Montalvo, 1888; a Zoila Ortega de Chiriboga, 1885; a la condesa Emilia Pardo Bazán, 1884-1887; a Federico Malo, 1885-1888.

MANUSCRITOS

Cuadernos íntimos de apuntes, pensamientos y memorias de Montalvo (ocho, correspondientes a diversas épocas).— Original de "Alida a M", opúsculos eróticos, en francés, Niza, 1869.— Borradores y originales de cartas y artículos de las épocas de "El Cosmopolita" y "El Regenerador".— Esbozos y originales primitivos de "Siete Tratados", "Capítulos que se le olvidaron a Cervantes", "La Leprosa" y "El Descomulgado".— Originales de "Las leyes de Carondas y la Reforma" (convertidos en el N° 5 de "El Regenerador" al publicarse en Panamá, en 1877).— Original de "Geometría Moral", libro de amor.— Copias y originales de cartas que se citan, con transcripciones, en el presente volumen.

AUTOREFERENCIAS DE MONTALVO

En "El Cosmopolita" (Ed. de París, 1923), vol. I: págs. 75, 150, 232, 314; vol. II: págs. 302, 303.

En "El Regenerador" (Ed. de París, 1929), vol. I: págs. 36, 44, 94, 160, 176; vol. II: 233.

En las "Catilinarías" (Ed. de París, 1925), vol. I: págs. 112, 134, 156, 160, 198; vol. II: págs. 134, 188, 246, 310, 338.

En los "Siete Tratados" (ed. de Besanzon, 1882), vol. I: pág. 130, 206, 304; vol. II: págs. 19, 43.

En la "Mercurial Eclesiástica" (Ed. de Quito, 1907), pág. 150 y pássim.

En "La Dictadura Perpetua" (Ed. de Panamá, 1874); "Fortuna y Felicidad" (Ed. de Ipiales, 1872). "Judas" (Ed. de Ipiales, 1873), pássim.

En "El Espectador" (Ed. de París, 1886—1888), 3 vols. II, págs. 46, 163; III, pág. 186.

APUNTES BIOGRAFICOS; MEMORIAS

AGUSTIN L. YEROVI: Juan Montalvo, ensayo biográfico, París, Imprenta Sud Americana, 1901.— ROBERTO ANDRADE: Montalvo y García Moreno, Guayaquil, Imp. La Reforma, 1925.— ROBERTO ANDRADE: El 6 de Agosto, o sea la muerte de García Moreno, Portoviejo, Of. Tip. del Colegio Olmedo, 1896.— ROBERTO ANDRADE: Vida y muerte de Eloy Alfaro (Memorias), Nueva York, York Punting Co., Impresores en español, 1918.— ROBERTO ANDRADE: El Libro de las Pasiones—Dramas de Montalvo,— La Habana, 1935.— ABELARDO MONCAYO: Añoranzas, Quito, Talleres Tipográficos Nacionales, 1923.— MIGUEL VALVERDE: Anécdotas de mi vida, Grottaferrata, Tip. Italo-Orientale, 1919.— MIGUEL ARISTIZABAL: Somatén, Quito, Imp. de "El Pichincha", 1896.— MIGUEL ARISTIZABAL: Inéditos y artículos escogidos de Juan Montalvo, Quito, Imp. de "El Pichincha", 1897.— CELIANO MONGE y ALFONSO MOSCOSO: Montalvo ante sus admiradores extranjeros, Quito, Imp. y Enc. Nacionales, 1911.— CELIANO MONGE: Anecdotario de Montalvo, en "Cultura", de Ambato, N° 11, de Abril de 1927.— CELIANO MONGE: Apuntes y memorias (inédito) e informaciones orales al autor de este libro.— CELIANO MONGE: Bagatelas literarias, Quito, Imp. "Juventud", 1899.— MANUEL J. CALLE: Figuras y siluetas, liberales ecuatorianos, Quito, Tip. de la Escuela de Artes y Oficios 1899.— MANUEL J. CALLE: Ambato, la estatua de Montalvo, en "El Grito del Pueblo Ecuatoriano", de Guayaquil N° 1579, de 16 de diciembre de

1915.— **CESAR LEON HIDALGO**: Ascendientes de Montalvo, en "El Universo" de Guayaquil, de 11 de mayo de 1932.— **GONZALO ZALDUMBIDE**: Sus prólogos a "El Cosmopolita", ed. de París, de 1923; a "Siete Tratados", ed. de París, de 1921; a "Capítulos que se le olvidaron a Cervantes", ed. de París, 1921; a "El Espectador", ed. de París, 1927.— **GONZALO ZALDUMBIDE**: Discurso al pie de la estatua de Montalvo, en "El Municipio", de Ambato, de abril de 1928, Nos. 189-190.— **GONZALO ZALDUMBIDE**: Juan Montalvo, en el centenario o de su nacimiento. Pub. de "La Unión Panamericana", Washington, D. C., abril de 1932.— **JULIO TOBAR DONOSO**: La época de Montalvo, en la Revista "América", N° 49, de Abril de 1932.— **PIO JARAMILLO ALVARADO**: Estudios Históricos, Quito, 1934.— **CARLOS BOLIVAR SEVILLA**: Montalvo y sus obras, vols. I, II, Ambato.— **ISAAC J. BARRERA**: Epistolario de Montalvo, Quito (Publicaciones de la Biblioteca Nacional), 1921.— **CARTAS** de Juan Montalvo a Federico Malo, publicadas por el M. I. Concejo Municipal de Cuenca (con una memoria de Alfredo Baquerizo Moreno), 1927.— **VICTOR MANUEL CABRERA**: Llegada de los restos de D. Juan Montalvo a Guayaquil en "El Comercio" de Quito, de 7 de abril de 1932.— **ALFREDO FLORES** y **CAAMAÑO**: La llegada de los restos de D. Juan Montalvo a Guayaquil en 1889, en "El Comercio" de Quito, de 13 y 15 de abril de 1932.— **PUBLICACIONES CONMEMORATIVAS**: "Cultura", de Ambato, N° 11, de 13 de Abril de 1927; "Homenaje del M. I. Concejo Municipal de Ambato a Juan Montalvo en el 96 aniversario de su nacimiento", ed. de la Sociedad "Amigos de Montalvo", Quito, Imp. Nacional, 1926; "Nariz del Diablo", de Quito, N° 75, del 13 de Abril de 1932; "América", de Quito, N° 49, de 13 de Abril de 1932.— "La Casa de Montalvo", órgano de la Biblioteca de Autores Nacionales, años de 1931, 1932.— "El Municipio", ór-

gano del M. I. Ayuntamiento de Ambato, años de 1927, 1928, 1929, 1930, 1931 y 1932.

POLEMICA, INTERPRETACIONES, CRITICA

JOSE MODESTO ESPINOSA: Obras Completas (2 vols.) ed. de Friburgo de Brisgovia, 1899.— **JUAN LEON MERA**: Tomás Moncayo Avellán y su memoria, trabajo presentado al Instituto Geográfico Argentino, Quito, Imp. del Gobierno; 1888.— **GABRIEL GARCIA MORENO**: Escritos y Discursos, ed. de Quito, Imp. del Clero, 1887-1888.— **MARIANO MESTANZA**: La verdad. Refutación a las calumnias de Juan Montalvo, Lima, 1872.— **VARIOS**: La revolución del Norte, Ipiales, octubre de 1875.— **ANONIMO**: Don Juan Montalvo y la verdad contra él; o sea la defensa del Ecuador contra las calumnias e injurias publicadas en el folleto "La Dictadura Perpetua", Guayaquil, Imp. del Guayas, por A. Merino, 1874.— **A. B. C.** (Antonio Borrero Cortázar): Refutación al libro titulado "García Moreno, Presidente del Ecuador, Vengador y Mártir del Derecho Cristiano por el R. P. A. Berthe, de la Congregación del S. Redentor", Guayaquil Imp. de "La Nación", 1889.— **ANONIMO**: Apuntes para la Historia, Quito, Tip. de M. Rivadeneira, 1877.— **VARIOS**: Expedición al Ecuador, Ipiales, Imp. de Ramón Grijalva, 1878.— **LIBERALES DE PICHINCHA**: Cosas que el Ecuador debe saber para honra suya, Quito, 29 de octubre de 1877.— **ANONIMO**: Caracteres de los libelistas. El Regenerador. Guayaquil, Imp. de "El Comercio", setiembre 28 de 1878.— **RAFAEL P. VIEIRA**: Crónicas y antigüedades de Baños, en "El Comercio", de Quito, de 11 de febrero de 1930.— **J. B. PEREZ Y SOTO**: La Curarina, antídoto contra el montalvismo, Guayaquil, Imp. de Calvo & Cía., (3 vols.), 1884-1886.— **M. MERCHAN**: Estudios críticos. Los Siete Tratados de Montalvo, Bogotá, 1889.— **MARCELINO**

MENENDEZ Y PELAYO: Introducción a "Antología de Poetas Hispanoamericanos", Madrid, 1894.—
RUFINO BLANCO-FOMBONA: Prólogo a los "Siete Tratados", ed. de París, 1912.— JOSE ENRIQUE RODO: El Mirador de Próspero, Montevideo, 1913.—
ROBERTO AGRAMONTE: Biografía del Dictador García Moreno, La Habana, Cultural S. A., 1935.

APENDICE

ALGUNAS DE LAS NOTAS CRITICAS
PUBLICADAS EN LA PRENSA DE
AMERICA SOBRE "VIDA DE
JUAN MONTALVO"

Acaso ningún escritor de la América hispana soportó una existencia más conturbada que Juan Montalvo. La altura que conquistó, el éxito que le fué dado disfrutar y la resonancia de su nombre glorioso, no fueron productos exclusivos de su obra literaria. El panfletista, el polemista, el escritor de combate, el humanista, se habían impuesto en la conciencia de sus compatriotas, que así le conocieron desde su iniciación; pero, la fama del artista la valoraron cuando les llegó consagrada de París, trayéndoles los restos mortales del hombre que retornaba al Ecuador, desde el exilio, para acogerse al seno de la madre tierra. Sólo con la muerte, con el olvido y la paz, logró que todo el

pueblo de su patria se detuviera a considerar el trabajo realizado por él. Vocero y defensor de la democracia no pudo hallar en vida, dentro de su país, la tranquilidad necesaria para realizar su obra. Su pan diario lo obtuvo de la protección de sus amigos; sus torturas económicas redoblaron sus tormentos espirituales; las persecuciones políticas no le dieron cuartel. Nadie se sintió tan vejado, tan humillado, tan herido. Y sin embargo su destino era de eternidad. Ni Echeverría, ni Sarmiento, ni Varela pueden compararse, entre nosotros, con Montalvo, desde luego en lo que respecta a esos aspectos angustiosos que tuvo que soportar impuesto por las persecuciones políticas; ni las alternativas de su acción de luchador pueden darse con las características de nuestra historia. Con quien ofrece mayores contactos, es con Juan Bautista Alberdi, por el carácter de su labor y el proceso preponderante de su pensamiento liberal que, por sobre todas las eventualidades, aceptó como un deber al que no puede renunciarse sino con la vida. Por otra parte, la claridad de sus opiniones se manifestó tempranamente; ello dió a su obra una perfecta unidad, ya que su línea de conducto fué idéntica y total en tarea aguerrida.

Los innúmeros rasgos sabrosos que otorgan la vida y la obra del autor de los *Siete Tratados*, le destacan de una forma especial para crear una biografía extraordinaria. Sus pasiones, sus afectos, sus simpatías y diferencias, y sobre todo sus odios, tienen un carácter netamente tropical, —mientras

su obra está profundamente influida por el pensamiento europeo de su época.— Juan Montalvo aceptaba la existencia oscura en América, la pobreza dentro de su país, y en cambio, en Europa alcanzaba fama de "dandy" y señor mundano. Sabía, pues, hacerse al medio y soportar sus dictados sin sentirse vencido o impuesto. Era el león —como gustaba llamarse—, el combatiente, y no admitía que su pluma fuera confundida con una cuchara; —su pluma, que sabía matar!— Tuvo adversarios grandes y pequeños; no quiso olvidar a ninguno, dado que todos conspiraban por igual contra la libertad de su patria. El civilizador, el cristiano, el hombre del siglo XIX, luchaba contra los elementos de la edad media que, representados por Gabriel García Moreno, presidente de la Nación, y el clericalismo su aliado más fuerte, mantenían el terror en una forma inquisitoria.

Oscar Efrén Reyes, autor de esta biografía de Montalvo, se detiene minuciosamente en torno a los aspectos privados y públicos de la vida del héroe. El extenso volumen que le dedica guarda la escurpulsosa severidad de la crónica; no ha querido el historiador crear una simple pieza literaria. Es evidente que cada capítulo de la misma contiene los elementos verídicos que surgen de los antecedentes que en gran número emplea Efrén Reyes. La figura de Montalvo, su acción, su pensamiento, su intimidad, su pasión, surgen con un tono vivo, fiel a las situaciones y a los hechos, respondiendo al temperamento y los gustos del hom-

bre y a las imposiciones sociales y materiales en que le tocó actuar. Ese desplazamiento de la anécdota dudosa, de las invenciones fantásticas para crear un tipo, hacen que esta *Vida de Juan Montalvo* conserve la frescura del recuerdo latente, y el calor de aquella vida apasionada. Un desfile de hechos y panoramas, de anécdotas y hombres prodigiosos, da a este libro americano ese sabor autóctono que nos individualiza y ayuda a comprender nuestro presente, en el que dominan las fuerzas dramáticas del pasado, latentes aún en la organización social y política de América.

LAZARO LIACHO

(De la Revista "Nosotros", de Buenos Aires, Septiembre de 1937.— N° 18,— págs. 106 - 108).

*
* *

Nos hemos acercado a Don Juan Montalvo a través de la obra de Oscar Efrén Reyes, con la avidéz de conocer al hombre desbrozado del "tabú" genial. Y a este Juan Montalvo sí le hemos admirado, porque le hemos visto humano.

Acostumbrados a visualizarlo con un catalejo deforme obtuvimos solamente de él la "imagen virtual", desligada, como toda imagen, de su base bio-económica. A que viéramos al Maestro, como quien ahuma la lente para atenuar la refringencia como cuando es menester mirar de frente al sol,

pusieron en nuestros ojos de escolares el ditirambad—hoc, ahumado por el adjetivo empalagoso y cursi. Y como es lógico, desvirtualizándole al hombre, consiguieron hacer de Montalvo un personaje extraordinario, casi mítico. Felizmente la pirotecnia de los fuegos fatuos no ha logrado nunca hacer el elogio de la Vía Láctea.

El genio ante todo es hombre y el hombre no sólo es un guarismo cósmico en el esquema total del Universo, sino una realidad biológica ubicada en un lugar del tiempo y del espacio. "Yo amo una cabeza de tierra que engendre el sentido de la Tierra" dice el nihilista estupendo que bebió del Zend—Avesta. A Montalvo no le faltó este sentido. El no tiene la culpa que sus admiradores le hayan deshumanizado, ocultando, o tratando de cortar definitivamente ese "c o r d o n umbilical" que une el Genio con el hombre. Esa ligadura humana que afiebraba el pensamiento de Nietzsche al ver que que no era posible romperla: "todavía salta en vosotros el último hombre. Su linaje es inmortal como el pulgón", latigüea en la espalda del Super-hombre la frase de Zaratustra.

Pero Oscar Efrén Reyes, con mucho talento, reivindica a Juan Montalvo presentándonos al hombre real, crudo, como no lo conocimos hasta ayer. Y así, sí es posible acercarse al Maestro y admirarlo. A este Maestro sexualmente atormentado, que paga con panfletos de frase esculpida las deudas de dinero. ¡Y ha hecho muy bien: un adjetivo de Montalvo vale más que la miseria de un poco de dinero!

El hombre hasta cierto punto, afirmaba un eminente Profesor de Sociología, es un producto o secreción de su medio. Y esto es evidente. Montalvo, moviéndose en un escenario innumerable y determinado, sin embargo por un módulo intelectual constante —la cultura greco-romana— constituye una de las figuras más interesantes del siglo XIX. Su vida misma con un temblor de ubicuidad extraordinario, obligándole a hendir su espíritu a la emoción de los cuatro puntos cardinales, abiertos a la ruta de todos sus destierros, culmina en la concepción panteísta. Pero en el Filósofo hay además una realidad biológica insobornable: el hombre. El hombre crucificado eternamente en la penuria económica, orgulloso y realmente ingrato. El atormentado soberbio agujoneado cruelmente de la libido en lucha perenne con la neurosis. El hombre —coeficiente endócrino— y el "hombre lógitus", en simbiosis, dan nacimiento al panfletario olímpico, es decir, a la manifestación intelectual más perfecta de Montalvo y talvez insuperable. Porque Montalvo Panfletario es el Montalvo inmortal. De su filosofía, deleznable en este siglo, sólo queda la arquitectura de la frase estupenda e impecable; pero de sus escritos políticos, el adjetivo musculoso aún vive y vibra en la orquestación —porque el estilo de Montalvo no es otra cosa— de sus panfletos admirables.

Oscar Efrén Reyes, recio talento ecuatoriano, nos ha introducido hasta la alcoba íntima del Maestro y nos ha presentado al Genio sin su "traje de carácter". Tal como es. Tal como debe ser. Y el hombre así humano, contradictorio y paradójico nos

ha parecido más admirable que el ídolo insustancial, sin otro sustentáculo que la lucubración insulsa de nuestra adoración tropicalista.

Felizmente es un ambateño de envergadura intelectual indiscutible, quien acaba de hacer el elogio más grande de Montalvo, al escribir su biografía.

JORGE ISAAC ROVAYO

("El Centinela", de Ambato — 13 de Abril de 1936)

*
* *

Severo el ceño y solemnizando más, si cabe, la majestad del espíritu, así solemos siempre leer a Montalvo, o lo que con Montalvo se relaciona en escrituras... Severo el ceño y solemnizando más, si cabe, la majestad del espíritu, así hemos leído también a Oscar Efrén Reyes, en su *Vida de Juan Montalvo*, la cual hubiéramos querido, por razones fáciles de entender, que hubiese sido titulada *Vida de don Juan Montalvo*... Podrá ser influencia del maestro; pero es indudable que *Juan Montalvo*, a secas es cosa muy distinta de *don Juan Montalvo*, como es cosa muy distinta *Miguel Montaigne de Miguel de Montaigne*, señor del castillo de su nombre, en el Perigord...

El don Juan Montalvo de Oscar Efrén Reyes es un don Juan Montalvo perfectamente desnudo; ríjoso delante de las criadas y las camareras; olvidadizo de los críos que va dejando a través de libidinosas aventuras; comido de préstamos obteni-

dos en un constante pordioso; egocentrista y neurótico, ingrato y grosero, plebeyo de espíritu en mil veces... La gran virtud de Oscar Efrén Reyes es no presentar como un dios, a quien, en verdad, no fue más, sino hombre de tres pisos: cerebro, corazón y sexo, un gran cerebro, un gran corazón, una libido formidable, cuyas eyaculaciones se romantizan en los devaneos amorosos de tratados como el que contiene *Geometría Moral*, digna de ser analizada por Freud y por Marañón.

El rijo, el conato perpetuo a lo sensual, lo que moralistas han llamado *pruritus libidinis*, comienzan en la carne flaca del ilustre zambo, cuyas gotas de sangre etiópica arden y se abrazan en el infierno del deseo y del placer. No había para qué disimular este aspecto de un pecador, como todos; no había para qué echar velos de falsa piedad sobre las noches de un grande hombre lúbrico, igual, en esto también, a los demás genios: a Bolívar el impúdico; a Goethe el de la salacidad incontenible; a Byron, emparentado con el Marqués de Sade; a cuanto primogénito del instinto genera en su vientre la lujuria.

Desde luego, nada pierde con eso la estatura moral del Cosmopolita. Antes admira que surja del lecho impuro, para predicar el amor honesto y la pasión romántica; placer que se limpie de lodo, para alabar lo impoluto de las alas del arcángel casto; es grato verle, con la huella del pecado en la frente, doblando las rodillas delante de la virtud, como en un arrepentimiento de haber permitido que la bestia se saciara, que el imperativo

biológico cumpliera con la función orgánica indispensable. Así aparece el hombre tal como es: cayéndose y levantándose; luchando consigo mismo; cien veces vencido; mil veces dispuesto a no sucumbir; hablando, eso sí, para el público, todo lo que es honrado, lo que es transparente, lo que hace distinguir bien la mujer de la hembra, la esposa de la barragana.

Ha de decirse que predicar con la palabra es uno, y predicar con el ejemplo es otro. Vale más, sin embargo, que predique bondades el iracundo, perdones el vengativo, misericordias el desalmado. Ellos conocen mejor aquello de qué hablan. Sinceritas son, aun para los altares católicos, las cortesanas arrepentidas, las heteras que ya dejaron su magdalenismo de amor en un vericuetto del camino. Apóstoles son los Agustines y Jerónimos, que se acuestan en pozos de hielo y en lechos de espinas, al recuerdo de las pelanduscas de Roma. Dignos de respeto y de alabanza son los ladrones que se arrepienten, las prostitutas que se dignifican, la canalla que se redime, sea por el dolor, sea por el amor o por la muerte... Porque Montalvo, después de todo, compensaba cada pecado con una virtud: si proscribía a sus propios hijos, lloraba con la ciudadanía de los ajenos; si condenaba la ex-amante, ahora convertida en esposa, a las perpetuidades del olvido, corazón tenía para piltrafa humana que arroja, como deshecho, la tolerada insolencia del prostíbulo. En Montalvo había un algo paradójico, que es preciso estudiar bien, para encontrar la medida cabal de su gran

espíritu. La libido freudiana le tenía cogido como con tenazas. Y el Cosmopolita, hombre antes que nada, se dejaba coger por ella, con una delectación morbosa, con una escandalosa complacencia, con un sibaritismo del mal, que ponían complicaciones nuevas en la ya demasiado compleja grandeza de su personalidad.

El no llegó, sin embargo, a aquello de que achaca Suetonio a los doce Césares de la Roma Cesárea. Dios libró a don Juan de tales inmundicias. De tratar con lavanderas, con ellas trató. De prolicificar con criadas, con ellas prolicificó. De amar camareras, mujerzuelas de poblacho y de villorrio, las amó, y las amó hasta el delirio. Pero no invirtió jamás los altos destinos de la naturaleza. Montalvo no cantó a los pastores como si fueran pastoras, del modo y manera que solía hacerlo nada menos que Virgilio; ni anduvo de bracero, por vericuetos y encrucijadas, con cosas que tanto placían a temperamentos como el del pobre y asqueroso humano que se llamara Oscar Wilde... Para qué? Don Juan Montalvo siempre fue un macho, perfectamente macho...

La valentía del libro de Reyes, al desnudar a Montalvo, en cuerpo y alma, verdad que es inusitada valentía. Si ahora placen tanto las biografías noveladas, era mejor escribir una biografía clara, sin escondites, sin taparrabos, sin poner al hombre la hoja de parra, por respeto a pudibundeces simuladas, a sonrojos fingidos, a virginidades sospechosas. Pecó Montalvo y pecó del modo que todos pecan. Que arroje, entonces, contra él,

la primera piedra, quien no se rindió ante el fervor de una mirada amorosa; quien no sintió el latigazo del deseo, a vista de una primavera que para en forma de mujer; quien, en fin, no tuvo que caer en tentación, cuando la sangre borbota y hay promesas sin término en la sonrisa de unos hocuyelos, en la tersura de unas manos, en la elegancia flexible de una línea que puede forzar y fuerza en verdad a seguir por todas las curvas de la vida, contra la Sociedad, a pesar de la moral relativa, sin embargo de la ley, no obstante la conveniencia, lejos de la razón, sin más mira que el amor, que un poco de amor, que un ápice de amor... La vida es la vida, y nadie comete un crimen con vivirla...

Nada se disimula, por Reyes, en la verdad de Montalvo, tal como fue don Juan Montalvo: fastidioso con sus amigos y malagradecido con ellos, hasta clavarlos con alfileres — como algunos suelen hacer con las mariposas — en el infierno de las condenaciones, cuyo centro constituyen las *Catilinarias*.

Pedigüeño, como un pordiosero, como un segundón, como un pariente pobre. Causa dolor contemplar la insistencia montalvina en el ejercicio de lo que sus enemigos llamaron "la dictadura del bolsillo ajeno". *Indio de mierda, pensará que mi pluma es cuchara* — grita el Cosmopolita, como esos hidalgüelos que se mueren de hambre por la vergüenza de trabajar. Y, sin embargo, esa misma

pluma, que no es cuchara: se tiende como el muñón de un manco, idéntica a la pata elefantiaca de un zopo, para solicitar "sumitas" y préstamos" con una desvergüenza inusitada. Si le dan, coge el mendrugo y come. Si no le dan, se enfurece, y patalea. De tener hambre, no la tiene. Vicios no conoce, ni bebe, ni juega, ni fuma. De andar vestido, anda lujoso; sí levita de paño negro finísimo; sí alto sombrero de copa, facturado en Londres; sí camisas de lino, calcetines de seda y zapatos de charol. Para lo que pide no es para vestimentas de endomingamiento, banquetes de jolgorio, ni vinos de orgía: es para vivir, apenas para vivir; y, si sobra buenamente, para imprimir el insulto homérico del panfleto, la divagación filosófica del ensayo, la armoniosa nadería del poema... Si le hubieran dado papel, libros, recado de escribir, Montalvo no hubiera mendigado jamás. Sin embargo, el gran hombre contradictorio, se emberrincha cuando unas señoras de Quito intentan obsequiarle con el regalo de una imprenta... Dudaba seguramente, de que ello llegase a realizarse. O, lo que es más, caló que en ello anduviese consejo de adversario y artimaña de enemigo...

El desamor al hogar constituido de acuerdo con la religión asume una sombría proporción gigante en el alma de Montalvo. La esposa comenzó por ser querida. Cuando se mantuvo en este plano último, Montalvo la adoraba. Cuando llegó a la categoría esponsalicia, la odió de todo corazón. En este caso, lo que conviene a la crítica, es esto: estudiar la psicología de doña María Adelaida

Guzmán, esposa del Cosmopolita, antes de condenar a don Juan. Lo del viejo decir: en todo desacuerdo matrimonial casi siempre hay un secreto de alcoba...

El secreto, en este caso, debió ser conocido y apreciado durante la convivencia prematrimonial. Suele suceder, sin embargo, en noventa y nueve casos de ciento, que toda manceba elevada a condición de esposa, se torna una energúmena del hogar legalizado. Fenómeno de comprobación diaria; pues el otorgamiento del derecho es causa de abuso de ese derecho. La compañera teme perder al compañero y se porta bien con él. La esposa, ayer que era indisoluble el vínculo matrimonial, sabía que aquello tenía que durar hasta la muerte. Y entonces sí, palo porque bregas, palo porque no bregas, el ídolo antiguo tornábase en furia, las caricias en arañazos, los besos en dentelladas, los suspiros en rugidos... Habría, pues, que saber bien de la psicología de su esposa, para pronunciar contra Montalvo el fallo en su difícil calidad de todo un señor marido.

El olvido de la hija no era más, sino consecuencia del desamor por la madre. Es esto tan humano... Odiarla por ser hija de *ella*... No amarla, por ser hija de *ella*... Condenarla implacablemente a destierro perpetuo en las islas del olvido porque es fruto del amor con *ella*... No se violenta la razón para comprenderlo... Pobre don Juan Montalvo... Si ya, en el fondo de su corazón, no existía la sospecha, de que la hija fuese hija solamente de *ella*... Hay que ahondar en el misterio,

cun a riesgo de causar heridas profundas... Lo que ya dijimos: la vida es la vida, y nadie comete un crimen con vivirla tal como es...

Por lo demás, un aplauso franco a Reyes por lo rotundo de su triunfo. De hoy más, don Juan Montalvo ya no es un dios: es un hombre como todos, salvo, eso sí, en que su inteligencia es una de las más grandes que se hayan jamás ofrecido a la admiración de los hombres.

Ya no es un dios: es un hombre en toda la repugnante desnudez que siempre es patrimonio de quienes forman parte de la especie humana...

REMIGIO ROMERO Y CORDERO

Quito, 1936.

*
* *

La *Vida de Montalvo* es lo mejor que se ha escrito sobre el maestro ambateño, teniendo en cuenta que los libros de Rodó y de Gonzalo Zaldumbide no son biografías sino ensayos críticos. Reyes dió pruebas de imparcialidad y de prolija documentación. Junto al escritor exhibió al hombre, a Montalvo en el hogar y en la vida privada. A pesar de ser comprovinciano y correligionario del Cosmopolita, Reyes no omite las flaquezas y pequeñeces del grande hombre y le presenta superando con su talento, su pluma y su arte del estilo al varón exigente y siempre necesitado. Es una de las

pocas biografías en el Ecuador que lindan con la perfección...

NICOLAS JIMENEZ

(En "El Universo", de Guayaquil, 13 de agosto de 1938).

*
* *

La VIDA DE JUAN MONTALVO de Oscar Efrén Reyes está confeccionada con materiales humanos, a la manera moderna...

Para los colombianos, esta biografía tiene especial interés porque, a pesar de que don Juan Montalvo fué muy popular en Colombia en las postimerías del último siglo, hoy están absolutamente en el olvido su vida, su lucha y su obra...

Se puede garantizar que las nuevas generaciones de Colombia no sólo ignoran a don Juan Montalvo, sino que muchas personas, al enterarse panorámicamente y a la ligera de su obra, la desdeñan como antigualla romántica, al catar el sabor de su ideario y de su estilo iracundo. Sin embargo, don Juan Montalvo nos pertenece en gran parte y no debe perder actualidad entre nosotros: su ascendencia era granadina, dos veces se acogió, a causa de las persecuciones de su país, bajo el verde y plácido cielo de Ipiales; cuando, acosado por el fanatismo vió en peligro su existencia en las calles de Quito, la Legación de nuestra Patria abrió el tricolor de su bandera para darle asilo diplomático,

y al amparo de nuestras libertades democráticas amó, sufrió, lloró, y escribió obras de acento perdurable, como los *Siete Tratados* y *Los Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*.

Oscar Efrén Reyes obtuvo un logro máximo en su obra: situándose en un vértice de imparcialidad, nos presenta un Montalvo auténtico, con sus luces y sombras, sus muchas debilidades y grandes fortalezas...

BERNARDO ARIAS TRUJILLO

("La Patria", de Manizales; 4 de Diciembre 1937)

*
* *

Hacía falta una obra completa, escrita por autorizada pluma, acerca de la vida del ilustre "Cosmopolita" y esta necesidad literaria, como libro de consulta, acaba de llenarla nuestro contemporáneo Oscar Efrén Reyes.

Escribir la biografía de un personaje de gran talla, es de suyo difícil y más que difícil asunto comprometido; pero muchísimo más resulta escribir la vida íntegra que viene a ser la historia de sus hechos, de sus acciones públicas, de sus características y aún de sus intimidades prolijamente averiguadas.

En Reyes se ha manifestado claramente su vocación de historiador, apologista y biógrafo: investigador paciente, crítico analítico y sereno; deduce

de los hechos para emitir los conceptos y juzgar rotundamente sin que le incline el favor por la admiración al hombre, ni menos le ofusque la prevención, condiciones que necesariamente deben hallarse ausentes del espíritu del crítico: busca la anécdota, indaga las costumbres, inquiera la correspondencia privada del biografiado; porque esos detalles que a primera vista parecen nimiedades, suelen muchas veces echar luz y denunciar buena parte de la psicología del individuo; pues encierra secretos y constituyen documentos: suelen a veces guardar el oro aquilatado de acendradas virtudes, ora denunciar ciertas pequeñeces que contrastan con la majestuosa grandeza de un carácter y desconcierta un poco al conocerlas, pero que, serenamente analizadas, ni manchan ni amenguan y al contrario complementan mejor los matices morales del individuo.

La obra está ilustrada con abundancia de noticias, detalles y anécdotas que le ha sido doble conseguir con paciente diligencia, desde que Montalvo viniera al mundo hasta que rindiera la jornada de su existencia fecunda, de tempestades y de luchas gloriosas, con una muerte envidiable de filósofo, afirmando en aquellos momentos supremos la justa y merecida fama de su gran carácter y la elevación de su espíritu máximo en sabiduría y en virtudes, que confirman sus propias expresiones: "vivir bien y morir bien, es el colmo de la felicidad a la cual debe aspirar el hombre; vivir bien y morir mal es una desgracia; pero vivir mal y morir mal es el colmo de la fatalidad". Montalvo vivió

bien y su muerte correspondió a su grandeza, confirmando la superioridad del hombre genio.

Tiene además la importancia del relato de los acontecimientos históricos de una larga época que se encadenan con la vida batalladora y activa de Montalvo; época de procedimientos tiránicos y arbitrarios que justifican sus rebeldías y la acritud de sus escritos contra los mandatarios y sus gobiernos.

La obra de Reyes es la historia bien analizada de un hombre extraordinario, en el cual, definiendo su grandeza en los diversos aspectos, la amplitud de su verbo poderoso, no oculta sus defectos y sus pasiones.

(De la revista "La Casa de Montalvo" de Ambato. N° 21 — Enero — Abril 1936).

*
* *

"Vida de Juan Montalvo" es un serio y concienzudo estudio biográfico que honra a su autor, ya que a través de esas bien nutridas páginas surge el esfuerzo considerable, y por ello más meritorio, de Oscar Efrén Reyes, empeñado en ofrecer a las generaciones americanas de hoy, la más fiel semblanza de quien, como Montalvo, llegara a ser considerado como uno de los más grandes escritores castellanos de la pasada centuria.

La significación intelectual de Juan Montalvo es indiscutible. Su ejemplo de luchador y de sembra-

dor de ideas, puede colocarse al lado de los parados por otros valores justamente considerados como guías mentales de Idoamérica. Liberal y republicano en sus concepciones políticas, fue su pluma fusta democrática que restalló airada sobre déspotas y tiranos, y fué su prédica varonil y altiva el cáustico del servilismo lacayuno de los mediocres, de los pobres morales. Juan Montalvo no supo de genuflexiones palaciegas ni del arrastrar parasitario de los ineptos. Así Montalvo hizo terminar la semilla de la rebelión que terminaría con el déspota García Moreno.

Toda la vida de Montalvo, desde su infancia en Ambato hasta su madurez física y mental ya en la brecha de sus principios y ya perfilado como escritor de renombre internacional, todo es detenidamente estudiado y glosado por Oscar Efrén Reyes en esta obra que nos ocupa. Nada escapó al biógrafo que hay en Reyes y no quedó referencia histórica relacionada con el gran escritor ecuatoriano que no fuese consignada con acierto y oportunidad.

"Vida de Juan Montalvo" es por eso uno de los más completos y serios trabajos biográficos que hemos conocido en los últimos tiempos, y es un homenaje justiciero y de valía a un hijo de América que supo escalar la consideración pública ubicándose, por su talento, su inteligencia y su rectitud, en sitio preferente en el concierto de los buenos valores de la literatura castellana del siglo XIX.

(De la revista "Claridad" de Buenos Aires N° 315 de Julio de 1937).

* * *

Nada hay más bruñido y azul que el cielo de la mañana en la sierra ecuatoriana. Ningún adjetivo es capaz de describirlo, ninguno puede evocarlo en su limpidez evangélica. Es de tan inmaculada esencia que disuelve el espacio. Todo está cerca y lejos a la vez; cerca porque se divisa con una diaphanidad perfecta; lejos porque hemos de recorrer mucho trecho para llegar a tocar lo que tan cerca nos parecía.

Bajo el cielo, en una hondonada verde en que tanto medran los durazneros como los naranjos nació uno de los ecuatorianos más ilustres que ha visto el mundo: Juan Montalvo.

Descendemos del tren, allí, en su villa natal: Ambato, para no llegar a Quito sin haber cumplido la piadosa peregrinación.

Hace años —no diré muchos, porque no los he sentido— siendo una rapazuela, cayeron en mis manos los "Siete Tratados". De la lectura olvidé casi todo el contenido, mas no la simpatía que me inspiró un estilo que tan pronto fluía con la sobriedad de agua clara, como echaba todas las espumas, las luces y las cascadas de la época romántica. Después, adulta y mujer, más de una vez volví sobre mi afición de niña y sin buscar en la

vida del autor, tuve por Montalvo esa admiración ferviente que suscita el trato con los héroes.

Heme, pues, ahora en su suelo natal. En esta casa —hoy transformada en biblioteca pública de la ciudad— vió la luz. Aquí se guardan con piadosa unción los manuscritos de sus obras maestras, pergeñadas a pluma, con una letra pareja, y con tal seguridad en la expresión que no se advierten enmendaduras de importancia. Penetrada de profunda emoción, como si algo de su mano, corriese aún por el papel, leo el párrafo inicial de los Héroes:

"Al tiempo que el Genio de la guerra se corona emperador de Francia por mano de un pontífice cautivo, corría la Europa un hijo del Nuevo Mundo, poseído de una inquietud indefinible que no le daba punto de reposo . . ." Es el capítulo sobre Simón Bolívar. Y su prosa vuelve a traerme no sé qué recuerdos inolvidables de la infancia, Olmedo, el Canto a Junín, el Delirio en el Chimborazo, todo aquello que fué alimento de admiración por hombres que imaginé inmortales.

El dignísimo depositario de los recuerdos montalvinos, el escritor don Carlos Bolívar Sevilla, me muestra la completa colección de las obras que se han escrito sobre don Juan y me lleva después al cenotafio que guarda sus despojos. Mientras le contemplo, pienso que entre los dones inmerecidos que me ha prodigado la vida no es éste el menor: que me haya traído hasta aquí, a cumplir, de mujer, una esperanza que de niña me pareció tan imposible como el coger una estrella.

En una capilla laica, de líneas severas y armónicas proporciones, en el sitio del altar, se levanta la urna de bronce, sobre la que se derraman haces de luz. Es la ofrenda del pueblo natal al hombre que sufrió la muerte en suelo extranjero. Es la ofrenda de un pueblo que aquilata los valores espirituales y sabe honrarlos.

Y me digo para mí misma que en Chile ninguno de nuestros grandes escritores tiene homenaje semejante. Precisa una masa sensible y un pueblo respetuoso de la inteligencia para que se lleven a cabo tales ofrendas póstumas. Una de las calidades del alma ecuatoriana es esta capacidad de admiración respetuosa.

Más tarde, y tan pronto como me ha sido posible, he leído el libro que le ha dedicado últimamente el gran escritor contemporáneo don Oscar Efrén Reyes. Su *Vida de Juan Montalvo* es un documento humano a la vez emocionante, trágico y doloroso.

Allí está el hombre grande en sus genialidades y en sus miserias. Tan mal avenido con la vida como consigo mismo. En lucha con su temperamento; incongruente, llevado por los delirios intelectuales hasta olvidarse de sus más caros sentimientos. Sufriendo y haciendo sufrir, envolviéndose en odios y arrojando rayos.

De niña, miré en Juan Montalvo un héroe; ahora, un grande hombre; grande por igual en sus flaquezas, en sus miserias como en sus merecimientos. La admiración ingenua ha cedido el paso a la simpatía misericordiosa. ¡Que ésta es la pasta de

que estamos hechos, Dios mío, en que toda luz tiene su sombra y toda superioridad su flaqueza bochornosa!

AMANDA LABARCA H.

(De "El Mercurio", de Santiago de Chile, 1936).

*
* *

Oscar Efrén Reyes es el autor de la *Vida de Montalvo* que merece actualmente el comentario y el aplauso de las letras jóvenes. Escrita en forma nueva, sobria, podada, en allí surge, sobre todo, el hombre. Está en su tiempo, en su medio. La poderosa síntesis histórica que es una de las características mejores de la obra de Reyes, ha podido retrotraer, con viveza, el escenario montalvino por el cual decurre don Juan, como en la vida, de zozobra en esperanza y de breve alegría en tristeza reconcentrada y aguda. Su ruta está clareada por la seguridad y el acto del descubrimiento que es una de las expresiones más constantes de la juventud. No reposa, como quien, en la creencia de que la misión está limitada o cumplida, busca el muelle lugar o, rectificándose acaso, pide paz y mesura al juvenil viajero que somos, al imprudente soñador que nos parece haber sido, al removedor, fecundo descontento, que, por serlo, se crea siempre el recelo de los conformistas y la simpatía creciente de los inconformes. En camino está Mon-

talvo en la biografía de Reyes. Y casi en camino muere, porque cuando ya le ataca la dolencia sin remedio, ha estado en un viaje por las últimas pruebas de imprenta de sus artículos y se ha vestido en traje pulcrísimo, porque iba a recibir una embajada definitiva.

AUGUSTO ARIAS

(De "Repertorio Americano" de San José de Costa Rica. N^o 755, jueves 14 de Mayo de 1936).

*
* *

Es un grueso volumen, Oscar Efrén Reyes presenta un estudio completo acerca de Juan Montalvo.

El libro tiene un carácter científico por la información completa del sujeto estudiado, personalidad analizada desde sus antepasados y en que no se descuida ninguno de los factores determinantes de su personalidad: su temperamento, su familia su medio social, su situación económica, el funcionamiento de su líbido.

En lo artístico, esta biografía cuidadosa manifiesta tal independencia de juicio, su independencia, que su estilo sereno, es la expresión externa de su actitud mental de observador con simpatía hacia el personaje estudiado; pero sin limitaciones de la incomprensión del odio y sin la parcialidad de la admiración incondicional.

A pesar de los abundantes estudios que hay acerca de Montalvo, el gran luchador ecuatoriano del siglo XIX, esta biografía de Oscar Efrén Reyer cumple con el propósito de su autor de presentar la totalidad del hombre, no sólo el literato o el político o el periodista.

Reyes muestra al Continente un Montalvo humano y analizado en todos los aspectos posibles, siguiendo un orden cronológico.

Aunque se trata de un vida real, hay interés en esta vida apasionante que el volumen grueso como una pared se lee con el dramatismo que no se logra a veces en una novela.

Montalvo está íntegro con su permanente angustia económica; con el martirio de su sexualidad ardiente; con la acrimonia del medio ignorante.

Reyes no silencia el abandono de Montalvo hacia su familia, falta que los hombre leales y de corazón jamás le perdonarán, y por otro lado, se ve al político y al escritor que está sobre lo pequeño, sobre lo accidental, permanentemente en lucha con sus favorecedores del ayer inmediato.

Montalvo aparece así miserable y sin un átomo de gratitud cuando no es sino una víctima de la pobreza, por una parte, y un hombre que por más altas razones tiene que atacar a sus amigos más cercanos, a sus benefactores.

Reyes con este libro suyo llama a la conciencia de los escritores americanos a fin de que sacrifiquen su paz personal, su bienestar, ante el papel de ser los despertadores de todos aquellos que en

lo político y en lo social o duermen o no han nacido o están muertos.

RAFAEL CORONEL

(De "La Semana Internacional", de Valparaíso 8 de Mayo de 1937).

*
* *

La historia de Juan Montalvo necesitaba un biógrafo de gran clase apto para darnos una interpretación adecuada de este complejo personaje cuya influencia en los movimientos políticos de América no cede el valor por la inactualidad con que hoy se les mira.

Fiel al impulso de la época no podía exigirse a estos países recién amanecidos a la soberanía que tuviesen la lentitud y la reflexión de aquellos pueblos que han resuelto primero su problema de existencia y luego se han dedicado pacientemente a elaborar su cultura. Montalvo nació en plena fiebre heroica invadida por afanes libertarios en los que no había desaparecido aún el esfuerzo de las avanzadas revolucionarias. Se vivía aún bajo el caliente recuerdo de los vivacs y de ahí que quienes se dedicaban a las faenas de la inteligencia se viesen compelidos a un ambiente de lidia que fue, muchas en mengua de la obra puramente intelectual. De estos es Montalvo quien puso al servicio de los ideales políticos confusos de aquella época de consolidación el agrio signo de su prosa admirable. Siguiendo el precepto de quien escribió que

se debe estar al día para ser contemporáneo de todos los días, Montalvo se dió cuenta de que su oficio era el de ayudar a nacionalizar la libertad, para dejar así concluída la primera etapa de una cultura que tiene elaboraciones difíciles en pueblos tan complejos como los nuestros. A sus cualidades de gran escritor sumó entonces la de un carácter nutrido con todas las virtudes del hierro, porque así urgía para los días que se presentaban.

Padeció la alucinación de los intelectuales de todos los países de América, decididos a traer a un continente nuevo la pugnacidad de la faena de Europa, que por aquel entonces iniciaba el desplazamiento intelectual hacia laderas lejanas de los valores fundamentales que le dan lustre a la civilización. Pensaron advertir en los espíritus templados apegos a las metrópolis ultramarinas y cometieron el error de licenciar la inteligencia para raciocinar con la imaginación. En Colombia, Perú, Venezuela, Bolivia y hasta en las repúblicas del Plata, la misma lucha mortal que empujaba hasta la barricada a quienes remontando conceptualmente diferían únicamente en el procedimiento para aplicar y practicar la libertad.

Para nuestro gusto contemporáneo el conflicto de estos hombres aparece superado por la realidad de ahora cuando se verifica ya el deslizamiento definitivo hacia la polarización filosófica de los movimientos sociales de América. Pero no es posible desconocer la cuita de aquellos varones hun-

didados en la pesadumbre de la creación. Montalvo encabeza el desfile de figuras que llevaron a Europa el recuerdo de nuestra inteligencia. José Enrique Rodó, Juan de Dios Uribe, Ramos Mejía, etc. ponen un pensamiento de cólera al fenecimiento de la dominación enropea entre nosotros. Y crece más su volumen cuando se piensa que hundidos en aquella lucha tuvieron tiempo para consagrar algo también a la literatura de géneros reposados.

Los Siete Tratados llevaron a la propia España la memoria de los prosistas del siglo de oro de su literatura y con Capítulos que se le Olvidaron a Cervantes constituyen la madurez de su obra. Allí desaparece el escritor violento de Mercurial Eclesiástica y de las Catilinarias, coléricas diatribas contra hombres y cosas de su patria, hundidas todavía en ese anticlericalismo eruptivo que era de tanto gusto en los demagogos de América.

Todo esto nos lo ha revivido la Obra de Oscar Efrén Reyes, historiador y crítico de virtudes cimarras. El centenario del gran prosista ecuatoriano encuentra un numeroso grupo de escritores capacitados para proseguir en su patria el ahinco castellano del celebrado autor. Reyes es uno de ellos por la conjugación de múltiples cualidades entre las cuales admiramos su capacidad descriptiva.

Ambato, la tierra de Montalvo, surge de la pluma de Reyes con líneas tan precisas como si fuera un lienzo llenándose con la colorística movilidad de los pinceles. Recogida en un maravilloso sitio, el sosiego de sus valles circundantes sirvió

al protagonista para pasear su predestinación a la lucha, llevando en el cerebro un nido de tempestades. Montalvo prolongó el recuerdo de aquella ciudad colonial llevándose al destierro la memoria de aquellos lugares en donde su inteligencia apacentó su discolia frente al sumiso movimiento de las aguas maternales.

Sus gestos nacionalistas no cesaron nunca ante las pasiones de sus ideales políticos y así cuando las tropas colombianas del radicalismo invadieron el Ecuador para ayudar al radicalismo ecuatoriano a derrocar un régimen que combatía Montalvo, su pluma se encendió de rubores para execrar virilmente esa invasión, dejando como testamento político la patria por sobre las pasiones políticas.

La biografía de Oscar Efrén Reyes es un estudio completo de toda esta admirable personalidad y a los ágiles movimientos de su pluma debemos este magnífico relieve de la estampa de don Juan Montalvo.

Abel Naranjo Villegas.

(Revista de la Universidad Católica Bolivariana, de Medellín N° 2.—Julio—Agosto de 1937).

*

**

DOS VIDAS: MONTALVO Y RODO

En dos libros de publicación más o menos reciente —el uno del ecuatoriano Oscar Efrén Reyes y el otro del uruguayo Víctor Pérez Petit— se ha trazado el cuadro de dos vidas que han contribuí-

do poderosamente al despertar espiritual de América: la de Juan Montalvo y la de José Enrique Rodó.

El hijo de Ambato y el de Montevideo representan, en sus respectivas épocas, el poder del hombre de letras en la evolución de las nacionalidades hispanoamericanas, pese al destierro o a la preterición, y ponen a prueba, confirmándola, la realidad de una conciencia continental.

Situado a medio siglo de distancia, el autor ecuatoriano compone una biografía de bien contrapezada arquitectura: de ella fluye una visión orgánica del hombre y el medio y una valoración con visos de palabra definitiva. El trabajo de Pérez Petit participa de muchas de las características del libro de memorias, con la consiguiente desproporción en el énfasis dado a los diversos aspectos de la persona y acción del biografiado.

Pero son los libros como el de Pérez Petit los que suministran los elementos fidedignos de información y juicio que reclama la posteridad. Contemporáneo de Rodó, amigo suyo fraterno (dentro de los límites que imponía el carácter algo misantrópico de aquél), Pérez Petit aporta un cúmulo de datos, observaciones, anécdotas y opiniones personales que ora ilustran, iluminan o rectifican. De no haberse escrito este libro, el historiador del futuro —el que, como Oscar Efrén Reyes en el caso de Montalvo, ensaye de aquí a treinta años, con la perspectiva de medio siglo cumplido, una apreciación cabal de Rodó— perdería una fuente inestimable de consulta. Es de alabar que el au-

tor se haya esmerado en dejar constancia de cuanto episodio relativo a Rodó conservaba en la memoria. Y este aplauso lo damos a sabiendas de que algunas personas han censurado la inclusión de anécdotas que muestran al Rodó juvenil riendo y bromeando con sus amigos, por estimar que tales rasgos pueden "rebajarlo" en el concepto de sus admiradores...

Nos ha parecido natural aunar en un mismo artículo dos libros de referencia, por versar ellos sobre dos héroes de la inteligencia cuyos nombres siempre saltan a los labios cuando se intenta hacer una nómina de *hombres de América* que no incluya a los libertadores. Hace algún tiempo, por ejemplo, al preparar la Oficina de Cooperación Intelectual de la Unión Panamericana un cuaderno de Vidas Ejemplares, como aportación a la celebración del Día de las Américas, figuraron en el homenaje, por derecho propio, tanto Montalvo como Rodó, junto con ocho más: Jefferson de los Estados Unidos, Alberto Torres del Brasil, y los hispanoamericanos Bello, Alberdi, Altamirano, Hostos, Martí y Mariátegui. Las dos nuevas obras de Reyes y Pérez Petit se refieren, pues, a dos vidas que son palanca y ornato de americanidad.

La obra de Reyes se caracteriza por la forma tan feliz en que se ha condensado y depurado una multitud de datos de toda índole y de interpretaciones no pocas veces arbitrarias que circulaban en torno a la vida del preclaro hijo de Ambato y refugiado de Ipiates. Como biografía es una sagaz decantación de actas oficiales, cartas, manus-

critos, autoreferencias, apuntes biográficos, informaciones orales, polémicas y críticas. Ejercitado en las disciplinas históricas, Oscar Efrén Reyes ha sabido dar a cada elemento el relieve que le correspondía.

(“De “Correro” de la Oficina de Cooperación Intelectual; de Washington. Febrero de 1939. Nº 16)

*

* *

VITRINA BIBLIOGRAFICA

I más de uno de los que se partaron de la vida, no se apartaron sino de la canalla: no querían partir con la canalla el agua, la llama y el fruto.—NIETZSCHE.—

Así hablaba Zaratustra.

Oscar Efrén Reyes, educador y periodista de los mejores, ha puesto, desde hace algún tiempo, al servicio de la Historia, su cátedra de educador y su pluma de periodista. Las columnas de los diarios y la lección cotidiana pueden conducirme —se dijo Reyes— hacia el mismo fin: hacia la prédica y difusión de la verdad histórica. Y, tal cual lo pensó, lo hizo...

Su primer libro de aliento, sobre materia tan difícil, es *Historia de la República*; libro que la crítica de América y Europa acoge con singular beneplácito singular que mueve al autor —antes quizá receloso— a seguir por tan abrupta senda. A poco, cuando había dejado ya de dictar sus clases en el *Juan Montalvo*, un rotativo de Guayaquil

comienza a publicar una serie de artículos suyos, bajo el epígrafe de *Los últimos siete años*.

Hasta el humilde retiro en que este hombre vive, llegan las voces de aceptación y aplauso para su labor: el público ecuatoriano, al que alguna vez ha de brindársele desde los periódicos alimentos nutritivos, ha recibido los recientes trabajos de este benedictino laico, con el mismo loco encandecimiento, con el mismo gesto de sincera aprobación con que recibió su vigoroso primer libro. Y este hecho, alentador y sintomático, lleva a Oscar Efrén Reyes a la Imprenta, con sus originales debajo del brazo.

De aquí nace el libro que comentamos: libro recio, valiente, erizado de franqueza, como de aristas, el arma del hombre cavernario: libro sin compromisos ni pasión, libro honrado y frío. Ni temor para el fuerte ni ensañamiento para el débil se advierte en sus páginas: la disección de los hombres y el análisis de los acontecimientos, verificados son por Reyes con la misma inmutabilidad admirable con que un sabio examina cadáveres en su laboratorio, a través del duro cristal de su lente...

Existe en nuestra América, junto al sinnúmero de cortesanos corrompidos y venales, aptos sólo para el elogio abundoso e irreflexivo; existe, digo, un soberbio escritor, singular en el género histórico: Alcides Arguedas. Al leer las páginas trazadas —con mano firme y ánimo tranquilo— por Reyes, pienso, sin quererlo, en ese “creador de la nueva América” que supo grabar, con la señal

que merecían, la frente de Mariano Melgarejo y Agustín Morales, "bárbaros caudillos" bolivarianos. Así como éste y aquél debiéramos escribir todos, pensando más que en el oro que acalla la voz de la justicia, en la verdad que debe resplandecer eternamente sobre el Mundo!

Así, estudiando y escribiendo, pasa la vida este hombre menudito y delicado que se llama Oscar Efrén Reyes; este hombre que se apartó del Mundo por huir de la canalla, que más de una vez lo ha ladrado y lo ha mordido. Así, estudiando y escribiendo; siendo sabio en medio de la ignorancia y fecundo en medio de la esterilidad, Reyes se venga de sus detractores. Y, mientras sus grauitos impugnadores entran más y más en el reino de las sombras y el oprobio, él sube más y más hacia las regiones de la luz y de la gloria...

El libro, de 201 páginas, que acaba de publicar, no es más que la primera parte de la historia de los sucesos acaecidos desde el 25 hasta el 33. La ótra será publicada después de poco y, cuando ambos volúmenes estén en nuestras manos, volveremos a hablar —entonces con mayor detenimiento— de Oscar Efrén Reyes historiador, a quien acabaremos de conocer a través de una labor de investigación que, arrancando de los albores de la República, llega hasta nuestros días.

Y ahora vienen a pelo unas palabras de don Rafael de Altamira, que, acaso, sirvan para explicar el hecho de que el autor de nuestra referencia se haya concretado a estudiar tan sólo la "Historia de la República". Hélas aquí: "De toda la historia de

España que creemos conocer y parte que ignoramos más es la de nuestro tiempo, la historia que han hecho nuestros abuelos y nuestros padres, la que a veces hemos recogido de palabra en recuerdos de la vida de unos y otros, pero que jamás se nos ha dado en un conjunto sistemático que lleve a la masa de nuestro pueblo una idea definida de cuál fué la trayectoria que siguió España durante el tiempo recorrido desde el año 1808". (1)

También en el Ecuador, como en España, suélese hacer alarde de una erudición histórica, muy barata, que va desde el mastodonte de Alangasí hasta las curiosas aventuras de Túpac Yupanqui por las Islas de Galápagos. Pero se ignora, casi por completo, la historia de los cien años de la mal llamada vida republicana, sin duda porque "hay en ella —en mayor grado cuanto más reciente— una condición que impide que la conozcamos bien, y es que no se sabrá nunca la verdad de muchos hechos próximos a nosotros, mientras no hayan desaparecido todas las personas interesadas en ellos". (2). A llenar este vacío vienen, pues, los libros de Reyes: libros resueltos y atrevidos.

Justino Cornejo.

(De "Proteo", Quito, 1934)

(1) (2) RAFAEL DE ALTAMIRA.—*Temas de Historia de España.*

INDICE

PROLOGOS Y EXPLICACIONES

	<i>Págs.</i>
Prólogo de la primera edición	11
Esta segunda edición	17
Defensa de "Vida de Juan Montalvo"	29

PARTE PRIMERA

LOS ELEMENTOS DE FORMACION.

CAPITULO I	:	El tiempo	35
CAPITULO II	:	La sociedad	43
CAPITULO III	:	Los padres	49
CAPITULO IV	:	Marcos Montalvo	55
CAPITULO V	:	Los hermanos de Juan Montalvo y el ambiente familiar	63
CAPITULO VI	:	De la escuela al colegio	71

PARTE SEGUNDA

EL ESTUDIANTE

CAPITULO VII	:	Del Convictorio de San Fernando al Seminario de San Luis	83
--------------	---	--	----

Págs.

CAPITULO VIII :	Universitario, empleado miembro de sociedades	91
CAPITULO IX :	La casa de Julio Zal dumbide	97
CAPITULO X :	La alborada romántica	103

PARTE TERCERA

LECTOR Y VIAJERO

CAPITULO XI :	De Ambato a París	109
CAPITULO XII :	Montalvo en Italia	115
CAPITULO XIII :	Secretario de la Legación del Ecuador en Francia	119
CAPITULO XIV :	Las impresiones del retorno	123

PARTE CUARTA

EN PLENA BORRASCA

CAPITULO XV :	Un período de la vida nacional del Ecuador	129
CAPITULO XVI :	Montalvo y García Moreno	139,
CAPITULO XVII :	Los cinco años de amor	145
CAPITULO XVIII :	"El Cosmopolita"	153
CAPITULO XIX :	Los anhelos de expatriarse y de viajar	163
CAPITULO XX :	Relieves del hombre y del político	173

PARTE QUINTA

IPIALES

Págs.

CAPITULO XXI :	García Moreno al Poder	181
CAPITULO XXII :	Proscrito y errante	191
CAPITULO XXIII :	La vida íntima de Ipiales	199
CAPITULO XXIV :	La polémica intermitente	211
CAPITULO XXV :	"Mi pluma lo mató"	225
CAPITULO XXVI :	Que Colombia entregue a Montalvo!	235
CAPITULO XXVII :	El voto por Antonio Borrero	243

PARTE SEXTA

LA EPOCA DE "EL REGENERADOR"

CAPITULO XXVIII :	Pobreza, la eterna enemiga	251
CAPITULO XXIX :	Por fin vuelve el proscrito	257
CAPITULO XXX :	Caracteres del momento político	263
CAPITULO XXXI :	Montalvo y Borrero	273
CAPITULO XXXII :	El golpe de Estado de Veintemilla	281
CAPITULO XXXIII :	Veintemilla destierra a Montalvo	287
CAPITULO XXXIV :	La ciudad propia; un momento familiar	293
CAPITULO XXXV :	Primero patriota; después liberal	301
CAPITULO XXXVI :	El medio hostil	309
CAPITULO XXXVII :	Diputado por Esmeraldas	317

Págs.

CAPITULO XXXVIII : <i>Contra el Presidente</i> <i>Veintemilla</i>	323
CAPITULO XXXIX : <i>La vida en Baños</i>	333
CAPITULO XL : <i>Los últimos adioses</i>	343

PARTE SEPTIMA

LOS ODIOS MAXIMOS

CAPITULO XLI : <i>Las "Catilinarías"</i>	349
CAPITULO XLII : <i>La introspección y el</i> <i>autoanálisis</i>	357

PARTE OCTAVA

LOS RESPLANDORES DE LA CELEBRIDAD
Y EL SUDARIO DE PARIS

CAPITULO XLIII : <i>"Los Siete Tratados"</i>	371
CAPITULO XLIV : <i>Montalvo en España</i>	379
CAPITULO XLV : <i>La Patria distante</i>	389
CAPITULO XLVI : <i>"Mercurial eclesiástica"</i>	399
CAPITULO XLVII : <i>La vida íntima de París</i>	407
CAPITULO XLVIII : <i>"El Espectador"</i>	425
CAPITULO XLIX : <i>Enfermedad y muerte</i> <i>de Montalvo</i>	429
CAPITULO L : <i>El sudario de París</i>	437
<i>Bibliografía</i>	445
<i>Apéndice: Algunas de las notas, críticas,</i> <i>publicadas en la prensa de América sobre</i> <i>este libro</i>	453
<i>Índice</i>	491